



Robert J. Sawyer

# HUMANOS

EL PARAJE NEANDERTHAL

«El mayor reto de la ciencia ficción es retratar al Otro. Ayudarnos a imaginar lo extraño y contemplar lo que nos es familiar desde nuevos y extraños puntos de vista.

Nadie explora ese territorio con mayor audacia que Robert Sawyer.»

DAVID BRIN

de



Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un experimento científico hace posible la inesperada interacción entre dos universos paralelos con la salvedad de que, en uno de ellos, la especie humana que ha predominado son los Neanderthales y no los Cromagnones, como ha ocurrido en nuestro mundo.

Ponter Boddit y su hombre-compañero, Addikor Hulk, físicos neanderthales, han abierto un puente entre dos universos con su computador cuántico. Ahora se plantean volver a abrir ese paso para dar lugar al más prodigioso e inesperado intercambio cultural entre especies y universos.

Como Homínidos, que obtuvo el premio Hugo en 2003, *Humanos* ahonda en una prodigiosa exploración cultural, un nuevo tipo de ficción antropológica que centra sus mejores virtudes no sólo en la más actual ciencia moderna, sino, sobre todo, en las complejas consecuencias culturales, humanas y antropológicas de un inesperado cruce de culturas. *Humanos* explora con valentía esas diferencias culturales, mostrando otras posibilidades y contemplando nuestras propias convenciones sociales, culturales y religiosas desde un nuevo punto de vista.



Robert J. Sawyer

**Humanos**

**El paralaje neanderthal - 2**

## Prólogo

—He hecho una cosa terrible —dijo Ponter Boddit, sentado a horcajadas en el despacho de Jurard Selgan.

Selgan era miembro de la generación 144, diez años mayor que Ponter. La raya de su pelo gris se había ensanchado hasta formar un profundo río de cuero cabelludo que desembocaba en la baja frente sobre su ceño.

—Continúe.

—Me pareció que no tenía otra opción —dijo Ponter, la cabeza gacha, su propio arco ciliar protegiéndolo de tener que mirar a los ojos esmeralda de Selgan—. Me pareció que tenía que hacerla, pero...

—¿Pero ahora lo lamenta?

Ponter guardó silencio, contemplando el suelo cubierto de yedra de la habitación.

—Yo... no estoy seguro.

—¿Lo haría otra vez, si tuviera ocasión?

Ponter bufó, burlón.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Selgan, con más curiosidad que irritación.

Ponter alzó la cabeza.

—Creía que sólo los físicos como yo se enzarzan en acertijos mentales.

Selgan sonrió.

—No somos tan diferentes, usted y yo. Ambos pretendemos buscar la verdad, resolver misterios.

—Supongo —dijo Ponter. Miró la pared de madera suavemente curvada de la habitación cilíndrica.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Selgan—. ¿Lo haría de nuevo si pudiera?

Ponter guardó silencio un momento, y Selgan lo dejó callar, lo dejó considerar su respuesta.

—No lo sé —dijo Ponter por fin.

—¿No lo sabe? ¿O es que, simplemente, no desea decirlo? —Una vez más, Ponter guardó silencio—. Quiero ayudarle. —Selgan se movió en la silla, sentado a horcajadas—. Ése es mi único objetivo. No le juzgaré.

Ponter volvió a reírse, pero esta vez fue una risa triste.

—Ésa es la cuestión, ¿no? Nadie nos juzga.

Selgan frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, en ese otro mundo... en esa otra Tierra, creen que hay un... bueno, nosotros no tenemos palabras para expresarlo, pero ellos lo llaman Dios. Un ser supremo e incorpóreo que creó el universo.

Selgan sacudió la cabeza.

—¿Cómo puede el universo haber tenido un creador? Para que algo sea creado, tiene que tener un principio. Y el universo no lo tuvo. Ha existido siempre.

—Usted lo sabe. Yo lo sé —dijo Ponter—. Pero ellos no lo saben. Piensan que el universo tiene solamente... bueno, dijeron que tenía solamente doce mil millones de años; ciento cincuenta mil millones de meses o así.

—Entonces, ¿qué había antes de eso?

Ponter frunció el ceño, recordando sus conversaciones con la física gliksin Louise Benoit... ¡cómo deseaba ser capaz de pronunciar sus nombres correctamente!

—Ellos dicen que no había tiempo, antes, que el tiempo empezó cuando fue creado el universo.

—Qué idea tan sorprendente.

—Así es —coincidió Ponter—. Pero si ellos aceptaran que el universo ha existido siempre, no habría sitio para ese Dios suyo.

—Su hombre—compañero es físico, ¿verdad? —preguntó Selgan.

—Adikor Huld —dijo Ponter, nombrándolo—. Sí.

—Bueno, estoy seguro de que habla a menudo de física con Adikor. A mí me interesan más otras cosas. Mencionó usted a ese... a ese «Dios» en conexión con el concepto de juicio. Hábleme más de eso.

Ponter guardó silencio unos instantes, intentando decidir cómo plantear el concepto.

—Parece que la mayoría de ellos, de esos otros humanos, creen en lo que llaman «la otra vida» ... una existencia posterior a la muerte.

—Pero eso es ridículo —dijo Selgan—. Es una contradicción de términos.

—Oh, sí —contestó Ponter, sonriendo—. Pero esas cosas son comunes en su pensamiento, Tan comunes que les dan un nombre especial, como si nombrarlas resolviera la paradoja. No puedo pronunciarla tal como ellos lo hacen: es algo parecido a ox-ím-oron.

Selgan sonrió.

—Me encantaría tratar a uno de ellos, aprender cómo funciona una mente así. —Hizo una pausa—. Esta existencia que sigue a la muerte, ¿cómo creen que es?

—Eso es lo más interesante —dijo Ponter—. Puede tomar una de dos formas, dependiendo de cómo te comportaste en vida. Si has llevado una vida virtuosa, entonces se te recompensa con una existencia en la otra vida enormemente agradable. Pero si tu vida (o incluso una sola acción durante ella) ha sido malvada, entonces la existencia subsiguiente es de tormento.

—¿Y quién decide? —dijo Selgan—. Oh, espere. Ya lo veo. Ese Dios decide, ¿verdad?

—Sí. Eso creen ellos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué creen en algo tan ridículo?

Ponter alzó levemente los hombros.

—Supuestos relatos históricos de aquellos que se han comunicado con ese Dios.

—¿Relatos históricos? —dijo Selgan—. ¿Se comunica actualmente alguien con ese Dios?

—Eso dicen algunos. Pero me parece que no tiene ningún fundamento.

—Y ese Dios, ¿actúa como juez de cada individuo?

—Supuestamente.

—Pero hay 185 millones de personas en el mundo, con muchos miles de muertos cada día.

—Eso, en este mundo. En el otro mundo, hay más de seis mil millones de habitantes.

—¡Seis mil millones! —Selgan sacudió la cabeza—. ¿Y a cada uno se le asigna, de algún modo, tras la muerte, una de esas dos posibles existencias posteriores que ha mencionado?

—Sí. Son juzgados.

Ponter vio que Selgan hacía una mueca. El escultor de personalidad estaba claramente intrigado por los detalles de la creencia gliksin, pero su verdadero interés eran los pensamientos de Ponter.

—«Juzgados» —repitió, como si la palabra fuera un trozo de carne que mereciera saborear.

—Sí, juzgados. ¿No lo ve? Ellos no tienen implantes Acompañantes. No tienen archivos de coartadas. No llevan registros perfectos de toda acción que emprenden en sus vidas. No tienen nada de eso, porque no lo creen necesario. Piensan que ese Dios los vigila y lo ve todo, y que incluso los protege. Y piensan que es imposible escapar al castigo de un acto maligno.

—¿Y dijo usted que había cometido un acto terrible?

Ponter miró por la ventana, contemplando su mundo.

—Sí.

—¿Allí? ¿En el otro mundo?

—Sí.

—¿Y no acepta la existencia de ese Dios suyo?

Ponter gruñó con desdén.

—Por supuesto que no.

—¿Y por eso cree que nunca será juzgado por esa cosa mala que piensa que hizo?

—Exactamente. No diré que sea el crimen perfecto. Pero no hay ningún motivo para que las sospechas recaigan nunca sobre mí en ese mundo, y ningún motivo para que nadie de aquí tenga nunca causa para exigir ver esa porción de mi archivo de coartadas.

—Dijo que era un crimen. ¿Un crimen según los baremos de ese otro mundo en el que estubo?

—Oh, sí.

—¿Y nosotros lo habríamos considerado un crimen, si lo hubiera cometido aquí?

Ponter asintió.

—¿Qué hizo?

—Yo... me avergüenza decirlo.

—Ya le he dicho que no le juzgaré.

Ponter se puso bruscamente en pie.

—¡De eso se trata! —gritó—. Nadie me juzgará, ni aquí, ni allí. He cometido un crimen. Me gustó cometer ese crimen y, sí, siguiendo su experimento mental, lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad de revivirlo.

Selgan no dijo nada durante un rato, esperando al parecer que Pontor se calmara.

—Puedo ayudarle, Pontor, si me deja. Pero tiene que hablar conmigo. Tiene que decirme qué sucedió. ¿Por qué cometió ese crimen? ¿Qué le llevó a hacerlo?

Ponter se sentó, pasando las piernas por la silla de horcajadas.

—Comenzó en mi primer viaje a la otra Tierra —dijo—. Allí conocí a una mujer llamada Mary Vaughan...



Era la última tarde de Mary Vaughan en Sudbury, y estaba experimentando sentimientos claramente encontrados.

No tenía ninguna duda de que marcharse de Toronto le había hecho bien. Después de lo sucedido allí («Dios mío —pensó—, ¿fue sólo hace dos semanas?»), salir de la ciudad, escapar de todas las cosas que le habrían recordado aquella horrible noche fue el mejor curso de acción. Y aunque había terminado con una nota melancólica, no habría cambiado por nada del mundo el tiempo pasado con Ponter Boddit.

Había algo surrealista en sus recuerdos; ¡era todo tan fantástico! y sin embargo había incontables fotografías y videos, e incluso algunas radiografías, que demostraban que había sucedido de verdad. Un neanderthal moderno de una versión paralela de la Tierra había llegado de algún modo a este universo. Ahora que se había marchado, la propia Mary apenas se lo creía.

Pero había sucedido. Ponter había estado allí de verdad, y ella de hecho había... ¿Estaba exagerando? ¿Exagerándolo mentalmente? No. Eso era lo que había ocurrido.

Había llegado a querer a Ponter, tal vez incluso a enamorarse de él. Si al menos se hubiera sentido entera, completa, inviolada, sin traumas, tal vez las cosas hubiesen sido diferentes. Oh, se hubiese enamorado igualmente del grandullón (de eso estaba segura), pero cuando él le tendió la mano y tocó la suya aquella noche que contemplaban las estrellas, ella no se habría quedado petrificada.

Era demasiado pronto, le dijo al día siguiente. Hacía demasiado poco que...

Odiaba la palabra; odiaba pensarla, decirla.

Hacía demasiado poco de la violación.

Y al día siguiente tenía que regresar a casa, de vuelta al lugar donde había sucedido, de vuelta al campus de la Universidad de York en Toronto y a su antigua vida como profesora de genética.

Su antigua vida de soledad.

Echaría de menos muchas cosas de Sudbury. Echaría de menos la ausencia de atascos de tráfico. Echaría de menos a los amigos que había hecho, incluido a Reuben Montego y, sí, incluso a Louise Benoit. Echaría de menos la atmósfera

relajada de la diminuta Universidad Laurentian, donde había realizado los estudios de ADN mitocondrial que habían demostrado que Ponter Boddit era en efecto un neanderthal.

Pero, sobre todo, advirtió, mientras contemplaba desde el borde de la carretera el claro cielo nocturno, echaría de menos esto. Echaría de menos ver las estrellas con tal profusión que resultaba imposible contarlas. Echaría de menos ver la galaxia de Andrómeda, que Ponter había identificado para ella. Echaría de menos ver la Vía Láctea extendiéndose por el cielo.

Y... ¡Sí! ¡Sí!

Echaría de menos especialmente la aurora boreal, fluctuando y agitándose en el cielo del norte, hojas de luz verde pálido, cortinas espectrales.

Mary esperaba poder ver de nuevo la aurora aquella noche. Volvía de casa de Reuben Montego, en Lively (¡ja!), donde había celebrado una última barbacoa con él y Louise, y había aparcado a un lado de la carretera únicamente para contemplar el cielo nocturno.

Los cielos cooperaban. La aurora era sobrecogedora. Siempre asociaría las luces del norte con Ponter. La otra única ocasión en que las había visto, él la acompañaba. Sintió una extraña sensación en el pecho, de expansión mezclada con asombro, de contracción asociada a la tristeza.

Las luces eran preciosas. Él se había ido.

Un frío brillo verde bañaba el paisaje mientras la aurora continuaba fluctuando y bailando; los álamos y abedules se recortaban contra el espectáculo, sus ramas agitándose levemente con la suave brisa de agosto.

Ponter había dicho que veía a menudo la aurora. En parte eso era debido a que su pueblo, adaptado al frío, prefería latitudes más septentrionales que los humanos de este mundo.

En parte, también, debido a que el fenomenal sentido del olfato de los neanderthales y sus siempre vigilantes implantes Acompañantes hacían que fuese seguro estar al raso incluso en la oscuridad; Saldak, la ciudad natal de Ponter, localizada en su mundo en el mismo lugar que Sudbury en éste, no iluminaba sus calles de noche.

Y en parte porque los neanderthales usaban energía solar limpia para cubrir la mayoría de sus necesidades energéticas, lo que hacía que sus cielos estuviesen mucho menos contaminados que éstos.

Mary había llegado a sus treinta y cinco años actuales sin haber visto la aurora, y no esperaba tener ningún motivo para regresar a Ontario Norte, así que esta noche, lo sabía, bien podría ser la última que viera las ondulantes luces del norte.

Se regodeó en la visión.

Algunas cosas eran iguales en ambas versiones de la Tierra, según había dicho Ponter: los detalles generales de la geografía, la mayoría de las especies de

plantas y animales (aunque los neanderthales nunca se habían dedicado a matar en exceso, y todavía tenían mamuts y dinornis en su mundo); las características generales del clima. Pero Mary era científica: comprendía la teoría del caos, cómo el aleteo de una mariposa bastaba para influir en los sistemas climáticos a medio mundo de distancia. Sin duda, el que hubiera un cielo despejado aquí, en esta Tierra, no significaba que se cumpliera lo mismo en el mundo de Ponter.

Pero si el clima coincidía, tal vez Ponter estuviera contemplando también el cielo nocturno ahora.

Y tal vez estuviera pensando en Mary.

Ponter estaría, naturalmente, viendo exactamente las mismas constelaciones, aunque les dieran nombres distintos: nada terrestre podría haber perturbado las lejanas estrellas. Pero ¿sería igual la aurora? ¿Tenían las mariposas o las personas algún efecto sobre la coreografía de las luces del norte? Tal vez Ponter y ella estaban mirando el mismo espectáculo exacto: una cortina de luz que se agitaba adelante y atrás, las siete brillantes estrellas de la Osa Mayor o, como él la llamaba, La Cabeza del Mamut) extendiéndose en las alturas.

El podría incluso estar viendo el mismo titilar a la derecha, el mismo titilar a la izquierda, el mismo... Jesús.

Mary se quedó boquiabierta.

La cortina boreal se estaba partiendo por la mitad, como un papel de seda color aguamarina rasgado por una mano invisible. La fisura se hizo más larga, más ancha, comenzando desde lo alto y avanzando hacia el horizonte. Mary no había visto nada parecido la primera noche que contempló las luces del norte.

La cortina finalmente se separó en dos mitades, abriéndose como el mar Rojo ante Moisés. Unas cuantas... parecían chispas, pero ¿lo eran? Unas cuantas chispas saltaron entre ambas mitades, sorteando la abertura. Y entonces la mitad de la derecha pareció enrollarse desde abajo, como una persiana que sube, y, al hacerlo, cambió de colores, ahora verde, ahora azul, ahora violeta, ahora naranja, ahora turquesa.

Luego, en un destello (un estallido espectral de luz), esa parte de la aurora desapareció.

La capa de luz restante giraba como si estuviera siendo absorbida por un desagüe en el firmamento. A medida que giraba, más y más rápidamente, desprendía brotes de frío fuego verde, una rueda de fuegos artificiales contra la noche.

Mary lo contempló todo, transfigurada. Aunque ésta fuera solamente la segunda vez que observaba la aurora, había visto incontables imágenes de las luces del norte en libros y revistas. Sabía que aquellas imágenes fijas no hacían justicia al espectáculo; había leído cómo la aurora ondulaba y se agitaba.

Pero nada la había preparado para esto.

El vórtice continuó contrayéndose, haciéndose más brillante, hasta que por

fin, con (¿lo había oído de verdad?) lo que sonó como un pop, desapareció.

Mary retrocedió tambaleándose, y chocó contra el frío metal de su Dodge Neon alquilado. De repente fue consciente de que los bosques que la rodeaban, insectos y ranas, búhos y murciélagos, habían guardado silencio, como si todos los seres vivos miraran asombrados al cielo.

El corazón de Mary redoblaba, y un pensamiento se repetía en su cabeza mientras volvía a la seguridad del coche: « Me pregunto si se supone que debe hacer eso...» .

Jurard Selgan se levantó de su silla de horcajadas y recorrió en redondo su oficina circular mientras Ponter Boddit le hablaba de su primer viaje al mundo gliksin.

—¿Así que su relación con Mary Vaughan terminó con una nota insatisfactoria? —preguntó Selgan, regresando por fin a su asiento.

Ponter asintió.

—Las relaciones a menudo no se resuelven —dijo Selgan—. Sería bonito que no fuera el caso, pero sin duda no será la primera vez que una relación suya haya terminado de manera decepcionante.

—No, no lo ha sido —dijo Ponter, en voz muy baja.

—Está pensando en una persona en concreto, ¿verdad? —dijo Selgan—. Cuénteme.

—Mi mujer—compañera, Klast Harbin.

—Ah. Su relación con ella terminó, ¿no? ¿Quién inició la separación?

—No la inició nadie —replicó Ponter—. Klast murió, hace veinte meses.

—Oh. Mis condolencias. Era... ¿era una mujer mayor?

—No. Era una 145, igual que yo.

Selgan alzó la ceja en su ceño.

—¿Fue un accidente?

—Fue cáncer de la sangre.

—Ah —dijo Selgan—. Una tragedia. Pero...

—No lo diga. —El tono de Ponter era brusco.

—¿Qué no diga qué? —preguntó el escultor de personalidad.

—Lo que estaba a punto de decir.

—¿Y qué cree que era?

—Que mi relación con Klast se cortó bruscamente, igual que mi relación con Mary.

—¿Es así como lo siente? —preguntó Selgan.

—Sabía que no tendría que haber venido —dijo Ponter—. Los escultores de personalidad piensan que sus reflexiones son tan profundas... Pero no lo son: son simplistas, «Relación Verde que termina bruscamente, y te lo recuerda la manera en que termina la Relación Roja» .

Ponter hizo una mueca de desdén.

Selgan permaneció en silencio durante varios latidos, tal vez esperando a ver si Pontor decía algo más por voluntad propia. Cuando quedó claro que no lo haría, Selgan habló de nuevo.

—Pero usted presionó para que el portal entre este mundo y el mundo de Mary volviera a abrirse.

Dejó que la frase colgara en el aire entre ellos durante un tiempo, y Pontor finalmente respondió.

—¿Y cree que por eso presioné? —dijo Pontor—. ¿Que no me importaban las consecuencias para este mundo? ¿Que lo único que me preocupaba era resolver esta relación inacabada?

—Dígame usted —dijo Selgan, amablemente.

—No fue así. Oh, cierto, hay una similitud superficial entre lo que me pasó con Klast y lo que me pasó con Mary. Pero soy un científico. —Dirigió a Selgan una furiosa mirada de sus ojos dorados—. Un verdadero científico. Sé cuándo hay auténtica simetría, y aquí no la hay, y sé cuándo un parecido es falso.

—Pero usted presionó al Gran Consejo Gris. Lo vi en mi mirador, junto con miles de personas más.

—Bueno, sí, pero...

—¿Pero qué? ¿En qué estaba pensando entonces? ¿Qué intentaba conseguir?

—Nada... excepto lo que fuera mejor para todo nuestro pueblo.

—¿Está seguro de eso?

—¡Claro que estoy seguro!

Selgan guardó silencio, dejando que Pontor escuchara sus propias palabras resonar en la pared de madera pulida.

Ponter Boddit tenía que admitir que nada de lo que había experimentado (probablemente, nada de lo que ninguna otra persona hubiera experimentado jamás) había sido más aterrador que ser transportado corporalmente de este mundo a aquel otro mundo extraño, donde llegó en medio de una oscuridad absoluta y casi se ahogó en un gigantesco tanque de agua.

Pero, a pesar de todo, de todas las cosas que sucedían en este mundo, en este universo, pocas podían compararse al puro terror de dirigirse al Gran Consejo Gris. Después de todo, no se trataba sólo del Consejo Gris local; el Gran Consejo Gris dirigía el planeta, y sus miembros se habían trasladado allí, a Saldak, con el fin concreto de ver a Pontor y Adikor y el ordenador cuántico que habían usado dos veces para abrir un portal a otra realidad.

El Gran Consejo Gris estaba formado por individuos veinte años mayores que Pontor, de por lo menos la generación 143. La sabiduría, la experiencia, y, sí, cuando se les antojaba, la testarudez de gente tan mayor era formidable.

Ponter podría haber dejado correr el asunto. Nadie presionaba para que Adikor y él volvieran a abrir el portal al otro mundo. De hecho, excepto tal vez el grupo femenino de Evsoy, nadie se lo hubiese reprochado si Ponter y Adikor hubieran dicho, simplemente, que la apertura del portal había sido una casualidad irreproducible.

Pero la posibilidad de comerciar entre dos clases de humanidad era demasiado importante para que Ponter la ignorara. Sin duda podría intercambiarse información: lo que la gente de Ponter sabía sobre superconductores, por ejemplo, a cambio de lo que los gliksins sabían de naves espaciales. Pero, además, podían intercambiar cultura: el arte de este mundo por el arte de aquel mundo, una epopeya iterativa dibalat, tal vez, a cambio de una obra de ese Shakespeare del que había oído hablar allí; esculturas del gran Kaydas a cambio de la obra de un pintor gliksin.

Ponter se dijo que estos nobles pensamientos eran su única motivación. No tenía nada personal que ganar abriendo de nuevo el portal. Sí, estaba Mary. Sin embargo, era indudable que Mary no estaba realmente interesada en un ser tan distinto a ella, una criatura velluda donde los machos de su especie eran lampiños, tan fornida cuando la mayoría de gliksins era grácil, un ser con un arco ciliar doble que ondulaba sobre sus ojos, ojos que eran dorados en vez de azules como los de Mary o del marrón oscuro de tantos otros de su especie.

Ponter no tenía ninguna duda de que Mary había sufrido realmente del que había hablado, pero ésa debía de ser sólo la más destacada de muchas razones por las que había rechazado sus avances.

Pero no.

No era así.

Había habido una atracción real y mutua. Por encima de líneas temporales, a través de fronteras entre especies, había sido real. Estaba seguro.

Pero ¿irían mejor las cosas entre ambos si se reanudaba el contacto? Atesoraba sus hermosos y maravillosos recuerdos del tiempo que había pasado con ella: y eran sólo recuerdos, pues su implante Acompañante había sido incapaz de transmitir nada a su archivo de coartadas desde el otro lado. Mary existía sólo en su imaginación, en sus pensamientos y sueños; no había ninguna realidad objetiva con la que comparada, excepto los breves atisbos captados por el robot que Adikor había hecho pasar por el portal para atraer a Ponter a casa.

Sin duda era mejor así. Nuevos contactos estropearían lo que ya habían tenido.

Y sin embargo...

Y sin embargo, parecía que el portal podía volver a abrirse.

De pie en la pequeña antesala, Ponter miró a Adikor Huid, su hombre-compañero. Adikor asintió, animándolo. Era hora de entrar en la cámara del Consejo. Ponter tomó el tubo de Derkers sin expandir que había traído consigo, y

los dos hombres atravesaron las enormes puertas dispuestos a enfrentarse a los Grandes Grises.

—La presencia aquí del sabio Boddit—dijo Adikor Huid, señalando a Ponter— es prueba indiscutible de que una persona puede pasar al otro universo y regresar ilesa.

Ponter miró a los veinte Grises, diez varones y diez hembras, dos de cada uno de los diez gobiernos regionales del mundo. En algunos foros, los varones se sentaban a un lado de la sala y las hembras al otro. Pero el Gran Consejo Gris se ocupaba de asuntos que afectaban a la especie entera, y los varones y hembras que se habían reunido allí, procedentes de todo el mundo, se mezclaban en un gran círculo.

—Pero —continuó Adikor—, a excepción de Jasmel, la hija de Ponter, que asomó la cabeza por el portal durante nuestras operaciones de rescate, nadie más de este mundo ha ido a aquel otro. Cuando creamos el portal, fue por accidente: un resultado inesperado de nuestros experimentos de cálculo cuántico. Pero ahora sabemos que este universo y aquel otro, donde dominan los gliksins, están relacionados de algún modo. El portal de aquí se abre siempre a aquél, de los múltiples universos alternas que nuestra física nos dice que deben de existir. Y, según cabe deducir de nuestra experiencia previa, el portal permanecerá abierto mientras un objeto sólido esté atravesándolo.

Bedros, un viejo varón de Evsoy, frunció el ceño ante Adikor.

—¿Qué propone entonces, sabio Huid? ¿Que lancemos una vara a medias por ese portal para mantenerlo abierto?

Ponter, de pie junto a Adikor, se volvió levemente para que Bedros no viera su sonrisa.

Adikor no fue tan afortunado: Bedros lo estaba mirando y no podía apartar la vista sin ser irrespetuoso.

—Mm, no —dijo—. Tenemos en mente algo más, ah, versátil. Dern Kord, un ingeniero conocido nuestro, propone que insertemos un tubo de Derkers a través del portal.

Era la señal para que Ponter desplegara el tubo de Derkers. Metió los dedos dentro de la estrecha boca y tiró. El tubo, un entramado de metal, se expandió con estrépito hasta que su diámetro fue mayor que la altura de Ponter.

—Estos tubos se utilizan para reforzar los túneles de las minas en situaciones de emergencia —dijo Ponter—. Una vez expandidos, se resisten a retraerse. De hecho, la única manera de que vuelvan a su tamaño original es usando un abridor que suelte uno a uno los cierres de cada intersección de los segmentos de metal entrecruzados.

Bedros comprendió la idea al instante, lo que decía bastante a su favor.



—¿Y creen que uno de estos tubos mantendría abierto el portal indefinidamente, para que la gente pudiera atravesado, como un túnel entre los dos universos?

—Exactamente —dijo Ponter.

—¿Qué hay de las enfermedades? —preguntó Jurat, una hembra local de la generación 141. Estaba sentada frente a Bedros, así que Ponter y Adikor tuvieron que volverse para mirarla—. Tengo entendido que cayó usted enfermo cuando estuvo en el otro mundo.

Ponter asintió.

—Sí. Conocí allí a una física gliksin que...

Hizo una pausa cuando uno de los Grandes Grises esbozó una sonrisa de desdén. Ponter ya se había acostumbrado a la idea, pero comprendía por qué resultaba graciosa: bien pudiera haberse referido a un filósofo cavernícola.

—Pues bien —continuó Ponter—, ella propuso que las líneas temporales se dividieron... bueno, dijo que hace cuarenta mil años, medio millón de meses. Desde entonces, los gliksins han vivido en condiciones de hacinamiento, y han criado animales en gran número para alimentarse. Es probable que allí hayan evolucionado numerosas enfermedades contra las que no tenemos ninguna inmunidad. Y es posible que aquí hayan evolucionado algunas enfermedades a las que ellos no sean inmunes, aunque nuestra densidad de población más baja lo hace improbable, según me han dicho. En cualquier caso, tendremos que contar con un sistema de descontaminación, y todo el que viaje en cualquier dirección tendrá que ser tratado.

—Pero espere —dijo Jindo, otro varón, que venía de las tierras situadas al sur, en el lado opuesto del cinturón ecuatorial desocupado. Por fortuna, estaba sentado a la derecha de Jurat, así que Ponter y Adikor no tuvieron que volverse de nuevo—. Este túnel entre mundos tiene que estar situado en el fondo de la mina de níquel Debral, a un millar de brazadas bajo la superficie, ¿no es así?

—Sí —respondió Ponter—. Verá, es nuestro ordenador cuántico lo que hace posible acceder al otro universo, y para que funcione tiene que estar protegido de la radiación solar. La enorme cantidad de roca proporciona esa protección.

Bedros asintió, y Adikor se volvió hacia él.

—Así que la gente no podrá viajar en gran número entre los dos mundos.

—Lo que significa —dijo Jurat, continuando el argumento de Bedros—, que no tenemos que preocuparnos por una invasión.

Adikor se volvió para mirarla, pero Ponter siguió mirando a Bedros.

—Y los individuos no sólo tendrán que venir atravesando ese estrecho túnel, sino que tendrán que subir hasta la superficie antes de llegar a nuestro mundo.

Ponter asintió.

—Exactamente. Ha llegado al tuétano.

—Aprecio su entusiasmo por su trabajo —dijo Pandaro, la presidenta del

Consejo, una hembra galasoyana 140 quien, hasta este momento, había permanecido callada. Estaba sentada a medio camino entre Bedros y Jurat, así que Ponter se volvió a la izquierda y Adikor a la derecha hasta que los dos estuvieron mirándola—. Pero déjeme ver si lo comprendo correctamente. No es posible que los gliksins puedan abrir un portal a este mundo, ¿verdad?

—Así es, presidenta —dijo Ponter—. Aunque naturalmente no lo aprendí todo sobre su tecnología informática, están muy lejos de construir un ordenador cuántico similar al que Adikor y yo creamos.

—¿Cuánto les falta para conseguirlo? —preguntó Pandaro—. ¿Cuántos meses?

Ponter miró brevemente a Adikor: su hombre-compañero era, después de todo, el experto en hardware. Pero Adikor contestó con una expresión que indicaba que Ponter continuara y respondiese.

—Al menos trescientos, diría yo, posiblemente muchos más.

Ponter abrió los brazos, como si la respuesta fuera obvia.

—Bueno, entonces no corre prisa tratar este tema. Podemos tomarnos nuestro tiempo para estudiar el asunto, y...

—¡No! —exclamó Ponter. Todos los ojos de la sala cayeron sobre él.

—¿Perdone? —dijo la presidenta, glacial.

—Quiero decir, que... que no sabemos si este fenómeno podrá reproducirse a la larga. Cualquier condición podría cambiar y...

—Comprendo su deseo de continuar con su trabajo, sabio Boddit —dijo la presidenta—, pero están las cuestiones de la transmisión de enfermedades, de la contaminación y...

—Ya tenemos la tecnología necesaria para protegernos contra eso —dijo Ponter.

—En teoría —dijo otra consejera, también hembra—. Pero en la práctica, la técnica Kajak no se ha utilizado nunca para eso. No podemos estar seguros...

—¡Son ustedes tan tímidos! —replicó Ponter. Adikor lo miró sorprendido, pero Ponter ignoró a su compañero—. Ellos no estarían tan asustados. ¡Han escalado las montañas más altas de su mundo! ¡Se han sumergido en los océanos! ¡Han orbitado la Tierra! ¡Han llegado a la Luna! No fue la cobardía de unos viejos lo que...

—¡Sabio Boddit! —El tono de la presidenta retumbó en la cámara del Consejo.

Ponter se detuvo.

—Yo... lo siento, presidenta. No pretendía...

—Creo que está muy claro lo que pretendía —dijo Pandaro—. Pero nuestra función es ser cautos. Tenemos sobre nuestros hombros el bienestar del mundo entero.

—Lo sé —dijo Ponter, tratando de mantener la calma—. ¡Lo sé, pero hay tanto en juego! No podemos esperar interminables meses. Tenemos que actuar

ahora. Ustedes tienen que actuar ahora.

Ponter notó que la mano de Adikor se posaba amablemente sobre su antebrazo.

—Ponter... —dijo en voz baja.

Pero Ponter se zafó.

—Nosotros no hemos llegado a la Luna. Probablemente no llegaremos nunca a Marte tampoco, ni a las estrellas. Esta Tierra paralela es el único mundo al que nuestro pueblo tendrá acceso jamás. ¡No podemos dejar escapar la oportunidad!

Aunque fuese apócrifa, Mary Vaughan había oído la historia tan a menudo que sospechaba que probablemente era cierta. Decían que cuando Toronto decidió construir una segunda universidad, en los años sesenta, se compraron los planos del campus a una lejana universidad del sur de Estados Unidos. Parecía una buena idea, pero nadie tuvo en cuenta las diferencias climatológicas.

Eso solía crear problemas, al menos en invierno. En el campus había originalmente mucho espacio entre los edificios, que se había ido llenando a lo largo de los años con nuevas construcciones. Ahora estaba abarrotado: repleto de cristal y acero, ladrillo y hormigón.

De todas formas, había cosas del campus que le gustaban a Mary. Lo más notable era el nombre de la Facultad de Empresariales, junto a la que pasaba ahora: The Schulich School of Business. Y, sí, Schulich se pronunciaba como «lamer los zapatos».

Todavía faltaba una semana para que comenzaran las clases, y el campus estaba casi desierto. Aunque era pleno día, Mary todavía sentía aprensión mientras caminaba, al doblar las esquinas, al caminar junto a los muros, al internarse en los pasillos.

Aquí había sucedido, después de todo. Fue aquí donde la violaron.

Como la mayoría de las universidades norteamericanas, en York ya había más alumnas que alumnos. A pesar de todo, de los más de cuarenta mil estudiantes, unos veinte mil varones podrían haber sido responsables... suponiendo que el animal fuera un estudiante de York.

Pero no, no, eso no estaba bien. York estaba en Toronto, y es difícil encontrar una ciudad más cosmopolita. La había violado un hombre blanco con los ojos azules. Un porcentaje elevado de la población de York no encajaba con esa descripción.

Y era fumador: Mary recordaba vivamente el hedor a tabaco de su aliento. Aunque le dolía cada vez que veía a un estudiante encender un cigarrillo (estos muchachos, después de todo, habían nacido en los años ochenta, dos décadas después de que las autoridades sanitarias anunciaran que fumar era mortal), lo cierto era que una minoría de mujeres, e incluso menos hombres, fumaba.

Así que la persona que la había atacado no era cualquiera: era parte de un subconjunto de un subconjunto de un subconjunto: varones, de ojos azules y piel blanca, fumadores.

Si Mary daba con él algún día, podría demostrar su culpabilidad. No había muchas ocasiones en que ser especialista en genética tuviera aplicaciones prácticas en la vida privada, pero había sido providencial aquella horrible noche. Mary sabía cómo conservar muestras del semen del hombre, que contenían ADN susceptible de identificarlo de manera concluyente.

Mary continuó atravesando el campus. No había multitudes entre las que abrirse paso todavía. Pero lo cierto es que se hubiese sentido más segura de ser así. Después de todo, la violación había sido durante las vacaciones de verano, cuando había menos gente. Las multitudes significaban seguridad, y a fuera en la sabana africana o allí, en Toronto.

Y ahora, mientras continuaba su camino, Mary advirtió que un hombre se le acercaba. Se le aceleró el pulso pero prosiguió su camino: no podía pasarse el resto de la vida desviándose cada vez que se le acercara un hombre. Sin embargo...

Sin embargo, era un hombre blanco, eso estaba claro.

Su pelo tendía a rubio. No había visto el pelo de su atacante: llevaba pasamontañas. Pero los ojos azules a menudo iban emparejados con el pelo claro.

Mary cerró los ojos un segundo, apartando el brillante sol, alejándose del mundo. Tal vez debería haber seguido a Ponter a través del portal hasta el universo Neanderthal. Desde luego esa idea se le había pasado por la cabeza mientras corría por el campus de la Laurentian en busca de Ponter, para que llegara al fondo de la mina Creighton antes de que el portal que conducía a su realidad se cerrara de nuevo. Después de todo, allí, al menos, hubiera sabido con seguridad que su atacante no estaba cerca.

El hombre que se le acercaba ya estaba a menos de una docena de metros de distancia. Era joven (probablemente un estudiante de verano), y llevaba pantalones vaqueros y una camiseta y gafas de sol. Era un luminoso día de verano: la propia Mary llevaba sus Foster Grants. No había manera de distinguir de qué color eran sus ojos, aunque no podían ser del color dorado de los de Ponter... ella nunca había visto a ningún humano con unos ojos así.

Mary se sentó cuando el hombre se acercó más, y más aún.

Aunque no hubiera llevado gafas de sol, Mary no habría sabido de qué color tenía los ojos: cuando el hombre pasó por su lado, agachó la cabeza incapaz de mirarlo.

Maldita sea —pensó—. Maldita sea.

—Así pues —dijo Jurard Selgan—, a pesar de su... su...

Ponter se encogió de hombros.

—Mi amenaza —dijo—. Se supone que no debemos tener miedo de enfrentarnos a nada, ¿no?

Selgan ladeó la cabeza, aceptando el argumento de Ponter.

—Muy bien, pues. A pesar de su amenaza, el Gran Consejo Gris no tomó inmediatamente una decisión, ¿no?

—No —respondió Ponter—. No, y supongo que hicieron bien en tomarse al menos algún tiempo para meditar las cosas. Dos estaban a punto de convertirse en Uno, y por eso el Consejo se disolvió, aplazando su decisión; hasta después de que terminara...

Dos se convierten en Uno: una frase sencilla y, sin embargo, tan cargada de significado y tan compleja para Ponter y su pueblo. Dos se convierten en Uno: los cuatro días mensuales de vacaciones alrededor de los cuales se estructura la vida.

Dos se convierten en Uno: el período durante el cual los varones adultos, que normalmente viven en el Borde de la ciudad, acuden al Centro para pasar el tiempo con sus mujeres—compañeras y sus hijos.

Era más que una pausa en el trabajo, más que romper la rutina. Era el fuego que alimentaba la cultura; eran los lazos de tripa que unían a las Familias.

Un hoverbús se posó delante de la casa de Ponter y Adikor. Los dos hombres entraron por la puerta trasera y encontraron un par de sillas adyacentes donde sentarse a horcajadas. El conductor activó los ventiladores y el bus se alzó del suelo para encaminarse hacia la siguiente casa en la distancia.

Normalmente, Ponter no prestaba atención a algo tan mundano como un hoverbús, pero aquel día no podía dejar de reflexionar acerca de lo elegante que era como solución en comparación con lo que habían hecho para transportarse en el mundo gliksin. Allí, vehículos de todos los tamaños rodaban sobre ruedas. Por todas partes adonde había ido en aquel mundo (cierto, sólo a unos cuantos sitios) había visto senderos anchos y llanos cubiertos de piedra artificial para permitir la rotación de esas ruedas.

Y por si eso no fuera suficiente, peor aun, los gliksins usaban una reacción

química para impulsar sus vehículos con ruedas, una reacción que desprendía un olor espantoso. Al parecer no era tan molesto para ellos como para Ponter; no resultaba sorprendente, supuso, ya que tenían una nariz minúscula.

¡Qué maravilloso quiebre de la naturaleza! Ponter sabía que los de su especie habían desarrollado sus grandes narices (mucho más grandes que las de ningún otro primate) durante la última era glacial. Según el doctor Singh, el gliksin que lo había atendido en el hospital, los neanderthales tenían una capacidad nasal seis veces superior a la de los gliksins. En un principio la razón era humedecer el aire frío antes de introducirlo en el sensible tejido pulmonar, pero cuando las grandes placas de hielo acabaron por retirarse, conservaron aquellas enormes fosas nasales porque proporcionaban un excelente sentido del olfato como efecto añadido.

Si no hubiera sido por eso, tal vez la especie de Ponter hubiera usado los mismos petroquímicos y provocando el mismo grado de contaminación atmosférica. La ironía no se le escapaba a Ponter: la especie humana que hasta entonces sólo habían conocido como fósil estaban envenenando su cielo con lo que ella misma llamaba combustibles fósiles.

Y peor aún: todo gliksin adulto parecía tener su propio vehículo personal. ¡Qué inenarrable derroche de recursos! Muchos de esos coches se pasaban parados la mayor parte del día. En la ciudad de Ponter, Saldak, había unos tres mil cubos de viaje para una población de veinticinco mil habitantes... y Ponter solía opinar que eran demasiados.

El hoverbús se detuvo en la siguiente casa. Los vecinos de Ponter y Adikor, Torba y Gaddak, además de los hijos gemelos de Gaddak, subieron a bordo. Los varones dejaban a sus madres para vivir con sus padres a la edad de diez años. Adikor sólo tenía un hijo, un niño de ocho años llamado Dab. Que iría a vivir con él y con Ponter al cabo de dos años. Ponter tenía dos hijas: Megamek Bek, una 148, también de ocho años, y Jasmel Keţ, una 147, de dieciocho años.

El propio Ponter. Así como su hombre-compañero Adikor, eran miembros de la generación 145, lo que implicaba que ambos tenían treinta y ocho años de edad. Eso era otra cosa extraña del mundo gliksin: en vez de controlar sus ciclos reproductores, de modo que sólo nacieran niños cada diez años, daban a luz constantemente, cada año. En vez de generaciones limpias, ordenadas y discretas, en su mundo había un flujo continuo de edades. Ponter no había pasado en él suficiente tiempo para descubrir cómo manejaban esa economía. Sin fabricantes que cambiaran su producción de ropa de bebé a ropa de niño a ropa de joven adulto, al paso del crecimiento de una generación, los gliksins tenían que producir simultáneamente ropa para personas de cualquier edad. Y tenían este ridículo concepto de la «moda», o eso le había dicho Lou Benoit: ropa en perfecto estado era descartada por motivos de caprichosa estética.

El hoverbús despegó de nuevo. La casa de Torba y Gaddak era la última

parada en el Borde; Ponter se acomodó para el largo viaje hasta Centro.

Como de costumbre, las mujeres habían dispuesto los adornos: grandes guirnalda color pastel tendidas de árbol a árbol, bandas circulares de color alrededor de los troncos de los abedules y los cedros, estandartes que se agitaban en los tejados de los edificios, marcos dorados alrededor de los colectores solares, plateados, adornando las unidades de abono.

Ponter alberga a menudo la sospecha de que las mujeres no quitaban los adornos nunca, pero Adikor le había dicho que no había ni rastro de ellos en su visita al Centro durante Últimos Cinco buscando a alguien que le defendiera de la espuria acusación de Daklar Bolbay.

El hoverbús se posó en el suelo. No era todavía la época en que caen las hojas, aunque el Dos que se convierten en Uno del mes siguiente coincidiría con el comienzo de la caída, y los ventiladores lanzarían entonces al aire follaje marrón y rojo y amarillo y naranja. Ponter se alegraría cuando regresara el clima frío.

El científico informático que había en Ponter no pudo dejar de advertir que Torba, Gaddak y los hijos gemelos de Gaddak fueron los Primeros en desembarcar: el hoverbús funcionaba siguiendo un sistema de último en entrar/primeros en salir. Ponter y Adikor fueron los siguientes en bajar. Lurt la mujer-compañera de Adikor, corrió hacia él, acompañada por el pequeño Dab. Adikor tomó en brazos a su hijo y lo alzó encima de su cabeza. Dab se rió, y Adikor sonreía de oreja a oreja. Soltó a Dab y envolvió a Lurt en un abrazo. No había pasado un mes entero desde la última vez que les había visto; ambos asistieron al dooslarm basadlarm de Adikor, la audiencia preliminar para decidir si Adikor había asesinado o no a Ponter, una acusación presentada por Daklar Bolbay tras la desaparición de Ponter cuando éste pasó al otro universo. Sin embargo, Adikor estaba encantado de ver a su mujer y su hijo, no cabía duda.

La mujer-compañera de Ponter, Klast, había muerto, pero esperaba que sus dos hijas acudieran a verlo. Ciertamente, las había visto hacia poco también; de hecho, Jasmel había sido esencial para recuperar a Ponter del mundo gliksin.

Adikor miró a Ponter, como pidiendo disculpas. Ponter sabía que Adikor lo amaba profundamente, y demostraba ese amor veinticinco días de cada mes. Pero éste era el momento en que tenía que estar con Lurt y Dab, y, bueno, quería saborear cada latido. Poner asintió, dejando marchar a Adikor, y Adikor se fue rodeando con un brazo la cintura de Lurt, sosteniendo con la otra mano la izquierda de Dab.

Otros hombres se reunían con sus mujeres, y los niños se marchaban con las niñas de la misma generación. Si ciertamente habría mucho sexo durante los siguientes cuatro días, pero también habría mucho juego y diversión y salidas familiares y festines.

Ponter miró alrededor. La multitud se dispersaba. Era un día

desagradablemente caluroso y él suspiró... pero no sólo a causa del calor.

—Puedo llamar a Jasmel, si quieres —dijo Hak.

Hak era el implante Acompañante de Ponter insertado en el interior de su antebrazo izquierdo, justo por encima de la muñeca. Como la mayoría de los Acompañantes, constaba de una pantalla rectangular de alta definición y acabado mate, de la longitud y la anchura de un dedo, con seis pequeñas clavijas de control debajo y una lente en un extremo. Pero al contrario que la mayoría de los Acompañantes, que eran bastante estúpidos, Hak era una sofisticada inteligencia artificial producida por Kobast Gant, un colega de Ponter.

Hak no había hablado en voz alta, aunque podía hacerlo: Ponter la consideraba femenina, ya que Kobast había programado el aparato con la voz de la difunta mujer-compañera de Ponter. En días como aquél, sin embargo, eso le parecía una terrible equivocación: le recordaba cuánto echaba de menos a Klast. Tendría que hablar con Kobast para que le pusiera una voz distinta.

—No —dijo Ponter, en voz baja— no, no llames a nadie. Jasmel tiene un joven, ya sabes. Probablemente ha llegado en un hoverbús anterior y estará con el.

—Tú eres el jefe —dijo Hak.

Ponter miró alrededor. Los edificios del Centro eran muy parecidos a los del borde: la mayoría de las estructuras principales se habían desarrollado por medio de la arboricultura; eran troncos de árbol formados alrededor de edificios que luego habían sido retirados. Muchos tenían añadidos de ladrillo o madera. Todos disponían de recolectores solares, bien en los tejados o levantados en los terrenos adyacentes. En algunos climas hostiles, los edificios tenían que ser fabricados por completo, pero Ponter consideraba feas esas estructuras.

Y, sin embargo, por lo visto los gliksins fabricaban todos sus edificios y se apiñaban como rebaños de herbívoros. Hablando de animales, habría una caza de mamuts aquella tarde, que proporcionaría carne fresca para el festín del día siguiente. Tal vez Ponter debiera unirse a la partida. Había pasado mucho tiempo desde que empuñó por última vez, una lanza y abatió una presa a la antigua usanza. Al menos eso le daría (a él y a los otros hombres que no tenían a nadie con quien pasar el tiempo) algo que hacer.

—¡Papa!

Ponter se volvió. Jasmel corría hacia él, acompañada por su novio, Tryon. Ponter dejó que una sonrisa alterara sus rasgos.

—Día sano, cariño —dijo, mientras se acercaban—. Día sano, Tryon.

Jasmel abrazó a su padre. Tryon permaneció torpemente a un lado. Cuando Jasmel soltó a Ponter. Dijo:

—Me alegro de verlo, señor. Tengo entendido que ha corrido toda una aventura.

—Así es —dijo Ponter.



Suponía que albergaba los mismos sentimientos ambivalentes hacia aquel muchacho que cualquier padre de una mujer joven. Sí, Jasmel no había dicho más que cosas buenas sobre Tryon; la escuchaba cuando hablaba; era amable durante el sexo; estaba estudiando para ser trabajador del cuero, e iba a hacer una contribución valiosa a la sociedad. Pero Jasmel era su hija, y quería lo mejor para ella.

—Lamento llegar tarde —dijo Jasmel.

—No pasa nada —respondió Ponter—. ¿Dónde esta Megameg?

—Ha decidido que ya no le gusta que la llamen así —dijo Jasmel—. Ahora quiere ser sólo Mega.

Mega era su verdadero nombre; Megameg era un diminutivo. Ponter sintió una oleada de tristeza, Su hija mayor era ya una adulta y su hija pequeña crecía rápidamente.

—Ah —dijo—. ¿Dónde está Mega, entonces?

—Jugando con sus amigos —respondió Jasmel—. La veras más tarde.

Ponter asintió.

—¿Y qué tenéis en mente para esta mañana?

—Pensamos jugar un partido de Ladatsa —ofreció Tryon.

Ponter miro al joven. Era guapo, supuso, con hombros anchos, un ceño maravillosamente prominente, nariz claramente definida y profundos ojos púrpura. Pero había adoptado algunas de las tendencias de la juventud. En vez de dejar que su pelo amarillo rojizo se dividiera naturalmente en el centro, se lo peinaba hacia el lado izquierdo, donde presumiblemente se lo sujetaba con una especie de pinza.

Ponter estaba a punto de aceptar la oferta del partido de Ladatsa (habían pasado muchos diez meses sin dar patadas a un balón), pero se acordó de sí mismo a esa edad, hacía veinte años, cuando cortejaba a Klast. Lo último que hubiese querido habría sido tener al padre de Klast merodeando cerca.

—No —dijo—. Id vosotros dos. Os veré en la cena de esta noche.

Jasmel miró a su padre, y él vio que ella sabía que eso no era lo que quería realmente. Pero Tryon no era tonto; inmediatamente le dio las gracias a Ponter. Tomó la mano de Jasmel y se marcharon.

Ponter los vio irse. Jasmel seguramente daría a luz a su primer hijo al cabo de dos años, cuando tuviera que nacer la generación 149. Las cosas cambiarían entonces, pensó Ponter. Al menos tendría un nieto a quien cuidar cuando Dos se convirtieran en Uno.

El hoverbús se había marchado hacia rato. De vuelta al Borde para recoger otro puñado de hombres. Ponter se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la ciudad. Tal vez tomara un bocado para comer y...

El corazón le dio un vuelco. Era la última persona a quien esperaba ver, pero... Pero allí estaba de pie. Como si lo esperara.

Daklar Bolbay.

—Día sano. Ponter —dijo ella.

Conocía a Daklar desde hacía mucho tiempo, por supuesto: había sido la mujer-compañera de Klast. De hecho, si alguien podía comprender lo que había significado para Ponter la pérdida de Klast, esa persona era Daklar. Pero...

Pero ella se lo había hecho pasar muy mal a Adikor en ausencia de Ponter. ¡Acusarlo de asesinato! Vaya, Adikor no podría haber matado a Ponter (ni a nadie, por cierto) mas de lo que podía haberlo hecho el propio Ponter.

—Daklar —dijo Ponter, pasando por alto la habitual amabilidad.

Daklar asintió, comprendiendo.

—No puedo reprocharte que estés enfadado conmigo —dijo—. Se que le hice daño a Adikor. Y hacerle daño al compañero de uno es hacerle daño a ese uno. —Miró a Ponter a los ojos—. Te pido disculpas.

Ponter, total y completamente. Esperaba haber llegado a tiempo para decirle lo mismo a Adikor, pero veo que ya se ha marchado.

—Dices que lo sientes —dijo Ponter—. Pero lo que hiciste...

—Lo que hice fue horrible —lo interrumpió Daklar, mirándose los pies, envueltos en las bolsas de tela de los extremos del pantalón negro. Pero estoy viendo aun escultor de personalidad, y tomo medicación El tratamiento acaba de empezar, pero ya me siento menos... furiosa.

Ponter tenía una leve idea de lo que había sentido Daklar. No sólo había perdido a la mujer que habían compartido, la querida Klast, sino que antes había perdido su hombre-compañero. Pelbon, al que los controladores se habían llevado una mañana. Oh, había regresado, pero no entero. Lo habían castrado, y su relación se había venido abajo.

Ponter había sentido una profunda tristeza por la muerte de Klast, pero al menos tenía a Adikor y a Jasmel y a Megameg para ayudarle a superarlo. Cuanto peor debía de haber sido para Daklar que no tenía un hombre-compañero y, a causa de lo que le habían hecho a Pelbon tampoco hijos.

—Me alegro de que te sientas mejor —dijo Ponter.

—Lo estoy —confirmó Daklar, asintiendo de nuevo—. Se que me falta mucho todavía, pero sí. Me siento mejor y...

Ponter espero a que continuara. Finalmente, la insto:

—¿Sí?

—Bueno —dijo ella. Evitando ahora sus ojos—, es que estoy sola y... —hizo una nueva pausa, pero esta vez continuó por propia voluntad— y tú también estas solo. Y, bueno... Dos se convierten en Uno puede ser muy solitario cuando no tienes a nadie con quien pasar el rato.

Lo miro brevemente a la cara, pero luego apartó la mirada, tal vez temerosa de lo que pudiera ver en ella.

Ponter se sobresaltó. Pero...

Pero Daklar era inteligente y le resultaba atractiva Y en su pelo había maravillosas vetas grises mezcladas con el castaño. Y...

... pero no. No. Era una locura. Después de lo que le había hecho a Adikor.

Ponter sintió un calambre en la mandíbula. Le pasaba de vez en cuando pero sobre todo en las mañanas frías. Alzó una mano para frotársela a través de la barba.

Adikor le había roto la mandíbula hacía unas 229 lunas, durante una estúpida pelea. Si Ponter no hubiera alzado la cabeza a tiempo, el golpe de Adikor lo habría matado.

Ponter había alzado la cabeza rápidamente y, aunque hubo que sustituirle casi la mitad de la mandíbula y siete dientes por duplicados sintéticos, sobrevivió.

Y había perdonado a Adikor. Ponter no había hecho ninguna acusación: Adikor se había salvado del escalpelo de los controladores. Adikor había recibido tratamiento para sobrellevar la cólera. Y en todos los meses que habían pasado desde entonces nunca había amenazado con golpear a Ponter ni a nadie.

El perdón.

Había hablado mucho con Mary, en el otro mundo, acerca de su creencia en Dios y sobre el hijo humano putativo de Dios, que había tratado de inculcar el perdón en la gente de Mary. Mary seguía las enseñanzas de aquel hombre.

Y después de todo. Ponter estaba solo. No podía saber qué decidiría el gran Consejo Gris sobre la reapertura del portal al mundo de Mary y, aunque decidiera permitirlo, Ponter no estaba absolutamente seguro de que el portal pudiera restablecerse.

El perdón.

Era lo que le había concedido a Adikor hacía toda una vida.

Era lo que el sistema de creencias de Mary consideraba la mayor virtud.

Era lo que Daklar parecía necesitar ahora de él. El perdón.

—Muy bien —dijo Ponter—. Debes hacer las paces con Adikor pero, aparte de eso, no albergo ninguna animosidad contra ti por los acontecimientos recientes.

Daklar sonrió.

—Gracias.

Sin embargo, hizo una pausa y la sonrisa se desvaneció.

—¿Deseas mi compañía, hasta que tus hijas estén libres, quiero decir? Puedo ser la labat de Mega, y ella y yo y Jasmel todavía compartimos una casa, pero sé que necesitas tu tiempo a solas con ellas, y no me inmiscuiré. Pero hasta entonces... —Se calló, y sus ojos miraron brevemente de nuevo a los de Ponter, invitándolo a llenar el vacío.

—Hasta entonces —dijo Ponter, tomando su decisión—. Si, me alegrara tu compañía.

El laboratorio de Mary Vaughan en la Universidad de York estaba tal como lo había dejado, cosa poco sorprendente puesto que, a pesar de cuanto le había sucedido, sólo habían pasado veintitrés días desde la última vez que estuvo allí.

Sin embargo, Daria Klein (una de las estudiantes graduadas de Mary) había pasado por allí varias veces durante la ausencia de Mary. Su zona de trabajo estaba reordenada la tabla de la pared con la secuenciación del antiguo cromosoma egipcio Y en el que estaba trabajando tenía muchos más espacios llenos.

Arne Eggebrecht, del museo Pelizaeus de Hildesheim, Alemania, había sugerido recientemente que una momia egipcia comprada en una atracción turística de las cataratas del Niágara podía de hecho ser Ramsés I, fundador de la dinastía a la que pertenecían Seti I, Ramsés II (al que interpretó Yul Brinner en Los diez mandamientos), Ramsés III y la Reina Nefertari. El espécimen estaba ahora en la Universidad Emory de Atlanta, pero se habían enviado muestras de ADN a Toronto para ser analizadas: el laboratorio de Mary era mundialmente famoso por su recuperación exitosa de ADN antiguo, un hecho que la había llevado directamente a su relación con Ponter Boddit. Daria había hecho considerables avances con el supuesto Ramsés en ausencia de Mary, la que movió la cabeza afirmativamente, aprobando su trabajo.

—Profesora Vaughan.

El corazón de Mary dio un vuelco. Ella giró en redondo. Un hombre alto y delgado, de unos sesenta y tantos años, estaba de pie en la puerta del laboratorio. Su voz era grave y áspera, y llevaba un tupé a lo Ronald Reagan.

—¿Sí? —dijo Mary, con un nudo en el estómago: el hombre bloqueaba la única salida de la habitación. Usaba un traje gris oscuro, con una corbata de seda también gris, el nudo flojo. Al cabo de un instante dio un paso al frente, sacó un fino tarjetero de plata y le tendió una tarjeta.

Ella la aceptó, avergonzada al ver que su mano temblaba al hacerlo. Decía:

## **GRUPO SINERGIA**

Doctor J. K. (Jock) Krieger,

Director

Tenía un logotipo: una imagen de la Tierra dividida por la mitad.

A la izquierda, los océanos eran negros y las masas de tierra blancas, a la derecha se empleaba el esquema de colores inverso. La dirección era de Rochester, Nueva York, y el correo electrónico terminaba en «.gov», lo que implicaba una operación del Gobierno estadounidense.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor Krieger?—preguntó Mary.

—Soy el director del Grupo Sinergia—contestó él.

—Eso ya lo veo. Nunca he oído hablar de él.

—No lo ha hecho nadie todavía, y pocos lo harán alguna vez. Sinergia es un tanque de pensamiento del Gobierno estadounidense que llevo ensamblando desde hace unas semanas. Seguimos más o menos el modelo de la Corporación RAND, aunque a escala mucho más pequeña... al menos en esta etapa.

Mary había oído hablar de RAND, pero en realidad no sabía nada concreto al respecto. De todas formas, asintió.

—Una de nuestras principales fuentes de financiación es el SIN—dijo Krieger. Mary alzó las cejas, y Krieger explicó—: El Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos.

—Ah.

—Como sabe, el incidente con el neanderthal nos pilló, pilló a todo el mundo en realidad, con los pantalones abajo. Todo el asunto terminó en un visto y no visto y, durante los primeros días, no le prestamos atención pensando que era otra historia sensacionalista más, como encontrar la cara de la madre Teresa en un pastel de pasas o un Bigfoot cantando.

Mary asintió. Ella tampoco se lo había creído al principio.

—Naturalmente—continuó Krieger—, podría ser que el portal entre nuestro universo y el neanderthal nunca volviera a reabrirse. Pero, en caso de que lo haga, queremos estar preparados.

—¿Queremos?

—El Gobierno de Estados Unidos.

Mary notó que la espalda se le envaraba levemente.

—El portal se abrió en suelo canadiense y ...

—En realidad, señora, se abrió a dos kilómetros bajo suelo canadiense, en el Observatorio de Neutrinos de Sudbury, que es un proyecto conjunto de instituciones canadienses, británicas y estadounidenses, incluidos la Universidad de Pennsylvania, la Universidad de Washington, y los laboratorios nacionales de Los Álamos, Lawrence Berkeley y Brookhaven.

—Oh—dijo Mary—. No sabía eso. Pero la mina Creighton, donde está alojado el ONS, pertenece a Canadá.

—Más exactamente, pertenece a una empresa privada canadiense, Inco. Pero, mire, no he venido a discutir temas de soberanía con usted. Sólo quiero que comprenda que Estados Unidos tiene un interés legítimo en este asunto.

—Muy bien. —El tono de Mary fue helado.

Krieger hizo una pausa. Estaba claro que pensaba que había empezado con mal pie.

—Si el portal entre nuestro mundo y el mundo neanderthal vuelve a abrirse alguna vez, queremos estar preparados. Defender el portal no parece demasiado difícil. Como puede que sepa, el Ala de Mando Vigésimo Segunda de las Fuerzas Canadienses, con base en North Bay, tiene el encargo de asegurar el portal contra invasiones o ataques terroristas.

—Está usted bromeando —dijo Mary, aunque sospechaba que no lo hacía.

—No, no bromeo, profesora Vaughan. Tanto su Gobierno como el mío se están tomando esto muy en serio.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver conmigo?

—Pudo usted identificar a Ponter Boddit como neanderthal basándose en su ADN, ¿correcto?

—Así es.

—¿Podría la prueba identificar a cada neanderthal? ¿Podría decir con seguridad si una persona cualquiera es neanderthal o humana?

—Los neanderthales son humanos —dijo Mary—. Somos congéneres; todos pertenecemos al género Homo. Homo habilis, Homo erectus, homo antecessor, (si cree que ésa es una verdadera especie), Homo Heidelbergensis, Homo Neanderthalensis, Homo Sapiens, Todos somos humanos.

—Admito la corrección —dijo Krieger, asintiendo—. ¿Cómo deberíamos llamarnos para distinguimos de ellos?

—Homo sapiens sapiens.

—Es un poco enrevesado, ¿no? —repuso Krieger—. ¿No he oído en algún sitio que nos llamamos Cro-Magnons? Suena bien.

—Técnicamente, ese término se aplica a una población específica de humanos anatómicamente modernos del Paleolítico Superior, del sur de Francia.

—Entonces vuelvo a preguntárselo: ¿cómo deberíamos llamarnos para distinguimos de los neanderthales?

—Bueno, el pueblo de Ponter tiene un término para los fósiles humanos de su mundo que se parecían a nosotros. Los llamaban gliksins. Sería una solución equilibrada: nosotros los llamamos por un nombre que en realidad se refiere a sus antepasados fósiles, y ellos nos llaman por un nombre que en realidad se refiere a nuestros antepasados fósiles.

—¿Gliksins? ¿Eso es lo que ha dicho? —Krieger frunció el ceño—. Muy bien, supongo que valdrá. ¿Puede su técnica de ADN distinguir con certeza cualquier neanderthal de cualquier gliksin?

Mary frunció el ceño.

—Lo dudo. Hay muchas diferencias dentro de cada especie, y...

—Pero si los neanderthales y los gliksins somos especies diferentes, habrá

genes sólo suyos o sólo nuestros. Los genes responsables de esos arcos ciliares, por ejemplo.

—Oh, muchos gliksins tenemos un ceño parecido. Es común entre los varones de la Europa del Este, por ejemplo. Naturalmente, el doble arco neanderthal es bastante distintivo, pero...

—Bueno, ¿qué hay de esas proyecciones triangulares de sus cavidades nasales? —preguntó Krieger—. He oído que son lo que verdaderamente identifica a un neanderthal.

—Sí, eso es —dijo Mary—. Supongo que si quisiera mirar dentro de la nariz de cada persona...

Krieger no parecía divertido.

—Estaba pensando que podría usted encontrar el gen responsable de eso.

—Oh, posiblemente, aunque tal vez ellos ya lo hay an identificado.

Ponter dio a entender que emprendieron hace tiempo el equivalente a nuestro proyecto Genoma Humano. Pero, claro, supongo que podría buscar un marcador de diagnosis.

—¿Puede hacerlo? ¿Cuánto tardaría?

—Calma —dijo Mary—. Sólo tenemos ADN de neanderthales prehistóricos y de uno contemporáneo. Preferiría tener una base de muestras mucho más grande.

—Pero ¿puede hacerlo?

—Posiblemente, pero ¿por qué?

—¿Cuánto tardaría?

—¿Con mis instalaciones? ¿Y si no hiciera nada más? Unos cuantos meses, tal vez.

—¿Y si le proporcionamos todo el equipo y todo el personal de apoyo necesarios? ¿Entonces qué? El dinero no es problema, profesora Vaughan.

A Mary se le desbocó el corazón. Como académica canadiense, nunca había oído esas palabras. Tenía amigos en la universidad que habían ido a trabajar como posgraduados en Estados Unidos: a menudo decían que tenían becas de investigación con cinco o seis cifras, y equipo con tecnología de punta. La primera beca de investigación de Mary habían sido unos exiguos 3.200 dólares... y dólares canadienses, además.

—Bueno, con, ah, con recursos ilimitados, supongo que podría hacerlo bastante rápido. En cuestión de semanas, si tenemos suerte.

—Bien. Bien. Hágalo.

—Mmm, con el debido respeto, doctor Krieger, soy ciudadana canadiense; no puede decirme lo que tengo que hacer.

Krieger lo lamentó inmediatamente.

—Por supuesto que no, profesora Vaughan. Mis disculpas. Mi entusiasmo por el proyecto ha hecho que me precipite. Lo que quería decir es si quiere, por

favor, encargarse de este proyecto. Como decía, nosotros proporcionaremos todo el material y el personal que necesite, y un sueldo adecuado.

A Mary la cabeza le daba vueltas.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué es esto tan importante?

—Si el portal entre los dos mundos vuelve a abrirse —dijo Krieger, cabe la posibilidad de que muchos neanderthales vengan a nuestro mundo.

Mary entornó los ojos.

—¿Y quieren poder discriminarlos?

Krieger negó con la cabeza.

—Nada de eso, se lo aseguro. Pero tendremos que saberlo por motivos de inmigración, para proporcionar los cuidados médicos adecuados y todo eso. No queremos que se administre a una persona inconsciente la medicina equivocada porque los médicos no puedan distinguir si es un neanderthal o un gliksin.

—Bastará con mirar simplemente si tiene un implante acompañante. Ponter dice que toda su gente lo lleva.

—Sin querer menospreciar en lo más mínimo a su amigo, profesora Vaughan, sólo tenemos su palabra. Por lo que sabemos, podría estar en libertad condicional en su universo y ese aparatito ser una especie de rastreador que sólo llevan él y otros criminales.

—Ponter no es un criminal.

—No obstante, sin duda no se le escapa a usted que preferimos tener nuestros propios métodos para determinar a qué especie pertenece una persona, en vez de tener que basarnos en algo de lo que sólo hemos oído hablar anecdóticamente.

Mary asintió, despacio. Tenía sentido, más o menos. Y, después de todo, había precedentes con buena intención: el Gobierno canadiense ya había trabajado para determinar quién y quién no es indio para que los programas sociales y las titulaciones pudieran ser administrados adecuadamente. Sin embargo...

—No hay ningún motivo para creer que el portal vuelva a abrirse, ¿no? Quiero decir, no ha habido ninguna señal, ¿verdad?

Le hubiese encantado volver a ver a Ponter, pero... Krieger negó con la cabeza.

—No. Pero creemos que hay que estar preparados. Y seré sincero: reconozco que el señor Boddit parecía, digamos, distintivo. Pero es posible que otro neanderthal pueda tener rasgos menos pronunciados y mezclarse con una población de nuestro tipo de humanos.

Mary sonrió.

—Ha estado usted hablando con Milford Wolpoff.

—En efecto. Además de con Ian Tattersall y casi todos los demás expertos en neanderthales que pueda usted nombrar. Parece que no hay consenso entre ellos respecto a cuánto difieren los neanderthales de nosotros.

Mary asintió; eso era cierto. Algunos, como Wolpoff, sostenían que los



neanderthales eran sólo otra variedad de Homo sapiens: una raza en el mejor de los casos, si ese término tenía alguna validez, y desde luego miembros de la misma especie que los humanos modernos. Otros, incluido Tattersall, pensaban lo contrario: que los neanderthales eran una especie por derecho propio, Homo neanderthalensis. Hasta la fecha, todos los estudios de ADN parecían apoyar esta segunda visión... pero Wolpoff y compañía consideraban que las muestras de ADN neanderthal disponibles, incluyendo los 379 nucleótidos del ADN mitocondrial que la propia Mary había extraído del espécimen de neanderthal del Rheinisches Landesmuseum eran aberrantes o habían sido mal interpretadas. No era exagerado decir que aquél era el tema más debatido de toda la paleoantropología.

—Sólo tenemos material genético completo de un neanderthal —dijo Mary—, concretamente, de Pontre Boddit. Puede que sea imposible diagnosticar nada con esa sola muestra.

—Lo comprendo. Pero no lo sabremos con seguridad hasta que no lo intente.

Mary contempló el laboratorio.

—Tengo cosas que hacer aquí, en York Clases que impartir. Estudiantes graduados.

—También lo comprendo —dijo Krieger—. Pero estoy seguro de que podrá llegarse a acuerdos para no desatender sus responsabilidades. Ya he hablado con el presidente de la universidad.

—¿Está hablando de un proyecto de investigación a tiempo completo?

—Naturalmente, la compensaremos por el año académico entero, sí.

—¿Dónde trabajaría? ¿Aquí?

Krieger negó con la cabeza.

—No, queremos que venga a nuestras instalaciones seguras.

—En Rochester, ¿verdad?

—Rochester, Nueva York, sí.

—Eso no está lejos de aquí, ¿no?

—He venido en avión hoy —dijo Krieger—, y apenas se tarda nada. Tengo entendido que son tres horas y media en coche.

Mary lo consideró. Podría seguir viendo a su madre y a sus amigos. Y tenía que admitir que nada le interesaba más que estudiar el ADN de Pontre; sus clases serían el único inconveniente.

—¿Qué, este ... términos, tiene en mente?

—Puedo ofrecerle un contrato de asesoría de un año, por 150.000 dólares estadounidenses, comienzo inmediato, con plenos beneficios médicos. —Krieger sonrió—. Sé que para los canadienses ese es un punto esencial.

Mary frunció el ceño. Estaba más o menos preparada para volver a la universidad de York, al sitio de la violación, pero...

Pero no. Eso no era cierto. Esperaba soportar estar allí, pero si lo de aquella

mañana era un indicio, todavía estaba muerta de miedo.

—Tengo un apartamento aquí —dijo. En una urbanización.

—Nos encargaremos de los pagos de la hipoteca, los impuestos y las tarifas de mantenimiento mientras esté usted fuera. Su casa la estará esperando cuando el trabajo esté terminado.

—¿De verdad?

Krieger asintió.

—Sí. Esto es lo más grande que le ha sucedido al planeta desde... bueno, desde siempre. Lo que estamos viviendo, profesora Vaughan, es el final del Cenozoico y el principio de la siguiente era. No ha habido dos versiones de la humanidad en este planeta desde hace treinta y cinco mil años... pero, si ese portal vuelve a abrirse, habrá dos versiones de nuevo, y queremos asegurarnos de que esta vez salga bien.

—Hace usted que parezca muy tentador, doctor Krieger.

—Jock Llámeme Jock —Una pausa—. Mire, antes estaba con la Corporación RAND. Soy matemático; cuando me gradué en Princeton, el setenta por ciento de todos los graduados en matemáticas de las universidades principales solicitaba trabajo en RAND. Allí es donde encontrabas el dinero y los recursos para dedicarte a la investigación pura. De hecho, el chiste era que RAND significaba « Research and No Development », Investigación sin desarrollo... es un tanque de pensamiento en el sentido más puro.

—¿Y qué significa en realidad?

—Sólo « *Research and Development* », supuestamente. Pero el hecho es que sus fondos procedían de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, y existía sólo por una razón fundamentalmente desagradable: para estudiar el conflicto nuclear. Soy experto en teoría de juegos, ésa es mi especialidad, y por eso estuve allí: haciendo simulacros de artesanía nuclear. —Hizo una pausa—. ¿Ha visto Teléfono rojo: volamos hacia Moscú?

Mary asintió.

—Hace años.

—El viejo George C. Scott tiene un estudio de la corporación RAND en la Sala de Guerra. Pare la imagen la próxima vez que la vea en DVD. El estudio se titula Objetivos Mundiales en Megamuertes. Eso es más o menos lo que teníamos que hacer. Pero la Guerra Fría se terminó, profesora Vaughan, y ahora estamos ante algo increíblemente positivo. —Hizo una pausa—. Verá, a pesar de sus raíces militares, RAND hizo montones de estudios positivos. Uno de nuestros estudios se llamaba Planetas habitables para el hombre; trataba de la probabilidad de encontrar planetas similares a la tierra en algún lugar de la galaxia. Stephen Dole lo puso en marcha en 1964, justo cuando yo empezaba en la RAND. Pero, incluso entonces, en los días de gloria de nuestro programa espacial, muy pocos se tomaban en serio que tendríamos acceso a otro mundo parecido a la Tierra

mientras viviéramos. Pero si ese portal vuelve a abrirse, lo tendremos. Y queremos que el contacto se produzca de la manera más positiva posible. Cuando se inaugure la primera embajada neanderthal...

—¡Una embajada neanderthal! —exclamó Mary.

—Estamos pensando a largo plazo, profesora Vaughan. De eso trata Sinergia: no sólo de lo mejor de ambos mundos, sino de hacer algo que sea más que la suma de las partes. Va a ser la leche. Y la queremos a usted para ese viaje.

Ponter y Daklar caminaban por la plaza, charlando. Montones de niños correteaban, jugando, persiguiéndose, divirtiéndose.

—Siempre he querido preguntárselo a un hombre —dijo Daklar—. ¿Echas de menos a tus hijas cuando Dos están separados?

Un niño pequeño (un 148) corrió delante de ellos, capturando un triángulo volador. Ponter nunca lamentaba haber tenido dos hijas, pero a veces deseaba haber tenido también un hijo.

—Por supuesto —contestó—. Pienso en ellas constantemente.

—Jasmel y Mega son unas chicas maravillosas —dijo Daklar.

—Tenía entendido que Jasmel y tú os enfadasteis mientras yo estuve fuera.

Daklar se rió sin alegría.

—Oh, sí, desde luego. Ella habló en favor de Adikor en el dooslarm basadlarm, y yo era la acusadora. Pero no soy tonta, Ponter. Obviamente, yo estaba equivocada y ella tenía razón.

—¿Entonces las cosas vuelven a marchar bien entre vosotras?

—Tardará algún tiempo —dijo Daklar—. Ya sabes cómo es Jasmel. Testaruda como una estalactita, agarrándose a pesar de que todo intenta hacerla caer.

Ponter se echó a reír. Conocía muy bien a Jasmel... y parecía que Daklar la conocía también.

—Puede ser difícil —dijo.

—Acaba de cumplir 225 meses —dijo Daklar—. Claro que es difícil. Yo era igual a su edad. —Hizo una pausa—. Las muchachas están sometidas a un montón de presión, y a sabes. Se espera de ella que tome dos compañeros antes del invierno. Sé que Tryon se convertirá probablemente en su hombre-compañero, pero todavía está buscando una mujer-compañera.

—No tendrá ningún problema —dijo Ponter—. Es un buen partido.

Daklar sonrió.

—Sí que lo es. Tiene las mejores cualidades de Klast y... —De nuevo hizo una pausa, quizá preguntándose si estaba siendo demasiado directa—. Y las tuyas también.

Pero Ponter se sintió halagado por la observación.

—Cuando Klast murió, Jasmel y Mega estuvieron muy tristes. Megameg era

demasiado joven para comprender realmente lo que había pasado, pero Jasmel... Es difícil para una muchacha no tener madre.

Guardó silencio, y Ponter se preguntó si estaba esperando a que él le dijera que Jasmel había tenido una sustituta excelente. Ponter estaba empezando a pensar que eso era probablemente cierto, pero no sabía qué decir.

—He intentado ser una buena tabant —continuó Daklar—, pero no es lo mismo que tener una madre que las cuide. Una vez más, Ponter no estuvo seguro de cuál era la respuesta adecuada.

—No —dijo por fin—. Imagino que no.

—Sé que era imposible que pudieran haber ido a vivir con Adikor y contigo —dijo Daklar—. Dos niñas en el Borde...

—No —reconoció Ponter—. Eso habría sido imposible.

—¿Te...? —Daklar se calló, y miró de nuevo la hierba recién cortada que cubría la plaza—. ¿Te molestó que yo acabara cuidando de ellas?

Ponter se encogió un poco de hombros.

—Eras la mujer-compañera de Klast. Era lógico que ella te nombrara tabant. Daklar ladeó levemente la cabeza. Habló en voz baja.

—No es eso lo que preguntaba.

Ponter cerró los ojos y resopló.

—No, no lo era. Sí, supongo que me molestó... perdóname por decirlo así. Quiero decir, yo soy su padre, su pariente genético. Tú...

Daklar esperó a que continuara, pero cuando quedó claro que no iba a hacerlo, acabó su frase por él.

—No era de su sangre —dijo—. No eran mis hijas, y sin embargo acabé cuidando de ellas.

Ponter no dijo nada; no había ninguna respuesta amable.

—No importa —dijo Daklar, tocando el brazo de Ponter durante un latido—. Es normal que te sientas de esa forma. Es natural.

Varios gansos pasaron volando y algunos zorzales posados en la hierba echaron a volar cuando los dos se acercaron.

—Quiero mucho a mis hijas —dijo Ponter.

—Yo también las quiero —dijo Daklar—. Sé que no son mías, pero he vivido con ellas toda su vida y, bueno, las amo como si lo fueran.

Ponter dejó de caminar y miró a Daklar. Nunca había reflexionado sobre ese tipo de relación; siempre había dado por sentado que los hijos de otra persona eran un poco molestos... desde luego Dab, el hijo de Adikor, era un pillastre. En una familia normal, Daklar hubiese tenido hijos propios. Una hija o un hijo de la generación 148 todavía viviría con su madre y la mujer-compañera de ésta, y una hija de la generación 147 estaría también en casa, aunque se emparejara con un hombre-compañero y una mujer-compañera propios al cabo de varios meses.

—Pareces sorprendido —dijo Daklar—. Yo quiero a Jasmel y a Mega.

—Bueno, y o... supongo que nunca lo había pensado. —Daklar sonrió.

—Así que ya ves, tenemos mucho en común. Los dos amábamos a la misma mujer. Y los dos amamos a las mismas niñas.

Ponter y Daklar decidieron empezar viendo una obra que se representaba en un anfiteatro al aire libre. A Ponter siempre le había gustado el teatro en vivo y aquella obra era una de sus favoritas: Wamlar y Kolapa, una pieza histórica sobre un cazador varón y una recolectora hembra. Aquel tipo de obra sólo se representaba cuando Dos se convertían en Uno y actores y actrices podían trabajar juntos. El argumento dependía de todo tipo de giros y quiebros imposibles en la moderna era del Acompañante: gente que se perdía, o que no podía comunicarse a distancia, otros que no podían demostrar que habían estado en un lugar concreto en un momento específico, y conflictos de intereses.

Ponter descubrió que su rodilla se apretaba contra la de Daklar, mientras permanecían sentados cruzados de piernas, uno al lado del otro, en el anfiteatro.

Si que era una buena obra.

La pequeña Megameg, que estaba jugando con unos amigos, pareció encantada de ver a su padre y cruzó corriendo el patio para salir a su encuentro.

—Hola, cariño —dijo Ponter, alzándola en brazos.

—¡Hola, papá! —Miró a Daklar y dijo, en un tono que Ponter consideró igualmente cálido—: ¡Hola, Daklar!

Ponter sintió un leve retortijón. Esperaba que la niña demostrara una preferencia obvia por él, su padre biológico, en vez de por su tutora legal. Pero se le pasó rápidamente. Su hija menor, lo sabía, tenía amor de sobra para repartir. La abrazó de nuevo y la soltó.

—¡Mirad lo que sé hacer! —dijo la niña. Corrió unos cuantos pasos y dio una voltereta hacia atrás.

—¡Guau! —dijo Ponter, sonriendo con orgullo.

—¡Maravilloso! —exclamó Daklar dando una palmada. Ponter miró a Daklar y sonrió. Daklar le devolvió la sonrisa. Megameg quería evidentemente hacer otra pirueta, pero Ponter y Daklar no la estaban mirando.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Mirad! —gritó.

Ponter se quedó sin respiración. Megameg parecía cortada.

—¡Oops! —dijo con su vocecita—. Quiero decir, papá, Daklar... ¡mirad!

A media tarde, Ponter estaba cada vez más nervioso. Después de todo, aquello era Dos que se convierten en Uno, y él no era ningún idiota. Pero no había practicado el sexo con una mujer... bueno, su primer pensamiento fue que no lo había practicado desde la muerte de Klast, hacía dos diezmese. Pero hacía más todavía. Oh, había amado a Klast hasta el día de su fallecimiento, pero el cáncer

había hecho estragos antes de eso. Había sido... en realidad, no estaba seguro. Ponter nunca se había permitido pensar que aquella era la última vez que hacía el amor con Klast, que aquella era la última vez que entraría en ella, pero...

Pero había habido una última vez, un apareamiento final antes de que ella estuviera demasiado débil para volver a hacerlo. Eso debió de ser un diezmes entero antes de su muerte.

Bueno. Al menos treinta meses. Sí, Adikor lo había satisfecho durante ese lapso de tiempo, pero...

Pero no era lo mismo. Las relaciones físicas entre dos hombres (o dos mujeres, para el caso), aunque igualmente señales de amor, eran entretenimiento, diversión. Pero el sexo era el acto de procreación potencial.

No había manera de que Daklar, o ninguna mujer, se quedara preñada durante este Dos que se convierten en Uno. Todas las mujeres, al vivir juntas, al inhalar las feromonas de las demás, tenían sincronizados sus ciclos menstruales. No sería posible que ninguna de ellas se quedara preñada en esta época del mes. Sí, el año próximo, cuando fuera a ser concebida la generación 149, el Gran Consejo Gris cambiaría las fechas del Dos que se convierten en Uno para que coincidiera con el momento de máxima fertilidad.

Con todo, aunque no hubiera ninguna posibilidad de que Daklar concibiera, había pasado mucho tiempo desde...

—Llevemos a las niñas a la plaza Darson y comamos algo —dijo Daklar.

Ponter sintió que su ceja subía por su ceño. Las niñas. No había duda de a quién pertenecían. Sus niñas.

Las niñas de ella.

Las niñas de ambos.

Daklar sabía cómo hacerse querer. Un acercamiento sexual lo hubiera hecho sentirse incómodo, inseguro. Pero una salida con las niñas...

Era justo lo que él necesitaba.

—Claro —dijo—. Claro.

Ponter llamó a Megameg, y se fueron a buscar a Jasmel, cosa que fue bastante fácil, ya que su Acompañante y Hak podían comunicarse entre sí. Había montones de niños jugando todavía, pero muchos adultos se habían ido a sus casas para hacer el amor. Unos pocos adultos (hombres y mujeres) estaban todavía en la calle.

Ponter no había visto a muchos niños en el mundo gliksin, pero había deducido que no se quedaban solos de aquella manera. La sociedad gliksin estaba doblemente herida. Primero, nunca había purgado su poso genético, eliminando las tendencias psicológicas más indeseables. Y segundo, ningún Lewis Trob había aparecido para liberarla: sin los implantes Acompañantes y grabadores de coartadas, los gliksins estaban todavía expuestos a ataques personales y, basándose en lo poco que había visto del sistema de video gliksin, los niños eran

objetivos corrientes.

Pero aquí, en este mundo, los niños podían vagar libremente noche y día. Ponter se preguntó cómo conservaban la cordura los padres en el mundo gliksin.

—¡Allí está! —dijo Daklar, divisando a la hija de Ponter antes de que lo hiciera él mismo. Jasmel y Tryon miraban un conjunto de artefactos de desguace expuesto al aire libre.

—¡Jasmel!, —llamó Ponter, saludando. Su hija alzó la cabeza, y a él le encantó ver una sonrisa instantánea, no una mirada de decepción porque hubiera interrumpido su momento con Tryon.

Ponter y Daklar recorrieron la distancia que los separaba.

—Estábamos pensando en ir a la plaza Darson, para comer búfalo.

—Me gustaría pasar un rato con mis padres —dijo Tryon, ya fuera porque captó algún indicio por la postura de Ponter o porque quería de verdad hacer lo que decía. Tryon se inclinó hacia delante y le lamó la cara a Jasmel—. Te veré esta noche.

—Vamos —dijo Megameg, agarrando la mano de Ponter con la izquierda y la de Daklar con la derecha. Jasmel se situó junto a Ponter, y él le pasó un brazo por los hombros, y los cuatro se marcharon juntos.



Aunque Mary hubiese preferido una oportunidad para pensárselo, la oferta de Jock Krieger no le planteaba en realidad ningún dilema: era, simplemente demasiado buena para dejarla pasar.

Y aquel día se celebraba la única reunión del departamento antes del comienzo del año académico. No todo el mundo asistiría: algunos miembros del claustro todavía estarían en sus casitas de campo, o simplemente se negaban a asistir a la universidad antes del primer martes de septiembre. Pero la mayoría de sus colegas estarían allí, y ésta sería la mejor oportunidad para preparar las sustituciones de sus clases. Mary sabía que tenía suerte: había sido mujer en el momento adecuado, cuando Cork y muchas otras universidades estaban corrigiendo desequilibrios históricos en sus contratos, sobre todo en ciencias. No había tenido problemas en ser la primera en conseguir la plaza de adjunta, y luego la cátedra propiamente dicha, mientras que muchos varones de su edad todavía estaban sobrellevando sustituciones temporales.

—Bienvenidos a todos —dijo Qaiser Remtulla—. Espero que hayan pasado un buen verano.

La docena de personas sentada alrededor de la mesa de conferencias asintió.

—Eso está bien —dijo Qaiser. Era una paquistaní de cincuenta años, vestida con una bonita blusa beige y pantalones a juego—. Naturalmente —dijo, sonriendo ahora—, estoy segura de que nadie ha tenido un verano mas excitante que nuestra Mary.

Mary sintió que se ruborizaba, y Cornelius Ruskin y un par más aplaudieron brevemente.

—Gracias —dijo.

—Pero —continuó Qaiser—, si podemos solucionarlo, a Mary le gustaría tomarse un permiso.

Frente a ella en la mesa, Cornelius se enderezó. Mary sonrió; sabía lo que iba a pasar y estaba dispuesto a aprovechar su oportunidad.

—Mary tiene que impartir segundo de genética, tercero de regulación de expresión genética, y el cuarto de genética eucariótica —dijo Qaiser—. Además, tiene dos estudiantes en prácticas a los que supervisar: Daria Klein, que está trabajando en ADN humano antiguo, y Graham Smythe, que está... ¿qué es lo

que hace, Mary?

—Una reevaluación de la taxonomía del pájaro cantor, basándose en estudios de ADN mitocondrial.

—Eso es —asintió Qaiser. Miró por encima de sus gafas—. Si alguien está interesado en encargarse de algún curso extra...

A la primera sílaba de «alguien», la mano de Cornelius Ruskin saltó al aire. Mary sintió lástima por el pobre Cornelius. Tenía treinta y cinco o treinta y seis años, y hacía ocho que era doctor en genética. Pero no había empleos a tiempo completo para los varones blancos en el departamento. Diez años antes hubiese podido conseguir su cátedra: hoy, ganaba seis mil dólares al año por medio curso y doce mil por curso completo, y vivía en una porquería de apartamento en Driftwood, un barrio cercano que los estudiantes evitaban: su «ático en las chabolas», lo llamaba Cornelius.

—Yo me quedaré con regulación —dijo Cornelius—. Y con genética eucariótica.

—Puedes quedarte con eucariótica y el curso introductor de segundo —dijo Qaiser—. No puedes quedarte con todas las perlas.

Cornelius asintió filosófico.

—Hecho.

—Bueno, en ese caso —dijo Devon Greene, otro varón blanco, otro instructor temporal—, ¿puedo quedarme con el curso de regulación de expresión genética?

Qaiser asintió.

—Es todo tuyo.

Miró a Karen Clee, una mujer negra de la misma edad que Mary.

—¿Puedes encargarte... veamos, de la señorita Klein? Los instructores temporales no podían supervisar a los estudiantes de posgrado.

—Prefiero al tipo de los pájaros —dijo Karen.

—Muy bien —respondió Qaiser—. ¿Quién quiere a la señorita Klein?

No hubo ninguna respuesta.

—Veámoslo de esta forma —dijo Qaiser—. ¿Quién quiere a la señorita Klein y el viejo despacho de Mary?

Mary sonrió: tenía un buen espacio de oficina, con una bonita vista al invernadero.

—¡Adjudicado! —dijo Helen Wright.

—Ya está —dijo Qaiser. Se volvió hacia Mary y sonrió—. Parece que tendremos que apañárnoslas sin ti este año.

Después de la reunión del departamento, Mary regresó a su laboratorio. Deseaba que Daria y Graham, sus estudiantes de pos grado, estuvieran allí: les debía algunas explicaciones personales.

Y, sin embargo, ¿qué explicación podría dar? La obvia, una inmejorable oferta de trabajo en Estados Unidos, era sólo parte de la historia. Mary había

tenido propuestas de universidades americanas en el pasado; no podía decir que no la hubieran tentado antes. Pero siempre las había rechazado, diciéndose que prefería Toronto, que encontraba su clima «enriquecedor», que echaría de menos la CBC y el maravilloso teatro en directo y Caribanna y Detective de Baker Street y Yorkville y Le Sélect Bistro y el ROM y los restaurantes sin fumadores y los Blues Jays y The Globe and Mail y la medicina pública y la serie de lecturas de Harbourfront.

Naturalmente, podría hablarles de las ventajas del trabajo, pero el motivo principal por el que se marchaba era la violación. Sabía que se cometían violaciones en todas partes; no estaría más a salvo en otra ciudad. Pero lo mismo que alejarse le había servido de acicate en Sudbury para investigar la demencial historia del neanderthal vivo que habían encontrado allí, parecía que lo mismo podría impulsarla a marcharse de nuevo de Toronto. Tal vez, a Daria hubiera podido contárselo pero se sentía incapaz de hablar de ello con Graham Smythe... ni con ningún hombre, al menos en este mundo.

Mary se puso a recoger sus efectos personales y a guardarlos en una vieja caja de plástico para leche que llevaba años dando vueltas por el laboratorio. Un calendario de pared con imágenes de puentes cubiertos, una foto enmarcada de sus dos sobrinos; un tazón con el logo de Canadá AM, programa que llevaba siguiendo casi una década, desde que recuperó el ADN de un oso de treinta mil años que encontraron congelado en el Yukon. La mayoría de los libros de los estantes pertenecían a la universidad; pero se llevó la media docena de volúmenes que eran suyos, incluida una edición reciente del CRC Handbook.

Mary contempló el laboratorio con los brazos en jarras. Algún otro se encargaría de secuenciar el ADN de los palomos migratorios: en eso estaba trabajando ella antes de marcharse a Sudbury. Y aunque la propia Mary había comprado la mayoría de las plantas del laboratorio, sabía que podía contar con que Daria las regaría.

Bueno: todo zanjado. Recogió la caja de leche, que ahora era bastante pesada, se dirigió hacia la puerta y...

No. No, faltaba algo.

Podía dejarlas allí, supuso. Nadie las tiraría en su ausencia, después de todo. Demonios, había muestras allí dentro del viejo Daniel Colby, que llevaba dos años muerto.

Mary soltó la caja y se acercó al frigorífico que utilizaban para almacenar muestras biológicas. Abrió la puerta y dejó que la bocanada de aire frío la cubriera.

Allí estaban: dos contenedores opacos de muestras, ambos etiquetados «Vaughan 666».

Uno contenía las bragas que llevaba aquella noche, y el otro... El otro contenía la inmundicia que él había dejado en su interior. Pero no. No, no debería

llevárselos. Estaban bien donde estaban y, además, ni siquiera quería tocados. Cerró el frigorífico y se dio media vuelta.

Justo en aquel momento Cornelius Ruskin asomó la cabeza por la puerta del laboratorio.

—Hola, Mary.

—Hola, Cornelius.

—Sólo quería decirte que te echaremos de menos y... bueno, quería darte las gracias por el curso extra.

—No hay de qué —dijo Mary—. No se me ocurre nadie mejor cualificado para impartido.

No estaba siendo simplemente amable: sabía que era cierto. Cornelius era un niño prodigio; licenciado por la Universidad de Toronto, había obtenido su doctorado en Oxford, donde estudió en el Centro de Biomoléculas Antiguas.

Mary se acercó a la caja de leche.

—Deja que yo la lleve —dijo Cornelius—. ¿Al coche?

Ella asintió. Cornelius se agachó flexionando las rodillas, como se supone que hay que hacer, y levantó la caja. Salieron al pasillo. Viniendo desde el otro extremo vieron a Jeremy Banyon, un estudiante de posgrado, pero no de Mary.

—Hola, profesora Vaughan —dijo—. Hola, doctor Ruskin.

Mary vio que Cornelius conseguía esbozar una sonrisita tensa. Mary y los otros miembros del claustro eran llamados siempre «profesor», el término que se empleaba para dirigirse a los catedráticos, pero Cornelius no tenía ese honor. Sólo en los ambientes académicos el término «doctor» era el premio de consolación, y pudo ver en su expresión cuánto anhelaba Cornelius el otro título.

Mary y Cornelius bajaron las escaleras y salieron al pegajoso calor de agosto. Cruzaron York Lanes hasta el aparcamiento, y él la ayudó a guardar las cosas en el maletero de su Honda. Mary se despidió, subió al coche, lo puso en marcha y se dirigió hacia su nueva vida.

—Interesante que iniciara tan pronto otra relación —dijo Selgan, con tono neutral.

—No estaba iniciando otra relación —replicó Ponter—. Conocía a Daklar Bolbay desde hacía más de doscientos meses.

—Oh, sí. Después de todo, era la mujer—compañera de su mujer—compañera. Ponter cruzó los brazos sobre el pecho.

—Exactamente.

—Así que naturalmente la conocía —reconoció Selgan, asintiendo.

—Eso es. —Ponter lo dijo a la defensiva.

—Y, en todo el tiempo que había conocido a Daklar, ¿fantaseó alguna vez con ella?

—¿Qué? ¿Quiere decir sexualmente?

—Sí, sexualmente.

—Por supuesto que no.

Selgan se encogió levemente de hombros.

—No es algo tan raro. Muchísimos hombres fantasean con las mujeres de sus mujeres—compañeras.

Ponter guardó silencio unos cuantos latidos, y luego, en voz baja, admitió:

—Bueno, hay una diferencia entre algunos pensamientos dispersos y fantasear...

—Por supuesto —dijo Selgan—. Por supuesto. ¿Había tenido a menudo pensamientos dispersos con Daklar?

—No —repuso Ponter. Guardó silencio de nuevo, luego añadió—: bueno «a menudo» es un término subjetivo. Quiero decir, claro, de vez en cuando, supongo, pero Selgan sonrió.

—Como decía, no tiene nada de raro. Hay mucha pornografía dedicada a ese mismo tema. ¿Ha participado alguna vez en...?

—No.

—Si usted lo dice. Pero detecto una cierta incomodidad. Algo sobre este cambio en su relación con Daklar lo molestó. ¿Qué fue?

Ponter volvió a guardar silencio.

—¿Fue que sentía que estaba mal, porque Klast había muerto tan

recientemente?

Ponter negó con la cabeza.

—No era eso. Klast estaba muerta. De hecho, estar con Daklar me ayudaba a recordar a Klast. Después de todo, Daklar era la única persona del mundo que conocía a Klast tan íntimamente como yo.

—Muy bien, pues —dijo Selgan—. Déjeme que le haga otra pregunta.

—Dudo que pueda impedirselo.

—Eso es verdad —respondió Selgan, sonriendo—. En ese punto, no sabía usted cuál iba a ser la decisión del Gran Consejo Gris respecto a volver a entablar contacto con el mundo gliksin. ¿Estaba su incomodidad relacionada con la sensación de que le estaba siendo infiel a Mary al pasar el tiempo con Daklar?

Ponter se rió con todas sus ganas.

—¿Ve? Ya se lo decía, los escultores de personalidad siempre buscan respuestas simples y zafias. Yo no estaba atado a Mary Vaughan. No estaba comprometido con ella en ningún aspecto. Mi incomodidad...

Ponter se interrumpió, y Selgan esperó un rato, presumiblemente para ver si continuaba. Pero no lo hizo.

—Se ha detenido —dijo Selgan—. Había un pensamiento terminado en su cerebro, pero decidió no darle valor... ¿Cuál era ese pensamiento?

Ponter inspiró profundamente, sin duda absorbiendo las feromonas de Selgan, tratando de percibir la naturaleza de la trampa que le estaban tendiendo. Pero Selgan tenía una habilidad pasmosa para controlar sus propios olores corporales: eso era lo que lo convertía en un terapeuta efectivo. Esperó pacientemente, y por fin volvió a hablar.

—No era a Mary a quien estaba siendo desleal. Era a Adikor.

—Su hombre—compañero —dijo Selgan, como si intentara situar el nombre.

—Sí.

—Su hombre—compañero que lo había traído de vuelta de ese otro mundo, de Mary Vaughan...

—Sí. No. Quiero decir, él...

—Hizo lo que tenía que hacer; sin duda —dijo Selgan—. Pero, a pesar de todo, en el fondo, había una parte de usted que... bueno, ¿qué?

Ponter cerró los ojos.

—Que lo lamentaba.

—Por haberlo traído a casa.

Ponter asintió.

—Por haberlo separado de Mary. Asintió otra vez.

—Por apartarlo de una sustituta potencial de Klast.

—Nadie puede sustituir a Klast —replicó Ponter—. Nadie.

—Por supuesto que no —dijo Selgan rápidamente, alzando las manos, las palmas hacia fuera—. Perdóneme. Pero, sin embargo, le atraía, en alguna parte

en su interior, flirtear con Daklar, la mujer que casi había hecho castrar a Adikor en su ausencia. Su subconsciente quería castigarlo, ¿no? ¿Hacerle pagar por haberlo traído de ese otro mundo?

—Se equivoca —dijo Ponter.

—Ah —dijo Selgan amablemente—. Bueno, a menudo me equivoco, por supuesto ...

Dos habían dejado por fin de ser Uno, y Ponter y Adikor habían regresado con los otros varones al Borde. Ponter no había comentado el tiempo pasado con Daklar durante el trayecto a casa en el hoverbús. No era que a Adikor le hubiera molestado que Ponter pasara el tiempo con una mujer; estar celoso de las relaciones de tu hombre—compañero con el sexo opuesto era una completa ridiculez.

Pero Daklar no era una mujer cualquiera.

En cuanto Ponter y Adikor se bajaron del hoverbús ante la casa, Pabo, la gran perra marrón rojiza de Ponter, salió corriendo a la puerta a recibirlos. A veces Pabo iba al Centro con ellos, pero esta vez la habían dejado en casa: el animal no tenía problemas para cazar su propia comida mientras Ponter y Adikor estaban fuera.

Todos entraron en la casa, y Ponter se sentó en la zona del salón.

Normalmente su trabajo era preparar la cena, y solía ponerse a hacerla en cuanto llegaban a casa, pero aquel día quería hablar con Adikor primero.

Adikor fue al cuarto de baño, y Ponter esperó, algo nervioso. Por fin escuchó el sonido de los chorros del agua corriente. Adikor salió y vio que Ponter ocupaba uno de los sofás. Alzó la ceja.

—Siéntate —dijo Ponter.

Adikor así lo hizo, montándose en una silla de horcajadas frente a Ponter.

—Quería que te enteraras por mí antes de que lo hicieras por nadie más —dijo Ponter.

Adikor podría haberlo instado a continuar, pensó Ponter, pero en cambio lo miró, expectante.

—He pasado casi todo el Dos que se convierten en Uno con Daklar.

Adikor se hundió visiblemente en la silla de horcajadas, las piernas colgando sueltas por los lados.

—¿Daklar? —repitió, y entonces, como si pudiera haber otra—: ¿Daklar Bolbay?

Ponter asintió.

—¿Después de lo que me hizo?

—Quiere ser perdonada —dijo Ponter—. Por tu parte y por la mía.

—¡Intentó que me castraran!

—Lo sé —respondió Ponter en voz baja—. Lo sé. Pero no tuvo éxito.

—Sin cuchilla, no hay herida —repuso Adikor—. ¿Es eso?

Ponter guardó silencio un buen rato, ordenando sus pensamientos.

Había ensayado aquello mentalmente durante el trayecto de vuelta desde el Centro, pero, como siempre solía pasar en estos casos, la realidad había divergido ampliamente del guión planeado.

—Mira, hay que pensar en mis hijas. No está bien que su padre y la mujer con la que viven estén enfadados.

—A mí también me preocupan Megameg y Jasmal —dijo Adikor—. Pero no fui yo quien creó este conflicto.

Ponter asintió lentamente.

—Cierto. Pero, a pesar de todo... han sufrido mucho estos últimos dos diez meses.

—Lo sé —contestó Adikor—. Yo también siento mucho que Klast muriera, pero, repito, no fui yo quien causó el conflicto. Fue Daklar Bolbay.

—Lo comprendo —dijo Ponter—. Pero... pero perdonar no sólo beneficia a la persona perdonada. También beneficia a la persona que perdona. Ir por ahí llevando dentro el odio y la cólera... —Ponter sacudió la cabeza—. Es mucho mejor soltarlo todo, completamente.

Adikor pareció considerar esto y, al cabo de un momento, dijo:

—Hace unos doscientos meses, te herí.

Ponter sintió que su boca se tensaba. Nunca hablaban de aquello: nunca. Eso, en parte, les había permitido continuar.

—Y —continuó Adikor—, tú me perdonaste.

Ponter permaneció impasible.

—Nunca me pediste nada a cambio —dijo Adikor—, y sé que no lo estás haciendo ahora, pero...

Pabo, evidentemente preocupada por la ruptura de la rutina (¡era la hora de preparar la cena!), entró en el salón y olisqueó las piernas de Ponter, quien extendió la mano y rascó la cabeza de la perra.

—Daklar quiere ser perdonada —dijo Ponter.

Adikor miró el suelo cubierto de hierba. Ponter sabía lo que estaba pensando. La castración era el grado de castigo más alto permitido por la ley, y Daklar había pretendido que se le aplicara aunque no había cometido ningún crimen. Sus propias circunstancias desafortunadas proporcionaron el motivo, si no la excusa, para su conducta.

—¿Vas a unirte a ella? —preguntó Adikor, sin levantar la cabeza.

Se daba el caso de que Ponter apreciaba a la mujer—compañera de Adikor, la química Lurt, pero desde luego no había ninguna ley que dijera que tenías que llevarte bien con la compañera de tu compañero.

—Es prematuro pensar siquiera en eso —contestó Ponter—. Pero he pasado



cuatro días divertidos con ella.

—¿Ha habido sexo?

Ponter no se ofendió por la pregunta; era bastante normal que dos hombres emparejados discutieran de sus encuentros íntimos con mujeres: de hecho, era una forma común de abordar lo que cada hombre encontraba agradable, algo siempre difícil de tratar.

—No —dijo Ponter. Se encogió de hombros—. Podría haberlo habido, si hubiésemos tenido ocasión, pero pasamos la mayor parte del tiempo con Jasmel y Megameg.

Adikor asintió, como si Ponter estuviera revelando una enorme conspiración.

—La manera de ganar el amor de un hombre es prestando atención a sus hijos.

—Ella es su tabant, lo sabes. En cierto modo, también son hijas tuyas.

Adikor no respondió.

—Bien —dijo Ponter por fin—, ¿la perdonarás?

Adikor miró la pintura del techo de la habitación un rato, y luego dijo:

—Irónico, ¿verdad? Este asunto entre nosotros dos existe sólo por tu amabilidad conmigo hace todos esos diez meses. Si hubieras presentado una acusación pública después de lo que te hice me habrían castrado ya entonces. En tal caso no habría tenido testículos que Daldar pudiera buscar en tu ausencia. — Alzó los hombros—. No tengo más remedio que perdonarla, y a que tú lo desees.

—Puedes elegir —dijo Ponter.

—Como hiciste tú, hace todos esos meses. —Adikor asintió—. La perdonaré.

—Eres un buen hombre —dijo Ponter.

Adikor frunció el ceño, como si reflexionara sobre el cumplido.

—No —dijo—. No, soy un hombre adecuado. Pero tú, amigo mío...

Ponter sonrió y se puso en pie.

—Es hora de que me ponga a preparar la cena.

Aunque Dos acaban de dejar de ser Uno, Ponter y Adikor regresaron al Centro, a la cámara del Consejo. Los Grandes Grises habían anunciado que estaban preparados para tomar una decisión sobre la reapertura del portal.

La cámara del Consejo estaba repleta de espectadores de ambos sexos. Adikor parecía bastante incómodo, y Ponter tardó un instante en advertir por qué. La última vez que había estado en aquella sala, igual de abarrotada que ahora, había sido en el dooslarm basadlarm. Pero Adikor no hizo ningún comentario sobre su inquietud (después de todo, hacerla habría supuesto sacar de nuevo a colación su desafortunada historia con Daklar), y Ponter lo amó aún más por ello.

Había once exhibicionistas entre el público, vestidos de plateado. Ponter nunca había llegado a acostumbrarse a la idea gliksin de las «noticias»: una

constante fuente de información (algunos canales dedicaban a ello diez décimos del día) acerca de las cosas malas que sucedían por todo el mundo. Los implantes Acompañantes, que habían asegurado la seguridad de los ciudadanos desde hacía ya casi un millar de meses, habían puesto fin a los robos y asesinatos y ataques. De cualquier forma, los humanos seguían igualmente ansiosos de información. Ponter había leído que los chismes eran para la gente igual que despiojarse para los otros primates: servía para unirles. Y por eso algunos ciudadanos hacían su contribución permitiendo que las transmisiones de sus implantes fueran recibidas públicamente por todo el que lo deseara; la gente sintonizaba sus miradores con el exhibicionista que prefería ver.

Un par de exhibicionistas asistían siempre a las sesiones del Consejo, pero el tema que iba a tratarse aquel día era, de amplio interés, e incluso exhibicionistas que normalmente sólo asistían a acontecimientos deportivos o lecturas poéticas estaban allí presentes.

Pandaro, la presidenta del Gran Consejo, se levantó para dirigirse a los congregados. Usaba un bastón de madera tallada para sostenerse.

—Hemos estudiado los asuntos que los sabios Huld y Boddit nos han planteado —dijo—. Y hemos reflexionado sobre la rica narración del sabio Boddit de su viaje al mundo gliksin y la prueba física que tenemos de él.

Ponter acarició el pequeño objeto de oro que a veces llevaba al cuello. No le había gustado tener que darlo a analizar, y le encantaba tenerlo otra vez en su poder. Mary se lo había dado justo antes de dejar su mundo: un par de barras de oro cruzadas, una más larga que otra.

—Y, después de discutirlo —continuó Pandaro—, creemos que el beneficio potencial de tener acceso a otra versión de la Tierra, y a otra clase de humanidad, con experiencia científica y bienes que intercambiar, es demasiado grande para ser ignorado.

—¡Es un error! —gritó un hombre desde la galería de asientos del otro lado—. ¡No lo hagan!

El consejero Bedros, sentado junto a la presidenta Pandaro, dirigió una firme mirada a la persona que había gritado.

—Su opinión fue anotada si se molestó en votar sobre este asunto. No obstante, es trabajo de este Consejo tomar decisiones, y nos hará usted el favor de esperar hasta que oiga la nuestra.

Pandaro continuó.

—El Gran Consejo Gris, por una proporción de catorce a seis, recomienda que los sabios Huld y Boddit intenten reabrir el portal en el universo paralelo. Presentarán informes a este Consejo cada diez días, y la continuación de este trabajo queda sujeta a revisión cada tres meses.

Ponter se levantó e hizo una ligera reverencia.

—Gracias, presidenta.

Adikor también se puso en pie, y los dos hombres se abrazaron.

—Dejen eso para más tarde —dijo Pandaro—. Ahora vayamos a los asuntos más importantes de la seguridad y la salud...

—Bienvenido al Grupo Sinergia, profesora Vaughan.

Mary sonrió a Jock Krieger. En realidad no sabía qué esperar de las instalaciones. El Grupo Sinergia resultó estar alojado en... bueno, una mansión, una mansión de las de dinero antiguo en la zona de Seabreeze de Rochester, justo a la orilla del lago Ontario. A Ponter le hubiese gustado aquel lugar: Mary había visto a una garza caminar por la playa de arena, y patos, gansos y cisnes en la bahía, repleta de embarcaciones de recreo.

—Déjeme que le vaya mostrando —continuó Krieger, conduciendo a Mary al interior de la casa.

—Gracias.

—Tenemos en estos momentos a veinticuatro personas en nuestro personal —dijo Krieger—, y seguimos creciendo.

Mary se sorprendió.

—¿Veinticuatro personas trabajando todas en los temas de inmigración neanderthal?

—No, no, no. Sinergia se dedica a mucho más que a eso. El proyecto ADN es la principal prioridad, porque es algo que puede que necesitemos de inmediato si el portal vuelve a abrirse. Pero aquí estudiamos también todos los aspectos de la situación neanderthal. El Gobierno estadounidense está particularmente interesado en los implantes Acompañantes, y...

—El Gran Hermano te vigila —dijo Mary.

Pero Krieger negó con la cabeza.

—No querida, nada de eso. Es simplemente que, si creemos en lo que dijo Ponter ayer, el implante Acompañante puede realizar grabaciones detalladas de 360 grados de todo lo que sucede alrededor de un individuo. Si, tenemos a cuatro sociólogos evaluando si los usos concretos que los neanderthales dan a ese tipo de monitorización podrían tener alguna aplicación en este mundo... aunque, francamente, lo dudo: valoramos demasiado la intimidad. Pero, claro, si el portal vuelve a abrirse, queremos estar a la par con ellos. Si sus emisarios pueden grabar sin esfuerzo todo lo que vean y oigan en todo momento, obviamente nos gustaría que nuestros emisarios a su mundo tuvieran la misma ventaja. Se trata de comercio, después de todo... comercio justo.

—Ah —dijo Mary—. Pero Ponter dijo que su Acompañante no podía transmitir nada desde aquí a los archivos de coartadas. Ninguna de las imágenes de su visita fue grabada.

—Sí, sí, un problema tecnológico menor, estoy seguro. Se podría construir una grabadora en este lado.

Habían recorrido un largo pasillo y al final Krieger abrió una puerta. Dentro había tres personas: un hombre negro, y un hombre y una mujer blancos. El negro estaba repantigado en su silla, lanzando bolas de papel a una papelera. El tipo blanco contemplaba la playa y el lago Ontario. Y la mujer caminaba de un lado a otro delante de una pizarra blanca, con un rotulador en la mano.

—Frank, Kevin, Lilly, me gustaría presentarlos a Mary Vaughan —dijo Krieger.

—Hola —dijo Mary.

—¿Estás en imágenes? —preguntó Lilly.

—¿Cómo?

—Imágenes —dijo Frank

—Imágenes —repitió Kevin... o quizás era al revés.

—Ya sabes —añadió el negro, atento—, fotografía y todo eso.

—Hay un motivo por el que estamos en Rochester —explicó Krieger—. Kodak, Xerox y Bausch & Lomb tienen su sede aquí. Como decía, reproducir la tecnología Acompañante es una prioridad: no hay ninguna ciudad en todo el mundo que tenga más expertos en imágenes y óptica.

—Ah —dijo Mary. Miró a los tres ocupantes de la habitación—. No, soy genetista.

—¡Oh, yo te conozco! —declaró el negro. Se levantó de la silla, cuyo respaldo emitió un sonido de alivio cuando retornó su posición normal—. Eres la mujer que se pasó todo ese tiempo con NP.

—¿NP?

—Neanderthal Prima —dijo Krieger.

—Se llama Ponter —dijo Mary, algo picada.

—Lo siento —dijo el negro. Le tendió la mano—. Soy Kevin Bilodeau y antes estaba con los pardillos de Kodak Escucha, nos encantaría darte la vara con lo del implante Acompañante. Lo viste de cerca. ¿Qué tipo de disposición de lentes tenía?

—Sólo una —dijo Mary.

—¿Ves? —exclamó Lilly, mirando acusadoramente al hombre que, por proceso de eliminación, tenía que ser Frank

—Ponter dijo que usaba campos sensores para grabar imágenes —dijo Mary.

—¿Dijo qué tipo de sensores? ¿Mencionó aparatos acoplados de carga?

—Holografía... ¿dijo algo de holografía?

—¿Qué tipo de resolución tenían los sensores? ¿Mencionó cuántos píxeles?

—¿Puedes describir...?

—¡Chicos! —dijo Jock en voz alta—. ¡Chicos! Mary va a estar con nosotros mucho, mucho tiempo. Tendréis ocasión de sobra para hablar con ella. Todavía está haciendo la visita de orientación.

Los tres pidieron disculpas, y todos charlaron de nimiedades durante unos minutos, hasta que Krieger sacó a Mary de la habitación.

—Desde luego son entusiastas —dijo Mary, una vez que se cerró la puerta.

Krieger asintió.

—Aquí todos lo son.

—Pero no veo cómo van a conseguir lo que les ha pedido. Quiero decir, he oído hablar de la ingeniería inversa, pero sin una muestra del implante Acompañante, ¿cómo esperar duplicarla?

—Sólo saber que es posible puede que sea suficiente para ponerlos en la dirección adecuada.

Krieger abrió la puerta del otro lado del pasillo, y Mary notó que los ojos se le abrían como platos.

—¡Louise! —exclamó.

Sentada ante una mesa de trabajo, con un ordenador portátil ante sí, estaba Louise Benoit, la posdoctorada en física que había salvado la vida de Ponter cuando apareció dentro del tanque de agua pesada del Observatorio de Neutrinos de Sudbury.

—Hola, Mary —dijo Louise, hablando con el acento francés que Mary había llegado a conocer tan bien. Se levantó, y su denso pelo negro le cayó por la espalda. Mary tenía treinta y ocho años y sabía que Louise tenía veintiocho... pero sabía también que ella no había tenido ese aspecto ni siquiera a los dieciocho. Louise tenía buen pecho, buenas piernas y el rostro de una modelo. A Mary le había caído mal instintivamente la primera vez que la vio.

—Me había olvidado de que ya conoce a la doctora Benoit —dijo Krieger.

Mary sacudió la cabeza, sorprendida.

—Es usted un pozo de sorpresas, Jock —Miró de nuevo a Louise, preguntándose cómo alguien podía estar tan radiante sin maquillaje—. Me alegro de verte, Louise. —Y entonces la curiosidad le pudo—. ¿Cómo está Reuben?

Reuben Montego era el médico de la mina Creighton. Louise había tenido un tórrido romance con él mientras Mary, Ponter, Reuben y ella permanecían en cuarentena en Sudbury. Mary lo había considerado un simple pasatiempo, así que le sorprendió la respuesta de Louise.

—Está bien —dijo—. Me ayudó a trasladar aquí mis cosas y volveremos a vernos este fin de semana.

—Ah —respondió Mary. La habían puesto en su sitio—. ¿Y en qué trabajas aquí?

—La doctora Benoit dirige nuestro Grupo Portal —dijo Krieger.

—Eso es —confirmó Louise—. Estamos intentando desarrollar la tecnología necesaria para abrir un portal desde nuestro lado hasta el otro universo.

Mary asintió. Louise no se había pasado todo el tiempo haciendo el amor con Reuben; también había mantenido muchas conversaciones de madrugada con Ponter Boddit, y sin duda sabía más sobre el punto de vista que los neanderthales tenían de la física que ninguna otra persona en nuestra versión de la Tierra. Mary estaba avergonzada de sí misma: Louise nunca le había hecho nada, su único delito era ser hermosa.

—Me encantará pasar un rato con vosotros otra vez —dijo Mary.

—Bueno, podría tener una compañera de cuarto —dijo Louise.

—¿Qué te parece? Nos llevamos bien cuando estuvimos en cuarentena en casa de Reuben.

—Mmm, no —dijo Mary—. No, gracias. Yo, ah, me gusta mi intimidad.

—Bueno, no tendrás problema en encontrar casa aquí, en Rochester.

Krieger asintió.

—Tanto Xerox como Kodak han tenido un montón de bajas en los últimos años, y son la principal fuente de empleo de la ciudad. Se compran casas a precios ridículos, y podrá elegir usted entre cientos de apartamentos.

—Es bueno saberlo.

—Prueba con Bristol Harbour Village —dijo Louise—. Está a una hora de aquí, justo en uno de los lagos. Precioso. Hay montones de ciervos y se ven las estrellas de noche.

—Hablando de cielos nocturnos —dijo Mary, cayendo en la cuenta de que Louise podía ser la persona adecuada para preguntárselo—, en mi última noche en Sudbury, vi la aurora boreal volverse loca. ¿Cuál pudo ser la causa?

Louise miró a Mary unos segundos, como si no pudiera creer que se lo preguntara.

—¿No has visto las noticias?

Mary negó con la cabeza.

—He estado ocupada con la mudanza.

—El campo magnético de la Tierra se está comportando de manera errática —dijo Louise—. Las lecturas de todo el planeta lo confirman. La fuerza geodinámica está fluctuando sustancialmente.

—¿Qué podría causar eso?

Louise se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—¿Es peligroso?

—Probablemente no.

—¿Probablemente?

—Bueno, no ha pasado nunca nada parecido. Varios expertos opinan que el campo magnético de la Tierra se está desplomando como preludio a una

inversión de los polos.

Mary había oído hablar vagamente del tema, pero le agradó que fuera Krieger quien preguntase:

—¿Y eso quiere decir...?

—El campo magnético de la Tierra cambia su polaridad de vez en cuando... ya sabe, el polo norte se vuelve el polo sur, y viceversa —dijo Louise—. Ha sucedido más de trescientas veces en los anales geológicos, pero nunca en tiempos históricos, así que realmente no sabemos mucho acerca del proceso. Pero siempre se ha supuesto que las inversiones se produjeron por el colapso del campo magnético, que luego volvió a expandirse.

—Y dice que no hay nada de lo que preocuparse —dijo Krieger—. No tendrá relación con la extinción en masa, ¿verdad?

Louise negó con la cabeza.

—No. El campo se invirtió en la época en que murieron los dinosaurios, pero llevaba en ese estado más de un millón de años antes del final del Cretáceo. —Sonrió con aquella sonrisa de megavatos—. Lo peor que podría pasar es que tuviéramos que repintar las brújulas.

—Eso es un alivio —dijo Mary.

Louise asintió.

—Y puede que ni siquiera eso sea necesario. Por lo que sabemos, qué polo acaba siendo el norte y qué polo acaba siendo el sur se determina de manera mecánico-cuántica, lo que significa que es completamente aleatorio... y eso significa que sólo hay una posibilidad del cincuenta por ciento de que el campo acabe con la polaridad invertida.

Krieger alzó las cejas.

—Pero si eso es cierto, entonces, si hubiera habido un colapso del campo magnético cuando se extinguieron los dinosaurios, no sabríamos si el nuevo campo acabó teniendo la misma polaridad que antes.

—Se preocupa por nada, Jock —dijo Louise—. Los colapsos de campo magnético que conocemos no están asociados con ninguna extinción. Así que no tiene sentido suponer que los que nos pasaron por alto, porque el campo acabó con la misma polaridad que antes del colapso, tuvieran ningún efecto biológico.

Le sonrió a Krieger, quien, advirtió Mary, todavía parecía perdido en sus propios pensamientos.

—No se preocupe —dijo Louise—. Estoy segura de que saldremos bien de ésta.



—Me dijo usted antes que su único interés en ver abierto nuevamente el portal eran los beneficios que eso aportaría a la gente de nuestro mundo —dijo Jurard Selgan.

Ponter asintió, cortante.

—Así es.

—Y como la habilidad para entrar en contacto con ese otro mundo dependía del ordenador cuántico que usted había desarrollado con Adikor Huld, naturalmente se quedaría aquí, en esta Tierra, ayudando a supervisar las instalaciones de cálculo cuántico.

—Bueno... —empezó a decir Ponter, pero entonces se calló.

—Dijo que no tenía ningún interés personal en este asunto, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero se enfrentó de nuevo al Gran Consejo Gris, ¿no? Insistió en que se le permitiera regresar personalmente a la otra Tierra.

—Era lo único que tenía sentido —dijo Ponter—. Nadie de nuestro mundo excepto yo había estado allí. Conocía a algunas personas de allí y había aprendido mucho sobre su mundo.

—Y se negó a transferirle a nadie la base de datos lingüística gliksin que su implante Acompañante había recopilado a menos que se le garantizara el derecho a formar parte del siguiente grupo que viajara al otro mundo.

—No fue así —dijo Ponter—. Simplemente sugerí que mi presencia sería útil. El tono de Selgan era amable.

—Hizo algo más que «sugerir simplemente». Como prácticamente todo el mundo, lo vi casi todo en mi mirador. Si su propio recuerdo de los acontecimientos se ha borrado, podemos acceder fácilmente a su archivo de coartadas de ese día. Para eso fue construido aquí el centro de terapia, tan cerca del Pabellón de Archivos de Coartadas. ¿Vamos allí y...?

—No —dijo Ponter—. No, eso no será necesario.

—¿Entonces utilizó usted ... coacción quizá sea una palabra demasiado fuerte, para volver al otro mundo?

—Quería hacer la mayor contribución posible. El Código de la civilización requiere eso de cada uno de nosotros.

—Sí —reconoció Selgan— y si esa contribución, si pudiera servirse mejor al bien de la mayoría cometiendo un crimen, bueno, entonces...

—Se equivoca —dijo Ponter—. Entonces ni siquiera había imaginado mi crimen. Mi único objetivo... —Hizo una pausa, luego continuó—: Mi único objetivo era contribuir a que continuara el contacto y, sí, ver a mi amiga Mary Vaughan. Nunca hubiese ido allí de haber sabido lo que acabaría haciendo...

—Eso no es completamente cierto, ¿verdad? —dijo Selgan—. Dijo que si hubiera tenido la oportunidad de revivir el momento de su crimen, lo habría cometido igualmente.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

Ponter suspiró.

—Pero nada.

El Gran Consejo Gris había aceptado por fin la exigencia de Ponter de que le permitieran dejar el ordenador cuántico al cuidado de Adikor, para que él regresara al mundo gliksin. Esperaba que se mostraran conformes pero reacios (y estaba seguro de que así había sido), pero no que le concedieran el título de « enviado ».

Por mucho que quisiera regresar, y ver de nuevo a Mary, tenía sentimientos encontrados. Su última visita había sido un accidente, y le había aterrorizado no poder volver a casa. Aunque Adikor y él creían que era factible reabrir el portal y mantenerlo abierto durante tiempo indefinido, nadie lo sabía realmente con seguridad. Ponter y casi había perdido a Adikor, Jasmal y Megameg una vez: no estaba seguro de poder soportar perderlos de nuevo.

Pero no. Iría. A pesar de sus inquietudes, Ponter quería ir. Sí, le interesaba averiguar cómo se desarrollarían las cosas con Daklar Bolbay. Pero pasaría casi otro mes entero antes de que Dos volvieran a ser Uno, su próxima oportunidad de verla y, si todo iba bien, volvería a este mundo mucho antes.

Además, esta vez Ponter no viajaría solo. Lo acompañaría Tukana Prat, una hembra de la generación 144, diez años mayor que él.

La primera apertura del portal había sido un acontecimiento imprevisto; la segunda, un intento de rescate a la desesperada. Esta vez sería una operación planeada y ordenada.

Siempre había la posibilidad de que las cosas salieran mal, de que el portal se abriera a algún otro mundo, o que Ponter hubiera malinterpretado a los gliksins y estuvieran esperando una oportunidad para invadirlos desde el otro lado. En previsión de esto último, uno de los miembros más viejos del Consejo tendría un detonador en la mano. Se habían colocado explosivos en todas las salas de la instalación cuántica subterránea. Si las cosas iban mal, Bedros detonaría los

explosivos; miles de pedazos de roca se desplomarían, llenando la cámara. Y aunque las transmisiones del implante Acompañante de Bedros no llegaran a la superficie desde allí, sí que llegarían a los explosivos: si Bedros tenía que morir (si los gliksins u otras criaturas los invadían disparando sus armas) su Acompañante dispararía los explosivos.

Adikor, mientras tanto, se encargaría de un botón de emergencia menos radical. Si algo fallaba, podría desconectar toda la energía del ordenador cuántico, lo cual cortaría el enlace. Y si moría, su Acompañante podría hacer lo mismo. En la superficie, la entrada a la mina de níquel Debral había sido preparada igualmente con explosivos, y los controladores vigilaban, dispuestos a actuar en caso de emergencia.

Naturalmente, Ponter y Tukana no iban a aparecer sin más al otro lado. Se enviaría una sonda primero, con cámaras, micrófonos, aparatos para tomar muestras de aire y demás. La sonda había sido pintada de un naranja vivo y un aro de luces la rodeaba. Querían que no hubiera ninguna posibilidad de que los gliksins la confundieran con un aparato espía: Ponter había explicado la extraña obsesión de los gliksins por proteger su intimidad.

Como el robot enviado para rescatar a Ponter, la sonda suministraría datos a este lado a través de un cable de fibra óptica. Pero, al contrario que aquel desgraciado robot, estaría también sujeto por una fuerte cuerda de fibra sintética.

Aunque la sonda era tecnológicamente muy sofisticada, y el tubo de Derkers que se emplearía para obligar al portal a permanecer abierto era una pieza de ingeniería mecánica razonablemente compleja, la introducción del tubo sería una operación simple.

El ordenador cuántico de Ponter y Adikor había sido construido para hallar números verdaderamente enormes. Al hacerlo, accedía a universos paralelos donde ya existían otras versiones de sí mismo, y cada una de esas versiones probaba un solo factor potencial. Al combinar los resultados de todos los universos, se podían comprobar simultáneamente millones de factores potenciales.

Pero si el número era tan gigantesco que tenía más factores candidatos que universos paralelos donde aquella instalación de cálculo cuántico ya existía, el ordenador cuántico se veía obligado a tratar de acceder a universos donde no existía una versión de sí mismo. En cuanto conectara con uno de esos universos) el proceso de búsqueda de factores se interrumpiría, creando el portal.

La instalación de cálculo cuántico constaba originalmente de sólo cuatro habitaciones: un baño seco, un comedor, la sala de control y la enorme cámara de ordenadores. Pero se acababan de añadir tres habitaciones más: una pequeña enfermería, un dormitorio y una gran sala de descontaminación. La gente tendría que ser descontaminada al ir en cada dirección, para reducir la posibilidad de que llevara algo lesivo al otro mundo y limpiarla de cualquier patógeno que pudiera

traer. Los gliksins tenían una tecnología de descontaminación limitada: tal vez al no tener casi vello corporal les resultaba fácil mantenerse limpios, O aquella nariz suya diminuta los mantenía benditamente ignorantes de su propia suciedad. Pero los descontaminadores corporales sintonizados por láser (que atravesaban limpiamente las estructuras proteínicas específicas de la piel humana, la carne, los órganos y el pelo, pero que desintegraban gérmenes y virus) hacía tiempo que se utilizaban en este mundo.

Nunca había habido tanta gente en las instalaciones de cálculo cuántico. Pontor y Adikor estaban allí. Y la embajadora Prat, y tres miembros del Gran Consejo Gris, incluidos los representantes locales. Dem, el experto en robótica estaba presente también, para manejar la sonda. Y dos exhibicionistas con sus unidades grabadoras tomaban imágenes que transmitirían en cuanto volvieran a la superficie.

Y había llegado el momento.

Adikor se situó ante su consola de control, a un lado de la sala, y Pontor ante la suya, en el otro. Dern tenía una consola independiente sobre una mesa.

—¿Llevas todo lo necesario para el viaje? —preguntó Adikor.

Pontor hizo una última comprobación. Hak, naturalmente, estaba allí, como siempre, y había sido mejorada con una completa base de datos de medicina y cirugía, por si algo les sucedía a Pontor o a Tukana en el mundo gliksin.

Una ancha banda de cuero cubierta de bolsas rodeaba la cintura de Pontor. Ya había hecho inventario: antibióticos, antivirales, potenciadores del sistema inmunológico, vendas esterilizadas, un escalpelo cauterizador láser, tijeras quirúrgicas y una selección de anticongestivos, analgésicos y somníferos. Tukana lucía un cinturón similar. También llevaban las dos maletas con varias mudas de ropa.

—Todo listo —dijo Pontor.

—Todo listo —repitió Tukana.

Adikor miró a Dern.

—¿Y tú?

El grueso científico asintió.

—Listo.

—Cuando queráis, entonces —le dijo Adikor a Pontor.

Pontor le hizo un gesto extendiendo los dedos.

—Vayamos a ver a nuestros primos.

—De acuerdo —dijo Adikor—. ¡Diez!

Había un exhibicionista de pie junto a Adikor; el otro estaba junto a Pontor.

—¡Nueve!

Los tres miembros del Gran Consejo Gris se miraron entre sí: muchos más hubiesen querido asistir, pero se decidió que no podían arriesgarse más que tres.

—¡Ocho!

Dern tiró de algunas clavijas de control de su consola.

—¡Siete!

Ponter miró a la embajadora Prat; si estaba nerviosa lo disimulaba bien.

—¡Seis!

Entonces miró por encima del hombro la ancha espalda de Adikor.

Deliberadamente no se habían despedido de ninguna manera especial la noche anterior: ninguno de los dos quería admitir que, si algo salía mal, cabía la posibilidad de que Ponter nunca regresara a casa.

—¡Cinco!

Y no perdería sólo a Adikor. La idea de que sus hijas se quedaran huérfanas a una edad tan temprana había sido la principal preocupación de Ponter al repetir aquel viaje.

—¡Cuatro!

Una preocupación menor (pero significativa) era volver a caer enfermo en el mundo gliksin, a pesar de que los doctores habían reforzado su sistema inmunológico y Hak había sido modificada para analizar constantemente su sangre en busca de cuerpos extraños.

—¡Tres!

También le preocupaba que él mismo o Tukana desarrollaran alergias a las cosas del otro lado.

—¡Dos!

Y Ponter tenía algún que otro recelo sobre la estabilidad a largo plazo del portal, basado, después de todo, en procesos cuánticos que eran, por su propia naturaleza, impredecibles. Sin embargo...

—¡Uno!

Sin embargo, a pesar de todos los problemas potenciales, de todos los inconvenientes potenciales, regresar al mundo gliksin tenía un aspecto muy positivo...

—¡Cero!

Ponter y Adikor tiraron simultáneamente de las clavijas de sus paneles de control.

De repente se produjo un gran rugido en la cámara de cálculo, visible a través de una ventana de la sala de control. Ponter sabía lo que estaba sucediendo aunque nunca lo había visto como espectador. Todo lo que no estuviera atornillado en la sala de cálculo estaba siendo lanzado al otro universo. Los cilindros de registro de cristal y acero (incluso el defectuoso, el 69) permanecieron firmes, pero todo el aire de la cámara estaba siendo intercambiado por una masa comparable en el otro universo. Cuando Ponter había sido trasladado accidentalmente, el espacio correspondiente del otro lado contenía una gigantesca esfera acrílica llena de agua pesada... el corazón de un detector de neutrinos gliksin.

Pero esta vez no llegó ningún borbotón de agua pesada. Habían achicado la cámara antes del regreso de Ponter, para que el daño que su llegada había causado a la esfera acrílica pudiera ser reparado.

Justo según lo previsto, la brillante sonda (cilíndrica, de aproximadamente una brazada de largo) atravesó el fuego azul que marcaba el portal, la luz abrazando los contornos de la sonda al hacerlo. Ya sólo se veían los cables de sujeción y telecomunicación sujetos a la sonda, tensos, que desaparecían en el aire a la altura de la cintura. Ponter dirigió su atención al gran monitor de pared añadido a la sala de control para mostrar lo que captara la sonda.

Y lo que captaba eran...

—¡Gliksins! —exclamó la embajadora Prat.

—Y yo que no me lo podía creer —dijo el consejero Bedros.

Adikor se volvió a mirar a Ponter, sonriendo.

—¿Hay alguien a quien conozcas?

Ponter observó la escena. Como antes, el portal había aparecido a varios cuerpos por encima del suelo; la instalación de cálculo cuántico parecía estar levemente por encima y ligeramente al norte del centro de la cámara de detección de neutrinos. Una docena o más de gliksins trabajaba dentro de la cámara, todavía seca. Todos llevaban mono y, en la cabeza, aquellas conchas de tortuga amarillas de plástico. La mayoría de los gliksins tenían la misma piel clara que el pueblo de Ponter, pero dos la tenían marrón oscuro. A Ponter le pareció que la mayoría de los trabajadores eran varones, pero era muy difícil decirlo con los gliksins. Naturalmente, la única cara que esperaba ver era femenina, pero no había ningún motivo para que estuviera haciendo reparaciones en el fondo de una mina.

Todas las caras miraban directamente la sonda y varios de los individuos señalaban con sus flacos brazos.

—No —dijo Ponter—. Nadie conocido.

Los micrófonos de la sonda estaban captando sonidos, que resonaban extrañamente en la cavernosa cámara. Ponter no entendía demasiado de lo que se decía, pero escuchó su nombre en algún momento.

—Hak —dijo Ponter, hablando a su Acompañante—, ¿qué están diciendo?

Hak tenía una nueva voz: mientras mejoraban a su Acompañante, Ponter le había pedido a Kobast Gant que programara una agradable voz masculina que no se pareciera a la de nadie que Ponter conociera.

Hak habló a través de su altavoz externo, para que todo el grupo pudiera oírlo.

—El varón situado a la derecha de la pantalla acaba de invocar a esa cosa que llaman Dios... al parecer, en este contexto, es una exclamación de sorpresa. El varón que está a su lado mencionó al hijo putativo de esa cosa Dios. Y la mujer que está a su lado ha dicho: « Santo cielo» .

—Muy extraño —dijo Tukana.

—El varón de la derecha —continuó Hak—, acaba de gritarle a alguien que se encuentra fuera de nuestro campo de visión que pongan a la doctora Mah en el enlace de comunicaciones.

Mientras Hak hablaba, varios humanos se acercaron a la sonda, A Ponter le gustó oír los jadeos de sorpresa de los tres miembros del Gran Consejo Gris y la embajadora Prat mientras veían sus primeras imágenes de cerca de los extraños y afilados rostros gliksin, con aquellas narices ridículamente pequeñas.

—Bueno —dijo Dera experto en robótica—, parece que hemos establecido contacto, y parece que las condiciones al otro lado son adecuadas.

Los tres miembros del Gran Consejo Gris consultaron entre sí durante varios latidos, y entonces Bedros asintió.

—Adelante —dijo.

Ponter y Dern agarraron cada uno un extremo del tubo de Derkers plegado. Adikor abrió la puerta que conducía a la sala de cálculo. No hubo ningún siseo ecualizador, ningún zumbar de oídos; aunque el aire de la cámara de cálculo procedía presumiblemente ahora en su mayoría del mundo gliksin, se habían intercambiado volúmenes comparables. Los gliksins filtraban con cuidado el aire del detector de neutrinos, y el aire que Ponter estaba respirando ahora no olía a nada.

El punto de entrada al otro universo quedó claramente delimitado por los dos cables que desaparecían en un agujero rodeado de azul en el espacio. Dern, que había estado presente durante el rescate de Ponter, maniobró el extremo del tubo de Derkers plegado para que entrara en contacto con el cable de sujeción de la sonda. Ponter blandió el tubo (de unas buenas ocho brazadas), y lo colocó paralelo al cable de sujeción.

—¿Listo? —preguntó Dern, mirando a Ponter por encima del hombro.

Ponter asintió.

—Listo.

—Muy bien —dijo Dern—. Con suavidad ahora.

Dern empezó a pasar el tubo por el portal, que se ensanchó lo suficiente para acomodarse a su estrecho diámetro. Ponter empujó con cuidado desde atrás. Adikor había traído un monitor portátil que reproducía la imagen de la sonda. Moviò el aparato para que Dern y Ponter pudieran ver lo que estaba pasando al otro lado. Aunque habían bajado la sonda al suelo de la cámara detectora de neutrinos, de modo que los dos cables atados iban hacia abajo al atravesar el portal, el tubo de Derkers sobresalía paralelo al suelo. Los gliksins no podían alcanzarlo: estaba demasiado por encima de sus cabezas. Pero lo señalaban, y gritaban entre sí.

—Ya es suficiente —dijo Dern cuando vio que había pasado casi la mitad del tubo. Había hecho una pequeña marca de referencia en el punto medio. Ponter dejó de pasar tubo. Dern se acercó al extremo para ayudarlo a abrirlo.

Al principio, Ponter y Dern apenas podían meter una mano en la estrecha boca del tubo, pero éste cedió cuando tiraron en direcciones opuestas, expandiendo su diámetro más y más mientras sus mecanismos de encaje emitían fuertes chasquidos.

Ponter metió la otra mano en la boca ensanchada, y Dern metió la izquierda también, y los dos continuaron abriéndola. Pronto el tubo adquirió una buena brazada de diámetro, pero eso era sólo la tercera parte de su extensión máxima, y siguieron abriéndolo más y más.

La embajadora Prat y los tres Grandes Consejeros Grises habían bajado a la sala de cálculo. Uno de los exhibicionistas los acompañaba; el otro estaba en el escalón superior que conducía a la sala de control: era evidente que quería poder largarse de allí si algo salía mal.

Parecía que el viejo Bedros quería echar una mano: estaban haciendo historia, después de todo. Ponter asintió para que colaborara. Pronto, seis manos estuvieron tirando de la boca del tubo. En el monitor portátil, Ponter vio las extrañas mandíbulas puntiagudas de los gliksins abiertas de asombro.

Finalmente, terminaron: el tubo había alcanzado su diámetro máximo y su parte inferior reposaba en el suelo de granito de la sala de cálculo. Ponter miró a Tukana y le indicó que avanzara.

—Usted es la embajadora —dijo.

La mujer del pelo gris negó con la cabeza.

—Pero le conocen a usted: una cara reconocible y amistosa.

Ponter asintió.

—Como usted quiera.

Adikor le dio a Ponter un fuerte abrazo. Entonces Ponter regresó a la boca del túnel, e inspiró profundamente, pues aunque había visto a través de los ojos de la sonda, no podía dejar de recordar lo que le había sucedido la última vez que pasó al mundo gliksin. Empezó a recorrer la longitud del tubo. Desde el interior, la única señal del portal era un leve anillo azul de luz, visible a través de la membrana translúcida entre los componentes entrecruzados de metal del tubo: parecía que al forzar el portal a abrirse de esta forma, no tendrían que soportar la inquietante visión de las secciones transversales de sí mismos al ir al otro lado.

Ponter caminó hacia el anillo azul y, con un paso de gigante, cruzó el umbral que conducía al mundo gliksin. Por la abertura del túnel vio la pared del fondo de la cámara de detección de neutrinos, un poco más lejos. Sólo tardó unos latidos en llegar al final del túnel, que, puesto que Adikor y Dern lo sujetaban con fuerza desde el otro lado, no temblaba mucho bajo su peso.

Asomo la cabeza al final del tubo y miró a los gliksins de abajo con lo que, lo sabía, debía ser una enorme sonrisa. Pronunció unas cuantas palabras y Hak proporcionó la traducción al máximo volumen de su Altavoz externo.

—¿Alguien quiere ser tan amable de acercar una escalerilla?



Había una escalerilla a mano en el lado de Ponter del portal, pero habría sido engorroso hacerla pasar por la estrecha sala de cálculo. Así que esperó a que los gliksins trajeran una desde el otro lado de la cámara de detección de neutrinos. Parecía la misma escalerilla por la que Ponter había subido cuando regresó a casa.

Hicieron falta unos cuantos intentos, pero por fin la escalerilla quedó apoyada contra el extremo abierto del tubo de Derkers que asomaba de lo que Ponter sabía que debía de parecerles el aire a los gliksins.

Tras él, Ponter vio a Dern y Adikor usando herramientas para fijar su extremo del tubo de Derkens al suelo de granito de la cámara de cálculo cuántico.

Una vez que la escalerilla estuvo en su sitio, Ponter se retiró tubo abajo y dejó que Adikor y Dern se asomaran. Se tomaron un instante para contemplar el fascinante espectáculo de la cámara de detección de neutrinos y los extraños seres de abajo, y luego se pusieron a trabajar, debatiéndose con las cuerdas que atarían la parte superior de la escalerilla a la boca del tubo de Derkers. Ponter oía a Adikor murmurar « increíble, increíble» una y otra vez mientras trabajaba.

Adikor y Dern regresaron luego a su extremo del tubo y Ponter y la embajadora Prat lo recorrieron en toda su longitud. Ponter se dio media vuelta y bajó por la escalerilla, con cuidado, hasta el suelo de la cámara de detección de neutrinos. Al acercarse al fondo, sintió las manos de los gliksins en sus brazos, para ayudarle a bajar. Puso un pie y luego otro en el suelo de la cámara y se volvió.

—¡Bienvenido de nuevo! —dijo uno de los gliksins, sus palabras traducidas por Haka los implantes que Ponter tenía en el oído.

—Gracias —respondió Ponter.

Contempló las caras que lo rodeaban, pero no reconoció ninguna. No era de extrañar: aunque hubieran llamado a alguien que él conociera en el momento en que vieron la sonda, esa persona todavía estaría en camino desde la superficie.

Ponter se apartó de la escalerilla y alzó la cabeza para mirar a la boca del tubo. Hizo señas a la embajadora Prat y gritó:

—¡Puede bajar!

La embajadora se dio media vuelta y bajó por la escalerilla.

—¡Eh, mirad! —dijo uno de los gliksins—. ¡Es una mujer neanderthal!

—Es Tukana Prat —dijo Ponter—. Nuestra embajadora ante su mundo.

Tukana llegó abajo y se volvió. Dio una palmada, para quitarse el polvo de la escalerilla que se le había quedado en las manos. Un gliksin (uno de los dos hombres de piel oscura) dio un paso al frente. Parecía no saber que hacer, y luego, después de un instante, inclinó la cabeza ante Tukana y dijo:

—Bienvenida a Canadá, señora.

—Habíamos planeado pedirles que nos llevaran ante su escalerilla —dijo Hak a través de su altavoz externo—, pero veo que ya lo han hecho.<sup>[1]</sup>

El inconveniente de tener que recurrir a Hak para la traducción era que todo tenía que ser filtrado a través de su sentido del humor.

Ponter entendía lo suficiente el lenguaje gliksin para advertir lo que estaba pasando. Se dio un golpe en el antebrazo izquierdo.

—¡Au! —dijo Hak en los implantes de su oído. Luego, por el altavoz se corrigió—. Lo siento. Quiero decir. «Llevaran ante su líder».

—Bueno, yo soy Guy Hornby —dijo el hombre de piel oscura que se había adelantado—. Soy ingeniero jefe. Y ya hemos llamado a la doctora Mah, en Ottawa... Es la directora del ONS. Puede que llegue más tarde, si es necesario.

—¿Está por aquí Mary Vaughan? —preguntó Ponter.

—¿Mary? Oh... Mary. La profesora Vaughan. No, se fue.

—¿Lou Benoit?

—¿Se refiere a Louise? También se fue.

—Reuben Montego, entonces.

—¿El doctor? Claro, podemos llamarlo para que baje.

—La verdad es que preferimos subir a verlo —dijo Ponter, mientras Hak traducía.

—Mm, claro —contestó Hornby. Miró al túnel que sobresalía en el aire—. ¿Creen que permanecerá abierto?

Ponter asintió.

—Es lo que esperamos.

—¿De modo que puedan volver a, mm, su lado? —dijo uno de los otros gliksins.

—Sí.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó el mismo gliksin, que tenía la piel clara, el pelo naranja y ojos celestes.

Ponter miró a Tukana, quien le devolvió la mirada. Finalmente, Tukana dijo:

—Mi Gobierno desea reunirse con alguien que pueda hablar en nombre de su pueblo.

—Oh —dijo el de pelo naranja—. Bueno, yo no puedo, claro...

Ponter y Tukana cruzaron la enorme cámara acompañados por la multitud de

gliksins, Piezas de la esfera acrílica que habían estado en el centro de aquel espacio se amontonaban ahora contra sus paredes circulares, e incontables piezas fotomultiplicadoras, como girasoles estaban siendo montadas.

Cuando llegaron al otro lado de la cámara, había allí otra escalerilla, incluso más alta que la que llegaba al tubo de Dekers. Ésta se utilizaba para acceder a la escotilla de la entrada a la cámara de detección de neutrinos, la misma escotilla cuadrada que había reventado cuando Ponter y todo el aire de la sala de cálculo cuántico fueron transferidos desde el otro lado. Hornby subió el primero por la escalerilla y atravesó la escotilla. Tukana inició el ascenso.

Ponter miró hacia el túnel que conducía a su mundo y el corazón le dio un vuelco cuando vio a Adikor justo dentro de la boca, mirándolo. Ponter pensó en saludarlo, pero hubiese sido demasiado parecido a un adiós, y por eso sólo sonrió, aunque no había forma de que Adikor viera su expresión a tanta distancia. Probablemente era mejor así, pues la sonrisa, Ponter lo sabía, era forzada. Se agarró a los lados de la escalerilla y empezó a subir, esperando que ésta no fuera la última vez que veía a su amado hombre-compañero.

Ponter se abrió paso por la abertura y se puso de pie. De repente, cinco gliksins vestidos de uniforme verde avanzaron hacia él; cada uno sostenía una gran arma que disparaba proyectiles.

Ponter había leído bastante literatura especulativa; conocía historias de mundos paralelos en los que existían versiones malignas de gente del universo familiar. Su primera idea fue que, de algún modo, había sido transferido a un universo diferente.

—Señor Boddit —dijo uno de los... soldados era la palabra, ¿no?—. Soy el teniente Donaldson, del Ejército canadiense. Por favor, apártese de la escotilla.

Ponter así lo hizo, y la embajadora Prat la atravesó entonces hasta auparse en el suelo de metal. Las paredes que rodeaban aquel punto estaban cubiertas de plásticos de color verde oscuro, y del techo colgaban tubos y conductos de plástico. Lo que parecía equipo informático estaba adosado a algunas de las paredes.

—¿Señora?—dijo Donaldson, mirando a Tukana.

Ponter habló y Haktradujo.

—Ésta es Tukana Prat, nuestra embajadora ante su mundo.

—Embajadora, señor Boddit, tendré que pedirles a ambos que me acompañen.

Ponter no se movió.

—¿No somos bienvenidos aquí?

—Nada de eso —respondió Donaldson—. De hecho, estoy seguro de que nuestro Gobierno estará encantado de reconocer a la embajadora, y de garantizarles a ambos pleno trato diplomático. Pero por ahora tienen que venir conmigo.

Ponter frunció el ceño.

—¿Adónde van a llevamos?

Donaldson indicó la puerta que conducía fuera de aquella cámara, Estaba cerrada. Ponter se encogió de hombros, y Tukana y él se encaminaron hacia allí. Uno de los otros soldados se adelantó y la abrió. Entraron en una estrecha y abarrotada sala de control.

—Sigán avanzando rápidamente, por favor —dijo Donaldson.

Ponter y Tukana así lo hicieron.

—Como recordará usted, señor Boddit —dijo Donaldson, caminando tras ellos—, el Observatorio de Neutrinos de Sudbury está situado a dos mil metros bajo tierra, y se mantiene en condiciones de esterilización, para impedir la introducción de polvo u otros contaminantes que pudieran afectar al equipo detector.

Ponter miró brevemente a Donaldson, pero continuó caminando.

—Bueno —continuó Donaldson—, hemos ampliado aún más las instalaciones, por si usted u otros miembros de su especie regresaban. Me temo que van a tener que ser puesto en cuarentena hasta que estemos seguros de que no hay inconveniente en dejarlo subir a la superficie.

—¡Otra vez no! —dijo Ponter—. Podemos demostrar que estamos libres de contaminación.

—Yo no soy quién para decidir eso, señor —dijo Donaldson—. Pero la gente que sí puede hacerlo viene ya de camino.

## II

Mary Vaughan estaba inclinada sobre su microscopio cuando la puerta de su laboratorio en el Grupo Sinergia se abrió de golpe.

—¡Mary!

Alzó la cabeza y vio a Louise Benoit de pie en el umbral.

—¿Sí?

—¡Ponter ha vuelto!

El corazón de Mary empezó a latir con fuerza.

—¿De verdad?

—¡Sí! Acaban de decirlo por la radio, El portal entre universos ha vuelto a abrirse en el ONS, y Ponter y otro neanderthal han pasado a nuestro lado.

Mary se levantó y miró a Louise.

—¿Te apetece un viajecito a Sudbury?

Louise sonrió, como si hubiera esperado una oferta semejante.

—No tiene sentido. Han puesto a los neanderthales en cuarentena en las instalaciones de ONS: Es imposible que nos dejen bajar a verlos.

—Oh —dijo Mary. Trató de no parecer decepcionada.

—Pero van a venir a Nueva York a hablar ante las Naciones Unidas cuando los suelten.

—¿De verdad? ¿Está muy lejos de aquí?

—No lo sé. A quinientos o seiscientos kilómetros, supongo. Más cerca que Sudbury, desde luego.

—Quería ir a la ciudad a ver Los productores... —dijo Mary, con una sonrisa que no tardó en desvanecerse—. De todas formas, probablemente no podré ver a Ponter allí tampoco. Estará liado con todo tipo de asuntos diplomáticos.

Pero el tono de Louise era alegre.

—Te olvidas de para quién trabajas, Mary. Nuestro amigo Jock parece tener llaves para abrir cualquier puerta. Dile que necesitas ir a la ciudad a recoger algunas muestras de ADN del neanderthal que acompaña a Ponter.

La sonrisa de Mary regresó. En ese momento, le cayó mucho mejor Louise.

—¡Ponter Boddit, tío!

Reuben Montego entró en la cámara de cuarentena, compuesta por dos habitaciones, y alzó un puño cerrado. Ponter hizo entrechocar sus propios nudillos con los de Reuben.

—¡Reuben! —declaró, diciendo el nombre él mismo. Luego, Hak continuó por él—: Me alegro mucho de volver a verte, amigo mío.

Ponter se volvió hacia Tukana y habló rápidamente en lengua neanderthal.

—Reuben es el médico de la mina Creighton. Es el primero que me trató cuando casi me ahogué al llegar, y fue en su casa donde Mary Vaughan, Lou Benoit y yo estuvimos en cuarentena.

Se volvió hacia Reuben. Y Hak tradujo una vez más:

—Amigo Reuben, ésta es la embajadora Tukana Prat.

Reuben sonrió ampliamente (para tratarse de un gliksin), y ejecutó una galante reverencia.

—Señora embajadora. ¡Bienvenida!

—Gracias —dijo Tukana, a través de su propio implante Acompañante, que había mejorado para igualar las capacidades de Hak—. Me encanta estar en este mundo. —Contempló la pequeña y austera habitación—. Aunque esperaba ver algo más de él.

Reuben asintió.

—Estamos trabajando en eso. Tenemos expertos que vienen desde el Laboratorio para el Control de Enfermedades de Ottawa y el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades en Atlanta. Tengo entendido que usaron ustedes algún tipo de aparato de esterilización láser. Eso es nuevo para nosotros, y nuestros expertos tendrán que comprobar que realmente funciona.

—Por supuesto —dijo la embajadora Prat—. Aunque esperamos ansiosos establecer relaciones comerciales equitativas con su mundo, comprendemos que esta tecnología es una de las que debemos revelar libremente. Sus expertos podrán venir a nuestro lado del portal y examinar el equipo. La diseñadora del equipo. Dapbur Kajak, está a su disposición, les explicará encantada sus principios y lo someterá a todas las pruebas que requieran.

—Excelente —dijo Reuben—. Entonces deberíamos poder resolver esto rápidamente.

Ponter esperó hasta asegurarse que Reuben hubiese terminado con el tema y entonces dijo, hablando por sí mismo:

—¿Dónde está Mary?

Reuben sonrió, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—La ha contratado una empresa estadounidense. Ahora trabaja en Rochester, Nueva York.

Ponter frunció el ceño. Esperaba que Mary estuviera allí, en Sudbury, pero no había motivo para que se quedara después de su marcha. Su hogar, después de todo, no se encontraba en esa ciudad.

—¿Cómo estás, Reuben? —preguntó Ponter. Era una peculiaridad gliksin preguntar constantemente por la salud del otro, pero Ponter sabía que era una cortesía esperada.

—¿Yo? —dijo Reuben—. Bien. He tenido mis quince minutos de fama, y francamente me alegro de que se hayan acabado.

—¿Quince minutos? —repitió Tukana.

Reuben se echó a reír.

—Un artista de aquí dijo una vez que, en el futuro, todo el mundo sería famoso quince minutos.

—Ah —dijo Ponter—. ¿Qué clase de artista?

Reuben intentaba reprimir una sonrisa.

—Mm, bueno, fue muy conocido por pintar latas de sopa.

—Me parece que quince minutos son más de lo que él merecía —dijo Ponter.

Reuben volvió a echarse a reír.

—Te he echado de menos, amigo mío.

Llegó un equipo del Laboratorio para el Control de Enfermedades, seguido poco después de otro del Centro para el Control y Prevención de Enfermedades. Dos mujeres, una de cada entidad, se convirtieron en los primeros miembros del Homo sapiens sapiens en viajar al universo neanderthal. Periódicamente, una u otra asomaba la cabeza por el extremo del túnel y pedía que le pasaran equipo al otro lado.

Ponter trató de esperar con paciencia, pero era frustrante. ¡Todo un mundo extraño esperándolos! Tanto él como Tukana ya habían dado multitud de muestras de sangre y tejidos, además de haber sido sometidos a completos exámenes físicos por parte de Reuben.

A pesar de la cuarentena, Ponter y Tukana recibieron visitas. La primera fue la de una pálida mujer gliksin de pelo marrón corto y gafitas redondas.

—Hola —dijo, con lo que Ponter reconoció tras su trato con Louise Benoit como acento francocanadiense—. Me llamo Hélene Gagné. Pertenezco al Departamento de Asuntos Exteriores y Comercio Internacional de Canadá.

Tukana dio un paso adelante.

—Embajadora Tukana Prat, en representación del Gran Consejo Gris de... bueno, de la Tierra —indicó a Ponter con la cabeza—. Mi asociado, el sabio (y enviado) Ponter Boddit.

—Mis saludos —dijo Hélene—. Encantada de conocerlos a ambos. Enviado Boddit, prometemos que las cosas saldrán un poco mejor que en su última visita.

Ponter sonrió.

—Gracias.

—Antes de continuar, señora embajadora, me gustaría hacerle una pregunta. Tengo entendido que la geografía de su mundo y la de éste son la misma, ¿correcto?

Tukana Prat asintió.

—Muy bien —dijo Hélene. Llevaba un pequeño maletín. Lo abrió y sacó un sencillo mapa del mundo que sólo mostraba formas de tierra, pero no fronteras —. ¿Puede indicarme dónde nació usted?

Tukana Prat tomó el mapa, lo miró y señaló un punto de la costa Oeste de América del Norte. Hélene le tendió un rotulador, sin capuchón.

—¿Puede marcar el lugar ... lo más exactamente posible, por favor?

Tukana pareció sorprendida por la petición, pero así lo hizo, poniendo una marca roja en la punta norte de la isla de Vancouver.

—Gracias —dijo Hélene—. Ahora, ¿quiere firmar junto a ese punto?

—¿Firmar?

—Mmm, ya sabe, escribir su nombre.

Tukana Prat así lo hizo, dibujando una serie de símbolos angulares.

Hélene sacó un sello notarial del maletín y marcó el mapa, y luego añadió su propia firma y fecha.

—Muy bien, esperamos que con esto quede zanjada la cuestión. Nació usted en Canadá.

—Yo nací en Podnilak —dijo Tukana.

—Sí, sí, pero eso está en lo que corresponde a Canadá en este mundo... a la isla de Vancouver, la Columbia Británica, para ser precisos. Es usted, según todas las leyes establecidas, canadiense. Y ya sabemos que el enviado Boddit nació cerca de Sudbury, Ontario. Así que si usted y el enviado Boddit no ponen objeciones, lo primero que vamos a hacer cuando salgan de la cuarentena es concederles a ambos la ciudadanía canadiense.

—¿Por qué? —preguntó Tukana Prat.

Pero antes de que Helene pudiera responder, Ponter intervino.

—Este asunto ya se trató durante mi primer viaje. Hacen falta documentos para viajar entre naciones en esta versión de la Tierra. El más importante —hizo una pausa, mientras Hak le recordaba el nombre— se llama pasaporte, y no se puede tener pasaporte sin ciudadanía.

—Así es —dijo Hélene—. Recibimos bastantes presiones de otros gobiernos, sobre todo de Estados Unidos, cuando estuvo usted aquí la vez anterior, porque no salió de Canadá. Bueno, cuando salgan de aquí, los llevaremos a Ottawa (ésa es la capital de Canadá), para que los nombren ciudadanos de acuerdo con la Sección 5, Párrafo 4, del Acta de Ciudadanía Canadiense, que permite a un ministro conceder a cualquiera la ciudadanía en circunstancias especiales. No se preocupen: no afectará a su capacidad para seguir siendo ciudadanos de la jurisdicción que sea apropiada en su mundo; Canadá ha reconocido siempre la doble nacionalidad. Pero cuando viajen fuera de Canadá, serán tratados como diplomáticos canadienses, y por tanto se les concederá inmunidad diplomática a todos los efectos. Eso nos permitirá eludir cualquier restricción hasta que se



establezcan relaciones formales entre cada una de sus naciones y nuestro mundo.

—¿Cada una de nuestras naciones? —dijo Tukana—. Nosotros tenemos un Gobierno mundial unificado. ¿No tienen ustedes lo mismo?

Hélene negó con la cabeza.

—No. Tenemos una cosa llamada « Naciones Unidas » ... Los trajinaremos a su sede después de una cena de Estado con nuestro primer ministro en Ottawa. Pero no es un Gobierno mundial; es sólo un foro donde las naciones independientes discuten asuntos de mutua importancia. A medida que pase el tiempo, su Gobierno tendrá que ser formalmente reconocido por cada una de las naciones que componen la ONU.

—¿Y cuántas naciones hay? —preguntó Tukana.

Ponter sonrió.

—No se lo va a creer —dijo.

—En este momento hay ciento noventa y un Estados miembros —dijo Hélene—. Así que ya ve, su Gobierno tardará años en negociar tratados y acuerdos con cada una de esas naciones. Pero Canadá, naturalmente, ya tiene tratados con todas ellas, así que al convertirse en diplomáticos canadienses, al menos de nombre, podrán viajar a cualquiera de esos países y hablar con sus líderes gubernamentales.

Tukana parecía anonadada.

—Estoy segura de que todo es como debe ser.

—Así es.

—Muy bien —dijo Ponter—. ¿Cuándo salimos de aquí?

—Pronto, espero —contestó Hélene—. Yo tampoco puedo dejar las instalaciones de la ONS ahora, hasta que se les permita a ustedes dos. Pero los médicos parecen impresionados por lo que han visto de su tecnología descontaminante.

La noticia complació a Ponter, ya que parecía que serían liberados pronto: se había pasado casi todo su último viaje a Canadá en cuarentena, después de todo, y no le hacía gracia tener que soportar más de lo mismo, sobre todo bajo tierra.

Aquella tarde, Tukana se retiró a la segunda de las habitaciones de la suite de cuarentena. Como a mucha gente de su generación, por lo visto le gustaba echar una siesta. Ponter se entretuvo practicando el inglés con la ayuda de Hak hasta que regresó Reuben Montego acompañado de un varón gliksin bajito, velludo y pálido, cuyo aspecto contrastaba marcadamente con la piel oscura y la cabeza completamente afeitada de Reuben.

—Eh, Ponter —dijo Reuben—. Éste es Arnold Moore, geólogo.

—Hola —dijo Ponter.

Arnold le tendió la mano, que Ponter estrechó.

—Doctor Boddit, es un verdadero placer conocerlo. ¡Un verdadero placer!

El aburrimiento le había pasado factura: Ponter no pudo resistirse a un

pequeño sarcasmo.

—¿Seguro que no hay peligro en tocarme?

Pero Arnold no entendió el comentario.

—¡Oh, quería bajar a verlo desde el primer momento en que supe que estaba usted aquí! Esto es un regalo. ¡Un verdadero regalo!

Ponter sonrió débilmente.

—Gracias.

—Por favor —dijo Arnold, indicando la silla de la que se había levantado Ponter—. Por favor, siéntese.

Ponter así lo hizo, y Arnold le dio la vuelta a otra silla y se sentó a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo, que ahora tenía delante. Ponter notó que su ceja se alzaba: ésa parecía una forma más cómoda de sentarse. Se levantó y le dio la vuelta a su silla para sentarse del mismo modo. No era tan cómoda como una silla de horcajadas, pero la postura desde luego era una mejora.

Reuben se excusó y se marchó a charlar con los inmunólogos que pululaban por las instalaciones.

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo Arnold.

Ponter asintió, para que continuara.

—Hemos advertido que algo inusitado le está sucediendo a esta versión de la Tierra —dijo el geólogo—, y me preguntaba si podría usted decirme si está pasando lo mismo en su versión.

—¿Qué?

—Bueno, la aurora boreal... y la aurora austral también se comportan de un modo raro.

Ponter se sorprendió.

—No, no ocurre nada de eso. De hecho, anoche mismo vi las luces nocturnas: eran perfectamente normales.

Arnold pareció decepcionado.

—Esperábamos que supieran ustedes algo. Nuestra mejor deducción es que el campo magnético de la Tierra se está colapsando, y que los polos tal vez vayan a invertirse.

Ponter alzó de nuevo la ceja, frunciéndola sobre su frente.

—¿Cuándo fue la última vez que pasó algo así, aquí?

—No estoy seguro de la fecha. Hace muchos miles de años.

—¿No ha habido ningún colapso del campo desde entonces?

—No.

—Fascinante. Nosotros tuvimos uno... ¿Hak?

—Hace seis años —dijo Hak, a través de su altavoz externo.

—¿Quiere decir que terminó hace seis años?

—Sí.

—Pero debió de empezar hace siglos.

Ponter negó con la cabeza.

—Empezó hace veinticinco años.

—Déjeme que aclare esto —dijo Arnold, los ojos como platos—. El colapso de todo su campo tardó... ¿cuánto? ¿Diecinueve años?

—Así es, correcto —dijo Ponter—. Hasta hace veinticinco años, el campo magnético tenía su duración normal. Entonces se colapsó: el planeta no tuvo ningún campo magnético apreciable durante los siguientes diecinueve años. Y luego, hace seis años, el campo regresó de golpe.

—¿De golpe? —repitió Arnold, asombrado—. No, debe de estar usted bromeando.

—Cuando bromeo, intento ser mucho más gracioso —dijo Ponter.

—Pero... pero... siempre hemos creído que el campo magnético tardaría cientos, y probablemente miles de años en colapsarse.

—¿Por qué?

—Bueno, y a sabe, a causa del tamaño de la Tierra.

—El campo magnético del Sol se invierte cada ciento cuarenta meses o así, cada once años, y el Sol tiene un millón de veces el tamaño de la Tierra.

—Sí, pero...

—No pretendo parecer más gris que usted —dijo Ponter—. Sabíamos muy poco sobre los colapsos de campo, también, hasta que experimentamos uno. Algunos de nuestros geólogos se asombraron también por su rapidez.

—Colapso geomagnético y restablecimiento en menos de dos décadas —dijo Arnold—. Increíble.

—Fue un momento interesante para dedicarse a la física —dijo Ponter—. Nuestra gente aprendió mucho sobre el proceso... el proceso por el que el campo... ¿Tienen un nombre para eso?

Arnold asintió.

—La geodinamo. —Ponter frunció el ceño: otra «i» impronunciable. Pero dejó que Hak se encargara de suministrarlo a medida que hiciera falta; sólo eran los nombres propios lo que Ponter hacía que su Acompañante repitiera exactamente al decirlos—. Sí. Aprendimos mucho sobre la geodinamo.

—Nos encantaría escuchar lo que saben —dijo Arnold.

Ponter se alegró de que Tukana estuviera durmiendo; probablemente ya había revelado demasiada información. Pero aquello de comerciar con datos... alteraba al científico que había en él. Todos los datos deberían ser intercambiados libremente. De todas formas, decidió cambiar ligeramente de tema.

—¿Le preocupa a Inco que la demanda de níquel se venga abajo durante el período del colapso?

El níquel se utilizaba mucho para las brújulas en ambas versiones de la Tierra, y el depósito de Sudbury era el más grande del mundo.

—¿Qué? Mm, ni siquiera lo había pensado.

Ponter se sintió confundido.

—Reuben dijo que era usted geólogo...

—Sí, lo soy —reconoció Arnold—. Pero no trabajo para Inco. Pertenezco al Medio Ambiente de Canadá. Vine en avión desde Ottawa en cuanto llegó la noticia de que se había restablecido el contacto con su mundo.

—Ah —dijo Ponter, todavía sin comprender.

—Mi trabajo es proteger el medio ambiente.

—¿No es eso trabajo de todos? —preguntó Ponter, siendo, lo sabía, un poco mordaz.

Pero de nuevo a Arnold se le escapó el matiz.

—Sí, desde luego. Desde luego. Pero quería averiguar qué podría saber su gente de los efectos medioambientales asociados con los colapsos del campo magnético. Esperaba que pudieran tener algunos datos de los registros fósiles... ¡pero tener estudios completos de un colapso reciente! Eso es fabuloso.

—No hubo ningún efecto medioambiental apreciable —dijo Ponter—. Algunas aves migratorias se confundieron, pero eso fue todo.

—Supongo que es lógico. ¿Cómo se adaptaron?

—Las aves afectadas tienen una poderosa sustancia magnética en el cerebro...

—Magnetita —apuntó Arnold—. Tres átomos de hierro y cuatro de oxígeno.

—Sí —dijo Ponter—. Otras clases de aves navegan siguiendo las estrellas, y algunos individuos de la especie que usa magnetita cerebral para determinar la dirección fueron capaces de guiarse también por las estrellas. Siempre ocurre así en la naturaleza: las diferencias dentro de una población proporcionan vigor cuando el medio ambiente cambia, y las capacidades más cruciales tienen un sistema de refuerzo.

—Fascinante —dijo Arnold—. Fascinante. Pero dígame, ¿cómo determinaron ustedes que el campo magnético de la Tierra se invierte periódicamente? Eso es algo nuevo para nosotros.

—La alteración de la polaridad del campo magnético del planeta se registra en los lugares de impacto de meteoritos.

—¿Sí? —dijo Arnold, alzando su única y larga ceja... ¡qué refrescante era ver a alguien que parecía normal, al menos en ese aspecto!

—Sí —contestó Ponter—. Cuando un meteoro de níquel y hierro choca contra la Tierra, el impacto alinea el campo magnético del meteoro.

Arnold frunció el ceño.

—Supongo que es lógico. Igual que golpear una barra de hierro con un martillo y convertirla en un imán.

—Exactamente. Pero si no lo supieron ustedes gracias a los meteoritos, ¿cómo llegó su gente a saber que el campo magnético de la Tierra se invierte

periódicamente?

—Por los sedimentos marinos —respondió Arnold.

—¿Qué? —dijo Ponter.

—¿Conocen ustedes las placas tectónicas? —preguntó Arnold—. Ya sabe, ¿la deriva continental?

—¿Los continentes derivan? —dijo Ponter, poniendo cara de tonto. Pero entonces alzó una mano. No, esta vez estaba haciendo un chiste—. Sí, mi gente lo sabe. Después de todo, las costas de Ranilass y Podlar estuvieron una vez claramente unidas.

—Debe de referirse a América del Sur y África —dijo Arnold, asintiendo. Sonrió con tristeza—. Sí, cabría pensar que tendría que haber parecido cegadoramente obvio para todo el mundo, pero nuestra gente tardó décadas en aceptar la idea.

—¿Por qué?

Arnold se encogió de hombros.

—Usted es científico; sin duda lo comprenderá. La vieja guardia creía saber cómo funcionaba el mundo, y no estaban dispuestos a renunciar a sus teorías. Como sucede con tantos cambios paradigmáticos, no se trataba de convencer a nadie de que cambiara de opinión. Más bien, hubo que esperar a que pasara una generación.

Ponter trató de ocultar su asombro. ¡Qué extraordinaria aproximación a la ciencia tenían estos gliksins!

—En cualquier caso —continuó Arnold—, al final acabamos por encontrar pruebas de la deriva continental. En mitad de los océanos... hay sitios donde se acumula magma del manto, formando roca nueva...

—Nosotros dedujimos que esos lugares deben existir —dijo Ponter—. Después de todo, ya que hay sitios donde la roca vieja es empujada hacia abajo...

—Zonas de subducción —informó Arnold.

—Como usted diga. Si hay sitios donde las rocas antiguas se hundan, sabíamos que debe haber sitios donde surjan rocas nuevas, aunque, naturalmente, nunca los hemos visto.

—Nosotros hemos tomado muestras.

Ponter puso de verdad cara de tonto esta vez.

—¿En pleno océano?

—Sí, desde luego —dijo Arnold, evidentemente contento de que por una vez, los suyos anduvieran por delante—. Y si mira las rocas a ambos lados de la grieta de la que surge el magma, se ven pautas simétricas de magnetismo... normales a cada lado de la grieta, distancias igualmente inversas a izquierda y derecha de la grieta, normales de nuevo al otro lado pero más lejanas, y así sucesivamente.

—Impresionante.

—Tenemos nuestros momentos —dijo Arnold.

Sonrió, y estaba claramente invitando a Ponter a hacer lo mismo.

—¿Perdone? —dijo Ponter.

—Es un chiste; un juego de palabras. Ya sabe: « momento magnético» , el producto de la distancia entre los polos de un imán y la fuerza de cada polo.

—Ah —dijo Ponter. Aquella manía gliksin por los juegos de palabras... nunca la comprendería.

Arnold parecía decepcionado.

—De todas formas, me sorprende que su campo magnético se colapsara antes que el nuestro —dijo—. Quiero decir, comprendo el modelo Benoit: que este universo se desgajó del suyo hace cuarenta mil años, en el alba de la conciencia. Bien. Pero no veo cómo nada que su gente o la mía haya hecho en los últimos cuatrocientos siglos pueda haber afectado a la geodinamo.

—Sí que es sorprendente —reconoció Ponter.

Arnold se levantó de la silla.

—Con todo, debido a eso ha satisfecho usted más mi particular curiosidad de lo que creía posible.

Ponter asintió.

—Me alegro. Deberían ustedes... ¿cómo lo dirían? Deberían navegar sin esfuerzo por el colapso del campo magnético —guiñó un ojo—. Después de todo, nosotros lo hicimos.

Mary intentaba concentrarse en el trabajo, pero se le iba la mente una y otra vez a Pontre ... cosa nada sorprendente, dado que era precisamente en el ADN de Pontre en lo que trabajaba.

Mary daba un respingo cada vez que leía un artículo de divulgación en el que se trataba de explicar por qué el ADN mitocondrial sólo se hereda por vía materna. La explicación habitual era que sólo penetra en el óvulo la cabeza del espermatozoide, y que sólo la sección central y la cola contienen mitocondrias. Pero aunque es cierto que las mitocondrias se distribuyen de esa forma en el espermatozoide, no lo es que sólo la cabeza entre en el óvulo. Los estudios con microscopio y los análisis de ADN han demostrado que el ADN mitocondrial de la sección media del espermatozoide acaba fertilizando los óvulos. En realidad nadie sabe por qué el ADN mitocondrial paterno no se incorpora al cigoto como el ADN mitocondrial materno; por algún motivo desaparece, y la explicación de que no llega de entrada es bonita y conveniente pero, desde luego, falsa.

De todas formas, ya que había miles de mitocondrias en cada célula y sólo un núcleo, era mucho más fácil recuperar ADN mitocondrial que ADN nuclear de los especímenes antiguos. No se había extraído nunca ADN nuclear de ninguno de los fósiles neanderthales conocidos en la Tierra de Mary, y por eso se había concentrado en estudiar el de Pontre, comparándolo y contrastándolo con el ADN mitocondrial gliksin. Pero al parecer no había ninguna secuencia detectable simultáneamente en el ADN de Pontre y en el ADN mitocondrial conocido de los fósiles neanderthales pero ausente en los gliksins, ni viceversa.

Y por eso Mary se dedicó por fin al ADN nuclear de Pontre. Esperaba que fuese aún más difícil encontrar una diferencia allí y, en efecto, después de investigar concienzudamente, no encontró ninguna secuencia de nucleótidos diferente entre los neanderthales y el *Homo sapiens sapiens*; todos los marcadores relacionaban cadenas de ADN de ambas especies de humanos.

Aburrida y frustrada, a la espera de que Pontre fuera liberado de la cuarentena para reavivar su amistad, Mary decidió hacer un cariotipo del ADN neanderthal. Eso implicaba cultivar algunas células de Pontre hasta que estuvieran a punto de dividirse (el único momento en que los cromosomas se detectan), y luego en colchicina paralizar los cromosomas en ese estadio. Una

vez hecho, Mary teñía las células (la palabra «cromosoma», después de todo, significa «cuerpo coloreado», por su tendencia a tomar color fácilmente). Luego clasificaba los cromosomas por tamaño, en orden descendente, lo habitual para numerarios. Ponter era varón, y por eso tenía un cromosoma X y un cromosoma Y, e igual que en el varón de la especie de Mary, Y medía aproximadamente un tercio de X.

Mary ordenó todas las parejas, las fotografió, e imprimió la foto en una impresora Epson de chorro de tinta. Luego etiquetó las parejas, empezando por la más larga y hasta la más corta: 1, 2, 3...

Era un trabajo concienzudo, el ejercicio al que sometía a sus estudiantes de citogenética cada año. Su mente divagó un poco mientras lo hacía: se encontró pensando en Ponter y Adikor y en mamuts y en un mundo sin agricultura y...

« ¡Maldición! » .

Obviamente había metido la pata, ya que los cromosomas X e Y de Ponter eran la pareja vigésimo cuarta, no la vigésimo tercera.

A menos...

Dios mío, a menos que hubiera tres cromosomas 21... en cuyo caso él, y presumiblemente su gente, tenían lo que en la especie de ella se conocía como síndrome de Down. Eso tenía sentido: quienes padecen el síndrome de Down tienen una morfología facial distinta y...

« Santo cielo, ¿podría ser tan simple? », pensó Mary. La incidencia de la leucemia entre quienes sufren el síndrome de Down es alta... ¿y no era de eso, según Ponter, de lo que había fallecido su esposa? Además, el síndrome de Down se asocia con niveles anormales de hormonas tiroideas, y se sabe que éstas afectan a la morfología... especialmente a la facial. ¿Podría ser que la gente de Ponter tuviera trisomía 21, un cambio pequeño, que se manifestara de manera ligeramente distinta en ellos que en el Homo sapiens sapiens, y que explicara todas las diferencias entre los dos tipos de humanos?

Pero no. Aquello no tenía sentido. Uno de los principales efectos del síndrome de Down, al menos en el Homo sapiens sapiens, es el subdesarrollo del tono muscular: la gente de Ponter tenía exactamente lo contrario.

Y, además (Mary había extendido un número par de cromosomas ante ella), el síndrome de Down es producto de un número impar. A menos que, accidentalmente, hubiera mezclado cromosomas de otra célula, Ponter tenía en efecto veinticuatro pares y...

« Oh, Dios mío —pensó Mary—. Dios mío ». Era aún más sencillo de lo que había imaginado. « Sí, sí, ¡sí! » .

¡Lo tenía!

Tenía la respuesta.

El Homo sapiens sapiens poseía veintitrés pares de cromosomas.

Pero sus parientes más cercanos, al menos en esta Tierra, eran las dos



especies de chimpancés y ...

Y ambas especies de chimpancés tenían veinticuatro pares de cromosomas.

El género Pan (los chimpancés) y el género Homo (los humanos de todo tipo, pasados y presentes), compartían un antepasado común. A pesar de la creencia popular de que los humanos habían evolucionado a partir de los monos, en realidad monos y humanos eran primos. El antepasado común (el eslabón perdido, todavía no identificado de manera concluyente mediante restos fósiles) había existido, según los estudios de la divergencia genética entre humanos y monos, hacía unos cinco millones de años, en África.

Como los chimpancés tenían veinticuatro pares de cromosomas y los humanos veintitrés, sólo podía elucubrarse qué número había poseído el antepasado común. Si tuvo veintitrés, bueno, entonces, en algún momento después de la separación mono-hombre, un cromosoma debió de convertirse en dos en el linaje de los chimpancés. Si, por otro lado, tuvo veinticuatro, entonces dos cromosomas debieron de fundirse en alguna parte de la línea Horno.

Hasta ese momento (hasta aquel preciso instante, hasta aquel segundo), nadie en la Tierra de Mary había sabido con seguridad qué opción era la correcta. Pero ahora estaba claro como el agua: los chimpancés comunes tenían veinticuatro pares de cromosomas; los bonobos (la otra especie de chimpancé) tenían veinticuatro también. Y ahora Mary sabía que los neanderthales tenían también dos docenas. La fusión de dos cromosomas en uno había tenido lugar mucho después de la división mono-hombre; de hecho, eso había sucedido después de que la rama Homo se bifurcara en las dos que ella estaba estudiando ahora, hacía sólo un par de cientos de miles de años.

Por eso la gente de Pontet seguía teniendo la enorme fuerza de los monos en vez de ser débil como los humanos, Por eso tenían fisonomía simia, con arcos ciliares y sin mandíbula. Genéticamente eran simiescos, al menos en el recuento de cromosomas. Y la unión de dos cromosomas (eran los números dos y tres, Mary lo sabía porque había leído hacía años estudios de genética primate) había originado las diferencias morfológicas que dieron pie a la forma humana adulta.

De hecho, la causa concreta de las diferencias era bastante fácil de identificar: era la neotenia, la conservación en el estado adulto de características infantiles. Los bebés simios, los bebés neanderthales y los bebés gliksins tenían un cráneo similar, con la frente vertical y escasa barbilla. A medida que las otras especies crecían, la forma de sus cráneos cambiaba, sólo la de Mary conservaba el cráneo infantil en la etapa adulta.

Pero el pueblo de Pontet sí que maduraba cranealmente. Y el cromosoma que difería podía ser la causa. Mary se llevó las dos manos a la cara. ¡Lo había conseguido!

Había encontrado lo que quería Jock Krieger, y ...

Y... « Dios mío » .

Si el recuento de cromosomas difería, entonces los neanderthales y los Homo sapiens a los que ella pertenecía no eran sólo subespecies de una misma rama. Eran especies completamente distintas. No hacía falta decir Homo sapiens y repetir sapiens para distinguir la especie de Mary de la de Pontor, porque el pueblo de Pontor no podía ser Homo sapiens neanderthalensis, sino que era más bien Homo neanderthalensis. A Mary se le ocurrían varios paleoantropólogos a quienes entusiasmaría aquella noticia... y otros a quienes los fastidiaría enormemente.

Pero...

Pero...

Pero, ¡Pontor pertenecía a otra especie! Mary había visto Showboat cuando la representaron en Toronto; Cloris Leachman interpretaba el papel de Parthy. Sabía que la mezcla de razas había sido un tema importante en otra época, pero...

Pero «mezcla étnica» no era el modo adecuado para describir el apareamiento de un humano con alguien que no pertenecía a su propia especie... aunque Pontor y Mary no hubieran hecho eso, por supuesto. No, el término adecuado era...

«Dios mío», pensó Mary.

Era «bestialismo».

Pero...

—No, no.

Pontor no era una bestia. El hombre que la había violado (congénere de Mary, un Homo Sapiens), ése sí que era una bestia, Pero Pontor no era ningún animal.

Era un caballero.

Un hombre amable.

Y, a pesar del recuento de cromosomas, era un ser humano... un ser humano que ella anhelaba volver a ver.

Finalmente, al cabo de tres días, los especialistas del Laboratorio para el Control de Enfermedades y el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades (la agencia norteamericana equivalente) determinaron que la embajadora Tukana Prat y el enviado Ponter Boddit estaban libres de infección y levantaron la cuarentena.

Ponter y Tukana, acompañados por cinco soldados y el doctor Montego, recorrieron el túnel de la mina hasta el ascensor de metal y realizaron el largo viaje hasta la superficie. Al parecer, se había corrido la noticia de que iban para arriba: gran número de mineros y otros trabajadores de Inco se habían reunido en la enorme sala superior donde se hallaba la boca del ascensor.

—Hay una multitud de periodistas esperando en el aparcamiento —dijo Hélène Gagné—. Embajadora Prat, tendrá que hacer usted una breve declaración, naturalmente.

Tukana alzó la ceja.

—¿Qué tipo de declaración?

—Un saludo, Ya sabe, el habitual gesto diplomático.

Ponter no tenía ni idea de a qué se refería, pero claro, no era su trabajo. Hélène los guió para salir de la amplia sala y, tras atravesar unas puertas, salieron al otoño de Sudbury. Hacía al menos dos grados más que en el mundo que Ponter había dejado atrás, tal vez más, pero, naturalmente, habían pasado tres días bajo tierra: la diferencia de temperatura no implicaba nada necesariamente.

De todas formas, Ponter sacudió asombrado la cabeza. Nunca había salido de aquel sitio estando consciente: había subido desde la mina, una sola vez, inconsciente por una herida en la cabeza. Pero ahora tenía ocasión de ver realmente la gigantesca mina, la gran abertura en el suelo que habían practicado aquellos humanos, la enorme extensión de tierra que habían despejado de árboles, el colosal «aparcamiento», como ellos lo llamaban, cubierto de cientos de vehículos personales.

¡Y el olor! Retrocedió cuando captó el abrumador hedor de aquel mundo, la peste nauseabunda. La mujer de Adikor, Lurt, les había explicado las posibles fuentes de los olores, basándose en las descripciones que Ponter les había dado: dióxido de nitrógeno, dióxido de azufre y otros venenos que se desprendían con la

quema de petroquímicos.

Ponter había advertido a Tukana de lo que les esperaba, y ella trataba disimuladamente de cubrirse la nariz con la mano. Ponter recordaba con afecto a la gente de aquí, pero había olvidado (o suprimido) sus recuerdos del horrible trabajo que habían hecho cuidando de su versión del planeta.

Jock Krieger, sentado a su mesa, navegaba por las dos redes: la pública y el enorme conjunto de sitios clasificados del Gobierno, disponibles a través de cables de fibra óptica, a los que sólo aquellos con el permiso de seguridad pertinente podían acceder.

A Jock nunca le había gustado toparse con algo que no comprendía: lo único que le daba la impresión de que no tenía el control era la ignorancia. Y por eso estaba intentando confirmarlo buscando información sobre colapsos geomagnéticos, sobre todo desde que había llegado de Sudbury la noticia de que esas cosas al parecer sucedían muy rápidamente.

Jock había esperado que hubiera miles de páginas web dedicadas a ese tema, y aunque todos los sitios de noticias habían publicado algo en la última semana, regurgitando principalmente las mismas opiniones de tres o cuatro «expertos», había en realidad muy pocos estudios específicos acerca del fenómeno. De hecho, la mitad de las pistas que encontró en la red eran de supuestos científicos creacionistas que intentaban negar la evidencia de inversiones geomagnéticas prehistóricas, al parecer porque su número hubiese excedido la edad de la Tierra, que sólo tenía unos cuantos miles de años.

Pero en un estudio llamó la atención de Jock la cita del artículo de una revista, *Earth and Planetary Science Letters*, de 1989, titulado «Las pruebas indican que se produce una variación de campo extremadamente rápida durante una inversión geomagnética». Los autores eran Robert S. Coe y Michel Prévot, el primero de la Universidad de California en Santa Cruz y, el segundo, de la *Université des Sciences et Techniques de Montpellier* (la ciudad de Francia, supuso Jock, y no la de Vermont). La UCSC era decididamente una institución de fiar, y la otra (unos cuantos clics con el ratón), sí, también era aceptable. Pero el maldito artículo no estaba en la red: como gran parte de los conocimientos del mundo anteriores a 1990, al parecer nadie se había molestado en colgarlo. Jock suspiró. Tendría que ir a una biblioteca de verdad a buscar un ejemplar.

Mary recorrió el pasillo y bajó las escaleras hasta el despacho de Jock Krieger, en la planta baja. Llamó con los nudillos, esperó a que él le dijera que entrara y eso hizo.

—Lo tengo —dijo Mary.

—Bueno, entonces, mantenga la distancia —dijo Jock, cerrando la ventana de su buscador.

Mary estaba demasiado nerviosa para pillar el chiste, aunque cayó más tarde en la cuenta.

—He descubierto cómo distinguir a los gliksins de los neanderthales.

Jock se levantó de su sillón Aeron.

—¿Está segura?

—Sí. Es pan comido. Los neanderthales tienen veinticuatro pares de cromosomas, mientras que nosotros sólo tenemos veintitrés. Es una diferencia abismal, tan grande a escala genética como la diferencia entre macho y hembra.

Las cejas grises de Jock se alzaron hacia su tupé.

—Si eso era tan obvio, ¿por qué ha tardado tanto?

Mary explicó su confusión con el ADN mitocondrial.

—Ah —dijo Jock, asintiendo—. Buen trabajo. Muy buen trabajo.

Mary sonrió, pero su sonrisa se desvaneció pronto.

—La Sociedad Paleoantropológica va a celebrar su reunión anual dentro de un par de semanas —dijo—. Me gustaría presentar allí mi cariotipo neanderthal. Alguien lo hará, tarde o temprano, pero me gustaría tener prioridad.

Krieger frunció el ceño.

—Lo siento, Mary, pero está bajo contrato de secreto.

Mary se preparó para pelear.

—Sí, pero...

Jock levantó una mano.

—No, tiene razón. Lo siento. Es difícil abandonar las costumbres del RAND. Sí, por supuesto, puede presentar su descubrimiento. El mundo tiene derecho a saberlo.

Hélène Gagné contempló a los cientos de periodistas que se habían congregado en el aparcamiento de la mina Creighton.

—Damas y caballeros —dijo, hablando por el micrófono de una cadena de televisión—, gracias por venir. De parte del pueblo de Ontario, el pueblo de Canadá y el pueblo del mundo, es un placer dar la bienvenida a los dos emisarios de la versión paralela de la Tierra. Sé que algunos de ustedes ya conocen al doctor Ponter Boddit, que ahora tiene el título de « enviado ».

Hizo un gesto a Ponter y, al cabo de un instante, éste advirtió que debía reaccionar de algún modo. Alzó la mano derecha y saludó entusiasta, cosa que, por algún motivo, causó gracia a los periodistas gliksins.

—Y ésta es la embajadora, la señora Tukana Prat —continuó Hélène—. Estoy segura de que tiene unas palabras para nosotros.

Hélène miró expectante a Tukana, que, tras algún gesto adicional por parte de Hélène, se acercó al micrófono.

—Nos alegramos de estar aquí —dijo Tukana.

Luego se apartó amablemente del micrófono.

Hélène parecía mortificada; ocupó rápidamente el lugar de Tukana.

—Lo que la embajadora Prat quiere decir, de parte de su gente, es que está encantada de iniciar contactos formales con nuestro pueblo y espera que se establezca un diálogo productivo y mutuamente beneficioso sobre asuntos de interés común. —Se volvió hacia Tukana, buscando su aprobación por estos comentarios. Tukana asintió. Hélene continuó—: Y espera que su pueblo y el nuestro tengan numerosas oportunidades para realizar intercambios comerciales y culturales. —Miró otra vez a Tukana: la hembra neanderthal al menos no parecía inclinada a poner objeciones—. Y le gustaría dar las gracias a Inco, al Observatorio de Neutrinos de Sudbury, al alcalde y los concejales de Sudbury, al Gobierno de Canadá y a las Naciones Unidas, donde hablará mañana, por su hospitalidad. —Miró de nuevo a Tukana, indicando el micro—. ¿No es así?

Tukana vaciló un momento, y luego volvió a acercarse al micrófono.

—Mm, sí. Lo que ella dice.

Los periodistas aullaron.

Hélene se inclinó hacia Tukana y puso una mano sobre el micro, pero Ponter la oyó de todas formas.

—Tenemos mucho trabajo que hacer hasta mañana.

Cuando Mary hubo salido de su despacho, Jock Krieger se asomó a la ventana. Había escogido el emplazamiento de su oficina, por supuesto. La mayoría hubiese preferido vistas al lago, pero eso significaba mirar al norte, apartándose de Estados Unidos. La ventana de Jock daba al sur, pero como la mansión que albergaba el Grupo Sinergia estaba en una península, Jock veía un hermoso paisaje marino. Se pasó la mano por la cara, contempló su mundo, y pensó.

Tukana y Ponter se asombraron al ver el jet del Ejército canadiense que los llevaría a Ottawa. Aunque su gente había desarrollado helicópteros, los aviones a reacción eran desconocidos en el mundo neanderthal.

Cuando Tukana hubo superado la impresión del despegue, se volvió hacia Hélene.

—Lo siento —dijo la embajadora—. Creo que antes no he estado a la altura de sus expectativas.

Hélene frunció el ceño.

—Bueno, digamos que los humanos de aquí esperamos un poco más de pompa y circunstancia.

El traductor de Tukana pitó dos veces.

—Ya sabe —dijo Hélene—, un poco más de ceremonia, algunas palabras amables más.

—Pero dijo que nada de sustancia.

Hélene sonrió.

—Exactamente. El primer ministro es bastante campechano: no tendrá

ningún problema con él esta noche. Pero mañana se dirigirá a la Asamblea General de las Naciones Unidas, y esperarán que hable durante algún tiempo.

Hizo una pausa.

—Perdóneme, pero creí que era usted diplomática de carrera.

—Lo soy —dijo Tukana, a la defensiva—. He pasado tiempo en Evnoy y Ranillass y Nalkanu, representando los intereses de Saldak. Pero nosotros intentamos llegar al meollo lo más rápidamente posible en esas discusiones.

—¿No les preocupa ofender a nadie siendo bruscos?

—Por eso los embajadores viajamos a esos lugares en vez de negociar por medio de telecomunicaciones. Nos permite oler las feromonas de aquellos con quienes hablamos, y a ellos oler las nuestras.

—¿Funciona eso cuando se dirige a un grupo grande?

—Oh, sí. He mantenido negociaciones con diez personas e incluso once a la vez.

Hélene se quedó boquiabierta.

—Mañana hablará ante mil ochocientas personas. ¿Podrá detectar si está ofendiendo a alguien en un grupo tan grande?

—No, a menos que el individuo ofendido sea el que está más cerca de mí.

—Entonces, si no le importa, me gustaría darle unos cuantos consejos.

Tukana asintió.

—Como creo que dicen ustedes, soy toda oídos.

Mary había regresado a su laboratorio del primer piso y estaba sentada en un sillón giratorio de cuero negro, el tipo de mueble lujoso propio de ejecutivos que no hay nunca en el despacho de un catedrático de universidad. Se había dado la vuelta, apartándose de la mesa, y contemplaba a través del ventanal encarado al norte el lago Ontario. Sabía que Toronto estaba frente a Rochester, pero ni siquiera en un día claro lo veía desde allí; la costa opuesta estaba más allá del horizonte. La estructura libre más alta del mundo, la Torre CN, estaba justo en la orilla de Toronto. Casi había esperado que, al menos, despuntara en la curva de la superficie de la Tierra, pero...

Pero recordaba a Ponter diciendo que había sido un error pedir que su implante Acompañante, Hak, estuviera programado con la voz de su esposa muerta. En vez de darle consuelo, era un doloroso recordatorio de cosas perdidas. Tal vez era mejor que Mary no pudiera ver nada de Toronto a través de su ventana.

Le habían dicho que Seabreeze era un lugar maravilloso en verano, pero ahora que empezaba el otoño, era bastante sombrío, Mary se había aficionado a las noticias de la WROC, la afiliada local de la CBS, pero en todos los partes meteorológicos que había oído usaban el término « efecto lago », algo que nunca había visto cuando vivía en el lado norte del mismo lago. Toronto estaba razonablemente libre de nieve en invierno, pero al parecer Rochester quedaba embotado por la materia blanca, gracias al aire frío que bajaba de Canadá y acumulaba humedad cuando alcanzaba el lago Ontario.

Mary tomó un tazón de café, lo llenó con su poción favorita de Maxwell House mezclado con batido de chocolate, y dio un sorbo. Se había aficionado al Upstate Dairy's Extreme Chocolate Milk, que, como el fabuloso Heluva Good French Onion Dip, no estaba disponible en Toronto. Al menos, estar lejos de casa tenía unas cuantas compensaciones...

Mary salió de su ensimismamiento cuando sonó el teléfono de su escritorio. Soltó el tazón de café. Muy pocas personas tenían su número de aquí... y no era una llamada interna del Grupo Sinergia: ésas eran anunciadas por un timbre diferente.

Descolgó el auricular negro.



—¿Diga?

—¿Profesora Vaughan? —dijo una voz de mujer.

—¿Sí?

—Soy Daria.

Mary sintió que su espíritu se animaba. Daria Klein, su estudiante de posgrado en la Universidad de York Naturalmente, Mary había dado su nuevo número de teléfono a los miembros de su antiguo departamento; después de dejarlos colgados justo antes de empezar las clases, era lo menos que podía hacer.

—¡Daria! —exclamó Mary—. ¡Cuánto me alegro de oírte!

Mary visualizó el rostro anguloso y sonriente de la esbelta muchacha de pelo oscuro.

—Yo también me alegro de oír su voz —dijo Daria. Espero que no le importe que la llame. Es que no quería enviar un e-mail con esto.

Mary casi podía oír a Daria dando saltitos arriba y abajo.

—¿Con qué?

—¡Con Ramsés!

Daria se estaba refiriendo obviamente al cadáver del antiguo egipcio en cuyo ADN había estado trabajando.

—Supongo que ya tienes los resultados —dijo Mary.

—¡Sí, sí! ¡Es en efecto miembro del linaje Ramsés... presumiblemente Ramsés I! ¡Apunte otro éxito para la Técnica Vaughan!

Mary probablemente se ruborizó un poquito.

—Eso es magnífico —dijo. Pero era Daria quien había hecho la concienzuda secuenciación—. Enhorabuena.

—Gracias. La gente de Emory está encantada.

—Maravilloso —dijo Mary—. Buen trabajo. Estoy realmente orgullosa de ti.

—Gracias —repitió Daria.

—Bueno, ¿y cómo van las cosas en York?

—Igual que siempre —dijo Daria—. Los interinos hablan de ir a la huelga, están zurrando de lo lindo a los Yeomen, y el Gobierno provincial ha anunciado más recortes.

Mary soltó una risa triste.

—Lamento oír eso.

—Sí, bueno, ya sabe. —Daria hizo una pausa—. La noticia realmente preocupante es que violaron a una mujer en el campus a principios de semana. La noticia apareció en el Excalibur.

El corazón de Mary se paró durante un segundo.

—Dios mío —dijo.

Hizo girar el sillón para mirar de nuevo por la ventana, visualizando York

—Sí —continuó Daria—. Sucedió cerca de aquí... cerca de Farquharson.

—¿Dijeron quién fue la víctima?

—No. No se han dado detalles.

—¿Han capturado al violador?

—Todavía no.

Mary inspiró profundamente.

—Ten cuidado, Daria. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Josh me recoge después del trabajo todos los días.

Josh (Mary nunca podía recordar su apellido) era el novio de Daria, un estudiante de derecho de Osgoode Hall.

—Bien —dijo Mary—. Eso está bien.

—De todas formas, sólo quería que supiera lo de Ramsés —dijo Daria, decidida a adoptar un tono más ligero—. Estoy segura de que causará algo de revuelo en la prensa. Alguien de la CBC vendrá mañana al laboratorio.

—Eso es magnífico —dijo Daria, la mente desbocada.

—Estoy que no quepo en mí. ¡Todo esto es tan guai!

Mary sonrió. Sí que lo era.

—Bueno, pues la dejo —dijo Daria—. Sólo quería ponerla al corriente. Ya hablaremos otro día.

—Adiós —dijo Mary.

—Adiós —repitió Daria, y cortó la comunicación.

Mary trato de colgar el auricular, pero la mano le temblaba y no llegó a colocarlo en la horquilla.

Otra violación.

¿Significaba eso otro violador?

¿O... o... o...?

¿O era el monstruo, el animal, el que ella no había denunciado. Que volvía a golpear?

Mary sintió que se le revolvió el estómago, como si estuviera en un avión que hubiera entrado en picado.

Maldición. Maldición.

Si hubiera denunciado la violación... si hubiera alertado a la policía, al periódico del campus...

Sí, hacía semanas que había sido atacada. No había ningún motivo para, suponer que fuera el mismo violador. Pero, por otro lado, ¿cuánto dura la excitación, el subidón de violar a alguien? ¿Cuánto se tarda en acumular el valor (el horrible y destructor valor) para cometer de nuevo un crimen semejante?

Mary había advertido a Daria. No sólo ahora, sino antes, a través de un e-mail desde Sudbury. Ontario. Pero Daria era sólo una de las miles de mujeres que había en York, una de...

Mary había colaborado con el Departamento de Estudios Femeninos; sabía que la expresión feminista correcta era que todas las hembras adultas eran mujeres. Pero Mary tenía treinta y nueve años (Su cumpleaños había llegado y

pasado sin que nadie lo advirtiera), y las estudiantes de York rondaban los dieciocho. Oh, eran desde luego mujeres... pero también chiquillas, al menos en comparación con Mary; muchas de ellas estaban lejos de casa por primera vez, empezando su andadura en la vida.

Y una bestia las estaba convirtiendo en sus presas. Una bestia que, tal vez, ella había dejado escapar.

Mary miro de nuevo por la ventana, pero esta vez se alegró de no poder ver Toronto.

Un poco después (Mary no tenía en realidad idea de cuánto). La puerta del laboratorio se abrió y Louise Benoit asomó la cabeza.

—Eh, Mary, ¿y si cenamos?

Mary hizo girar el sillón de cuero para mirar a Louise.

—*¡Mon dieu!* —exclamó Louise—. *¿Qu'est-ce qu'il y a de mal?*

Mary sabía suficiente francés para comprender la pregunta.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

Louise, hablando ahora en inglés, parecía como si no pudiera creer la respuesta de Mary.

—Has estado llorando.

Ausente, Mary se llevó una mano a la mejilla y la retiró. Alzó las cejas, asombrada.

—Oh —dijo en voz baja, sin saber con qué mas llenar el silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo Louise.

Mary tomo aire y lo dejó escapar lentamente. Louise era lo más parecido que tenía a una amiga, allí, en Estados Unidos. Y Keisha, la consejera del Centro de Crisis de Violación con la que había hablado en Sudbury, parecía a años luz de distancia. Pero...

Pero no. No quería hablar de ello. No quería dar voz a su dolor. O a su culpa.

Sin embargo, tenía que decir algo.

—No es nada —dijo Mary por fin—. Es sólo... —Encontró una caja de pañuelos de papel en la mesa y se secó las lágrimas—. Sólo los hombres.

Louise asintió sabiamente, como si Mary estuviera hablando de algún... ¿cómo lo llamaría ella? Algún *affaire de coeur* que hubiera salido mal. Louise, sospechaba Mary, había tenido un montón de novios.

—Hombres —coincidió Louise, poniendo en blanco sus ojos marrones—. No se puede vivir con ellos, y no se puede vivir sin ellos.

Mary estuvo a punto de asentir, pero, bueno, había oído que en el mundo de Ponter lo que Louise acababa de decir no era cierto. Y Cristo, Mary no era ninguna escolar... ni Louise tampoco.

—Son responsables de muchos de los problemas del mundo —dijo Mary.

Louise asintió también, y pareció captar el cambio de tono.

—Bueno, desde luego no hay mujeres detrás de la mayoría de ataque

terroristas.

Mary coincidía con Louise en eso, pero... Pero no se trata sólo de los hombres de otros países. Son los hombres de aquí... de Estados Unidos y Canadá.

Louise frunció el ceño, preocupada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Y finalmente Mary contestó, al menos en parte.

—Me han llamado de la Universidad de York. Ha habido una violación en el campus.

—¡Oh Dios mío! —dijo Louise—. ¿Alguien conocido?

Mary negó con la cabeza, aunque de hecho advirtió que no sabía la respuesta. «Dios», pensó, ¿y si había sido alguien que conocía, alguna de sus estudiantes?

—No —contestó, como si su gesto con la cabeza hubiera sido insuficiente—. Pero me ha deprimido.

Miro a Louise, tan joven, tan hermosa, y luego bajó los ojos.

—Es un crimen terrible.

Louise asintió aquel mismo gesto sabio y mundano que había hecho antes, como si (Mary sintió que se le contraía el estómago), como si tal vez Louise realmente supiera de qué estaba hablando Mary. Pero Mary no podía seguir ahondando en aquello sin revelar su propia historia, y no estaba dispuesta a hacerlo... al menos todavía.

—Los hombres pueden ser horribles —dijo Mary.

Sonaba a tópico. A Bridget Jones, pero era cierto. Maldición, era cierto.

Ponter Boddit y Tukana Prat fueron nombrados (o confirmados, ya que las opiniones legales variaban) ciudadanos canadienses en la sede del Parlamento de Canadá a última hora de la tarde. Celebró el acto el ministro de Ciudadanía e inmigración, con periodistas de todo el mundo.

Ponter lo hizo lo mejor que pudo con el juramento, que había memorizado con la ayuda de Hélen Gagné; sólo pronunció mal unas cuantas palabras:

—Afirmo que seré fiel y digno aliado a Su Majestad la reina—I—sa—bel II, reina de Canadá, sus herederos y sucesores, y que cumpliré fielmente las leyes de Canadá y mis deberes como ciudadano canadiense.

Helen Gagné quedó tan satisfecha con su actuación que aplaudió espontáneamente al final de su discurso, lo que le valió una severa mirada del ministro.

Tukana tuvo más problemas con las palabras, pero se las apañó para pronunciarlas también.

Después de la ceremonia, hubo una recepción con vino y queso... aunque Hélen advirtió que Ponter y Tukana no probaban nada. No bebían leche ni comían productos lácteos; tampoco parecían atraídos por los derivados de los cereales. Hélene les había dado sabiamente de antes de la ceremonia, no fuera a ser que se cebaran en las bandejas de fruta y carne mechada. A Ponter pareció gustarle especialmente la carne ahumada de Montreal.

Cada uno de los neanderthales había recibido no sólo un certificado de ciudadanía canadiense; sino también una tarjeta sanitaria de Ontario y un pasaporte. Al día siguiente volarían a Estados Unidos. Pero todavía quedaba un deber oficial más que cumplir en Canadá.

—¿Le gustó la cena con el primer ministro canadiense? —preguntó Selgan, sentado en su silla de horcajadas en su despacho redondo.

Ponter asintió.

—Mucho, Había gente muy interesante. Comimos grandes filetes de vacuno de Alberta... otra parte de Canadá, al parecer. Y verduras, también, algunas de las cuales reconocí, otras no.

—Debería probar ese vacuno y yo mismo —dijo Selgan.

—Está muy bueno, aunque es casi la única carne de mamífero que comen...

eso y una forma de jabalí que han creado mediante cría selectiva.

—¡Ah! —dijo Selgan—. Bueno, también me gustaría probar eso algún día. — Hizo una pausa—. Bien, veamos dónde nos encontramos. Había regresado usted a salvo al otro mundo, pero las circunstancias le habían impedido ver a Mary todavía. Sin embargo, se había reunido con los más altos cargos del país en el que estaba. Había comido bien y se sentía... ¿cómo? ¿Satisfecho?

—Bueno, supongo que podríamos decir que sí. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Selgan.

—Pero la satisfacción no duró mucho.

Después de cenar en el 24 de Sussex Drive, llevaron a Ponter al hotel Château Laurier, donde se retiró a su enorme suite. Las habitaciones eran... « opulentas» era el término inglés adecuado, creía; adornadas de manera mucho más profusa que ninguna cosa que hubiera en su mundo.

Tukana se marchó con Héléne Gagné para repasar de nuevo lo que sería una presentación adecuada el día siguiente ante las Naciones Unidas, Ponter no tenía que decir nada, pero de todas formas se pasó la noche leyendo sobre esa institución.

Bueno, en realidad eso no era exacto del todo; ni él ni Hak podían leer todavía en inglés, pero usaba un ordenador parecido a una concha de almeja que le había proporcionado el Gobierno canadiense, programado con una especie de enciclopedia. La enciclopedia tenía un sistema de voz que leía en un irritante tono mecánico: desde luego, el pueblo de Ponter tenía un par de cosas que enseñar a los gliksins sobre síntesis de voz. De todas maneras, Hak escuchaba las palabras inglesas pronunciadas por el ordenador, y luego se las traducía a Ponter a la lengua neanderthal.

Al principio del artículo sobre las Naciones Unidas, había una referencia a la « carta» de la organización, al parecer su documento fundacional. Ponter se sintió horrorizado por su encabezamiento.

Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles...

Dos guerras... ¡durante la vida de un ser humano! Había habido guerras en la historia del mundo de Ponter, pero de la última hacía casi veinte millones. Sin embargo, había sido devastadora, y el sufrimiento no fue indecible (palabra que Hak tradujo como « incontable» ), más bien al contrario; a cada joven se le enseñó la horrible verdad: que 719 personas habían muerto en esa guerra.

¡Una pérdida de vidas tan devastadora! y sin embargo estos gliksins habían librado no una sino dos guerras en un período tan corto como mil lunas.

Pero claro, ¿quién sabía qué antigüedad tenían estas Naciones Unidas? Tal vez aquello de « en nuestra vida» había sido hacía mucho tiempo. Ponter le pidió a Hak que siguiera escuchando el artículo y mirara para ver si podía encontrar una

fecha de fundación. Lo hizo: Uno–nueve–cuatro–cinco.

El año actual, tal como los gliksins los contaban, era dos–algo, ¿no?

—Exactamente ¿cuánto tiempo hace de eso?—preguntó Ponter.

Hak se lo dijo, y Ponter sintió que se desplomaba contra la silla. La vida en cuestión, la vida en la que no sólo una guerra sino dos habían arrasado a la humanidad era esta vida.

Ponter quiso saber más sobre la guerra gliksin. Hélene le había abierto la enciclopedia por la entrada sobre las Naciones Unidas antes de marcharse con Tukana, pero Ponter consiguió manejar aquella interfaz, completamente obsoleta.

—¿Qué palabra usan para « guerra » ?—preguntó.

Hak hizo un análisis del texto que había oído y las palabras que aparecían en la pantalla del ordenador.

—Es la sexta agrupación de caracteres que aparece a la derecha de la novena línea del texto.

Ponter usó la yema del dedo para ayudarse a encontrar el punto en la pantalla plana.

—Eso no puede ser —dijo—. Esa agrupación tiene tres símbolos w–a–r.

La palabra neanderthal para « guerra » era mapartaltapa; Ponter había deseado a menudo desde que estaba aquí saber más de lingüística (¿qué útil hubiese sido!) pero un principio que sí comprendía es que los términos cortos se aplicaban a los conceptos comunes.

—Creo que tengo razón —dijo Hak—. La palabra es war.

—Pero... oh.

Ponter contempló el... « teclado » era el término. Consiguió encontrar el primer símbolo, w, pero no encontró nada parecido a una a o una r.

—Si seleccionas la palabra —dijo Hak—, creo que puede hacer una búsqueda.

Ponter tocó la zona sensible al tacto del teclado, moviendo el diminuto pino de la pantalla hasta que su cima tocó la palabra y, después de algunos intentos, consiguió recalcarla. En el lado izquierdo de la pantalla apareció una lista y...

Ponter se quedó boquiabierto mientras Hak iba leyendo los nombres.

La guerra del Golfo.

La guerra de Corea.

La guerra civil española.

La guerra Hispanoamericana.

La guerra de Vietnam.

La guerra de Secesión.

La guerra de 1912.

La guerra de las Dos Rosas.

Seguía y seguía.

Más y más.

Y...

Y...

El corazón de Ponter redoblaba.

La Primera Guerra Mundial.

La Segunda Guerra Mundial.

Ponter quiso maldecir, pero las únicas palabrotas que conocía eran las propias de su especie: referencias a la putrefacción de la carne, a la eliminación de residuos corporales. Ninguna parecía adecuada ahora. Hasta ese momento, no había encontrado sentido al estilo gliksin de imprecaciones que invocaban a un poder superior putativo, llamando a un ser superior para encontrar sentido a las locuras del hombre. Pero ése era en realidad el tipo de expresión que necesitaba. ¡Todo el mundo en guerra! Ponter casi tuvo miedo de mirar los artículos, miedo de oír cuál había sido el cómputo de muertes. Vaya, debían de haberse producido a millares...

Movió el dedo por el recuadro sensible al contacto y dejó que la enciclopedia le hablara a Hak

En la Primera Guerra Mundial habían muerto diez millones de soldados.

Y en la Segunda Guerra Mundial, cincuenta y cinco millones de personas (soldados y civiles por igual) habían muerto por causas diversas llamadas « combate », « inanición », « bombardeos aéreos », « epidemias », « masacres » y « radiación », aunque no tenía ni idea de qué podía tener que ver eso último con la guerra.

Ponter se sintió físicamente enfermo. Se levantó de la silla, se acercó a la ventana de la habitación del hotel y contempló el panorama nocturno de aquella ciudad, Ottawa. Hélene le había dicho que el alto edificio que podía verse desde allí, situado en Parliament Hill, se llamaba Torre de la Paz.

Abrió la ventana lo máximo que le permitía (que no fue mucho) y dejó que entrara parte del maravilloso aire frío del exterior. A pesar del olor, calmó un poco su estómago, pero no podía dejar de sacudir la cabeza adelante y atrás una y otra vez.

Pensó en lo que había preguntado su amado Adikor a su regreso ¿Son buena gente, Ponter? ¿Deberíamos entablar contacto con ellos?

Y Ponter había dicho que sí. El hecho de que hubiera más contacto con esta raza (de asesinos, de guerreros) era cosa suya. Pero había visto tan poco de su mundo la primera vez y...

No. Había visto mucho. Había visto lo que le habían hecho al medio ambiente, cómo habían destruido enormes extensiones de tierra, cómo se multiplicaban sin control. Había sabido lo que eran, incluso entonces, pero...

Ponter inspiró de nuevo aquel aire helado, para tranquilizarse.

Había querido volver a ver a Mary. Y ese deseo lo había cegado a lo que



sabía sobre los gliksins. Su malestar no se debía a la sorpresa por lo que acababa de descubrir, lo sabía. Más bien se debía a la comprensión de que había suprimido deliberadamente su buen juicio.

Miro de nuevo a la Torre de la Paz, alta y marrón con algún tipo de reloj en lo alto, justo en el corazón de la sede del Gobierno de aquel país donde estaba. Tal vez... tal vez los gliksins habían cambiado. Habían creado esa organización que iba a visitar mañana, esas Naciones Unidas, específicamente, o eso decía su carta, para preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra.

Ponter dejó la ventana abierta, se acercó a la cama (dudaba que pudiera acostumbrarse jamás a aquellas camas blandas y elevadas que tanto gustaban a los gliksins), y se tumbó de espaldas, con los brazos tras la cabeza, contemplando los arabescos de la escayola del techo.

Ponter y Tukana, acompañados por Hélene Gagné y dos oficiales de paisano de la Real Policía Montada de Canadá que actuaban como guardaespaldas, fueron conducidos en limusina al Aeropuerto internacional de Ottawa. Los dos neanderthales se habían entusiasmado durante su anterior vuelo desde Sudbury a Ottawa: ninguno había visto antes el terreno de Ontario Norte (que era la misma mezcla de pinos y lagos y rocas que en su versión de la tierra) desde un punto de vista tan maravilloso.

Al principio, Ponter tuvo cierto complejo de inferioridad a la luz de la avanzada tecnología de los gliksins: aeroplanos e incluso naves espaciales. Pero su investigación de la noche anterior le había hecho comprender por qué aquellos humanos habían progresado tanto en esas áreas: había vuelto a leer varios artículos de la enciclopedia.

Era un concepto tan básico para ellos que merecía ser expresado con una palabra muy breve.

La guerra había sido el motor...

Incluso las frases que empleaban para describir tales logros eran bélicas: la guerra había hecho posible la conquista del aire, la conquista del espacio.

Llegaron a la terminal. Ponter consideraba enorme el edificio que los mineros utilizaban para cambiarse de ropa, pero aquella gigantesca estructura era el espacio interior más grande que hubiese visto jamás, y estaba repleto de gente, y de feromonas. Ponter se sintió mareado y también algo avergonzado: muchos los miraban a Tukana y a él sin disimulo.

Tras algunas formalidades y papeleos (Ponter no lo entendió en detalle) los condujeron a un extraño portal. Hélene les dijo a Tukana y a él que se quitaran el cinturón médico y lo colocaran sobre una cinta móvil, y también que vaciaran las bolsas de su ropa, cosa que hicieron. Y entonces, siguiendo un gesto de Hélen, Ponter atravesó el portal.

Una alarma sonó de inmediato, sobresaltándolo.

Un hombre uniformado se apresuró a pasarle una especie de sonda por encima del cuerpo, que soltó un alarido por encima de su antebrazo izquierdo.

—Súbase la manga —dijo el hombre.

Ponter nunca había oído esa expresión, pero adivinó su significado. Se soltó los cierres de la manga y se arremangó dejando al descubierto el rectángulo de metal y plástico de su Acompañante.

El hombre se lo quedó mirando durante un rato; y luego, casi para sí, dijo:

—Podemos reconstruirlo. Tenemos la tecnología necesaria.

—¿Perdone? —preguntó Ponter.

—Nada —dijo el hombre—. Puede usted continuar. El vuelo a la ciudad de Nueva York fue breve: ni siquiera medio diadécimo. Hélene había advertido a Ponter, tanto en este vuelo como el del día anterior, de que era posible que experimentara cierta incomodidad durante el descenso, porque la presión del aire cambiaría rápidamente, pero Ponter no sintió nada, tal vez era una afección de los gliksin debida a sus diminutos senos nasales.

El avión, según anunciaron por los altavoces, tenía que desviarse al sur y volar directamente sobre la isla conocida como Manhattan, para sortear el tráfico aéreo. «Cielos abarrotados —pensó Ponter—. ¡Qué sorprendente!». De todas formas, estaba encantado. Después de hartarse de oír hablar sobre la guerra, había buscado en la enciclopedia la entrada sobre la ciudad de Nueva York. Descubrió que había en ella muchos grandes monumentos humanos. Sería maravilloso verlos desde el aire. Buscó y encontró, la gigantesca mujer verde con expresión ceñuda y una antorcha en alto. Pero, por mucho que lo intentó, no logró localizar las dos torres que supuestamente se alzaban sobre los edificios colindantes, cada una de unos increíbles ciento diez pisos de altura.

Cuando por fin aterrizaron, Ponter le preguntó a Hélene por los desaparecidos «rascacielos», palabra que le parecía poética.

Hélene pareció muy incomoda.

—Ah —dijo—. Se refiere a las torres gemelas del World Trade Center. Eran dos de los edificios más altos del planeta, pero...

Su voz se quebró ligeramente, lo que sorprendió a Ponter.

—Yo, siento tener que ser la que se lo diga, pero... —Otra vacilación—. Pero fueron destruidas por un ataque terrorista.

El acompañante de Ponter pitó, pero Tukana, que evidentemente había estado investigando por su cuenta, inclinó la cabeza hacia Ponter.

—Forajidos gliksins que usan la violencia para intentar forzar un cambio político o social.

Ponter sacudió la cabeza, anonadado una vez más por el universo al que había llegado.

—¿Cómo fueron destruidos los edificios?

Hélene vaciló una vez más antes de responder.

—Dos grandes aviones con los tanques llenos de combustible fueron secuestrados y se les hizo chocar deliberadamente contra las torres.

Ponter no supo qué responder. Pero se alegró de no haberse enterado de aquello hasta haber aterrizado.

Cuando Mary tenía dieciocho años, Donny, su novio, se marchó a los Ángeles con su familia a pasar el verano. Eso fue antes de que se popularizara el correo electrónico e incluso antes de las llamadas baratas a larga distancia, pero se habían mantenido en contacto por carta. Don le enviaba al principio unas cartas largas y llenas de noticias y declaraciones de cuánto la echaba de menos, de cuánto la amaba.

Pero a medida que los agradables días de junio daban paso al calor de julio y la agobiante humedad de agosto, las cartas se fueron haciendo menos frecuentes y más lacónicas. Mary recordaba vivamente el día que llegó una con sólo el nombre de Don al final, nada más, sin que lo precediera la palabra « amor» .

Dicen que la ausencia acrecienta el amor. Tal vez lo hace en algunos casos. Tal vez, en efecto, era así en éste. Habían pasado semanas desde la última vez que Mary había visto a Ponter Boddit, y sentía tanto afecto por él, si no más, como cuando se marchó.

Pero con una diferencia, Cuando Ponter se marchó, Mary se quedó otra vez sola. Ni siquiera era una mujer libre, puesto que Colm y ella estaban solamente separados; el divorcio significaba la excomuniación para ambos, y solicitar la nulidad matrimonial parecía una hipocresía.

Pero Ponter no había estado solo durante el tiempo que pasó aquí. Sí, era viudo, aunque no usara ese término, pero al regresar a su universo se vio rodeado de nuevo por su familia: su hombre-compañero Adikor (Mary se había aprendido los nombres de memoria), y sus dos hijas, Jasmel Ket de dieciocho años y Megameg Bek, de ocho.

En la antesala de la planta decimoctava del edificio de la Secretaría de las Naciones Unidas, Mary esperaba a que Ponter saliera de una reunión para verlo por fin. Mientras permanecía sentada, demasiado nerviosa para leer, el estómago le daba vueltas, y todo tipo de pensamientos le pasaban por la cabeza. ¿La reconocería Ponter siquiera? Debía de haber visto montones de rubias que rondaban los cuarenta en Nueva York; ¿le parecerían iguales todos los gliksins del mismo color? Además, ella se había cortado el pelo desde su estancia en Sudbury, y había engordado un kilo o dos, maldición.

Y al fin y al cabo había sido ella quien lo había rechazado la última vez.

Posiblemente era la última persona a quien Ponter quería ver ahora que había regresado a esta Tierra.

Pero no. No, él había comprendido que estaba todavía enfrentándose a las secuelas de la violación, que su incapacidad de responder a su avance no tenía nada que ver con él. Sí, seguramente él lo había comprendido.

Y sin embargo había...

El corazón de Mary dio un brinco. La puerta se abría, y las voces apagadas de pronto se volvieron claras. Mary se puso en pie de un salto, las manos unidas nerviosamente.

—... y le proporcionaré esas cifras —decía un diplomático asiático, hablándole por encima del hombro a una hembra neanderthal de pelo plateado que debía de ser la embajadora Tukana Prat.

Dos diplomáticos Homo Sapiens más salieron por la puerta, y entonces...

Y entonces apareció Ponter Boddit. Llevaba el pelo rubio oscuro con una raya exactamente en medio y sus asombrosos ojos marrón dorado destacaban incluso a esta distancia. Mary alzó las cejas, pero Ponter no la había visto, ni la había oído, todavía. Estaba hablando con otro diplomático, diciendo algo sobre exploraciones geológicas y...

Y entonces sus ojos se posaron en Mary, y ella sonrió nerviosa, y él dio un pasito de lado para apartarse de la gente que tenía delante y en su rostro apareció aquella sonrisa de casi un palmo que Mary conocía tan bien, y salvó la distancia entre ambos y la abrazó atrayéndola hacia su enorme pecho.

—¡Mary! —exclamó Ponter con su propia voz, y entonces, con la traducción de Hak—. ¡Qué maravilloso es volver a verte!

—Bienvenido —dijo Mary, su mejilla contra la de él—. ¡Bienvenido!

—¿Qué estás haciendo aquí, en Nueva York?

Mary podría haber respondido que estaba allí con la esperanza de tomar una muestra de ADN de Tukana; era verdad, en parte, y una explicación sencilla que le hubiera ahorrado la vergüenza, pero...

—He venido a verte —dijo simplemente.

Ponter la apretujó de nuevo, luego relajó su abrazo y dio un paso atrás, poniendo una mano sobre cada uno de sus hombros y mirándola a la cara.

—¡Me alegro tanto! —dijo.

Mary fue incómodamente consciente de que las demás personas de la habitación los estaban mirando y, en efecto, después de un instante Tukana se aclaró la garganta, tal como podría haber hecho un gliksin.

Ponter volvió la cabeza y miró a la embajadora.

—Oh —dijo. Perdóneme. Ésta es Mary Vaughan, la genetista de la que le hablé.

Mary avanzó un paso tendiéndole la mano.

—Hola, señora embajadora.

Tukana aceptó la mano de Mary y la estrechó con una fuerza sorprendente. Mary se dijo que, de ser lo suficientemente hábil, podría haber recogido unas cuantas células de Tukana simplemente dándole la mano.

—Es un placer conocerla —dijo la neanderthal—. Yo soy Tukana Prat.

—Sí, lo sé —respondió Mary, sonriendo—. He estado leyendo acerca de usted en los periódicos.

—Mi impresión —dijo, con una sonrisa pícaro en su ancho rostro—, es que tal vez usted y el enviado Boddit quisieran estar a solas.

Sin esperar una respuesta, se volvió hacia uno de los diplomáticos gliksins.

—¿Vamos a su despacho y repasamos esas cifras de dispersión de la población?

El diplomático asintió, y el resto del grupo se marchó, dejando a solas a Mary y Ponter.

—Bien —dijo Ponter, envolviendo a Mary en otro abrazo—. ¿Cómo estás?

Mary no podía decir si era su corazón o el de Ponter el que retumbaba.

—Ahora que estas aquí —dijo—, estoy bien.

El salón de la Asamblea General de las Naciones Unidas consistía en una serie de semicírculos concéntricos situados de cara a un estrado central. A Ponter le sorprendió la mezcla de rostros que veía. En Canadá había advertido diversos colores de piel y tipos faciales y, hasta ahora, su experiencia en Estados Unidos había sido similar. Allí, en aquella enorme cámara, vio la misma variedad de coloración. Lurt le había dicho que, casi con toda certeza, era el resultado de prolongados períodos de aislamiento geográfico para cada grupo de color, suponiendo, como Mary había asegurado, que pudieran reproducirse entre sí.

Pero los representantes de cada país eran todos del mismo color: incluso Canadá y Estados Unidos tenían sólo representantes de piel clara en estas Naciones Unidas.

Más: Ponter estaba acostumbrado a ver consejos en su mundo formados únicamente por miembros de un sexo, o por un número exactamente igual de varones y hembras. Pero allí había tal vez un noventa y cinco por ciento de varones y una muestra mínima de hembras. ¿Era posible, se preguntó Ponter, que hubiera una jerarquía de «razas», como Mary las había llamado, y los de piel clara tuviera el poder absoluto? Del mismo modo, ¿era concebible que las hembras gliksins tuvieran un estatus inferior y se les permitiera acceder solo en contadas ocasiones a los círculos más prestigiosos?

Otra cosa que sorprendía a Ponter era lo jóvenes que eran la mayoría de los diplomáticos. ¡Algunos eran incluso más jóvenes que él! Mary había mencionado una vez que se teñía el pelo gris para ocultarlo, una idea para él inconcebible, pues ocultar el pelo gris era ocultar la sabiduría. Los gliksins

varones, había advertido, tendrían menos a teñírselo... quizá su sabiduría era puesta en duda más a menudo. Pero, a pesar de todo, había pocos cabellos grises en el grupo que estaba viendo.

Ponter dejó de preocuparse un poco cuando el encargado principal, cuyo título era, curiosamente, secretario general, resultó ser un hombre de piel oscura de al menos meses pasables. Hélene Gagne había susurrado a Ponter que aquel hombre había ganado recientemente el Premio Nobel de la Paz: fuera lo que fuese eso.

Ponter estaba sentado con la delegación canadiense. Por desgracia, a Mary le habían negado un sitio en la planta principal, aunque supuestamente lo estaba viendo desde la galería de espectadores de arriba. Sobre el podio, Ponter vio una gigantesca versión de la insignia celeste de las Naciones Unidas. Aunque Ponter había aceptado intelectualmente la realidad de donde estaba, emocionalmente seguía, sintiendo que aquel extraño mundo no tenía nada que ver con su Tierra. Pero la insignia tenía en el centro el mapa de la proyección solar de la Tierra, y era igual que los mapas que Ponter había visto en su mundo.

Sin embargo, rodeándola, había ramas de algún tipo de planta, Ponter le preguntó a Hélene el significado de las ramas, y ella le dijo que eran ramas de olivo, un símbolo de paz.

La Torre de la Paz. El Premio de la Paz. Hojas de la Paz. A pesar de todas sus guerras, parecía que la paz estaba constantemente en la mente de los gliksins, y Ponter se sintió algo más tranquilo al advenir que la palabra paz no tenía más sílabas que la palabra guerra tal como la pronunciaban.

Después de un largo discurso de apertura a cargo del secretario general, le tocó por fin a Tukana el turno de hablar, se puso en pie y se acercó al podio mientras los gliksins reunidos hacían esa cosa que ellos llamaban « aplaudir », Tukana llevaba una pequeña caja de madera pulida que colocó en el atril.

El secretario general le estrechó la mano y luego dejó libre el estrado.

—Hola, pueblos de esta Tierra —dijo el implante de Tukana, traduciendo por ella: a Hélene le había costado cierto esfuerzo que el Acompañante aceptara la noción de « pueblos », una forma plural de una palabra, que ya implicaba un colectivo—. Les saludo en nombre del Gran Consejo Gris de mi mundo, y del pueblo de ese mundo.

Tukana continuó, asintiendo en dirección a Ponter.

—La primera vez que uno de nosotros vino aquí, fue un accidente inesperado. Esta vez es deliberado y hay gran expectación por parte de mi pueblo. Anhelamos establecer relaciones pacíficas y duraderas con cada una de las naciones representadas aquí.

Continuó de esa manera durante un rato, diciendo poco que fuera sustancioso. Pero los gliksins, advirtió Ponter, estaban colgados de cada palabra, aunque algunos de los que se encontraban más cerca de él lo examinaban discretamente,

al parecer fascinados por su aspecto.

—Y ahora —dijo Tukana, cuando llegó al momento de ir al meollo— es un placer para mí realizar el primer intercambio comercial entre nuestros dos pueblos.

Se volvió hacia el hombre de piel oscura que estaba de pie a un lado del estrado.

—¿Quiere por favor...?

El secretario general regresó al estrado llevando consigo una cajita de madera propia. Tukana abrió su caja, que había sido enviada recientemente desde el otro lado.

—En esta caja —dijo Tukana— hay una reproducción exacta de un resto antropológico: el cráneo de nuestro mundo cuyo equivalente en esta versión de la Tierra se llama AL 288-1, lo que llaman ustedes un *Australopithecus afarensis* conocido aquí como Lucy.

Tukana le había dicho a su Acompañante que añadiera la «i» larga al nombre.

Un murmullo recorrió la cámara. A Ponter se lo habían explicado. En las dos versiones de la Tierra, el esqueleto de aquella hembra adulta concreta había sido hallado en lo que los gliksins llamaban Hadar, Etiopía, en esta Tierra. Y en el punto correspondiente del noreste de Kakarana en la versión de Ponter. Pero las condiciones climatológicas no habían sido idénticas. En la Tierra de Nueva York y Toronto y Sudbury, el cráneo del fósil se había erosionado antes de que Donald Johnson lo encontrara en el año que los gliksins llamaban 1974. Pero en la versión de Tukana y Ponter, el esqueleto había sido hallado antes de que sufriera muchos daños debido a la erosión. Era una ofrenda inteligente, en opinión de Ponter: subrayaba el hecho de que en ambos mundos existían los mismos depósitos fósiles y minerales, y que un intercambio de localizaciones idénticas sin duda sería mutuamente beneficioso.

—Lo acepto con gratitud en nombre de todos los pueblos de esta Tierra —dijo el hombre de piel oscura—. Y, a cambio, por favor, acepte este regalo nuestro.

Le tendió su caja a Tukana. Ella la abrió, y alzó lo que parecía ser una roca cubierta de plástico transparente.

—Esta muestra de mármol fue recogida por James Irwin en Hadley Rille.

Hizo una dramática pausa, obviamente disfrutando de la falta de comprensión de Tukana.

—Hadley Rille —explicó el secretario general— está en la Luna.

Los ojos de Tukana se abrieron de par en par. Ponter se sintió igualmente anonadado. ¡Un trozo de la Luna! ¿Cómo podía haber dudado de que fuera lo adecuado tener relaciones con estos humanos?



Mary bajó corriendo la escalinata curva del vestíbulo de las Naciones Unidas. Ponter y Tukana, abandonaban el salón de la Asamblea General, rodeados por un cuarteto de policías uniformados que hacían las veces de guardaespaldas, Mary corrió hacia los dos neanderthales, pero uno de los policías se dispuso a bloquearle el paso.

—Lo siento, señora —dijo.

Mary gritó el nombre de Ponter, y Ponter la miró.

—¡Mary! —respondió con su propia voz, y luego, a través del traductor añadió—: Es aceptable que pase, oficial. Es mi amiga.

El policía asintió y se hizo a un lado. Mary avanzó, cubriendo la distancia entre Ponter y ella.

—¿Cómo crees que ha ido? —preguntó Ponter.

—Brillante —contestó Mary—. ¿De quién fue la idea de traer un molde de vuestra versión del cráneo de Lucy?

—De uno de los geólogos de Inco.

Mary meneó la cabeza, asombrada.

—Una elección perfecta.

La embajadora Prat se volvió hacia Mary.

—Estamos a punto de dejar estas instalaciones para ir a comer ¿Quiere por favor venir con nosotros?

Mary sonrió, la neanderthal podía no ser la diplomática más experta del mundo, pero desde luego era amable.

—Me encantaría —dijo Mary.

—Vamos pues —dijo Tukana—. Tenemos... ¿Cómo lo dicen ustedes? Tenemos una reserva en un comedero cercano.

Mary se alegró de llevar el abrigo, aunque Ponter y Tukana parecían bastante cómodos con su ropa. Los dos llevaban el tipo de pantalones que ya había visto llevar a Ponter, terminados en bolsas que cubrían los pies. Los de Ponter eran verde oscuro y los de Tukana marrones. Y ambos vestían camisas con cierres en los hombros.

Mary se tomó un segundo para mirar la torre de las Naciones Unidas, un gran monolito Kubrickiano recortado contra el sol. Además de por Mary, los dos

neanderthales iban acompañados por dos diplomáticos estadounidenses, y dos canadienses. Los cuatro policías rodeaban al grupito mientras recorrían el centro.

Tukana hablaba con los diplomáticos. Ponter y Mary iban detrás charlando.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó Mary.

—Está bien —respondió Ponter—. Pero te sorprenderá saber qué sucedió en mi ausencia. Mi hombre—compañero, Adikor, fue acusado de asesinarme.

—¿De verdad? Pero ¿por qué?

—Es una larga historia; Pero, por fortuna, regresé a mi mundo a tiempo para excusarlo.

—¿Y ahora está bien?

—Sí, está bien, Espero que lo conozcas. Es...

Tres sonidos, prácticamente simultáneos: Ponter hizo «oof», uno de los oficiales de policía gritó y hubo un fuerte estampido, como un trueno.

Mientras Ponter se desplomaba, Mary advirtió lo que había ocurrido. Cayó de rodillas junto a él, buscando en su camisa empapada de sangre algún signo de la herida de entrada para poder restañarla.

«¿Un trueno?», pensó Tukana. Pero no, eso era imposible. El cielo, aunque apestoso, estaba claro y sin nubes.

Se volvió y miró a Ponter, quien, asombrosamente, estaba tendido en el pavimento, sangrando. Ese sonido... un arma de proyectiles, una «pistola» era el término. Le habían disparado y...

Y de repente la propia Tukana cayó hacia delante, empujada de bruces contra el sucio, su nariz gigantesca aplastada contra el pavimento.

Uno de los controladores gliksins había saltado sobre la espalda de Tukana, empujándola al suelo, usando su cuerpo para proteger el suyo. Noble, sí, pero Tukana no quería eso. Extendió la mano, agarró al controlador por el antebrazo, lo alzó y lo empujó hacia delante, de modo que aterrizó de espalda ante ella, aturdido. Tukana se puso en pie y, a pesar de la sangre que manaba de su nariz, no tuvo ningún problema para detectar el olor de la explosión química de la pistola. Giró la cabeza a izquierda y derecha y...

Allí. Una figura corriendo, y en su mano... El arma apestosa.

Tukana corrió tras él, sus enormes piernas batiendo el terreno.

—Le han disparado en el hombro derecho —le dijo Hak a Mary a través de su altavoz externo—. Su pulso es rápido, pero débil. Su presión sanguínea está bajando, igual que su temperatura corporal.

—Conmoción —dijo Mary. Siguió explorando el hombro de Ponter hasta encontrar el lugar por donde había penetrado la bala, y su dedo se hundió en la herida hasta el segundo nudillo—. ¿Sabes si la bala ha salido del cuerpo?

Uno de los policías se alzaba sobre Mary; otro usaba la radio que llevaba en el pecho para llamar a una ambulancia. El tercer policía conducía al interior a los diplomáticos estadounidenses y canadienses.

—No estoy seguro —dijo Hak—. No detecto el agujero de salida. —Una pausa—. Está perdiendo demasiada sangre. Hay un escalpelo cauterizador láser en su equipo médico. Abre la tercera bolsa a mano derecha.

Mary extrajo un aparato que parecía un grueso pene verde.

—¿Es esto?

—Sí. Gira el cuerpo inferior del escalpelo hasta que el símbolo con los dos puntos y una barra quede alineado con el triángulo de referencia.

Mary miró el aparato e hizo lo que Hak le decía.

—¿Así? —dijo, acercando el escalpelo a la lente del Acompañante.

—Correcto —dijo Hak—. Ahora sigue exactamente mis instrucciones. Abre la camisa de Ponter.

—¿Cómo?

—Hay broches en el hombro. Se abren cuando se les aprieta simultáneamente desde ambos lados.

Mary probó con uno y en efecto se abrió. Continuó hasta que dejó al descubierto todo el hombro y el brazo izquierdos. La herida de entrada estaba rodeada de brillante sangre roja que llenaba los declives de su musculatura.

—El escalpelo se activa pulsando el cuadrado azul. ¿Lo ves?

Mari asintió.

—Sí.

—Si pulsas el botón un poco, el láser se activará, pero a baja potencia, y así podrás ver adónde se dirige el rayo. Pulsando hasta el fondo, dispararás el Láser a plena potencia, así suturará la arteria rota.

—Comprendo —dijo Mary. Usó los dedos para abrir la herida y poder ver dentro.

—¿Ves la arteria? —preguntó Hak

Había demasiada Sangre.

—No.

—Pulsa el cuadrado de activación a la mitad.

Un brillante punto azul apareció en mitad de la sangre.

—Muy bien —dijo Hak—. La rotura de la arteria está a once milímetros de donde señalas, en línea recta entre tu actual posición y el pezón de Ponter.

Mary resituó el rayo, maravillada de la perspectiva que le proporcionaba a Hak el campo sensitivo.

—Un poco más —dijo Hak—. ¡Ahí! Para. Ahora a plena potencia.

El punto se volvió más brillante y Mary vio una vaharada de humo surgir de la herida.

—¡Otra vez! —dijo Hak

Ella pulsó el cuadrado una vez más.

—Y dos milímetros más allá... no, al otro lado. ¡Ahí! ¡Otra vez!

Ella disparó el láser.

—Ahora, avanza la misma distancia. Sí. ¡Otra vez!

Mary pulsó con fuerza el cuadrado azul, y el olor de más tejido quemado le golpeó la nariz.

—Eso debería ser suficiente —dijo Hak—, hasta que pueda atenderlo un médico.

Los ojos dorados de Ponter se abrieron.

—Aguanta —dijo Mary, mirándolos y sosteniéndole la mano—. Viene ayuda de camino.

Se quitó el abrigo y se lo puso por encima.

Tukana Prat siguió corriendo tras el hombre.

—¡Alto! —gritó uno de los controladores gliksins y con retraso Tukana advirtió que la orden iba dirigida a ella, no al hombre que huía. Pero ninguno de los controladores podía correr tan rápido como Tukana; si renunciaba a la persecución, el hombre de la pistola escaparía.

Parte de la mente de Tukana estaba tratando de analizar la situación. Había comprendido que las pistolas podían ser útiles, pero el elemento sorpresa se había esfumado: era improbable que... el «asaltante» (ésa era la palabra) se volviera y disparara de nuevo. De hecho, parecía empeñado solamente en escapar y, puesto que era un gliksin, probablemente no se le ocurría que, mientras empuñara el arma recién disparada, Tukana no tendría problemas para localizarlo.

La calle estaba abarrotada, pero Tukana tuvo pocos problemas para abrirse paso entre la multitud; de hecho, los humanos parecían muy interesados en apartarse, del camino de la veloz neanderthal lo más rápido posible.

El hombre al que perseguía (y era un hombre, un gliksin varón) parecía más bajo que la mayoría de los de su raza. Tukana devoraba rápidamente la distancia que los separaba; casi podía extender la mano y agarrarlo.

El hombre debió de oír las fuertes pisadas tras de sí. Se arriesgó a mirar por encima del hombro y volvió el brazo con la pistola.

—Nos está apuntando —dijo el Acompañante de Tukana a través de los implantes de su oído.

Tukana ni siquiera había pensado en la sangre de su nariz: los conductos eran lo bastante grandes para permitir la enorme entrada de aire que exigía la carrera. En realidad, sentía la fuerza surgiendo en su interior mientras sus músculos se oxigenaban más. Batió con las piernas en el suelo, saltó y salvó la distancia que la separaba del gliksin. El hombre disparó, pero el proyectil se desvió, provocando gritos entre la multitud. Tukana deseó fervientemente que fueran gritos de terror, no debido a que la bala dirigida a ella hubiera alcanzado a otra persona.

Tukana chocó contra el hombre, derribándolo en la acera, y los dos resbalaron varios pasos, Tukana oyó las pisadas de los controladores que se acercaban desde atrás. El hombre que tenía debajo trató de girarse y disparar de nuevo, Tukana le agarró con su enorme mano la parte trasera de la cabeza,

extremadamente estrecha y angulosa, y...

Era su única oportunidad. Seguramente, era...

Y empujó la cabeza del hombre hacia delante, contra la piedra artificial que cubría el suelo. El cráneo se aplastó y la parte delantera de la cabeza se abrió como un melón maduro.

Tukana podía sentir su corazón palpar y dedicó un momento a respirar.

De repente, fue conciente de que tres de los cuatro controladores los habían alcanzado y ahora estaban desplegados ante ellos, sujetando sus pistolas y apuntando al hombre caído.

Pero, cuando se puso en pie, Tukana vio la expresión de horror en el rostro de uno de los gliksins.

El controlador del centro se dio media vuelta y vomitó.

—Jesucristo —dijo el tercer controlador, con los ojos muy abiertos.

Y Tukana miró al hombre muerto, muerto, muerto que le había disparado a Ponter.

Y, mientras esperaba allí de pie, el sonido de las sirenas se fue acercando.

—¡Reunión de crisis! —gritaba Jock Krieger mientras se abría camino por los pasillos del edificio del Grupo Sinergia en Rochester—. ¡Todo el mundo a la sala de conferencias!

Louise Benoit asomó la cabeza por la puerta de su laboratorio.

—¿Qué ocurre?

—¡A la sala de conferencias! —gritó Jock por encima del hombro—. ¡Ahora!

No tardaron más de cinco minutos en reunirse todos en lo que antaño había sido el palaciego salón, cuando había gente que vivía de verdad en aquella mansión.

—Muy bien, amigos —dijo Jock—. Es hora de empezar a ganarse esos sueldos.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilly, del grupo de imágenes.

—Acaban de disparar le al NP en Nueva York —dijo Jock.

—¿Le han disparado a Ponter? —preguntó Louise, los ojos como platos.

—Eso es.

—¿Está...?

—Está vivo. Es todo lo que sé sobre su estado ahora mismo.

—Y la embajadora —preguntó Lilly.

—Está bien —contestó Jock—. Pero mató al hombre que le disparó a Ponter.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Kevin, también de imágenes.

—Creo que todos conocen mi pasado —dijo Jock—. Mi especialidad es la teoría de juegos. Bueno, las apuestas están muy altas. Algo va a pasar y tenemos que averiguar qué para poder aconsejar al presidente, y...

—El presidente —dijo Louise, los ojos marrones muy abiertos.

—Eso es. Se acabó el recreo. Necesito saber qué van a hacer los neanderthales en respuesta a esto, y cómo deberíamos responder nosotros a lo que hagan. Muy bien damas y caballeros. ¡Empiecen a dar ideas!

Tukana Prat contempló al hombre que acababa de matar. Héléne Gagné la había alcanzado y ahora la sostenía por el codo. Ayudaba a caminar a la mujer neanderthal, apartándola del cadáver.

—No pretendía matado —dijo Tukana, en voz baja, aturdida.

—Lo sé —contestó Héléne, en tono conciliador—. Lo sé.

—Él... intentó matar a Ponter. Intentó matarme.

—Todo el mundo lo ha visto —dijo Hélene—. Ha sido en defensa propia.

—Sí, pero...

—No tenía elección, tenía que detenerlo.

—Que detenerlo, sí —dijo Tukana—. Pero... pero...

—Ha sido en defensa propia. ¿Me oye? No insinúe siquiera que pueda haber sido algo más.

—Pero...

—¡Escúcheme! Esto va a ser ya bastante complicado tal como es.

—Yo... tengo que hablar con mis superiores —dijo Tukana.

—Y yo también —respondió Hélene—, y...

El teléfono móvil de Hélene sonó. Respondió a la llamada.

—*¿Allo? Oui. Oui. Je ne sais pas. J'ai... un moment, s'il vous plait.*

Cubrió el auricular y se dirigió a Tukana.

—La OPM.

—¿Qué?

—La oficina del primer ministro. —Volvió al auricular, y continuó hablando en francés—. *Non, Non, mais... Oui... beaucoup de sang... Non, elle est sain et sauf. D'accord. Non, pas de probleme. D'accord. Non, aujourd'hui. Oui, maintenant... Pearson, oui. D'accord, oui. Au revoir.*

Hélene cerró el teléfono y lo guardó.

—Tengo que llevarla de vuelta a Canadá, en cuanto la policía de aquí termine de interrogarla.

—¿Interrogarme?

—Es sólo una formalidad. Luego la llevaremos a Sudbury, para que pueda informar a su gente.

Hélene miró a la mujer Neanderthal con la cara manchada de sangre.

—¿Qué... que piensa que querrán hacer sus superiores?

Tukana se volvió de nuevo hacia el hombre muerto, y luego miró hacia donde los camilleros de la ambulancia estaban atendiendo a Ponter tendido de espaldas.

—No tengo ni idea —dijo.

—Muy bien —dijo Jock Krieger, caminando de un lado a otro del opulento salón de la mansión de Seabreeze—, sólo hay dos posturas que podamos tomar. Primera, que ellos los neanderthales son la parte agraviada. Después de todo, sin provocación alguna, uno de nuestra especie le pegó un tiro a un miembro de su especie. Segundo, que nosotros somos la parte agraviada. Cierto, uno de los nuestros le disparó a uno de ellos, pero su tipo vive y el nuestro está muerto.

Louise Benoit negó con la cabeza.

—No me gusta pensar que un terrorista, o un asesino, o lo que demonios fuera es « uno de los nuestros » .

—Ni a mí —respondió Jock—. Pero a eso se reduce todo. El juego es gliksin

contra neanderthal; nosotros contra ellos. Y alguien tiene que hacer el próximo movimiento.

—Podríamos pedir disculpas —dijo Kevin Bilodeau, reclinándose en el asiento que ocupaba—. Agachar la cabeza y decirles cuanto lo sentimos.

—Yo digo que esperemos a ver qué hacen ellos —repuso Lilly.

—¿Y si lo que hacen es cerrar la puerta? —dijo Jock, volviéndose a mirarlos—. ¿Y si desenchufan su maldito ordenador cuántico? —Se volvió hacia Louise—. ¿Cuánto le falta para reproducir su tecnología?

—¿Bromea? Apenas he empezado.

No podemos permitirles cerrar el portal —dijo Kevin.

—¿Qué sugiere? —rezongó uno de los sociólogos, un hombretón blanco de unos cincuenta años—. ¿Qué enviemos soldados para impedir que cierren el portal?

—Tal vez deberíamos hacer eso —dijo Jock.

—¡No hablará en serio! —Exclamó Louise.

—¿Tiene una idea mejor? —Replicó Jock.

—Ellos no son idiotas, ¿sabe? —dijo Louise—. Estoy segura de que habrán preparado algún tipo de salvaguarda en su extremo para impedir que hagamos precisamente eso.

—Tal vez sí —dijo Jock—. Tal vez no.

—Sería una pesadilla diplomática apoderarse del portal —dijo Rasmussen, un tipo de aspecto hirsuto cuya especialidad era la geopolítica; había estado intentando deducir qué unidades nucleares políticas podrían tener los neanderthales, puesto que la geografía de su mundo era igual que la de éste—. La crisis del canal de Suez otra vez.

—Maldición —dijo Krieger, dándole una patada a la papelera—. Maldición. —Sacudió la cabeza—. El sentido de la teoría de juegos es determinar el mejor resultado realista para ambas partes en conflicto. Pero esto no es un juego malabar nuclear... es más bien un partido de baloncesto en el patio del colegio. ¡A menos que hagamos algo, los neanderthales pueden recoger el balón y marcharse a casa, poniéndole fin a todo!

Tukana Prat tomó un vuelo de Air Canada en el JFK que la llevó al aeropuerto Pearson de Toronto, y desde allí, con Air Ontario, llegó a Sudbury, acompañada todo el tiempo por Hélene Grangé. Un coche las estaba esperando en el aeropuerto de Sudbury y las llevó a la mina Creighton. La embajadora tomó el ascensor, recorrió los túneles del ONS hasta la cámara de observación de neutrino y atravesó el tubo de Derkøns para pasar al otro lado... su lado.

Y ahora mantenía una reunión en el Pabellón de Archivos de Coartadas con el Gran Consejero Gris Bedros, quien, como el portal estaba en su región, se encargaba de todos los asuntos relacionados con el contacto con los gliksins.

Las imágenes que el implante Acompañante de Tukana (con su capacidad de



memoria ampliada) habían grabado en el otro lado habían sido descargadas en su archivo de coartadas, y Bedros y ella habían contemplado todo el lío en la holoburbuja que flotaba ante ellos.

—En realidad no hay ninguna duda de lo que deberíamos hacer —dijo Bedros—. En cuanto esté lo suficientemente bien para dejar el hospital gliksin, debemos recuperar a Ponter Boddit. Y luego deberíamos cortar el enlace con el mundo gliksin.

—Yo... no sé si ésa es necesariamente la respuesta correcta —dijo, Tukana—. Ponter estará bien, aparentemente, Es un gliksin quien ha muerto.

—Sólo porque falló.

—Sí, pero...

—Nada de peros, embajadora. Voy a recomendar al consejo que cerremos permanentemente el portal en cuanto podamos recuperar al sabio Boddit.

—Por favor —dijo Tukana—. Tenemos una oportunidad demasiado grande para dejada pasar.

—Ellos nunca han hecho una purga de su poso genético —repuso Bedros—. Las tendencias más espantosas y peligrosas siguen sueltas en su población.

—Eso lo comprendo, pero no obstante...

—¡Y llevan armas! No para cazar, sino para matarse unos a otros. ¿Y cuántos días hicieron falta para que una de esas armas se volviera contra miembros de nuestra especie?—Bedros sacudió la cabeza—. Ponter Boddit nos contó lo que le había sucedido a nuestra especie en su mundo... recuerde, se enteró en su viaje previo. Ellos, los gliksins, nos exterminaron. Piense en eso, embajadora Prat. ¡Piense en eso! Físicamente, los gliksins son débiles. ¡Figuras flacas y debiluchas! y sin embargo consiguieron eliminarnos de allí, a pesar de nuestra fuerza superior y nuestros cerebros más grandes. ¿Cómo es posible que lo consiguieran?

—No tengo ni idea, Además, Ponter sólo dijo que era una teoría sobre lo que nos había sucedido en su mundo.

—Nos eliminaron a traición —continuó Bedros, como si Tukana no hubiera hablado—. Con engaños. Con violencia inimaginable. Enjambres de ellos, armados con rocas y lanzas, debieron de marchar hacia nuestros valles, abrumándonos con su número, hasta que la sangre de nuestra especie empapó la tierra y murió hasta el último de los nuestros. Esa es su historia. Ésa es su costumbre. Sería una locura que dejáramos abierto un portal entre nuestros dos mundos.

—El portal está en las profundidades de la roca, y pueden conseguir que una o dos personas pasen cada vez. No creo que tengamos que preocuparnos...

—Puedo oír a nuestros antepasados diciendo lo mismo, hace medio millón de meses, « ¡Oh, mira! ¡Otra clase de humanidad! Bueno, seguro que no tenemos que preocuparnos por nada. Después de todo, las entradas a nuestros valles son estrechas» .

—No sabemos con seguridad si eso es lo que pasó —dijo Tukana.

—¿Por qué correr el riesgo? —preguntó Bedros—. ¿Por qué arriesgarse, aunque sea un solo día más?

Tukana Prat desconectó la holoburbuja y caminó lentamente de un lado a otro.

—Aprendí algo difícil en ese otro mundo —dijo en voz baja—. Aprendí que, según sus baremos, no soy gran cosa como diplomática. Hablo demasiado sucintamente y de manera demasiado simple. Y, sí, digo claramente que hay muchas cosas desagradables en esa gente. Tiene usted razón cuando los llama violentos. Y el daño que le han hecho a su medio ambiente es incalculable. Pero hay grandeza también en ellos. Ponter tiene razón cuando dice que llegarán a las estrellas.

—Pues que tengan buen viaje.

—No diga usted eso. He visto obras de arte en su mundo sorprendentemente hermosas. Son distintos de nosotros, y hay cosas, por carácter y temperamento, que ellos pueden hacer y nosotros no... cosas maravillosas.

—¡Pero uno de ellos intentó matarlos!

—Uno, sí. Uno entre seis mil millones. —Tukana guardó silencio un instante—. ¿Sabe cuál es la mayor diferencia entre ellos y nosotros?

Bedros pareció a punto de hacer una observación sarcástica, pero se lo pensó mejor.

—Dígame la usted.

—Crean que hay un propósito en todo esto. —Tukana abrió los brazos, abarcando todo a su alrededor—. Crean que la vida tiene un significado.

—Porque se han engañado a sí mismos para creer que el universo tiene una inteligencia que lo guía.

—En parte, sí. Pero va más allá de eso. Incluso sus ateos... los que no creen en su Dios, buscan significado, explicaciones. Nosotros existimos, pero ellos viven. Ellos buscan.

—Nosotros también buscamos. Exploramos con la ciencia.

—Pero lo hacemos por sentido práctico. Queremos una herramienta mejor, y por eso estudiamos hasta que hacemos una mejor. Pero ellos se preocupan con lo que llaman las grandes cuestiones: ¿Por qué estamos aquí? ¿Para qué es todo esto?

—Ésas son preguntas sin sentido.

—¿Lo son?

—¡Por supuesto que sí!

—Tal vez tenga usted razón —dijo Tukana—. O tal vez no. Tal vez ellos estén acercándose a la respuesta, acercándose a una nueva iluminación.

—¿Y entonces dejarán de matarse unos a otros? ¿Entonces dejarán de violar su medio ambiente?

—No lo sé. Tal vez. Hay bien en ellos.

—Hay muerte en ellos. El único modo de sobrevivir al contacto con ellos es que se maten entre sí antes de que consigan matarnos a nosotros.

Tukana cerró los ojos.

—Sé que tiene usted buenas intenciones, consejero Bedros, y...

—No sea condescendiente conmigo.

—No lo hago. Comprendo que tiene usted en cuenta los intereses de nuestro pueblo. Pero yo también. Y mi perspectiva es la de una diplomática.

—Una diplomática incompetente —replicó Bedros—. ¡Incluso los gliksins así lo creen!

—Yo...

—¿O siempre mata usted a los nativos?

—Mire, consejero, estoy tan molesta como usted, pero...

—¡Basta! —gritó Bedros—. ¡Basta! Nunca deberíamos haber permitido a Pontar Boddit que nos impulsara a hacer esto. Es hora de que prevalezcan cabezas más viejas y sabias.

Mary entró sin hacer ruido en la habitación del hospital donde estaba Ponter. Los cirujanos no habían tenido ningún problema para extraer la bala: la anatomía neanderthal era similar a la del Horno sapiens, después de todo, y al parecer Hak había conversado con ellos durante todo el procedimiento. Ponter había perdido bastante sangre y lo normal hubiese sido realizarle una transfusión, pero se consideró mejor evitar eso hasta que se supieran más cosas sobre la hematología neanderthal. Conectaron un gotero salino al brazo de Ponter, y Hak dialogaba frecuentemente con los médicos acerca del estado del paciente.

Ponter había estado inconsciente casi todo el tiempo desde la operación. De hecho, durante la intervención le habían puesto una inyección para dormir de un producto que llevaba en el cinturón médico, según instruyó Hak.

Mary vio cómo el ancho pecho de Ponter subía y bajaba. Recordó la primera vez que lo había visto, también en una habitación de hospital. Entonces lo había mirado con asombro, incapaz de creer que fuera un neanderthal moderno.

Ahora, sin embargo, no lo veía como un espécimen extraño, como una rareza, como una imposibilidad. Ahora lo miraba con amor. Y el corazón se le partía.

De repente, Ponter abrió los ojos.

—Mary —dijo en voz baja.

—No quería despertarte —comentó ella, acercándose a la cama.

—Ya estaba despierto. Hak ha estado reproduciéndome música y luego te he oído.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mary, acercando a la cama una silla de metal.

Ponter tiró de la sábana. Su cuerpo velludo estaba desnudo, pero un gran trozo de gasa, manchado de rojo claro por la sangre seca, sujeto con esparadrapo, le cubría el hombro.

—Viviré.

—Lamento mucho que te haya pasado esto.

—¿Cómo está Tukana? —preguntó Ponter.

Mary alzó las cejas, sorprendida de que Ponter no supiera nada.

—Persiguió al hombre que te disparó. —Una débil sonrisa asomó en la

amplia boca de Ponter.

—Sospecho que entonces estará en peor estado que ella.

—Y que lo digas —contestó Mary—. Ponter, lo mató.

Ponter permaneció callado un momento.

—Rara vez nos tomamos la justicia por nuestra propia mano.

—Los escuché discutiendo de eso en televisión mientras estabas en el quirófano —dijo Mary—. La mayoría opina que fue en defensa propia.

—¿Cómo lo mató?

Mary se encogió un poco de hombros, porque no había manera de decirlo agradablemente.

—Le aplastó la cabeza contra la acera y... se la reventó.

Ponter permaneció en silencio un rato.

—Oh —dijo por fin—. ¿Qué le sucederá a ella?

Mary frunció el ceño. Una vez había leído en ¡The Globe and Mail! la historia de un extraterrestre que era juzgado en Los Ángeles, acusado de haber asesinado a un humano. Pero en aquel caso había una diferencia esencial...

—Los embajadores extranjeros están al margen de la mayoría de las leyes; eso se llama «inmunidad diplomática», y Tukana la tiene, ya que habló en las Naciones Unidas como diplomática canadiense.

—¿Qué quieres decir?

Mary frunció el ceño, buscando un ejemplo.

—En el año 2001, Andrei Kneyazev, diplomático ruso en Canadá se emborrachó y atropelló a dos peatones con su coche. No se presentó ningún cargo contra él en Canadá porque era el representante de un Gobierno extranjero reconocido, aunque una de las personas a las que atropelló murió. Eso se llama inmunidad diplomática.

Ponter abrió mucho los ojos.

—Y, en cualquier caso, cientos de personas vieron a ese tipo dispararte a ti, y dispararle a Tukana, antes de que ella... mm, reacciona como lo hizo. Como digo, probablemente será considerado defensa propia.

—Sin embargo —dijo Ponter, en voz baja—, Tukana es una persona de buen carácter. Eso le pesará mucho. —Un latido—. ¿Estás segura de que no habrá peligro para ella? —Ladeó la cabeza—. Después de lo que le sucedió a Adikor cuando desaparecí, supongo que me preocupan un poco los sistemas legales.

—Ponter, ella ya ha vuelto a casa... a tu mundo. Dijo que tenía que hablar con... ¿cómo lo llamáis? El Consejo Gris.

—El Gran Consejo Gris —dijo Ponter—, si te refieres al Gobierno mundial. —Un latido—. ¿Y el muerto?

Mary frunció el ceño.

—Se llamaba Cole, Rufus Cole. Todavía están intentando averiguar quién era, y qué tenía exactamente contra vosotros.

—¿Cuáles son las opciones?

Mary se sintió momentáneamente confusa.

—¿Cómo dices?

—Las opciones —repitió Ponter—. Los posibles motivos que pudiera haber tenido para intentar matarnos.

Mary alzó las cejas.

—Puede que fuese un fanático religioso; alguien opuesto a vuestra política atea, o incluso a vuestra misma existencia ya que contradice el relato bíblico de la creación.

Ponter abrió mucho los ojos.

—Matarme no habría cambiado el hecho de que existí.

—Cierto. Pero, bueno... estoy elucubrando... puede que Cole pensara que eres un instrumento de Satanás...

Mary dio un respingo cuando oyó el pitido.

—El diablo. El Maligno. El oponente de Dios.

Ponter se quedó estupefacto.

—¿Dios tiene un oponente?

—Sí... bueno, quiero decir, eso es lo que dice la Biblia. Pero a excepción de los fundamentalistas (los que toman cada palabra de la Biblia como la verdad literal), la mayoría de la gente ya no cree en Satanás.

—¿Por qué no? —preguntó Ponter.

—Bueno, supongo que es una creencia ridícula. Ya sabes, sólo un loco podría tomarse la idea en serio.

Ponter abrió la boca para decir algo, pero al parecer se lo pensó mejor y volvió a cerrarla.

—Bueno —dijo Mary, hablando rápidamente; en realidad no quería verse empantanada en eso—. Puede que también fuera agente de un Gobierno Extranjero, o de un grupo terrorista. O...

Ponter alzó la ceja, invitándola a continuar.

—O puede que estuviera loco.

—¿Dejáis que los locos tengan armas? —preguntó Ponter.

El pensamiento canadiense natural de Mary era que sólo los locos las querían, pero se lo guardó para sí.

—Es lo mejor que cabe esperar —dijo—. Si estaba loco, y actuaba solo, entonces no hay ningún motivo para preocuparse por si esto puede volver a suceder. Pero si forma parte de algún grupo terrorista...

Ponter agachó la cabeza... y, naturalmente, su mirada se posó sobre su pecho vendado.

—Esperaba que fuera seguro que mis hijas visiten este mundo.

—Me gustaría mucho conocerlas —dijo Mary.

—¿Qué le habría pasado a ese... ese Rufus Cole? —Ponter frunció el ceño—.

¡Imagínate! ¡Un nombre gliksin que puedo decir sin dificultad, y pertenecía a alguien que quiso matarme! En todo caso, ¿qué le habría sucedido a este Rufus Cole si no hubiera muerto?

—Un juicio —dijo Mary—. Si lo hubieran declarado culpable, probablemente habría ido a la cárcel.

Hak volvió a pitar.

—Mmm, una institución de seguridad, donde los criminales están separados de la población general.

—Dices « si lo hubieran declarado culpable» . Pero me disparó.

—Sí, pero... bueno, si estaba loco, eso habría servido en su defensa. Podrían haberlo declarado inocente por motivos de locura.

Ponter volvió a alzar la ceja.

—¿No tiene más sentido decidir si alguien está loco antes de dejarle tener un arma que después de que la use?

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Pero, sin embargo, así son las cosas.

—¿Y si... y si me hubiera matado? ¿O hubiera matado a Tukana? ¿Qué le habría pasado a ese hombre entonces?

—¿Aquí? ¿En Estados Unidos? Puede que lo hubieran ejecutado.

El pitido inevitable.

—Condenado a muerte. Lo habrían matado en castigo por su crimen, y como aviso a otras personas con intención de hacer lo mismo.

Ponter movió la cabeza a derecha e izquierda, su pelo marrón dorado creando un sonido de roce contra la almohada.

—Yo no hubiese querido eso —dijo—. Nadie se merece una muerte prematura, ni siquiera quien se la desea a otros.

—Vamos, Ponter —dijo Mary, sorprendiéndose a si misma por su brusquedad—. ¿Puedes ser de verdad tan... tan cristiano? Ese maldito tipo intentó matarte. ¿De verdad te preocupa lo que pudiera haberle pasado?

Ponter guardó silencio durante un rato. No dijo, aunque Mary sabía que podría haberlo hecho, que ya una vez alguien había intentado matarlo: durante su primera visita, le había dicho a Mary que en su juventud le habían roto la mandíbula de un tremendo golpe. En cambio, simplemente alzó la ceja y dijo:

—Es una tontería, en cualquier caso. Este Rufus Cole ya no existe. —Pero Mary no estaba dispuesta a dejar el tema—. Cuando te golpearon... hace todos esos meses, la persona que lo hizo no lo había premeditado, e inmediatamente se llenó de pesar: tú mismo me lo dijiste. Pero, evidentemente, Rufus Cole había planeado matarte con antelación. Sin duda eso crea una diferencia.

Ponter cambió levemente de postura en la cama.

—Viviré —dijo—. Aparte de eso, nada podría borrar la cicatriz que llevaré hasta el día de mi muerte.

Mary negó con la cabeza, pero consiguió hablar con buen tono.

—A veces eres demasiado bueno para ser real, Ponter.

—No tengo respuesta a eso.

Mary sonrió.

—Lo cual demuestra mi argumento.

—Pero tengo una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué pasará ahora?

—No lo sé —respondió Mary—. El médico me ha dicho que han enviado una valija diplomática desde Sudbury. Supongo que es eso que está ahí, junto a la mesa.

Ponter volvió la cabeza.

—Ah. ¿Quieres acercármela, por favor?

Mary así lo hizo. Ponter abrió la bolsa y extrajo una cosa alargada parecida a un coche pero de diseño neanderthal, perfectamente cuadrado. Lo abrió (se desplegaba como una flor) y sacó de dentro una diminuta esfera de color rubí.

—¿Qué es eso? —preguntó Mary.

—Una perla de memoria —respondió Ponter.

Tocó a su Acompañante, y Mary se sorprendió al ver que se abría, revelando un compartimento interior con un pequeño grupito de clavijas de control adicionales y un agujerito del diámetro aproximado de un lápiz.

—Encaja aquí —indico, poniéndola en su sitio—. Si quieres...

—Me voy —dijo Mary—. Sé que necesitas intimidad.

—No, no te marches. Pero por favor, perdóname un momento. Hak reproducirá la grabación en el implante de mis oídos.

Mary asintió, y vio que Ponter ladeaba la cabeza como era su costumbre cuando escuchaba a Hak. Su rostro se frunció en un ceño gigantesco. Después de unos pocos momentos, Ponter abrió de nuevo a Hak y sacó la perla.

—¿Qué decía? —preguntó Mary.

—El gran Consejo Gris quiere que regrese a casa de inmediato.

Mary sintió que se le encogía el corazón.

—¿Sí...?

—No lo haré —dijo Ponter, simplemente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si volviera, cerrarían el portal entre nuestros mundos.

—¿Decían eso?

—No directamente... pero conozco al Consejo. Mi gente es consciente de que somos mortales, Mary: sabemos que no hay otra vida. Y por eso no corremos riesgos innecesarios. El contacto continuado con tu pueblo es algo que el Consejo considera innecesario después de lo que ha sucedido. Ya había muchos que estaban en contra de la reapertura del portal, y esto les proporciona nuevos



argumentos.

—¿Puedes hacer eso? ¿Decidir quedarte aquí?

—Es lo que haré. Puede que haya consecuencias, pero las soportaré.

—Guau —dijo Mary en voz baja.

—Mientras esté aquí mi pueblo mantendrá abierto el portal. Eso dará a aquellos que, como yo, creen que el contacto debería ser mantenido, tiempo para discutir esa posibilidad. Si el portal se cerrara, sólo sería un primer paso antes de dismantelar el ordenador cuántico ya asegurar que no hay ninguna posibilidad de nuevos contactos.

—Bueno, en ese caso, ¿qué quieres hacer cuando salgas del hospital?

Ponter miro directamente a Mary.

—Pasar más tiempo contigo.

El corazón de Mary volvió a aletear, pero de buena forma esta vez. Sonrió.

—Eso sería magnífico.

Y entonces se le ocurrió una idea.

—La semana que viene voy a ir a Washington para presentar mis estudios sobre el ADN-neanderthal en el encuentro de la sociedad de Paleontología. ¿Por qué no vienes? Serías el éxito más grande desde que Wolpoff y Tattersall aparecieron en la reunión de Kansas City.

—¿Eso es una reunión de especialistas de antiguas formas de humanidad? —preguntó Ponter.

—Así es —dijo Mary—. La mayoría de quienes estudian estas cosas estarán allí, venidos de todo el mundo. Créeme, les encantará conocerte.

Ponter frunció el ceño, y durante un instante Mary tuvo miedo de haberlo ofendido.

—¿Cómo llegaré allí?

—Yo te llevaré. ¿Cuándo sales del hospital?

—Creo que quieren tenerme aquí un día más.

—Muy bien, pues —dijo Mary.

—¿No pondrá nadie obstáculos?

—Oh sí —dijo Mary, sonriendo—. Y conozco al hombre que los hará desaparecer...

La embajadora Tukana Prat sabía que era un poco irónico que aquel hombre precisamente deseara intimidad. Y, sin embargo, ¿quién podía reprocharle que se mantuviera aislado? Era famoso en todo el planeta, honrado allá adonde iba. Y, de hecho, el mundo entero celebraría pronto el milésimo mes desde su gran invento. Se esperaba que entonces hiciera cientos de apariciones públicas... suponiendo, como había que hacer siempre con una persona de su edad, que todavía estuviera vivo. Era miembro de la generación 138, uno de los menos de mil individuos que quedaban de ese grupo... y nadie de ninguna generación anterior vivía aún.

Tukana había conocido a otros 138, pero hacía mucho de eso. Habían pasado al menos cincuenta meses desde la última vez que estuvo en compañía de uno, y nunca había visto a nadie que pareciera tan viejo.

Dicen que el pelo gris es signo de sabiduría, pero el pelo del gran hombre había desaparecido por completo, al menos de aquel famoso cráneo, increíblemente largo. Ciertamente, todavía tenía un vello fino y casi transparente en los brazos. Era una visión extraña: un hombre viejo y arrugado, con la piel moteada de gris y marrón, pero con penetrantes ojos azules artificiales, bolas metálicas pulidas de iris segmentados, ojos que brillaban desde dentro. Naturalmente, podría haberse puesto ojos artificiales iguales que los originales, pero aquel hombre, más que nadie, no tenía motivos para disimular los implantes. De hecho, Tukana sabía que otros implantes gobernaban el funcionamiento de su corazón y sus riñones, que huesos artificiales habían sustituido a porciones importantes de su esqueleto desmoronado. Además, lo había oído mencionar una vez, en una conversación con un exhibicionista que cuando la gente era tan vieja como él, convenía que los demás vieran que tenía ojos de repuesto, porque entonces ya no daban por supuesto que era demasiado viejo para ver algo.

Tukana entró en el enorme salón. Su propietario era tan viejo que el tronco del cual se había hecho aquella casa había alcanzado un diámetro prodigioso, y lo había ahuecado más y más a medida que pasaban los meses.

¡Y cuántos meses habían sido! Un miembro de la generación 138 habría visto más de mil trescientas lunas y a... 108 años de vida.

—Día sano —saludó Tukana, tomando asiento.

—A estas alturas —dijo una voz, sorprendentemente grave y fuerte—, acepto cualquier día que venga, sano o no.

Tukana no estaba segura de si el comentario era humorístico o triste, y por eso se limitó a sonreír y asentir. Luego, al cabo de un momento, dijo:

—No tengo palabras para expresar el honor que es verlo, señor.

—Inténtelo —dijo el anciano.

Tukana se ruborizó.

—Bueno, es que le debemos tanto, y...

Pero el hombre levantó la mano.

—Estoy bromeando, jovencita.

Tukana sonrió al oír esto, pues hacía mucho tiempo que nadie la llamaba «jovencita».

—De hecho, me honraría más si me ahorrara los honores. Créame, los he oído todos. De hecho, dado el poco tiempo que me queda, le agradecería que no lo malgastara... Por favor, dígame inmediatamente qué quiere.

Tukana volvió a sonreír. Como diplomática había conocido a muchos importantes líderes mundiales, pero nunca había pensado que se encontraría alguna vez cara a cara con el mayor inventor de todos, el famoso Lonwis Trob. La ponía nerviosa mirar aquellos ojos mecánicos y por eso bajó la vista hacia su antebrazo izquierdo, al implante Acompañante que allí había. Naturalmente, no era el Acompañante original que Lonwis había inventado hacía todos aquellos meses. No, éste era el último modelo... y Tukana se sorprendió al ver que sus partes mecánicas estaban hechas de oro.

—No sé cuánto sabe sobre este asunto de la Tierra paralela pero...

—Hasta el último detalle —dijo Lonwis—. Es fascinante.

—Bien, entonces debe saber que soy la embajadora elegida por el Gran Consejo Gris...

—¡Mocosos protestones! —dijo Lonwis—. Atontados, todos ellos.

—Bueno, puedo comprender...

—¿Sabe? —dijo Lonwis—. He oído decir que algunos se tiñen el pelo de gris, para parecer más listos.

Lonwis parecía bastante contento malgastando su propio tiempo, advirtió Tukana, pero supuso que se había ganado ese privilegio.

—En cualquier caso —dijo—, quieren cerrar el portal entre nuestro mundo y el mundo gliksin.

—¿Por qué?

—Tienen miedo de los gliksins.

—Usted los ha conocido: ellos no. Prefiero oír su opinión.

—Bueno, debe saber usted que uno de ellos intentó matar al enviado Boddit, y que me disparó a mí también con su arma.

—Sí, lo he oído. Pero ambos sobrevivieron.

—Si.

—¿Sabe?, mi amigo Goosa...

Tukana no pudo evitar interrumpirlo.

—¿Goosa? —repitió—. ¿Goosa Kusk?

Lonwis asintió.

—Guau —dijo Tukana, en voz baja.

—Como decía, estoy seguro de que Goosa podría idear un modo de protegernos contra esas armas de proyectiles que emplean los gliksins. Los proyectiles son impulsados por una explosión química, según tengo entendido... lo que significa que aunque vayan rápido, no se acercan ni de lejos a la velocidad de la luz. Así que habría tiempo de sobra... para que un láser las localizara y las desintegrara. Después de todo, mis Acompañantes son capaces ya de monitorizar un radio de 2,5 brazadas. Aunque el proyectil hubiera alcanzado la velocidad del sonido, todavía quedarían... —Hizo una breve pausa y Tukana se preguntó si iba a hacer los cálculos él mismo, o si estaba escuchando a su Acompañante. Sospechaba que lo primero—. 0,005 latidos para que el láser localizara el blanco y disparara. Haría falta un emisor esférico, no habría tiempo de hacer girar una parte mecánica... probablemente tendría que ir montado en un sombrero. Un problema trivial. —La miró—. Bien, ¿era eso lo que necesitaba? Si es así, contactaré con Goosa de su parte y podré continuar con mi día.

—Mm, no —dijo Tukana—. Quiero decir, sí, algo así sería fabuloso. Pero ése no es el motivo por el que he venido.

—Pues entonces menciónelo, jovencita. ¿Qué quiere exactamente?

Tukana tragó saliva.

—No quiero un favor solamente suyo. Nos hará falta la colaboración de unos cuantos de sus estimados amigos.

—¿Para hacer qué?

Tukana se lo dijo, y le encantó ver que en el rostro del anciano se dibujaba una sonrisa.

Louise Benoit tenía razón: Jock Krieger podía tirar de cualquier hilo imaginable. La idea de que una de sus investigadoras del Grupo Sinergia se pasara más de una semana hurgando en el cerebro de un neanderthal atrajo enormemente, y Mary se encontró con que todos los posibles obstáculos de hacer un viaje con Ponter desaparecían. Y Jock había estado de acuerdo en que, cuanto más tiempo estuviera Ponter en este mundo, más tiempo tendrían para convencer a los neanderthales de que no cerraran el portal.

Mary había decidido ir con Ponter en coche a Washington D.C.

Parecía más sencillo que tener que pasar por los aeropuertos y todas las medidas de seguridad. Además, le daría la oportunidad de enseñarle a Ponter algunos paisajes por el camino.

Alquiló una furgoneta Ford Windstar plateada con las ventanillas tintadas, lo cual impedía a la gente ver quién era el pasajero. Fueron primero a Filadelfia, con un vehículo de escolta sin identificar siguiéndolos discretamente. Mary y Ponter... vieron Independence Hall y la Campana de la Libertad, y tomaron bocadillos de carne Philly en Pat's; a pesar del queso, Ponter se comió tres... bueno, Mary iba a decir « de una sentada », pero sólo había sitio para estar de pie en Pat's, y comieron fuera. Mary se sentía un poco extraña explicándole a Ponter la historia estadounidense, pero sospechaba que lo estaba haciendo mejor de lo que lo hubiera hecho un americano si le hubiera explicado la historia canadiense.

Ponter estaba casi por completo recuperado de su trauma: no sólo parecía tan fuerte como un buey, sino que tenía la constitución de un buey también. Resultaba adecuado, pensó Mary, con una sonrisa: después de todo, estaban visitando el país que tenía la Constitución más fuerte del mundo...

La embajadora Tukana Prat salió al amplio estrado semicircular, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. La siguieron un neanderthal y luego otro, y otro, y otro más, hasta que diez miembros de su raza se situaron tras ella. Se aproximó al atril y se inclinó hacia el micrófono.

—Damas y caballeros de las Naciones Unidas —dijo—. Es un placer para mí presentarles a nuestra nueva delegación en su Tierra. A pesar de las

desafortunadas circunstancias de mi última visita, todos venimos en son de paz y amistad, con los brazos abiertos. No sólo yo, no sólo una funcionaria del Gobierno, sino diez de nuestras personas mejores y más brillantes. No tenían por qué venir: cada uno de ellos decidió hacer el viaje. Están aquí porque creen en el ideal del libre intercambio cultural. Sabemos que ustedes esperan un... creo que emplean la expresión «esto–por–aquello»: ustedes nos dan algo, nosotros les damos algo a cambio. Pero esta apertura de contacto entre dos mundos no debería ser territorio de economistas ni hombres de negocios y, desde luego, no de los guerreros. No, Un intercambio semejante es el terreno natural de idealistas y soñadores, de aquellos que tienen los objetivos más elevados... los que tienen objetivos humanitarios. —Tukana sonrió a la multitud—. Éste es ya uno de los discursos más largos de mi carrera, y por eso, sin más preámbulos, déjenme presentarles a nuestros delegados.

Se dio la vuelta y señaló al primero de los diez neanderthales que tenía detrás, un hombre tremendamente anciano, con ojos azules mecánicos brillando bajo su entrecejo.

—Éste es Lonwis Trob, nuestro más grande inventor —dijo Tukana—. Desarrolló el implante Acompañante y las tecnologías de grabación de coartadas que han hecho de nuestro mundo un lugar seguro día y noche para todos sus habitantes. Los... lo que ustedes llamarían «patentes», los derechos de propiedad intelectual de estos inventos, son suyas, y viene a compartirlos libremente.

Hubo un murmullo de asombro en la multitud. Empezó a sonar música por los altavoces de la Asamblea General, música trepidante, música sorprendente, música neanderthal.

—Y ésta —dijo Tukana, indicando a la siguiente en la fila; al estilo neanderthal, iba de derecha a izquierda— es Borl Kadas, nuestra principal genetista.

Una hembra mayor, una 138, avanzó.

—He oído hablar aquí de patentar el genoma humano —continuó Tukana—. Bueno, la sabia Kadas dirigió nuestro equivalente a su proyecto Genoma Humano, hace unas cinco décadas. Viene aquí dispuesta a compartir libremente esa investigación, y todos los beneficios que hemos obtenido de ella.

Tukana advirtió las bocas abiertas de muchos de los delegados.

—Y éste —dijo, indicando a un grueso varón— es Dor Farrer, poeta laureado de la provincia de Bontar, ampliamente reconocido como nuestro más grande escritor vivo. Trae consigo archivos informáticos de todas las grandes obras de poesía, ficción y ensayo, narraciones y cuentos creados en el pasado por nuestro pueblo, y contribuirá a la traducción a sus muchas lenguas.

Farrer saludó entusiasta a los delegados. La música se enriquecía a medida que se incorporaban instrumentos.

—Junto a él está Derba Jonk. Es nuestra principal especialista en el uso de la

tecnología de células madre para clonar de manera selectiva partes corporales. Tenemos entendido que están ustedes comenzando a investigar en esta área; nosotros llevamos haciéndolo cuatro generaciones, cuatro décadas, y la sabia Jonk ayudará con sumo gusto a sus doctores a dar ese salto adelante.

Muchos de los delegados dejaron escapar exclamaciones de asombro.

—Y junto a ella —dijo Tukana— está Kobast Gant, nuestro principal experto en inteligencia artificial. Aquellos de ustedes que han hablado con Ponter Boddit o conmigo misma ya conocen el trabajo del sabio Gant: ha programado nuestros Acompañantes inteligentes. También él viene a compartir libremente sus conocimientos con su mundo.

Incluso el secretario general murmuraba apreciativamente. Tambores cubo se habían unido a la música, resonando como corazones henchidos de orgullo.

—Y junto al sabio Gant está Jalsk Lalplun, quien tiene la distinción de ser actualmente el ser humano más rápido que existe... creo que en cualquier universo. Lo medimos ayer: puede correr una de sus millas en tres minutos once segundos. Jalsk los hará partícipes de su entrenamiento atlético.

La sonrisa de Jalsk iba de oreja a oreja. La música aumentaba de ritmo y cadencia.

—Junto a Jalsk se encuentra Rabba Habrorn. Es una de nuestras principales mentes legales... la principal intérprete moderna de nuestro Código de la Civilización. Muchos de ustedes se han preguntado por nuestra capacidad para tener moral y ética sin recurrir a un ser superior. La adjudicadora Habrorn responderá encantada a todas sus preguntas acerca de ese tema.

Un trío de cuernos de hielo se había unido a la orquesta. Habrorn inclinó la cabeza con gran dignidad. A pesar de las reglas de la Asamblea, varios delegados habían sacado el teléfono móvil y estaban haciendo llamadas, presumiblemente a sus jefes de Estado.

—Junto a ella —dijo Tukana— se encuentra Drade Klimilk, jefe de nuestra Academia de Filosofía. No se dejen engañar por su pelo castaño: está considerado uno de los pensadores más sabios y reflexivos de nuestro mundo. Entre él y la adjudicadora Habrorn lo aprenderán todo sobre nuestro modo de pensar.

Klimilk habló, con voz profunda y fuerte.

—Será un placer.

La sinfonía repitió un movimiento anterior, pero a más volumen, con más sentimiento.

—Junto al sabio Klimilk se encuentra Krik Donald, una de nuestras principales compositoras de música. Es su pieza llamada Dos se Convierten en Uno lo que están escuchando ustedes ahora.

Donald hizo una reverencia.

—Y por último, aunque, como dicen ustedes, no menos importante, les

presento a Dapbur Kajak, que algunos de ustedes ya conocen. Ella inventó los sistemas de láseres sintonizables que hacen posible la descontaminación de viajeros entre nuestros dos mundos. La sabia Kajak compartirá todo lo que sabe sobre desinfección de humanos, y sobre física láser de cascadas cuánticas.

La música llegó a un crescendo, tambores–cubo, cuernos de hielo, geodas de percusión y demás, todo en perfecta armonía.

—Los diez —continuó Tukana—, científicos e ingenieros, filósofos y artistas, atletas y eruditos, vienen aquí libremente a compartir con ustedes todo lo que saben sobre sus especialidades. —Miró a la Asamblea General—. Hagamos que esto funcione, amigos. Establezcamos una relación entre nuestros mundos que beneficie a todos, una relación basada en la paz. El pasado es pasado; nuestro negocio ahora es el futuro. Hagamos que sea lo más positivo posible para todos nosotros.

A Tukana Prat le pareció que fue uno de los delegados austriacos, quien primero empezó a batir palmas, pero fue seguido casi inmediatamente por docenas, por centenares de personas, y pronto todos los delegados se pusieron en pie, para expresar su entusiasmo con aplausos y vivas.

«¿Incompetente? —pensó Tukana, sonriendo a la multitud, entusiasmada con lo que había iniciado allí ese día—Incompetente, mi culo peludo...» .



—Sólo nos queda un día en Washington antes de que comience la conferencia —dijo Mary—, y hay tantas cosas que quiero enseñarte... Pero quería empezar por aquí. No hay nada más significativo de este país y de lo que significa ser humano... de mi especie de humanidad.

Ponter contempló el extraño panorama que tenía delante, sin comprender. Una cicatriz en el paisaje cubierto de hierba, un profundo surco, corría ochenta pasos para unirse, en ángulo obtuso, con otra cicatriz similar.

Las cicatrices eran negras y reflectantes, un... ¿cómo era esa palabra? Un «oximoron», eso era: una contradicción. El negro absorbía toda la luz, pero reflectante significaba que la luz rebotaba.

Y, sin embargo, eso era exactamente, un espejo negro que reflejaba la cara de Ponter y la de Mary también. Dos clases de humanidad, no sólo varón y hembra, sino dos especies separadas, dos variaciones del tema humano. El reflejo de Mary mostraba lo que ella llamaba *Homo sapiens* y él llamaba *gliksin*: su extraña frente recta, su minúscula nariz, y (no había palabra para eso en el lenguaje de Ponter), su barbilla.

Y su reflejo mostraba lo que ella llamaba *Homo neanderthalensis* y el llamaba *barast*, la palabra «humano» en su lenguaje: el ancho contorno de un neanderthal, con su doble arco ciliar y una nariz de tamaño adecuado extendiéndose por un tercio del rostro.

—¿Qué es esto? —preguntó Ponter, contemplando la negrura oblonga, sus reflejos.

—Es un memorial —respondió Mary. Apartó la mirada del negro muro y señaló con la mano los objetos que había en la distancia—. Todo el paseo está lleno de memoriales. Estos dos muros señalan los más importantes. Esa torre es el Monumento a Washington, un memorial al primer presidente de Estados Unidos. Más allá está el Memorial a Lincoln, que conmemora al presidente que liberó a los esclavos.

El traductor de Ponter pitó.

Mary dejó escapar un suspiro. Evidentemente, todavía había más complejidades, más (¿cómo lo había llamado?) más ropa sucia que airear.

—Visitaremos esos dos memoriales más tarde —dijo Mary—. Pero, como

decía, quería empezar por aquí. Es el Memorial a los Veteranos de Vietnam.

—Vietnam es una de vuestras naciones, ¿no es así? —preguntó Ponter.

Mary asintió.

—En el sureste asiático... el sureste de Galasoy. Al norte del ecuador. Un trozo de tierra en forma de «5». —Dibujó la letra en el aire con un dedo, para que Ponter pudiera comprender—. En la costa del Pacífico.

—Nosotros llamamos a ese mismo sitio Holtanatan. Pero en mi versión de la Tierra es muy caluroso, con mucha humedad, lluvioso, lleno de pantanos y plagado de insectos. Allí no vive nadie.

Mary alzó las cejas.

—Más de ochenta millones de personas viven allí en esta realidad.

Ponter sacudió la cabeza. Los humanos de esta versión de la Tierra eran tan... incontenibles.

—Y —continuó Mary— allí se libró una guerra.

—¿Por qué? ¿Por los pantanos?

Mary cerró los ojos.

—Por ideología. ¿Recuerdas lo que te conté de la Guerra Fría? Fue parte de eso... pero esta parte fue caliente.

—¿Caliente? —Ponter sacudió la cabeza—. No te estás refiriendo a la temperatura, ¿verdad?

—No. Caliente. Una guerra que ardía. Y donde moría gente.

Ponter frunció el ceño.

—¿Cuánta gente?

—¿En total, de todos los bandos? Nadie lo sabe realmente. Más de un millón de los survietnamitas locales. Entre medio millón y un millón de norvietnamitas. Más... —Indicó el muro.

—¿Sí? —dijo Ponter, todavía asombrado por la negrura reflectante.

—Más cincuenta y ocho mil doscientos nueve americanos. Estos dos muros los conmemoran.

—¿Los conmemoran cómo?

—¿Ves la escritura grabada en el granito negro?

Ponter asintió.

—Son nombres... los nombres de los muertos confirmados, y de los desaparecidos en combate que nunca volvieron a casa. —Mary hizo una pausa—. La guerra terminó en 1975.

—Pero ése es el año que consideraréis como... —y Ponter lo nombró. Mary asintió.

Ponter agachó la cabeza.

—No creo que los desaparecidos vayan a volver. —Se acercó al muro—. ¿Cómo están ordenados los nombres?

—Cronológicamente. Por la fecha de fallecimiento.

Ponter miró los nombres, todos escritos con lo que había llegado a reconocer como letras mayúsculas, con una pequeña marca (una «coma», ¿no se llamaba así?) separando cada nombre del siguiente.

Ponter no sabía leer los caracteres en inglés: apenas empezaba a comprender la extraña noción de alfabeto fonético. Mary se colocó a su lado y, en voz baja, le leyó algunos nombres.

—Mike A. Maksin, Bruce J. Moran, Bobbie Joe Mounts, Raymond D. McGlothlin. —Señaló otra línea, aparentemente al azar—: Samuel F. Hollifield, Jr. Rufus Hood, James M. Inman, David L. Johnson, Arnoldo L. Carrillo. —Y otra más abajo—: Donney L. Jackson, Bobby W. Jobe, Bobby Ray Jones, Halcott P. Jones, Jr.

—Cincuenta y ocho mil —dijo Ponter, en voz tan baja como la de Mary.

—Sí.

—Pero... pero has dicho que éstos son americanos muertos.

Mary asintió.

—¿Qué estaban haciendo librando una guerra a medio mundo de distancia?

—Estaban ayudando a Vietnam del Sur. Verás, en 1954, Vietnam había sido dividido en dos mitades, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, como parte de un acuerdo de paz, cada uno con su propio Gobierno. Dos años más tarde, en 1956, tenía que haber elecciones libres en ambas mitades, supervisadas por un comité internacional, para reunificar Vietnam bajo un solo Gobierno elegido por el pueblo. Pero cuando llegó 1956, el líder de Vietnam del Sur se negó a celebrar las elecciones previstas.

—Me enseñaste mucho acerca de este país, Estados Unidos, cuando visitamos Filadelfia —dijo Ponter—. Sé lo mucho que valoran los americanos la democracia. Déjame adivinar: Estados Unidos envió tropas para obligar a Vietnam del Sur a participar en la prometida elección democrática.

Pero Mary negó con la cabeza.

—No, no, Estados Unidos apoyó el deseo del Sur de no celebrar las elecciones.

—Pero ¿por qué? ¿Era corrupto el Gobierno del Norte?

—No —dijo Mary—. No, era razonablemente honrado y agradable... al menos hasta que las elecciones prometidas, que quería, fueron canceladas. Pero sí que había un Gobierno corrupto: el del Sur.

Ponter sacudió la cabeza, aturdido.

—Pero si has dicho que el del Sur era el Gobierno al que apoyaban los americanos.

—Eso es. Verás, el Gobierno del Sur era corrupto, pero capitalista; compartía el sistema económico americano. El del Norte era comunista: usaba el sistema económico de la Unión Soviética y de China. Pero el Gobierno del Norte era mucho más popular que el corrupto del Sur. Estados Unidos temía que, si se

celebraban elecciones libres, los comunistas vencieran y controlaran todo Vietnam, lo que a su vez llevaría a que otros países del sureste de Galasoy cayeran bajo el régimen comunista.

—¿Y por eso enviaron allí a soldados americanos?

—Sí.

—¿Y murieron?

—Muchos lo hicieron, sí. —Mary hizo una pausa—. Eso es lo que quería que comprendieras: lo importantes que son los principios para nosotros. Moriremos por defender una ideología, por apoyar una causa. Señaló el muro.

—Esta gente de aquí, estas cincuenta y ocho mil personas, lucharon por aquello en lo que creían. Les dijeron que fueran a la guerra, para salvar a un pueblo débil de lo que se consideraba la gran amenaza comunista, y así lo hicieron. La mayoría eran jóvenes: dieciocho, diecinueve, veinte, veintiún años. Para muchos, era la primera vez que salían de casa.

—Y ahora están muertos.

Mary asintió.

—Pero no olvidados. Los recordamos aquí.

Señaló discretamente. Los guardaespaldas de Ponter (ahora miembros del FBI, conseguidos por Krieger) mantenían a la gente apartada de él, pero los muros eran largos, increíblemente largos, y más allá alguien se apoyaba contra la superficie negra.

—¿Ves a ese hombre de ahí? —preguntó Mary—. Está usando un lápiz y un trozo de papel para frotar y marcar en el papel el nombre de alguien que conocía. Es... bueno, parece tener cincuenta y tantos años, ¿no? Puede que él mismo haya estado en Vietnam. El nombre que está copiando puede haber sido el de un amigo que perdió allí.

Ponter y Mary observaron en silencio mientras el hombre terminaba lo que estaba haciendo; luego dobló el trozo de papel, se lo guardó en el bolsillo del pecho y empezó a hablar.

Ponter sacudió la cabeza levemente, confundido. Indicó el Acompañante insertado en su antebrazo izquierdo.

—Creía que no teníais implantes de telecomunicaciones.

—No los tenemos.

—Pero no veo ningún receptor externo, ningún ... ¿cómo los llamáis? Ningún teléfono móvil.

—Así es —dijo Mary, amablemente.

—Entonces, ¿a quién le está hablando?

Mary se encogió levemente de hombros.

—A su camarada perdido.

—Pero si esa persona está muerta.

—Sí.

—No se puede hablar con los muertos —dijo Ponter.

Mary señaló de nuevo el muro; la superficie de obsidiana remedió el gesto de su brazo.

—La gente piensa que puede. Dicen que aquí se sienten más cerca de ellos.

—¿Es aquí donde están guardados los restos de los muertos?

—¿Qué? No, no, no...

—Entonces y o...

—Son los nombres —dijo Mary, algo exasperada—. Los nombres. Los nombres están aquí, y nosotros conectamos con las personas a través de sus nombres.

Ponter frunció el ceño.

—Yo... perdóname, no quisiera parecer estúpido. Pero sin duda que eso no puede ser así. Nosotros... mi gente, conecta a través de las caras. Hay incontables personas cuyas caras conozco pero cuyos nombres no he aprendido nunca. Y, bueno, conecto contigo, y aunque sé tu nombre, no puedo articularlo ni pensarlo con claridad siquiera. Mary... Esto es lo mejor que puedo hacer.

—Nosotros pensamos que los nombres son... —Mary se encogió de hombros, al parecer reconociendo lo ridículo que debía de sonar lo que estaba diciendo—mágicos.

—Pero —dijo de nuevo Ponter—, no se puede comunicar con los muertos. No pretendía ser pesado, de verdad que no.

Mary cerró los ojos un momento, como haciendo acopio de fuerza interior... o, pensó Ponter, como si se comunicara con alguien.

—Sé que tu gente no cree en la vida después de la muerte —dijo Mary, por fin.

—«Vida después de la muerte» —dijo Ponter, pronunciando las palabras como si fueran un plato de carne— un oxímoron.

—Para nosotros no —dijo Mary, y añadió con apasionamiento—: Para mí no.

Miró en derredor. Al principio Ponter pensó que simplemente exteriorizaba sus pensamientos: supuso que estaba buscando algún modo de explicar lo que sentía. Pero entonces sus ojos dieron con algo y empezó a caminar. Ponter la siguió.

—¿Ves estas flores? —preguntó Mary. Él asintió.

—Naturalmente.

—Las dejó aquí uno de los vivos, para uno de los muertos. Alguien cuyo nombre está en este panel. —Señaló la sección de granito pulido que tenía delante.

Mary se agachó. Las flores (rosas rojas) todavía tenían largos tallos y estaban sujetas por una cuerdecita. Una tarjetita estaba atada al ramo con un lazo...

—«Para Willie —dijo Mary, leyendo evidentemente la tarjeta—, de, su querida hermana» .

—Ah —dijo Ponter, porque no tenía mejor respuesta que dar.

Mary siguió caminando. Llegó hasta un papel de color cervato que había apoyado contra el muro, y lo recogió.

—«Querido Carl» —leyó. Hizo una pausa, y buscó en el panel que tenía delante—. Debe de ser él —dijo, extendiendo la mano y tocando levemente un nombre—. Carl Bowen.

Siguió contemplando el nombre grabado.

—Es para ti, Carl —dijo, y al parecer eran sus propias palabras puesto que no estaba mirando la hoja. Bajó entonces los ojos y leyó en voz alta, empezando por el principio:

*Querido Carl:*

*Sé que debería haber venido antes. Quería hacerlo. De verdad. Pero no sabía cómo te tomarías la noticia. Sé que fui tu primer amor, y tú fuiste el mío, y ningún verano ha sido más maravilloso para mí que aquel verano del 66. Pensé en ti todos los días que estuviste fuera, y cuando llegó la noticia de que habías muerto, lloré y lloré, y estoy llorando ahora mientras escribo estas palabras.*

*No quiero que pienses que he dejado nunca de llorar por ti, porque no lo he hecho. Pero continué con mi vida. Me casé con Bucky Samuels. ¿Te acuerdas de él? ¿Del Eastside? Tenemos dos chicos, ambos ahora mayores que tú cuando moriste.*

*No me reconocerías, no creo. El pelo se me ha vuelto gris, aunque trato de ocultarlo, y perdí todas las pecas hace tiempo, pero sigo pensando en ti. Amo mucho a Buck, pero te amo también a ti... y sé que algún día volveremos a vemos.*

*Amor para siempre,*

JANE

—¿«Volveremos a vernos»? —repitió Ponter—. Pero si él está muerto. Mary asintió.

—Ella quiere decir que lo verá cuando muera también.

Ponter frunció el ceño. Mary continuó caminando unos pasos más.

Había otra carta apoyada contra el muro, ésta plastificada. La recogió.

—«Querido Frankie» —empezó a leer. Escrutó el muro que tenía delante—. Aquí está —dijo—. Franklin T. Mullens, III.

Leyó la carta en voz alta:

*Querido Frankie:*

*Dicen que un padre no debería sobrevivir a un hijo, ¿pero quién espera que te arrebaten a tu hijo cuando sólo tiene 19 años? Te echo de menos cada día, igual que papá. Ya lo conoces: intenta hacerse el fuerte delante de mí, pero lo oigo llorar en voz baja cuando cree que estoy dormida.*

*El trabajo de una madre es cuidar de su hijo, y lo hice lo mejor posible. Pero ahora el propio Dios te está cuidando y sé que estás a salvo en sus amorosos brazos.*

*Volveremos a estar juntos, mi querido hijo. Amor,*

MAMÁ

Ponter no supo qué decir. Los sentimientos eran obviamente sinceros... pero eran irracionales. ¿No podía verlo Mary? ¿No podía verlo la gente que escribía aquellas cartas?

Mary siguió leyéndole cartas y tarjetas y placas y rollos de papel que habían dejado apoyados contra el muro. Las frases se fueron marcando en la mente de Ponter.

«Sabemos que Dios está cuidando de ti...» .

«Anhelo que llegue el día en que todos volvamos a estar juntos...» .

«Tanto olvidado, tanto no dicho, pero prometo decírtelo todo cuando nos encontremos entre los muertos» .

«Duerme ahora, amado...» .

«Quiero que llegue el día en que estemos reunido...» .

«... ese maravilloso día en el que el Señor nos reunirá en el Cielo» .

«Adiós... ¡Que Dios esté contigo! Hasta que nos volvamos a ver...» .

«Cúdate, hermano. Te visitaré de nuevo la próxima vez que venga a d. C. ...» .

«Descansa en paz, amigo mío, descansa en paz...» .

Mary había tenido que detenerse varias veces para enjugarse las lágrimas. Ponter también se sintió triste, y sus ojos estaban igualmente húmedos, pero no por el mismo motivo, sospechaba.

—Siempre es duro ver morir a un ser querido —dijo Ponter.

Mary asintió.

—Pero... —continuó él, y luego guardó silencio.

—¿Sí? —instó Mary.

—Este memorial —dijo Ponter, extendiendo el brazo, señalando los dos grandes muros—. ¿Cuál es su sentido?

Mary volvió a alzar las cejas.

—Honrar a los muertos.

—No a todos los muertos —dijo Ponter, en voz baja—. Aquí solo hay

americanos.

—Bueno, sí. Es un monumento al sacrificio hecho por los soldados estadounidenses, una forma que tiene el pueblo de Estados Unidos de mostrar que los aprecian.

—Que los apreciaban.

Mary pareció confundida.

—¿Está funcionando mal mi traductor? —preguntó Ponter—. Se puede apreciar, en tiempo presente, lo que todavía existe; sólo se puede haber apreciado, en pretérito, lo que ya no existe.

Mary suspiró; estaba claro que no quería debatir sobre el tema.

—Pero no has contestado a mi pregunta —dijo Ponter, amablemente—. ¿Para qué este memorial?

—Ya te lo he dicho. Para honrar a los muertos.

—No, no. Ése puede ser un efecto, lo reconozco. Pero sin duda el propósito del diseñador...

—Maya Ying Lin —dijo Mary.

—¿Cómo?

—Maya Ying Lin. Es el nombre de la mujer que diseñó esto.

—Ah —dijo Ponter—. Bueno, sin duda su propósito, el propósito de cualquiera que diseñe un memorial, es asegurarse de que la gente no olvide nunca.

—¿Sí? —dijo Mary, irritada por la sutil diferencia que consideraba que estaba haciendo Ponter.

—Y el motivo de no olvidar el pasado es evitar que se repitan los mismos errores.

—Bueno, sí, por supuesto.

—Entonces, ¿ha servido a su propósito este memorial? ¿Se ha evitado el mismo error desde entonces, el error que hizo que todos estos jóvenes murieran?

Mary pensó durante un momento, luego negó con la cabeza.

—Supongo que no. Se siguen librando guerras y...

—¿Por parte de Estados Unidos? ¿Por la gente que construyó este monumento?

—Sí.

—¿Por qué?

—Economía. Ideología. Y...

—¿Sí?

Mary se encogió de hombros.

—Venganza. Desquite.

—Cuando este país decide ir a la guerra, ¿dónde se declara la guerra?

—Mm, en el Congreso. Te mostraré más tarde el edificio.

—¿Se puede ver este memorial desde allí?



—¿Éste? No, no lo creo.

—Deberían hacerla aquí mismo —dijo Ponter, llanamente—. Su líder... el presidente, ¿no?, debería declarar la guerra aquí mismo, delante de estos cincuenta y ocho mil doscientos nueve nombres. Sin duda ése debería ser el sentido de un memorial semejante: si un líder puede plantarse aquí y mirar los nombres de todos los que murieron la vez anterior que un presidente declaró la guerra y seguir llamando a los jóvenes para que vayan y los maten en otra guerra, entonces tal vez la guerra merezca la pena.

Mary ladeó la cabeza, pero no dijo nada.

—Después de todo, dijiste que lucháis para conservar vuestros valores más fundamentales.

—Ése es el ideal, sí —dijo Mary.

—Pero esta guerra... esta guerra de Vietnam, dijiste que era para apoyar a un Gobierno corrupto, para impedir que se celebraran unas elecciones.

—Bueno, sí, en cierto modo.

—En Filadelfia me enseñaste dónde y cómo se fundó este país. ¿No es la democracia el valor máspreciado de Estados Unidos, que la voluntad del pueblo se oiga y se cumpla?

Mary asintió.

—Entonces deberían haber luchado para asegurar que ese ideal se cumpliera, haber ido a Vietnam para asegurarse de que la gente de allí tuviera una oportunidad de votar habría sido un ideal americano. Y si el pueblo vietnamés...

—Vietnamita.

—Como sea. Si hubieran elegido el sistema comunista por votación, entonces el ideal americano de democracia se hubiese cumplido. ¿No será que defendéis la democracia sólo cuando el voto es el que queréis que sea?

—Posiblemente tienes razón —dijo Mary—. Mucha gente opinaba que la intervención americana en Vietnam era un error. La consideraban una guerra profana.

—¿Profana?

—Mmm, un insulto a Dios.

Ponter alzó la ceja sobre su ceño.

—Por lo que he visto, este Dios vuestro debe de tener la piel gruesa. Mary ladeó la cabeza, dándole la razón.

—Me has dicho que la mayoría de la gente de este país es cristiana, como tú, ¿no es así?

—Sí.

—¿Una mayoría en qué grado?

—Grande —dijo Mary—. Estuve leyendo sobre eso cuando me trasladé aquí. La población de Estados Unidos tiene unos doscientos setenta millones de habitantes. —Ponter ya había oído esta cifra, así que su magnitud no lo sobresaltó

esta vez—. Aproximadamente un millón son ateos: no creen en Dios en absoluto. Otros veinticinco millones no son religiosos; es decir, no se adhieren a ninguna fe concreta. Los otros grupos de fe juntos (judíos, budistas, musulmanes, hindúes) suman quince millones. Todos los demás, casi doscientos cuarenta millones, dicen que son cristianos.

—Así que éste es un país cristiano.

—Bueeeeno, como mi país natal, Canadá —dijo Mary—, Estados Unidos se enorgullece de su tolerancia con la diversidad de creencias.

Ponter agitó una mano, desdeñoso.

—Doscientos cuarenta millones de doscientos setenta millones es casi el noventa por ciento: éste es un país cristiano. Y tú y otros me habéis explicado las enseñanzas cristianas fundamentales. ¿Qué dijo Cristo sobre aquellos que os atacan?

—El sermón de la montaña —dijo Mary. Cerró los ojos, al parecer para ayudarse a recordar—. Sabéis lo que se dice: «Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis frente al que os ataca. Al contrario: al que te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra mejilla».

—Entonces la venganza no tiene cabida en la política de una nación cristiana —dijo Ponter—. Y sin embargo dices que es un motivo por el que se libran guerras. Del mismo modo, impedir la libre decisión de un país extranjero no debería haber cabido en la política de una nación democrática, y sin embargo causó esta guerra de Vietnam.

Mary no dijo nada.

—¿No lo ves? Para eso debería servir este memorial, este muro de los veteranos de Vietnam: para recordar lo insensato de la muerte, el error, el grave error de declarar una guerra que contraviene vuestros principios más queridos.

Mary continuó en silencio.

—Ése es el motivo por el que las futuras guerras de América deberían ser declaradas aquí, aquí mismo. Sólo si la causa soporta la prueba de apoyar los principios fundamentales más queridos, entonces tal vez se trate de una guerra que debería ser librada.

Ponter dejó que sus ojos se dirigieran de nuevo al muro, al reflejo negro.

Mary no dijo nada.

—Sin embargo —continuó Ponter—, déjame hacer un planteamiento más simple. Esas cartas que has leído... supongo que son típicas.

Mary asintió.

—Dejan cartas parecidas todos los días.

—¿Pero no veis el problema? En todas esas cartas existe el problema subyacente de que los muertos no están realmente muertos. «Dios está cuidando de tí». «Volveremos a estar juntos de nuevo», «... Sé que cuidas de mí». «Algún día te volveré a ver».

—Ya hemos hablado de eso antes —dijo Mary—. Mi especie de humanidad (no sólo los cristianos, sino la mayoría de los Homo sapiens, no importa cuál sea su religión) creen que la esencia de una persona no termina con la muerte del cuerpo. El alma sigue viviendo.

—Y esa creencia es el problema —dijo Ponter firmemente—. He pensado en esto desde la primera vez que me lo contaste, pero lo he... ¿cómo decís?, lo he pillado aquí, en este memorial, en este muro de nombres.

—¿Sí?

—Están muertos. Han sido eliminados. Ya no existen. —Tendió la mano hacia delante y tocó un nombre que no podía leer—. La persona que se llamaba así —tocó otro—, y la persona que se llamaba así —y tocó un tercero—, y la persona que se llamaba así ya no están. Sin duda aceptar eso es el motivo de este muro. No se puede venir aquí a hablar con los muertos, porque los muertos están muertos. No se puede venir aquí a pedir perdón a los muertos, porque los muertos están muertos. No se puede venir aquí a ser tocado por los muertos, porque los muertos están muertos. Estos nombres, estos caracteres tallados en piedra... es todo lo que queda de ellos. Ése es el mensaje de este muro, la lección que hay que aprender. Mientras sigáis pensando que esta vida es un prólogo, que habrá más después, que los que fueron maltratados aquí serán recompensados en algún lugar todavía por venir, seguiréis menospreciando la vida, y seguiréis enviando a jóvenes a la muerte.

Mary tomó una bocanada de aire y la dejó escapar lentamente, al parecer controlándose. Hizo un gesto con un movimiento de la cabeza. Ponter se volvió a mirar. Otra persona (un hombre de pelo gris) estaba colocando una carta delante del muro.

—¿Podrías decírselo? —preguntó Mary, hablando bruscamente—. ¿Decirle que está perdiendo el tiempo? O a esa mujer de allí... la que está de rodillas, rezando. ¿Podrías decírselo? ¿Sacarla de su engaño? La creencia de que en algún lugar sus seres queridos todavía existen les da consuelo.

Ponter sacudió la cabeza.

—Esa creencia es lo que hizo que esto sucediera. La única forma de honrar a los muertos es asegurándose de que no entre más gente en ese estado de manera prematura.

Mary parecía enfadada.

—Muy bien. Ve y díselo.

Ponter se volvió y miró a los gliksins y sus reflejos de ébano en el muro. Su pueblo casi nunca tomaba vidas humanas, y el pueblo de Mary lo hacía a una escala enorme, con frecuencia... Sin duda esta creencia en Dios y la otra vida tenía que estar ligada a su disposición a matar.

Dio un paso adelante, pero...

—Pero, ahora mismo, esa gente no parecía maligna, no parecía sedienta de

sangre, no parecía dispuesta a matar. Ahora mismo, parecían tristes, increíblemente tristes.

Mary todavía estaba molesta con él.

—Vamos —dijo, indicando con una mano—. ¿Qué te detiene? Ve y díselo.

Ponter pensó en lo triste que él mismo se había sentido cuando murió Klast. Y sin embargo... y sin embargo, aquella gente (estos extraños, extrañísimos gliksins) obtenían consuelo de sus creencias. Miró a los individuos que había junto al muro, apartados de él por agentes armados. No, no, no les diría a esas personas que sus seres queridos habían desaparecido de verdad. Después de todo, no era esta gente triste quien los había enviado a morir.

Ponter se volvió hacia Mary.

—Comprendo que creer les proporciona consuelo, pero... —Sacudió la cabeza—. ¿Pero cómo se rompe el ciclo? Dios hace que matar sea aceptable, Dios proporciona consuelo después de que se haya matado. ¿Cómo se consigue no repetirlo una y otra vez?

—No tengo ni idea —dijo Mary.

—Tenéis que hacer algo.

—Ya lo hago. Rezo.

Ponter la miró, miró a la gente que rezaba, y luego se volvió una vez más hacia Mary, y dejó que su cabeza colgara, contemplando el suelo, incapaz de enfrentarse a ella o a los miles de nombres.

—Si creyera que existe la más mínima posibilidad de que funcione —dijo en voz baja—, yo también rezaría.

—Fascinante —dijo Jurard Selgan—. Fascinante.

—¿Qué? —La voz de Ponter estaba teñida de irritación.

—Su conducta, mientras estaba en el muro ceremonial que conmemora a esos gliksins que murieron en el sureste de Galasoy.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Ponter. Su voz era brusca, como la de alguien que intenta hablar mientras le hurgan en una cicatriz.

—Bueno, no fue la primera vez que sus creencias (nuestras creencias, como barasts) entraban en conflicto con las de los gliksin, ¿no?

—No, por supuesto que no.

—De hecho —dijo Selgan—, esos conflictos deben de haberse producido ya en su primera visita allí, ¿no?

—Supongo.

—¿Puede ponerme un ejemplo?

Ponter se cruzó de brazos.

—Muy bien —dijo, displicente—. Ya se lo mencioné al principio: los gliksins tienen esta tonta idea de que el universo existe sólo desde hace un tiempo finito. Han malinterpretado por completo la prueba del virado espectral al rojo, pensando que indica un universo en expansión; no comprenden que la masa varía con el tiempo. Es más, creen que la radiación cósmica de microondas de fondo es el eco de lo que llaman « el big bang » ... una enorme explosión que creen que inició el universo.

—Parece que les gusta que las cosas exploten —dijo Selgan.

—Desde luego que sí. Pero, naturalmente, la uniformidad de la radiación de fondo se debe en realidad a la repetida absorción y emisión de electrones atrapados en filamentos de vórtices magnéticos de plasma.

—Estoy seguro de que tiene usted razón —dijo Selgan, admitiendo que ese tema no era su especialidad.

—Tengo razón —replicó Ponter—. Pero no me peleé con ellos por eso. Durante mi primera visita, Mary me dijo: « No creo que vayas a convencer a mucha gente de que el big bang no existió ». Y yo le contesté que no importaba; dije: « Sentir la necesidad de convencer a los demás de que tienes razón es algo que procede de la religión: simplemente me contento con saber que tengo razón,

aunque los demás no lo sepan» .

—Ah —dijo Selgan—. ¿Y se siente realmente así?

—Sí. ¡Para los gliksins, el conocimiento es una batalla! ¡Una guerra territorial! Vaya, para tener el equivalente del título de «sabio» hay que defender una tesis. Ésa es la palabra que ellos emplean: ¡defender! Pero la ciencia no consiste en defender la postura de uno contra las demás; consiste en flexibilidad y apertura de mente y en valorar la verdad, no importa quién la encuentre.

—Estoy de acuerdo —dijo Selgan. Hizo una pausa un instante, y luego añadió —: Pero no se pasó usted mucho tiempo buscando pruebas de si los gliksins pudieran tener razón en su creencia en otra vida.

—Eso no es cierto. Le di a Mary oportunidad de demostrar la validez de esa creencia.

—¿Antes de este encuentro en el muro memorial, quiere decir?

—Sí. ¡Pero ella no tenía nada!

—Y así, como en el caso de la cosmología finita, ¿dejó usted correr el tema contentándose con saber que tenía razón?

—Sí. Bueno, quiero decir...

Selgan alzó la ceja.

—¿Sí?

—Quiero decir, sí, claro, discutí con ella sobre esta creencia en otra vida. Pero eso era distinto.

—¿Distinto de la cuestión cosmológica? ¿Por qué?

—Porque había mucho más en juego.

—¿No trata la cuestión cosmológica del destino final del universo entero?

—Quiero decir que no era sólo un lema abstracto. Era, es, el corazón de todo.

—¿Porqué?

—Porque... porque, cartílagos, No sé por qué. Es que parece terriblemente importante. Es lo que les permite librar todas esas guerras, después de todo.

—Comprendo. Pero también comprendo que es fundamental para sus creencias; sin duda debe de haber advertido usted que es algo a lo que no iban a renunciar fácilmente.

—Supongo.

—Y sin embargo, continuó insistiendo.

—Bueno, sí.

—¿Porqué?

Ponter se encogió de hombros.

—¿Le gustaría oír lo que yo creo? —preguntó Selgan.

Ponter volvió a encogerse de hombros.

—Estaba insistiendo en el tema porque quería ver si había alguna prueba de esa otra vida. Tal vez Mary, y los otros gliksins, se habían estado reservando. Tal

vez había pruebas que ella revelaría si seguía usted insistiendo.

—No puede haber pruebas de lo que no existe —dijo Ponter.

—Cierto —dijo Selgan—. Pero, o bien estaba usted intentando convencerlos de que tenía razón... o estaba intentando obligarlos a convencerle de que tenían razón.

Ponter sacudió la cabeza.

—Era absurda —dijo—. Esta idea de las almas es una creencia ridícula.

—¿Almas?

—La parte inmaterial de la esencia del individuo, que creen inmortal.

—Ah. ¿Y dice usted que es una creencia ridícula?

—Por supuesto.

—Pero sin duda tienen derecho a creerlo, ¿no?

—Imagino que sí.

—Igual que tienen derecho a su extraño modelo cosmológico, ¿no?

—Supongo.

—Y sin embargo, no pudo usted dejar pasar esa idea de la otra vida, ¿no? Incluso después de dejar el muro memorial, siguió insistiendo, ¿verdad?

Ponter desvió la mirada.

Con la crisis de la clausura del portal evitada, al menos temporalmente (era imposible que los neanderthales lo cerraran con una docena de sus ciudadanos más valiosos en este lado), Jock Krieger decidió volver a su investigación anterior.

Dejó Seabreeze y fue en su BMW negro hasta el campus del río de la Universidad de Rochester. El río en cuestión era el Genesee. Cuando había estado preparando Sinergia, un par de llamadas telefónicas a la gente adecuada fue todo lo que hizo falta para que su personal tuviera pleno acceso a la biblioteca de la UR. Jock aparcó el coche en el Wilmot y entró en el edificio de ladrillo que albergaba la biblioteca Carlson de Ciencia e Ingeniería, bautizada así en honor a Cherter F. Carlson, el inventor de la xerografía. Jock sabía que las revistas estaban en la planta baja. Mostró su carnet VIP a la bibliotecaria, una negra gruesa con el pelo recogido en un pañuelo rojo. Le dijo qué necesitaba, y ella se perdió en la parte trasera. Jock, que nunca perdía el tiempo, sacó su PAD y buscó los artículos del New York Times y el Washington Post del día.

Unos cinco minutos después, la bibliotecaria regresó y le entregó a Jock los tres números atrasados que había solicitado (uno de Farth and Planetary Science Letters y dos de Nature), que su búsqueda en la red había mostrado que contenían estudios de Cae y otros sobre la inversión rápida de los campos magnéticos.

Jock encontró un cubículo vacío y se sentó. Lo primero que hizo fue sacar de la maleta su HP CapShare: un escáner de documentos manual, a pilas. Pasó el

aparato sobre las páginas del artículo que le interesaba, capturándolas a 200 ppp, el tamaño adecuado para volcarlas al ocr luego. Jock sonrió al retrato de Chester Carlson que había cerca de donde estaba sentado: le hubiese encantado este aparatito.

Jock se puso a leer los artículos. Lo más interesante del primero, el aparecido en *Earth and Planetary Science Letters*, era que los autores reconocían que los resultados a los que habían llegado se oponían a la opinión generalizada de que los colapsos magnéticos tardarían miles, de años en producirse. Sin embargo, esa creencia estaba basada no tanto en hechos fundados como en la sensación general de que el campo magnético de la Tierra era una cosa tan grande que no podía ponerse boca abajo rápidamente.

Pero Cae y Prévot habían encontrado pruebas de colapsos extremadamente rápidos. Sus estudios estaban basados en corrientes de lava en la montaña Steens, al sur de Oregón, donde un volcán que había entrado en erupción cincuenta y seis veces durante una inversión de campo magnético, proporcionaba muestras de las distintas fases del cambio. Aunque no habían podido determinar los intervalos entre las erupciones, sabían cuánto debió tardar la lava en enfriarse en cada caso hasta el punto Curie, momento en que la orientación magnética de las rocas recién formadas se fija, en consonancia con la orientación y la fuerza actual del campo magnético de la Tierra. El estudio sugería que el campo se había colapsado en apenas unas semanas, en vez de hacerlo en milenios.

Jock leyó el segundo artículo de Cae y compañía en *Nature*, además de la crítica realizada por un hombre llamado Ronald T. Merrill, que parecía reducirse simplemente al « principio del menor esfuerzo » : era una declaración dogmática; costaba menos creer que Cae y Prévot estaban completamente equivocados que aceptar tan notable hallazgo, a pesar de que era incapaz de detectar ningún fallo en su trabajo.

Joe Krieger se acomodó en la silla. Parecía que lo que Ponter le había dicho al geólogo del Gobierno canadiense, Arnold Moore, era probablemente correcto.

Y eso, comprendió Jock, significaba que tal vez no hubiera tiempo que perder.



La Sociedad Paleo-antropológica se reunía anualmente y por turnos con la Asociación Arqueológica Americana y la Asociación Americana de Antropólogos Físicos. Este año la reunión era con la primera, y el lugar convenido el Crowne Plaza de Franklin Square.

La estructura del congreso era sencilla: un solo estilo de presentación, consistente en exposiciones de quince minutos. Sólo había ocasionalmente tiempo para preguntas; John Yellen, el presidente de la sociedad, mantenía el horario previsto con la precisión de un Phileas Fogg.

Al final del primer día de disertaciones muchos de los paleo-antropólogos se reunieron en el bar del hotel.

—Estoy segura de que a la gente le encantaría tener una oportunidad para hablar contigo informalmente —le dijo Mary a Ponter, en el pasillo que conducía al bar.

—¿Vamos?

Los acompañaba, solemne, un agente del FBI, una de sus sombras en aquel viaje.

Ponter dilató las aletas de la nariz.

—Hay gente fumando en esa sala.

Mary asintió.

—En un montón de jurisdicciones, gracias a Dios, los bares son el Único sitio donde la gente puede fumar todavía... y Ottawa y algunos otros lugares incluso lo han prohibido en los bares.

Ponter frunció el ceño.

—Lástima que esta reunión no fuera en Ottawa.

—Lo sé. Si no puedes soportarlo, no tenemos por qué entrar.

Ponter lo consideró.

—He tenido muchas ideas para inventos desde que estoy aquí, sobre todo de adaptación de la tecnología gliksin. Pero sospecho que la principal contribución sería desarrollar filtros nasales para que mi gente no se vea asaltada constantemente por los olores que hay aquí.

Mary asintió.

—A mí tampoco me gusta el olor del humo de tabaco. De todas formas...

—Podemos entrar —dijo Ponter.

Mary se volvió hacia el agente del FBI.

—¿Le apetece una copa, Carlos?

—Estoy de servicio, señora —dijo, cortante—. Pero lo que usted y el enviado Boddit quieran tomar me parece bien.

Mary abrió la marcha. La habitación era oscura, con paredes de madera panelada. Una docena de científicos estaban sentados a la barra en taburetes, y había tres grupitos en las mesas. Un televisor en la parte superior de una pared emitía una reposición de Seinfeld. Mary reconoció de inmediato el capítulo: aquel en que Jerry resulta ser un antidentista redomado. Estaba a punto de seguir avanzando cuando sintió la mano de Ponter en el hombro.

—¿No es ése el símbolo de tu país?

Ponter señalaba con la otra mano, y Mary miró hacia donde estaba indicando: un cartel eléctrico mural de Molson Canadian. Sabía que Ponter no podía leer lo que decía, pero había identificado correctamente la hoja de arce roja.

—Ah, sí —dijo Mary—. Canadá es famosa por eso aquí. Cerveza... Grano fermentado.

Ponter parpadeó.

—Debéis de estar muy orgullosos.

Mary se acercó a uno de los grupitos sentados en sillas en forma de cuenco alrededor de una mesa circular.

—Carlos, ¿le importa? —dijo, volviéndose hacia el hombre del FBI.

—Estaré por aquí, señora —respondió él—. Ya he oído suficiente sobre fósiles por un día.

Se dirigió a la barra y se sentó en un taburete, pero de cara hacia ellos, no al camarero.

Mary se volvió hacia la mesa. ¿Podemos sentarnos?

Las tres personas (dos hombres y una mujer) estaban enzarzadas en animada conversación, pero alzaron la cabeza y reconocieron de inmediato a Ponter.

—Dios mío, sí —dijo uno de los hombres.

Ya había una silla libre en la mesa; rápidamente, consiguió otra.

—¿A qué debemos el placer? —dijo el otro hombre, mientras Mary y Ponter se sentaban.

Mary pensó en decirles parte de la verdad: que nadie fumaba en la mesa y que los asientos estaban colocados de tal forma que, aunque otros pudieran desear unírseles, no había espacio para que nadie más lo hiciera: no quería que agobiaran a Ponter. Pero no tenía intención de contar el resto: que Norman Thierry, el pomposo experto en ADN de la UCLA estaba sentado al otro lado de la sala. Se moriría de ganas por hablar con Ponter, pero no podría hacerlo.

Así que Mary simplemente ignoró la pregunta e hizo las presentaciones.

—Éste es Henry Ciervo Corredor —dijo, indicando a un nativo americano de unos cuarenta años—. Henry es de Brown.

—Era de Brown —la corrigió Henry—. Me he trasladado a la Universidad de Chicago.

—Ah —dijo Mary—. Y ella e... —indicó a la mujer, que era blanca y tendría unos treinta y cinco años—. Angela Bromley, del Museo de Historia Natural de Nueva York

Angela tendió la mano derecha.

—Es un verdadero placer, doctor Boddit.

—Ponter —dijo Ponter, que había comprendido que en esta sociedad no había que usar el nombre de pila de otro a menos que se invitara a hacerlo.

—Y éste es mi marido, Dieter —continuó Angela.

—Hola —dijeron Mary y Ponter simultáneamente.

—¿Es usted antropólogo? —preguntó Mary.

—No, no, no —dijo Dieter—. Lo mío es el revestimiento de aluminio.

Ponter ladeó la cabeza.

—Lo oculta usted bien.

Los otros parecieron perplejos, pero Mary se echó a reír.

—Ya se acostumbrarán al sentido del humor de Ponter —dijo.

Dieter se levantó.

—Déjenme que les traiga algo de beber. Mary... ¿vino?

—Vino blanco, sí.

—¿Y Ponter?

Ponter frunció el ceño, sin saber qué pedir. Mary se inclinó hacia él.

—Los bares siempre tienen Coca-Cola.

—¡Coca-Cola! —dijo Ponter, con deleite—. Sí, por favor.

Dieter desapareció. Mary se sirvió algunos cacahuetes del cuenco de madera que había sobre la mesa.

—Bien —le dijo Angela a Ponter—. Espero que no le importe que le haga algunas preguntas. Ha vuelto usted nuestro campo patas arriba, y a sabe.

—No era mi intención —dijo Ponter.

—Por supuesto que no. Pero todo lo que oímos sobre su mundo desafía algo que creíamos saber.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, se dice que su gente no practica la agricultura.

—Es cierto.

—Siempre habíamos creído que la agricultura era un requisito previo para una civilización avanzada —dijo Angela, dando un sorbo al combinado que estaba tomando.

—¿Por qué? —preguntó Ponter.

—Bueno, verás, pensábamos que sólo a través de la agricultura podía

garantizarse un suministro de comida seguro. Eso permite a la gente especializarse en otros trabajos: maestro, ingeniero, funcionario del Gobierno, etcétera.

Ponter meneó lentamente la cabeza adelante y atrás, como si le asombrara oír aquello.

—Tenemos gente en mi mundo que decide vivir al antiguo estilo. ¿Cuánto tiempo creen que tarda uno de ellos en proporcionar sustento para ello mismo y quienes dependen de ello?

Mary sabía que el lenguaje de Ponter tenía un pronombre neutro de tercera persona; Hak intentaba expresarlo.

Angela se encogió un poco de hombros.

—Mucho, supongo.

—No... mientras el número de los que dependen sea bajo. Ocupa aproximadamente el nueve por ciento del tiempo de uno. —Hizo una pausa, bien calculándolo él mismo o escuchando la conversión de Hak—. Unas sesenta horas al mes.

—Sesenta horas al mes —repitió Angela—. Eso son... Dios mío, sólo son quince horas a la semana.

—¿Una semana es un grupo de siete días? —preguntó Ponter, mirando a Mary. Ella asintió—. Sí, entonces, eso es. El resto del tiempo puede dedicarse a otras actividades. Desde el principio, hemos tenido mucho tiempo de sobra.

—Pontor tiene razón —dijo Henry Ciervo Corredor—. Quince horas por semana es la carga de trabajo media de los cazadores-recolectores de esta Tierra, también.

—¿De veras? —dijo Angela, soltando su vaso. Henry asintió.

—La agricultura fue la primera actividad humana en que la recompensa fue directamente proporcional al esfuerzo. Si trabajas ochenta horas a la semana sembrando campos, tu ganancia es el doble que si trabajas cuarenta. Cazar y recolectar no es así: si cazas a tiempo completo, acabas matando todas las presas de tu territorio; de hecho, es contraproducente esforzarte demasiado como cazador.

Dieter regresó, colocó los vasos delante de Mary y Pontor, y se sentó.

—¿Pero cómo se consigue un asentamiento permanente sin agricultura? —preguntó Angela.

Henry frunció el ceño.

—Lo está entendiendo mal. No es la agricultura lo que produce un asentamiento permanente. Es la caza y la recolección.

—Pero... no, no. Lo recuerdo del colegio...

—¿Y cuántos maestros americanos nativos tuvo en el colegio? —preguntó Henry Ciervo Corredor, en tono helado.

—Ninguno, pero...

Henry miró a Ponter, luego a Mary.

—Los blancos rara vez comprenden este punto, pero es absolutamente cierto. Los cazadores–recolectores se quedan en un sitio. Vivir de la tierra requiere conocerla íntimamente: qué plantas crecen dónde, adónde irán a beber los grandes animales, dónde ponen sus huevos las aves. Hace falta toda una vida para conocer de verdad un territorio. Mudarse a otro lugar es tirar por la borda todo ese conocimiento, tan duramente conseguido.

Mary alzó las cejas.

—Pero los granjeros necesitan echar raíces, como si dijéramos.

Henry no le rió el chiste.

—De hecho, los granjeros son itinerantes a lo largo de generaciones. Los cazadores–recolectores mantienen familias pequeñas; después de todo, las bocas de más que alimentar aumentan el trabajo que tiene que hacer un adulto. Pero los granjeros quieren familias grandes: cada hijo es otro trabajador que enviar a los campos, y cuanto más hijos tengas, menos trabajo tendrás que hacer tú mismo.

Ponter estaba escuchando con interés; su traductor pitaba suavemente de vez en cuando, pero parecía que seguía el hilo de la conversación.

—Supongo que tiene sentido —dijo Angela, pero parecía dubitativa.

—Lo tiene —contestó Henry—. Pero cuando los hijos de los granjeros crecen, tienen que mudarse y fundar sus propias granjas. Pregúntele a un granjero dónde vivía su tatarabuelo y nombrará un lugar muy lejano; pregúntele a un cazador–recolector, y dirá «aquí mismo».

Mary pensó en sus padres, que vivían en Calgary; sus abuelos, en Inglaterra e Irlanda y Gales, y... Dios, ni siquiera sabía de dónde eran sus bisabuelos, mucho menos sus tatarabuelos.

—Un territorio no es algo que se abandona a la ligera —continuó Henry—. Por eso los cazadores–recolectores valoran tanto a los mayores.

Mary todavía se sentía dolida porque Ponter pensaba que había sido tonta al teñirse el pelo.

—Hábleme de eso.

Henry dio un sorbo de cerveza.

—Los granjeros valoran a los jóvenes, porque la agricultura es un negocio de fuerza bruta. Pero la caza y la recolección se basan en el conocimiento. Cuantos más años puedas recordar, más ves las pautas, más conoces el territorio.

—Nosotros valoramos a nuestros mayores —dijo Ponter—. No hay ningún sustituto para la sabiduría.

Mary asintió.

—Sabíamos eso de los neanderthales —dijo—, basándonos en los fósiles hallados. Pero no comprendía por qué.

—Yo soy especialista en Australopithecus —dijo Angela—. ¿A qué fósiles se

refiere?

—Bueno —contestó Mary—, el espécimen conocido como La Chapelle-aux-Saints tenía parálisis y artritis, y una mandíbula rota y le faltaban la mayoría de los dientes. Obviamente habían cuidado de él durante años; era imposible que hubiera podido cuidar de sí mismo. De hecho, es probable que alguien tuviera que masticarle la comida. Pero La Chapelle tenía cuarenta años cuando murió... era viejo según los baremos de una gente que normalmente vivía sólo veintitantos años. ¡Qué tesoro de conocimientos debía de tener sobre el territorio de su tribu! ¡Décadas de experiencia! Lo mismo ocurre con Shanidar I, de Irak Ese pobre hombre tenía también cuarenta años y estaba en peor estado aún que La Chapelle: ciego del ojo izquierdo, y le faltaba el brazo derecho.

Henry silbó unas cuantas notas. Mary tardó un segundo, pero reconoció la melodía: el tema de El hombre de los seis millones de dólares. Sonrió y continuó:

—También cuidaban de él, no por caridad, sino porque una persona tan vieja era una fuente de conocimientos de caza.

—Es posible —dijo Angela, un poco a la defensiva—, pero, de todas formas, fueron los granjeros quienes construyeron las ciudades, los que tenían la tecnología. En Europa, en Egipto..., lugares donde la gente cultivaba, ha habido ciudades desde hace miles de años.

Henry Ciervo Corredor miró a Ponter, como en busca de apoyo.

Ponter se limitó a ladear la cabeza, pasándole la pelota al nativo americano.

—¿Cree que los europeos tenían tecnología, metalurgia y todo eso y que, nosotros, los nativos, no, por algún tipo de superioridad inherente? —preguntó Henry—. ¿Eso es lo que piensa?

—No, no —dijo la pobre Angela—. Por supuesto que no. Pero...

—Los europeos tuvieron ese tipo de cosas por pura suerte. Yacimientos justo en la superficie; pedernal para hacer herramientas de piedra. ¿Ha intentado alguna vez tallar granito, que es lo que más abunda aquí? Se hacen unas puntas de flecha penosas.

Mary esperaba que Angela dejara el tema, pero no lo hizo.

—Los europeos no tenían sólo herramientas. También fueron lo bastante listos para domesticar animales... bestias de carga que trabajaran para ellos. Los nativos americanos nunca domesticaron a ninguno de los animales que había aquí.

—No los domesticaron porque no se podía —dijo Henry—. Sólo hay catorce grandes herbívoros domesticables en todo el planeta, y sólo uno de ellos (el reno) se encuentra en Norteamérica, y sólo en el lejano Norte. Los cinco principales animales domésticos son todos eurasiáticos de origen: la oveja, la cabra, la vaca, el caballo y el cerdo. Los otros nueve son de menor importancia, como los camellos... geográficamente aislados. No se puede domesticar la megafauna de Norteamérica: el alce, el oso, el ciervo, el bisonte o el león de las montañas.

Simplemente no tienen el temperamento necesario para ello. Oh, tal vez se les puede capturar, pero no se les puede entrenar, y no llevarán un jinete a cuestas por mucho que intentes domarlos.

La voz de Henry se fue volviendo más fría a medida que hablaba.

—No fue una inteligencia superior lo que condujo a los europeos a tener lo que tuvieron. De hecho, podría afirmarse que los nativos de Norteamérica demostraron tener más cerebro al sobrevivir careciendo de metales y herbívoros domesticables.

—Pero había algunos indios... lo siento, nativos americanos, que cultivaban —dijo Angela.

—Claro. ¿Pero qué cultivaban? Maíz, principalmente... porque eso es lo que había aquí. Y el maíz tiene muy pocas proteínas en comparación con los otros cereales, que existían en toda Eurasia.

Angela miró a Ponter.

—Pero... pero los neanderthales se originaron en Europa, no en Norteamérica.

Henry asintió.

—Y tenían unas herramientas de piedra magníficas: la industria moustenana.

—Pero no domesticaron animales, a pesar de que ha dicho usted que había muchos en Europa que podrían haber sido domesticados. Y no cultivaban.

—¡Hola! —dijo Henry—. ¡Tierra a Angela! Nadie domesticaba animales cuando los neanderthales vivían en esta Tierra. Y nadie cultivaba entonces: ni los antepasados de Ponter, ni los suyos ni los míos. La agricultura comenzó en el Creciente Fértil hace diez mil quinientos años. Eso fue mucho después de que los neanderthales se hubieran extinguido... al menos en esta línea temporal. ¿Quién sabe qué podrían haber hecho si hubieran sobrevivido?

—Yo lo sé —dijo Ponter, simplemente. Mary se echó a reír.

—Muy bien —dijo Henry—. Entonces cuéntenoslo. Su pueblo nunca desarrolló la agricultura, ¿verdad?

—Así es.

Henry asintió.

—Probablemente están mejor sin ella, en cualquier caso. La agricultura trae muchas cosas malas.

—¿Como qué? —preguntó Mary, procurando, ahora que Henry al parecer se había calmado un poco, que su voz mostrara curiosidad en vez de desafío.

—Bueno, ya he mencionado la superpoblación —dijo Henry—. Y el efecto sobre la tierra es obvio: se destruyen bosques para obtener tierras de cultivo. Además, naturalmente, están las enfermedades que proceden de los animales domesticados.

Mary vio que Ponter asentía. Reuben Montego les había explicado lo mismo allá en Sudbury.

Dieter que resultó ser bastante agudo para ser especialista en aluminio, asintió.

—Y no sólo enfermedades físicas: también hay enfermedades culturales. La esclavitud, por ejemplo: eso es un producto directo de la necesidad de mano de obra agrícola.

Mary miró a Ponter, incómoda. Era la segunda referencia a la esclavitud que Ponter escuchaba en Washington. Sabía que tenía que dar algunas explicaciones...

—Así es —dijo Henry—. La mayoría de los esclavos trabajaban en las plantaciones. Y aunque no fuese esclavitud en el sentido literal de la palabra, la agricultura requiere lo que a fin de cuentas es lo mismo: peonadas, temporeros y todo eso. Por no mencionar la sociedad de clases: feudalismo, terratenientes y todo lo demás; son directamente un producto de la agricultura.

Angela se agitó en su asiento.

—Pero incluso cuando se trata de cazar, los restos arqueológicos demuestran que nuestros antepasados eran mucho mejores en eso que los neanderthales.

Ponter se había perdido durante la discusión sobre agricultura y feudalismo. Pero había entendido claramente la declaración de Angela.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Bueno —contestó Angela—, no vemos ninguna prueba de eficacia en la forma de cazar de sus antepasados.

Ponter frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Los neanderthales sólo mataban animales de uno en uno.

En cuanto pronunció las palabras, Angela se dio cuenta de que había cometido un error.

Ponter alzó la ceja.

—¿Cómo cazaban sus antepasados?

Angela pareció incómoda.

—Bueno, mm... lo que solíamos hacer era, bueno, solíamos conducir manadas enteras de animales hasta los acantilados y matar a cientos de una vez.

Los ojos de Ponter se abrieron como platos.

—Pero... pero eso es... desenfrenado —dijo—. Sin duda, ni siquiera sus poblaciones más grandes podían aprovechar toda esa carne. Y además, parece una cobardía matar así.

—Yo... no sé cómo expresarlo. —Angela se ruborizó—. Quiero decir, nosotros pensamos que es una tontería correr riesgos innecesarios, así que...

—Saltan ustedes desde aviones —dijo Ponter—. Se tiran desde lo alto de acantilados. Han convertido el darse puñetazos en un deporte organizado. He visto todo eso en televisión.

—No todos hacemos esas cosas —dijo Mary, amablemente.



—Muy bien, pues —dijo Ponter—. Pero además de los deportes de riesgo, he visto otras conductas comunes. —Señaló hacia la barra—. Fumar tabaco, beber alcohol, cosas que me han dado a entender que son peligrosas y —asintió a Henry—, ambas cosas, por cierto, producto de la agricultura. Sin duda esas actividades pueden considerarse «riesgos innecesarios». ¿Cómo se puede matar animales de un modo tan cobarde, pero luego correr riesgos como...? Oh, oh, espere. Ya lo tengo. Creo que ya lo tengo.

—¿Qué? —dijo Mary.

—Sí, ¿qué? —preguntó Henry.

—Un momento —dijo Ponter, persiguiendo un pensamiento elusivo. Al cabo de segundos, asintió, tras haber capturado lo que perseguía—. Ustedes los gliksins beben alcohol, fuman y se dedican a deportes peligrosos para demostrar su capacidad residual. Dicen a quienes los rodean: «Mirad, en momentos poco difíciles puedo castigarme sustancialmente y seguir funcionando bien, lo que demuestra a las posibles parejas que no funciono al límite de mis capacidades. Por tanto, en momentos de escasez, obviamente tendré el exceso de fuerza y la capacidad de aguante para seguir siendo un buen proporcionador».

—¿De veras? —dijo Mary—. ¡Qué idea tan interesante!

—Lo entiendo, porque mi especie hace lo mismo... pero de otra forma. Cuando cazamos...

Mary lo pilló al vuelo.

—Cuando cazáis, no lo hacéis de modo sencillo. No empujáis a los animales por los acantilados, ni les arrojáis lanzas desde distancias seguras... algo que hacían mis antepasados pero no los tuyos, al menos en esta versión de la Tierra. No, tu gente se dedica a atacar cuerpo a cuerpo a los animales de presa, combatiéndolos uno a uno, y arrojándoles lanzas de cerca. Supongo que es lo mismo que fumar y beber: mira, cariño, puedo traer la cena, con las manos desnudas, así que si las cosas se ponen feas, y tengo que cazar de manera más segura, puedes tener por cierto que seguiré trayendo el bacón a casa.

—Exactamente —dijo Ponter.

Mary asintió.

—Tiene sentido. —Señaló a un hombre delgado sentado al otro lado del bar—. Eric Trinkaus, allí presente, descubrió que muchos fósiles de neanderthal mostraban el mismo tipo de heridas en el torso superior que encontramos en los modernos jinetes de rodeo, como si hubieran sido embestidos por animales, presumiblemente mientras estaban enzarzados en combate con ellos.

—Oh, sí, en efecto —dijo Ponter—. De vez en cuando algún mamut me ha lanzado por los aires, y...

—¿Ha hecho qué? —dijo Henry.

—Algún mamut...

—¿Un mamut? —repitió Angela, asombrada.

Mary sonrió.

—Veo que vamos a estar aquí un rato. Déjenme que los invite a todos a otra ronda...

—Discúlpeme, embajadora Prat —dijo el joven secretario, entrando en el vestíbulo de las Naciones Unidas—. Ha llegado de Sudbury una valija diplomática para usted.

Tukana Prat miró a los diez estimados neanderthales que estaban sentados en diversas posturas, mirando por las enormes ventanas o tendidos de espaldas en el suelo. Suspiró.

—Lo estaba esperando —les dijo en su idioma, y luego, dejando que su Acompañante tradujera, le dio las gracias al secretario y tomó la bolsa de cuero con el escudo canadiense grabado.

Dentro había una perla de memoria. Tukana abrió la placa de su Acompañante y la insertó. Le dijo al Acompañante que reprodujera el mensaje por el altavoz externo, para que todos en la sala pudieran oírlo.

—Embajadora Tukana Prat —dijo la furiosa voz del consejero Bedros—, lo que ha hecho usted es inexcusable. Yo, nosotros, el Gran Consejo Gris, insistimos en que usted y esos a quienes ha drogado para que viajen con usted vuelvan de inmediato. Nosotros...

Hizo una pausa, y a Tukana le pareció que podía oírlo tragar saliva, presumiblemente para calmarse.

—Estamos muy preocupados por la seguridad de todos ellos. Las contribuciones que hacen a nuestra sociedad son inestimables. Todos ustedes deben regresar a Saldak inmediatamente tras recibir este mensaje.

Lonwis Trob sacudió su anciana cabeza.

—Joven malcriado.

—Bueno, ahora es imposible que cierren el portal con nosotros a este lado —dijo Derba Jonk, la experta en células madre.

—Eso es cierto —comentó Dor Farrer, el poeta, sonriendo.

Tukana sonrió.

—Quiero darles a todos las gracias por acceder a venir aquí. Supongo que nadie querrá obedecer la orden del consejero Bedros.

—¿Bromea? —dijo Lonwis Trob, volviendo hacia Tukana sus ojos mecánicos azules—. No me había divertido tanto en muchos diezmeses.

Tukana sonrió.

—Muy bien —dijo—. Repasemos nuestros calendarios de trabajo para mañana. Krik, tiene usted que actuar por la mañana en un programa de video llamado Buenos días, América; cubren los gastos de traer un cuerno de hielo a través del portal y, sí, comprenden que tienen que mantenerlo congelado. Jalsk, el equipo de entrenadores de algo llamado « las olimpiadas » va a venir a Nueva York para reunirse con usted mañana: lo harán en el centro de atletismo de la Universidad de Nueva York Dor, un gliksin llamado Ralph Vicinanza, que es lo que ellos llaman un agente literario, quiere llevarle a comer al mediodía. Adjudicadora Harbron y sabio Klimilk, ustedes darán una charla en la Facultad de Derecho de Columbia mañana por la tarde, Borl, usted y un representante de las Naciones Unidas aparecerán en algo llamado El show de David Letterman, que se graba esta noche. Lonwis, usted y yo tenemos que hablar mañana por la noche en el Centro Rase para la Tierra y el Espacio. Y, naturalmente, habrá un puñado de reuniones a las que tendremos que asistir, aquí, en las Naciones Unidas.

Kobast Gant, el experto en IA, sonrió.

—Apuesto a que mi viejo amigo Ponter Boddit se alegra de que estemos aquí. Así se aliviará de parte de la presión; sé cuánto odia ser el centro de atención.

Tukana asintió.

—Sí, estoy segura de que le vendrá bien descansar un poco, después de todo lo que le ha ocurrido...

Ponter, Mary y el omnipresente agente del FBI salieron por fin del bar del hotel y se encaminaron hacia los ascensores. Estaban solos; no había nadie más esperando y el encargado de noche, a docenas de metros de distancia, estaba sentado ante el mostrador, leyendo en silencio un ejemplar del USA Today mientras mordisqueaba una de las manzanas Granny Smith que el hotel proporcionaba gratis.

—Ya hace rato que ha terminado mi turno, señora —dijo Carlos—. El agente Burnstein está de servicio en su planta y los vigilará allí...

—Gracias, Carlos —respondió Mary.

El agente asintió y le habló a su pequeño aparato de comunicación.

—Foxy Lady y Beefcake van para arriba.

Mary sonrió. Cuando le dijeron que el FBI les asignaría nombres en clave, cosa que era una chulada, había preguntado si podría elegirlos. Carlos volvió su atención hacia Mary y Ponter.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor.

Pero, naturalmente, no se marchó del hotel: se apartó unos pasos y esperó a que llegara el ascensor.

Mary sintió de pronto un cierto sofoco, aunque sabía que allí hacía más fresco

que en el bar. Y, no, no era que la pusiera nerviosa estar a solas con Ponter en el ascensor. Un desconocido, sí, eso probablemente la asustaría el resto de su vida. ¿Pero Ponter? No. Nunca.

A pesar de lodo, Mary se sentía sofocada. Intentó no mirar a los ojos marrón dorado de Ponter. Se centró en las pantallas que indicaban en qué planta estaban los cinco ascensores; miró el cartel enmarcado sobre los botones de llamada que anunciaba los desayunos dominicales del hotel; miró el cartel de emergencia contra incendios.

Llegó uno de los ascensores y sus puertas se abrieron con un interesante sonido de redoble. Ponter hizo un galante gesto de tú-primero con la mano, y Mary entró en el ascensor despidiéndose de Carlos, que asintió solemne. Ponter la siguió y miró al panel de control. Sabía leer bien los números: los neanderthales tal vez no hubieran desarrollado nunca un alfabeto, pero tenían sistema decimal, incluido un signo para el cero. Extendió la mano, pulsó el botón cuadrado del doce y sonrió cuando se iluminó.

Mary deseó que su habitación no hubiese estado también en la planta doce. Ya le había explicado a Ponter por qué no existía la planta trece. Pero de haberla, tal vez la hubiesen alojado en ésta. No importaba: no era supersticiosa... aunque, reflexionó, Ponter diría que lo era. Según su definición, todo el que creía en Dios era supersticioso.

De todas formas, si ella hubiese estado en otra planta, en cualquier planta, entonces sus buenas noches habrían sido cortas y dulces. Sólo un saludito entrecortado y un «hasta mañana» por parte de quien saliera primero del ascensor.

El número ocho sobre la puerta perdió un segmento y se convirtió en un nueve.

«Pero de esta forma —pensó Mary—, tendrá que haber más». Sintió que el ascensor se detenía y que las puertas se abrían. Esperándolos estaba el agente Burstein. Mary lo saludó con un gesto. Casi esperó que se colocara detrás de Ponter y recorriera el pasillo con ellos, pero pareció contentarse con situarse junto al ascensor.

Así que, Ponter y Mary recorrieron el pasillo, dejaron atrás el hueco con la máquina de hielo y pasaron ante una habitación tras otra, hasta que...

—Bien —dijo Mary, el corazón redoblando, Buscó en su bolso la tarjeta magnética—, ésta es la mía.

Mary miró a Ponter. El la miró a ella. Nunca sacaba su llave con antelación: era lo último en que pensaba, al proceder de un mundo donde pocas puertas tenían cerradura, y las que la tenían se abrían a una señal de sus Acompañantes.

Ponter no dijo nada.

—Bueno —dijo ella, torpemente—. Supongo que buenas noches.

Ponter guardó silencio mientras extendía el brazo y le tomaba la mano. Le

quitó con destreza la tarjeta magnética, la colocó en la cerradura y esperó a que la pantallita destellara. Entonces asió el pomo y abrió la puerta.

Mary miró por encima del hombro, para comprobar si el pasillo estaba vacío. Naturalmente, allí estaba el omnipresente agente del FBI. No se sentía cómoda con eso, pero al menos no era uno de los paleontólogos...

La mano de Ponter subió por el brazo de Mary, lenta, suavemente, y alcanzó su hombro. Luego la dirigió muy suavemente hacia su cara, acariciándole el pelo tras la oreja.

Y entonces, finalmente, sucedió.

Su cara se dirigió hacia la de ella, y su boca tocó su boca, y Mary sintió una oleada de placer inundar su cuerpo. Sus brazos la rodearon, y los suyos a él, y...

Y Mary no pudo decir realmente quién llevaba la voz cantante, pero los dos se movieron de lado, todavía abrazados, para cruzar la puerta, que Ponter cerró suavemente con el pie.

De repente, Ponter se agachó y tomó a Mary en brazos, llevándola, como si no pesara más que una niña, más allá del cuarto de baño hasta la cama, donde la colocó suavemente, encima de las sábanas.

El corazón de Mary latía aún más rápido que antes. No se sentía así desde hacía veinte años, desde su primera vez con Donny, cuando sus padres se marcharon a pasar fuera el fin de semana.

Ponter se cernió sobre ella un segundo, alzando la ceja en gesto de interrogación, dándole la oportunidad de impedir que las cosas fueran más allá. Mary le sonrió un poco y extendió la mano, deslizándolo los brazos alrededor de su enorme cuello, atrayéndolo hacia sí.

Por un instante, Mary esperó que fueran a representar una de esas escenas que había visto tantas veces en las películas pero que nunca había tenido ocasión de protagonizar en la vida real, con la ropa desprendiéndose por arte de magia mientras ellos rodaban y rodaban sobre las sábanas.

Pero no fue así. Mary advirtió que Ponter no tenía ni idea de cómo desabrochar los botones, y tanteaba torpemente, aunque le gustó la sensación de sus nudillos rozándole el pecho mientras lo intentaba.

Por su parte, Mary tenía la esperanza de hacerlo un poco mejor, después de haber recibido instrucciones de Hak tras el tiroteo para abrir los cierres del hombro de una camisa neanderthal. Pero la última vez que había hecho eso fue a plena luz del día. Ahora, sin embargo, Ponter y ella estaban casi a oscuras. Ninguno de los dos había encendido las luces de la habitación al entrar; la única iluminación era la que entraba por las ventanas, que tenían echadas las gruesas cortinas marrones.

Habían rodado y Mary estaba encima ahora, y maniobró hasta que logró sentarse a horcajadas sobre el pecho de Ponter. Extendió la mano hacia el botón superior de su blusa. Se soltó fácilmente, y Mary miró hacia abajo. Pudo ver su

pequeño crucifijo dorado (el que había comprado recientemente para sustituir al que le había regalado a Ponter en su primera visita) reposando contra el triángulo invertido de piel blanca que revelaba la abertura de la camisa.

Soltó un segundo botón, y la camisa se abrió más, revelando partes de su sencillo sujetador blanco.

Mary miró a Ponter, tratando de leer su expresión, pero él le estaba mirando el pecho, tal como estaba, y su ceño saliente le impedía verle los ojos. ¿La estaba mirando con placer o con desazón? No tenía ni idea de lo pechugonas que solían ser las mujeres neanderthales, pero a juzgar por la embajadora Prat, tenían un montón de vello corporal, y el pecho de Mary era lampiño.

Y entonces, en la semioscuridad, oyó hablar a Ponter con su propia voz.

—Eres preciosa.

Mary sintió que la preocupación, la inhibición, la abandonaban, Soltó los botones restantes y palpó tras su espalda para desabrochar el sujetador. Lo dejó deslizarse por sus pechos, y las manos de Ponter subieron por su estómago hasta alcanzarlos, hasta acunarlos, sopesándolos en las manos, y entonces la atrajo, recostándola contra su torso, y su enorme boca encontró su pecho izquierdo, y Mary jadeó, y él se lo metió por completo en la boca y lo saboreó y lo acarició con la lengua.

Y entonces su boca se dirigió al pecho derecho, su lengua trazaba un sendero húmedo en la llanura entre ambos, y encontró el otro pezón y lo sostuvo entre los labios y lo chupó suavemente, y Mary sintió una corriente eléctrica subir y bajar por su espalda.

Aunque Ponter seguía completamente vestido, Mary podía sentir su erección contra su muslo. De pronto sintió la imperiosa necesidad de verlo; ya lo había visto desnudo, cuando estaban en cuarentena juntos, en casa de Reuben, pero nunca en erección. Se apartó, su pezón escapó de entre los labios de Ponter, y recorrió su cuerpo hasta que sus manos pudieron trabajar en su cintura. Pero no tenía ni idea de cómo quitarle los pantalones; él se había despojado del cinturón médico en cuanto llegó a la habitación, pero los pantalones carecían de cierre... aunque el bulto de su pene era obvio.

Ponter se echó a reír, extendió la mano y le hizo algo al atuendo, que de repente quedó suelto alrededor de su cintura. Arqueó la espalda y se lo sacó por encima de las caderas, y...

Y al parecer los neanderthales no usaban ropa interior.

Ponter era enorme: grueso y largo. No estaba circuncidado, aunque su glándula púrpura asomaba más allá del prepucio. Mary pasó lentamente la palma de la mano por la longitud de su pene, sintiéndolo moverse con cada latido de su corazón.

Se separó de él y le ayudó a quitarse los pantalones. Los pies estaban cubiertos por bolsas sujetas a las perneras, sujetas en dos puntos, pero él se

deshizo rápidamente de ellas. Quedó desnudo de cintura para abajo, y Mary de cintura para arriba. Ella se levantó de la cama, se quitó los zapatos y se desabrochó la falda, que dejó caer al suelo. Los ojos de Ponter estaban clavados en su cuerpo, y ella vio que se abrían como platos. Mary miró hacia abajo y se echó a reír: llevaba unas sencillas bragas de color beige y con la falta de luz parecía que allí abajo: era completamente lisa y sin rasgos. Enganchó los pulgares en la tira, elástica, y se bajó las bragas, revelando...

Ella había leído que hoy estaba de moda que las mujeres se recortaran gran parte del vello púbico; una vez había oído a Howard Stern, referirse a lo que quedaba como «la pista de aterrizaje». Pero Mary, sólo recortaba los bordes cuando se depilaba las piernas y, por primera vez, advirtió, Ponter estaba viendo vello corporal tupido en una hembra gliksin. Sonrió, claramente complacido por el descubrimiento, y se levantó de la cama, incorporándose también. Tocó los hombros de su prenda superior de una manera determinada, que se abrió como la camisa de Bruce Banner, resbalando hasta la alfombra del suelo.

Ahora estaban los dos de pie, separados por un metro, ambos completamente desnudos, a excepción del Acompañante y la venda en el hombro de Ponter, donde le habían disparado. Ponter acortó distancias entre ellos, tomó de nuevo a Mary en brazos y cayeron de lado en la cama.

Mary lo quería en su interior... pero no todavía, no tan pronto. Habían perdido un montón de tiempo, y el cansancio que antes había llevado a Mary a dar por terminada la noche había desaparecido por completo. Pero, de todas formas, ¿cómo hacían el amor los neanderthales? ¿Y si algo era tabú o se consideraba repulsivo? Decidió dejar a Ponter llevar la iniciativa, pero también él vacilaba, presumiblemente preocupado por la misma cuestión, y finalmente Mary se encontró haciendo algo que nunca había hecho, acariciando con la lengua el musculoso y peludo torso de Ponter, y bajando por los contornos de su estómago. Tras una breve vacilación, dando a Ponter la oportunidad de detenerla si quería, abrió mucho la boca y se introdujo su pene.

Ponter dejó escapar un suspiro de contento. Mary había hecho felaciones a Colm antes, pero siempre con pocas ganas, porque sabía que a él le gustaba, pero sin obtener ningún placer. Esta vez, sin embargo, devoró a Ponter ansiosamente, apasionadamente, disfrutando del rítmico latido de su enorme órgano y el sabor salado de su piel. Pero no quería que él terminara de esta forma, y, si estaba la mitad de excitado que ella, sin duda se correría pronto si continuaba. Mary dejó que el pene saliera de su boca con una larga y lenta chupada final, alzó la mirada y sonrió. Él se dio la vuelta e hizo lo mismo, y con la lengua encontró el clitoris de inmediato y jugueteó con él. Ella jadeó un poco... sólo porque hizo un esfuerzo consciente por no jadear mucho. Ponter alternaba entre movimientos rápidos con la lengua arriba y abajo y mordisqueos en sus labios.

Mary estaba disfrutando cada segundo, pero no quería correrse de esta



forma, no la primera vez con él. Lo quería dentro de ella. Ponter parecía estar pensando exactamente lo mismo, ya que apartó la cara de ella y la miró, la barba brillando en la oscuridad con su humedad.

Ella esperó que, simplemente, se tumbara sobre ella y le introdujera el pene al hacerlo, pero de repente la hizo darse media vuelta. Mary volvió a jadear, pero esta vez de sorpresa. Nunca había practicado el sexo anal, y no estaba segura de querer practicarlo. Pero de repente las manos de Ponter se deslizaron por su cuerpo, la acariciaron y la auparon de modo que quedo en cuatro patas, y su largo pene entró en su vagina desde atrás. Mary no pudo evitar dejar escapar un gruñido mientras él la penetraba, pero también se sintió aliviada de que no hubieran entrado en un nuevo territorio sexual. Sus manos, desde atrás, le acariciaron los pechos mientras entraba y salía de ella. Mary y Colm lo habían intentado de vez en cuando al estilo perrito, pero el pene de Colm no era lo bastante largo para satisfacerla realmente cuando lo hacían así. Pero Ponter...

¡Maravilloso, maravilloso Ponter!

En sus fantasías sobre aquel momento (fantasías que había intentado apartar de su mente cada vez que se producían), siempre los había imaginado haciéndolo en la postura del misionero, su boca cubriendo la suya mientras se introducía en ella, pero...

Pero se llamaba la postura del misionero por un motivo; no era la postura sexual que más gustaba a todo el mundo en esta Tierra.

Ponter debía de haber estado preguntándose lo mismo. Habló en voz baja, y Hak tradujo al mismo volumen. Con todo, advertir que el Acompañante de Ponter era consciente de todo lo que estaban haciendo provocó que la espalda de Mary se envarara un momento. Nunca lo había hecho con nadie mirando, y había conseguido disuadir a Colm las dos veces que él había tratado el tema de grabar en vídeo sus actos amorosos.

—¿Es así como lo hacéis? —había preguntado la voz de Hak, de parte de Ponter.

Mary trató de apartar de su mente la idea de Hak, y contestó:

—En realidad, tendemos a hacerlo cara a cara.

—Ah —dijo Ponter, y Mary lo sintió salir de ella.

Pensó que simplemente iba a volverla de espaldas, pero se quedó de pie junto a la cama y le tendió una mano. Perpleja, Mary le dio la suya, y él la ayudó a ponerse en pie; el duro pene chocó contra su liso vientre. Él extendió entonces sus dos enormes manos, sostuvo cada glúteo en una y la levantó del suelo. Las piernas de Mary se abrieron de forma natural, rodeando su cintura, y él la bajó hasta su pene, alzándola y bajándola sin esfuerzo una y otra vez a lo largo de su tronco mientras permanecía en pie. Sus labios respondieron, y cuando se besaron, y mientras, su corazón redoblaba y el pecho de él subía y bajaba, ella se corrió con una gran sensación de estremecimiento, gimiendo a su pesar, y

cuando terminó, Ponter aumentó el ritmo de sus oscilaciones arriba y abajo aún más, y Mary se apartó un poco de él, mirándole a la cara, sus hermosos ojos dorados clavados en ella, mientras su cuerpo se sacudía por el orgasmo. Y, por fin, los dos cayeron de lado sobre la cama, y él la abrazó a ella, y ella lo abrazó a él.

Mary y Ponter no se habían molestado en correr las cortinas de la habitación del hotel, así que, cuando salió el sol, Mary se despertó y vio que también Ponter estaba despierto.

—Buenos días —dijo, mirándolo. Pero al parecer él llevaba despierto un rato, y cuando volvió la cabeza para mirarla, las lágrimas corrían por los profundos huecos que contenían sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary, secando amablemente la humedad con el dorso de la mano.

—Nada.

Mary frunció exageradamente el ceño.

—Nada, y un cuerno —dijo—. ¿Qué pasa?

—Lo siento. Anoche...

Mary sintió que se le encogía el corazón. Le había parecido maravilloso. ¿No compartía él la misma opinión?

—¿Qué ocurre?

—Lo siento —repetió él—. Era la primera vez que estaba con una mujer desde...

Mary alzó las cejas, comprendiendo.

—Desde que murió Klast —terminó de decir, en voz baja. Ponter asintió.

—La echo mucho de menos.

Mary le pasó un brazo por el pecho, sintiéndolo subir y bajar con cada inspiración.

—Lamento no haber llegado a conocerla.

—Perdóname —dijo Ponter—. Tú estás aquí; Klast no. Yo no debería estar...

—No, no, no —dijo Mary, suavemente—. No pasa nada. Está bien. Me gusta... me gusta que tengas esos sentimientos tan profundos.

Ella se apretó contra su pecho. No podía reprocharle que pensara en su difunta esposa; después de todo, no había pasado tanto tiempo desde su muerte y...

Y de repente Mary pensó en lo único que no se le había pasado por la cabeza desde que Ponter la había tomado en brazos en el pasillo, la única presencia sin rostro de su propio pasado que no había invadido el tiempo que habían estado

juntos. Pero descubrió que podía descartar rápidamente ese pensamiento y, rodeando con el brazo a Ponter, y con uno de los suyos posado ahora sobre su espalda desnuda, Mary volvió a quedarse dormida, absolutamente en paz.

—¿Así que usted y esa hembra gliksin tuvieron relaciones íntimas? —preguntó Selgan, al parecer intentando controlar su sorpresa.

Ponter asintió.

—Pero...

—¿Qué? —lo desafió Ponter.

—Pero ella... es una gliksin. —Selgan hizo una pausa y luego se encogió de hombros—. Es de una especie diferente.

—Ella es humana —dijo Ponter con firmeza.

—Pero...

—¡Nada de peros! —dijo Ponter—. Es humana. Todos son humanos, todas las personas del otro mundo.

—Si usted lo dice... Y sin embargo...

—Usted no los conoce. No ha visto a ninguno. Son personas. Son como nosotros.

—Parece ponerse a la defensiva con este tema —dijo Selgan.

Ponter sacudió la cabeza.

—No. Tal vez tuviera usted razón en otras cosas, pero no en esto. En mi mente no hay ninguna duda. Mary Vaughan, Lou Benoit, Reuben Montego, Héllme Gagné y todos los demás que he conocido allí... son seres humanos. Tendrá usted que reconocerlo; todos ustedes tendrán que reconocerlo.

—Y sin embargo estaba usted llorando.

—Fue como le dije a Mary. Estaba recordando a Klast.

—¿No se sentía culpable?

—¿Porqué?

—Dos no eran Uno en ese momento.

Ponter frunció el ceño.

—Bueno, supongo que es verdad. Quiero decir, nunca lo había pensado. En el mundo gliksin, machos y hembras pasan todo el mes juntos y...

—¿Y cuando estás en Bistob, haz como hacen los bistobianos?

Ponter se encogió de hombros.

—Exactamente.

—¿Cree que su hombre—compañero habría compartido su punto de vista?

—Oh, a Adikor no le habría importado. De hecho, le habría encantado.

Quiere que me busque una nueva mujer, y bueno...

—¿Bueno qué?

—Mejor una gliksin cuando Dos se supone que están separados, que Daklar

Bolbay en cualquier momento del mes. Ésa sería su opinión, estoy seguro.

Mary y Ponter salieron por fin de la habitación del hotel. Se habían perdido las tres primeras ponencias de la mañana, pero no pasaba nada. Mary había descargado el archivo PDP que contenía los borradores antes de salir de Nueva York, y sabía que las sesiones de la mañana estaban dedicadas al Homo erectus y a algunos intentos por resucitar al Homo ergaster como especie separada. No se había recuperado nunca ADN de ninguna de estas antiguas formas, así que Mary no estaba particularmente interesada.

Mientras salían al pasillo, apareció uno de los agentes del FBI.

—Enviado Boddit —dijo—, esto acaba de llegar de Sudbury, vía FedEx.

El hombre tendió una valija diplomática. Ponter aceptó la bolsa, la abrió y extrajo una perla de memoria. Le dio vueltas en la mano.

—Debería escucharla.

Mary sonrió.

—Bueno, desde luego no quiero oír cómo te gritan. Voy a mirar las exposiciones.

Ponter sonrió y entró en su habitación. El agente del FBI permaneció en el pasillo, y Mary se acercó a los ascensores.

Llegó el ascensor. Mary se encaminó hacia el saloncito donde se exhibían los carteles de la Asociación Arqueológica de América. Su congreso no empezaba realmente hasta el día siguiente, y Ponter y ella iban a quedarse, pero varios ponentes ya habían colocado sus carteles. Mary se puso a contemplar un par de paneles sobre la alfarería hopi.

Sin embargo, al cabo de un rato, preocupada porque Ponter no llegaba, regresó a la planta doce.

El agente del FBI seguía en el pasillo.

—¿Está usted buscando al enviado Boddit, señora?

Mary asintió.

—Está en su propia habitación —dijo el agente.

Mary fue a esa habitación y llamó con los nudillos a la puerta que, al cabo de un momento, se abrió.

—¡Mary! —dijo Ponter.

—Hola. ¿Puedo pasar?

—Sí, sí.

La maleta de Ponter (un extraño trapezoide que había traído del otro universo) estaba abierta sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mary.

—Empaquetando.

—¿Te obligan a regresar? Creí que dijiste que no ibas a hacerlo.

Ella frunció el ceño. Naturalmente, ahora que había una docena de neanderthales en la ciudad de Nueva York, él no tenía que quedarse para obligar a que el portal permaneciera abierto, pero bueno, después de anoche...

—No —dijo Ponter—. Nadie me obliga. La perla de memoria era de mi hija, Jasmel Ket.

—Dios mío, ¿se encuentra bien?

—Jasmel está bien. Ha consentido en ser la mujer-compañera del Tryon, un joven al que ha estado viendo.

Mary alzó las cejas.

—¿Quieres decir que va a casarse?

—Es comparable, sí —dijo Ponter—. Debo regresar a nuestro universo para la ceremonia.

—¿Cuándo es?

—Dentro de cinco días.

—Guau —dijo Mary—. Sí que son rápidas las cosas en tu mundo.

—Lo cierto es que Jasmel ha estado retrasándose. Pronto será el momento de concebir la generación 149. Jasmel todavía no ha seleccionado una mujer-compañera, pero ése no es un tema tan sensible al tiempo.

—¿Has visto a ese ... Tryon?

—Sí, varias veces. Es un buen chico.

—Mmm, Ponter, ¿estás seguro de que no se trata de un truco? Ya sabes, para atraerte de vuelta al otro lado.

—No es ningún truco. El mensaje era realmente de Jasmel, y ella nunca me mentiría.

—Bueno, será mejor que te llevemos de vuelta a Sudbury, entonces.

—Gracias.

Ponter guardó silencio un instante, como si estuviera pensando en algo.

—¿Te... te gustaría acompañarme a la ceremonia de unión? Es costumbre que vayan los padres de los jóvenes, pero...

Pero la madre de Jasmel, Klast, estaba muerta. Mary no pudo evitar sonreír.

—Me encantaría —dijo—. Pero ¿tenemos tiempo para la presentación de mi estudio? Es a las dos y media de esta tarde. No es por usar una metáfora militar, pero me encantaría soltar esa bomba.

—¿Cómo?

—Va a ser explosivo.

—Ah —dijo Ponter, comprendiendo—. Sí, por supuesto, podemos quedarnos para eso.

La disertación de Mary fue, en efecto, el punto culminante del congreso: estaba, después de todo, poniendo punto final al mayor debate de la antropología al

declarar que el Homo neanderthalensis era decididamente una especie por derecho propio. Normalmente, habría publicado un extracto con antelación y descubierto su mano, pero había sido una incorporación de último minuto al programa, y el título de su disertación, «El ADN nuclear neanderthal y la resolución de la taxonomía neanderthal», había sido suficiente para asegurar una sala repleta.

Y, naturalmente, la sala estalló en comentarios en el momento en que ella colgó la transparencia del cariotipo de Pontar. En el fondo, Mary estaba encantada de tener que marcharse a Sudbury al cabo de quince minutos. De hecho, al advertir la longitud de la presentación, Pontar la sorprendió al decir:

—Ese tipo que pintaba latas de sopa estaría orgulloso de ti.

Justo antes de que dejaran el hotel, Mary llamó a Jock Krieger al Grupo Sinergia. Jock parecía encantado de que Mary se lo estuviera pasando bien con Pontar, y le entusiasmó que tuviera una oportunidad para visitar el mundo neanderthal. Sin embargo, le hizo una petición.

—Quiero que haga para mí un sencillo experimento cuando esté allí.

—¿Sí?

—Llévese una brújula, una brújula magnética corriente, y cuando llegue al otro mundo, oriéntese por algún otro método, de modo que esté segura de que no está mirando al norte. Use la Estrella del Norte si es de noche, o el amanecer o la puesta de sol para encontrar el este o el oeste si es de día. ¿De acuerdo? Entonces compruebe en qué dirección señala la aguja de la brújula.

—Debería señalar al norte, ¿no?

—Eso es lo que le pasa por faltar a las reuniones de personal —dijo Jock—. Los neanderthales sostienen que su mundo ya ha experimentado la inversión de polos que está comenzando aquí. Quiero que averigüe usted si es verdad.

—¿Por qué mentirían en una cosa así?

—Estoy seguro de que no lo harían. Pero podrían estar equivocados. Recuerde: no tienen satélites. La mayoría de nuestros estudios sobre el campo magnético de la Tierra se han hecho desde la órbita.

—Muy bien —dijo Mary.

Hizo una pausa, y Jock la aprovechó para poner punto final a la conversación.

—Muy bien, Mary. Que tenga un buen viaje.

Colgó el teléfono. Justo entonces, Pontar llegó a la habitación, para comprobar si estaba lista para partir.

—He quedado en dejar el coche de alquiler en Rochester, que no nos pilla demasiado lejos —dijo Mary—. Allí podremos recoger mi coche y subir hasta Sudbury, pero...

—¿Sí?

—Pero, bueno, me gustaría pasarme por Toronto camino de Sudbury —dijo Mary—. Nos pilla de paso y, bueno, no es que tú puedas ayudarme en la

conducción.

—Muy bien —dijo Ponter.

Pero Mary no dejó correr el asunto.

—Tengo... tengo que hacer unas cuantas cosas allí.

Ponter pareció perplejo por su necesidad de justificarse.

—Como vosotros decís: « No hay problema» .

Mary y Ponter llegaron a la Universidad de York. Era imposible camuflar a Ponter. En invierno, tal vez podría haberse puesto una gorra de lana calada sobre el ceño, y gafas de esquiar, pero en un día de otoño, vestido así, habría llamado tanto la atención como a cara descubierta. Además (Mary se estremeció), no quería ver a Ponter con nada que recordara un pasamontañas; no quería confundir jamás a esas dos personas en su mente.

Aparcaron en el espacio destinado a las visitas, y empezaron a cruzar el campus.

—¿Aquí no necesito seguridad? —preguntó Ponter.

—Las armas personales están prohibidas en Canadá —dijo Mary—. No es que no haya algunas por ahí, pero... —Se encogió de hombros—. Es un lugar distinto. El último asesinato por atentado en Canadá se produjo en 1970, y tuvo que ver con la separación de Quebec. No creo, sinceramente, que tengas que preocuparte más que cualquier otro famoso en Canadá. Según el Star, Julia Roberts y George Clooney están en la ciudad rodando una película. Créeme, atraerán a más curiosos que ninguno de nosotros.

—Bien —dijo Ponter. Dejaron atrás el edificio bajo de York Lane y continuaron hacia...

Era inevitable. Mary lo había sabido desde el principio; las vicisitudes de dejar el coche en el aparcamiento para visitantes. Ponter y ella estaban a punto de pasar por el lugar donde los dos muros de hormigón se unían, el lugar donde...

Mary extendió la mano, encontró la enorme mano de Ponter y, abriendo mucho los dedos, los entrelazó con los suyos. No dijo nada, ni siquiera miró el muro, sólo siguió caminando, mirando al frente.

Pero Ponter sí que miraba alrededor. Mary nunca le había dicho exactamente dónde había tenido lugar la violación, pero vio que él advertía el espacio cerrado, los árboles que lo cubrían, lo lejos que estaba la siguiente farola. Si lo descubrió, no dijo nada, pero Mary agradeció la reconfortante presión de su mano.

Continuaron caminando. El sol jugaba al escondite tras las hinchadas nubes blancas. El campus estaba abarrotado de jóvenes, uno o dos todavía con pantalones cortos, la mayoría con vaqueros, unos cuantos estudiantes de derecho con chaqueta y corbata.

—Esto es mucho más grande que la Laurentian —dijo Ponter, girando la cabeza a izquierda y derecha. La Universidad Laurentian, cerca del lugar donde Ponter había llegado, en Sudbury, era el sitio donde Mary había realizado sus



estudios de ADN para demostrar que era realmente un neanderthal.

—Oh, sí, desde luego —contestó ella—. Y es sólo una de las dos (bueno, tres) universidades que hay en Toronto. Si quieres ver algo realmente grande, deberías ir a la Universidad de Toronto algún día.

Mientras Ponter miraba alrededor, la gente lo miraba a él. De hecho, en un momento dado, una mujer abordó a Mary como si fuera una amiga de toda la vida, pero Mary ni siquiera podía recordar el nombre de la mujer, y había pasado a su lado cientos de veces antes sin que ninguna de las dos reconociera la presencia de la otra. Pero era evidente que la mujer, aunque estrechaba flácidamente la mano de Mary, estaba aprovechando la oportunidad para echar un vistazo de cerca al neanderthal.

Finalmente se libraron de ella y continuaron su camino.

—Ése es el edificio donde trabajo —señaló Mary—. Se llama Edificio Farquharson de Ciencias de la Vida.

Ponter siguió observando un poco más.

—De todos los sitios que he visto en tu mundo, creo que los campus universitarios son lo que más me gusta. ¡Espacios abiertos! Montones de árboles y hierba.

Mary reflexionó al respecto.

—Es una buena vida —dijo—. Más civilizada que el mundo real en muchos aspectos.

Llegaron al Farquharson y subieron las escaleras hasta la primera planta. Cuando entró en el pasillo, vio en el fondo a alguien a quien conocía bien.

—¡Cornelius! —llamó.

El hombre se dio media vuelta y miró. Entornó los ojos; al parecer su vista no era tan buena como la de Mary. Pero después de un momento, por su expresión, la reconoció.

—Hola, Mary —dijo, acercándose ellos.

—No pongas esa cara de preocupación. Sólo he venido a hacer una visita.

—¿No le gustas? —preguntó Ponter en voz baja.

—No, no es eso —contestó Mary, riendo—. Es el tipo que está dando mis clases mientras yo trabajo para el Grupo Sinergia.

Al acercarse, Cornelius abrió mucho los ojos al advertir quién acompañaba a Mary. Pero fue capaz de recuperar la compostura rápidamente.

—Doctor Boddit —dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

Mary pensó en decirle a Cornelius que, mira, no todos los sabios reciben el tratamiento de «profesor», pero decidió no hacerlo. Cornelius ya era bastante sensible al tema.

—Hola —dijo Ponter.

—Ponter, éste es Cornelius Ruskin.

Y, como hacía siempre, Mary repitió la presentación haciendo una pausa

exagerada entre el nombre y el apellido, para que Ponter pudiera distinguirlos.

—Es doctor, uno de nuestros grados académicos más altos, en biología molecular.

—Es un placer conocerlo, profesor Ruskin —dijo Ponter.

Mary no quiso corregir a Ponter: intentaba con todas sus fuerzas captar los gestos de cortesía humanos, y desde luego se merecía un diez por el esfuerzo. Pero si Cornelius lo había advertido, lo dejó pasar sin hacer ningún comentario, todavía claramente fascinado por el aspecto de Ponter.

—Gracias —dijo—. ¿Qué le trae por aquí?

—El coche de Mary —contestó Ponter.

—Vamos de regreso a Sudbury —dijo Mary—. La hija de Ponter va a casarse, y hay una ceremonia a la que quiere asistir.

—Enhorabuena.

—¿Está por aquí Daria Klein? —preguntó Mary—. ¿O Graham Smythe?

—No he visto a Graham en todo el día —respondió Cornelius—, pero Daria está en tu antiguo laboratorio.

—¿Y Qaiser?

—Puede que esté en su despacho. No estoy seguro.

—Muy bien —dijo Mary—. Bueno, sólo quería recoger unas cuantas cosas.

Hasta luego.

—Cuidate —dijo Cornelius—. Adiós, doctor Boddit.

—Día sano —dijo Ponter, y siguió a Mary.

Llegaron a un pasillo y Mary llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer.

Mary abrió un poquito la puerta.

—¡Mary! —exclamó la mujer, sorprendida.

—Hola, Qaiser —dijo Mary, sonriendo.

Abrió más la puerta, revelando a Ponter. Los ojos marrones de Qaiser se abrieron como platos.

—La profesora Qaiser Remtulla —dijo Mary—. Me gustaría que conocieras a mi amigo, Ponter Boddit. —Se volvió hacia Ponter—. Qaiser es la jefa del Departamento de Genética.

—Increíble —dijo Qaiser, tomando la mano de Ponter y estrechándola—. Absolutamente increíble.

Mary parecía querer decir «sí que lo es», pero se guardó el comentario. Charlaron unos cuantos minutos, enterándose de todas las noticias, cuando tuvo que marcharse a clase.

Mary y Ponter continuaron pasillo abajo. Llegaron a una puerta con una ventanita, y Mary llamó y luego entró.

—¿Hay alguien en casa? —le preguntó Mary a la mujer que, de espaldas, trabajaba en una mesa.

La joven se dio media vuelta.

—¡Profesora Vaughan! —exclamó con deleite—. ¡Me alegro de verla! Y... ¡Dios mío! ¿Es...?

—Daria Klein, me gustaría presentarte a Ponter Boddit.

—Guau —dijo Daria, y, como si eso no fuera suficiente, repitió: Guau.

—Daria está haciendo el doctorado. Su especialidad es la misma que la mía: recuperar ADN antiguo.

Mary y Daria charlaron durante unos minutos, y Ponter, científico siempre, se entretuvo contemplando el laboratorio, fascinado por la tecnología gliksin.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Mary por fin—. Sólo quería recoger un par de muestras que dejé aquí.

Se acercó al frigorífico que utilizaban para almacenar muestras biológicas, advirtiendo que habían pegado unos cuantos cartones más, añadiéndolos a la selección de paneles de Sidney Harris y Gary Larson que ella había puesto. Abrió la puerta de metal y sintió la vaharada de aire frío.

Había tal vez dos docenas de contenedores allí, de diversos tamaños. Algunos tenían etiquetas impresas por láser, otros sólo tiras de papel escritas con rotulador. Mary no vio las muestras que estaba buscando; sin duda, habían sido empujadas al fondo por los otros que habían usado el frigorífico en su ausencia. Empezó a mover contenedores, sacando los dos más grandes (« Piel de mamut siberiano» , « Placenta inuit» ), y colocándolos sobre la mesa, para ver con más facilidad en el interior.

Mary sintió que el corazón le redoblaba.

Rebuscó de nuevo entre las muestras, sólo para asegurarse. Pero no había error.

Los dos contenedores que había etiquetado « Vaughan 666» , los dos contenedores que contenían la prueba física de su violación, habían desaparecido.

—¡Daria! —gritó Mary. Ponter se acercó a ella, preguntándose sin duda qué iba mal. Pero Mary lo ignoró y volvió a gritar el nombre de Daria.

La esbelta estudiante de grado cruzó la habitación.

—¿Qué ocurre? —dijo, con ese tono a la defensiva que implica «¿qué he hecho mal?».

Mary se apartó del frigorífico para que Daria pudiera ver su interior, y apuntó con un dedo acusador.

—Tenía dos frascos de muestras ahí dentro —dijo Mary—. ¿Qué ha pasado con ellos?

Daria negó con la cabeza.

—Yo no he sacado nada. Ni siquiera he usado ese frigorífico desde que se marchó usted a Rochester.

—¿Estás segura? —dijo Mary, tratando de Controlar el pánico en su voz—. Dos frascos de muestras, ambos opacos, ambos etiquetados con tinta roja con la fecha del 2 de agosto —recordaría esa fecha el resto de su vida— y las palabras «Vaughan 666».

—Oh, sí —dijo Daria—. Los vi una vez... cuando estaba trabajando con Ramsés. Pero no los toqué.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que sí. ¿Qué ocurre?

Mary ignoró la pregunta.

—¿Quién tiene acceso a este frigorífico? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Yo —contestó Daria—, Graham y los otros estudiantes de grado, el claustro, la profesora Remtulla. Y supongo que el personal de servicio, me imagino... todo el que tenga llave de esta habitación.

¡El personal de servicio! Mary había visto a un bedel trabajando en el pasillo de la planta baja de aquel edificio, justo antes...

Justo antes de que la atacaran.

Y... («Maldición, ¿cómo pude ser tan estúpida?»), no hacía falta un puñetero título en genética para reconocer que algo etiquetado con el nombre de la víctima, el número de la bestia y marcado con la fecha de la violación era lo que

estabas buscando.

—¿Va todo bien? —preguntó Daria—. ¿Era material del palomo migratorio?

Pero Mary sacó otro contenedor del frigorífico.

—¡Esto es el puñetero palomo migratorio! —gritó, colocando de golpe el contenedor sobre la mesa.

El traductor de Ponter pitó.

—Mary... —dijo él, en voz baja.

Mary tomó aire y lo dejó escapar lentamente. Todo su cuerpo temblaba.

—Profesora Vaughan —dijo Daria—. Le juro que yo no...

—Lo sé —contestó Mary, obligándose a calmarse—. Lo sé.

Miró a Ponter, cuyo rostro era todo un estudio en preocupación, y a Daria, cuya expresión se acercaba al miedo.

—Lo siento, Daria. Es que... es que eran muestras insustituibles. —Se encogió un poco de hombros, todavía furiosa consigo misma pero intentando que no se notara—. No debí dejarlas aquí.

—¿Qué eran? —preguntó Daria, comida por la curiosidad.

—Nada —respondió Mary, sacudiendo la cabeza. Cruzó la habitación sin volverse a ver si Ponter la seguía—. Nada en absoluto.

Ponter la alcanzó en el pasillo y le tocó el hombro.

—Mary...

Mary dejó de caminar y cerró los ojos un segundo.

—Te lo diré, pero no aquí.

—Entonces marchémonos de este lugar —dijo Ponter.

Bajaron las escaleras, pasaron ante un bedel con camisa azul que subía los escalones de dos en dos, y Mary pensó que el corazón iba salirle disparado por la parte superior del cráneo. Pero no, no, era Franco... Mary lo conocía bastante bien, y era italiano. Con ojos marrones.

—¡Vaya, profesora Vaughan! —dijo—. ¡Creí que no iba a estar con nosotros este año!

—No lo estoy —respondió Mary, tratando de parecer normal—. Sólo he venido a hacer una visita.

—Bueno, que se lo pase bien —dijo Franco, y continuó su camino. Mary resopló y continuó bajando. Salió del edificio y Ponter la siguió, y se encaminaron hacia el coche, pero esta vez Mary dio un largo rodeo para evitar la intersección de los edificios donde había sido atacada. Por fin llegaron al aparcamiento.

Subieron al coche. Dentro hacía un calor infernal. Mary normalmente dejaba las ventanillas bajadas una rendija en verano (y todavía era verano, después de todo; el otoño no llegaba oficialmente hasta el 21 de septiembre), pero esta vez se le había olvidado, la mente llena de demasiados pensamientos al regresar a York.

Ponter inmediatamente empezó a sudar; odiaba el calor. Mary puso en

marcha el coche. Pulsó el botón para bajar las ventanillas y puso el aire acondicionado a toda potencia. Pasó un minuto entero antes de que sintieran el aire frío.

Con el coche detenido en el aparcamiento, el motor en marcha, Ponter dijo simplemente:

—¿Bien?

Mary subió las ventanillas, temerosa de que alguien que pasara por allí pudiera oída.

—Sabes que me violaron.

Ponter asintió y le tocó levemente el brazo.

—No denuncié el crimen.

—Sin implantes Acompañantes ni archivos de coartadas —dijo Ponter—, estoy seguro de que hubiese servido de poco. Me dijiste que la mayoría de los crímenes de este mundo quedaba sin resolver.

—Sí, pero... —La voz de Mary se quebró, y se calló durante un rato, tratando de recuperar la compostura—. Pero no pensé en las consecuencias. Otra persona fue violada aquí, en York, la semana pasada. Cerca de Farquharson... el edificio en el que acabamos de estar.

Ponter abrió mucho los ojos.

—¿Y crees que lo hizo el mismo hombre?

—No hay manera de saberlo con seguridad, pero...

No tuvo que terminar la frase; Ponter la entendió claramente. Si ella hubiera denunciado la violación, tal vez habrían podido detener al hombre antes de que tuviera oportunidad de hacerle aquella cosa abominable a otra persona.

—No podías haberlo previsto.

—Por supuesto que sí, replicó Mary.

—¿Sabes quién fue la otra víctima?

—No. No, esos datos son confidenciales. ¿Por qué?

—Necesitas liberar este dolor... y la única manera de hacerlo es a través del perdón.

Mary se envaró inmediatamente.

—Nunca podría mirarla a la cara, sea quien sea —dijo—. Después de lo que permití que le pasara...

—No fue culpa tuya.

—Iba a hacer lo adecuado —dijo Mary—. Por eso quise parar aquí, en York. Iba a entregarle a la policía la prueba física de mi violación.

—¿Eso es lo que había en los contenedores perdidos?

Mary asintió. El aire del coche se estaba volviendo helado ahora, pero ella no tocó los controles. Se merecía sufrir.

Después de un rato sin ninguna respuesta por parte de Mary, Ponter dijo:

—Si no puedes contactar con la otra víctima para pedirle perdón, entonces

debes perdonarte a ti misma.

Mary pensó en esto un instante, y luego, sin decir palabra, metió la marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ponter—. ¿A tu casa?

—No exactamente —contestó Mary, y enderezó el coche y salió del aparcamiento.

Mary entró en el confesionario, se arrodilló en el reclinatorio acolchado y se persignó. La ventanita situada entre su espacio y el del sacerdote se abrió y vio el marcado perfil del padre Caldicott recortado tras la rejilla de madera.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

Caldicott tenía un leve acento irlandés, aunque llevaba cuarenta años en Canadá.

—¿Cuándo fue tu última confesión, hija mía?

—En enero. Hace ocho meses.

El tono del sacerdote era neutral, sin hacer juicios.

—Cuéntame tus pecados.

Mary abrió la boca, pero no logró articular palabra. Al cabo de un rato, el sacerdote la instó:

—¿Hija?

Mary inspiró profundamente, y dejó escapar el aire muy despacio.

—Yo... fui violada.

Caldicott guardó silencio unos instantes, quizá considerando su propia línea de pensamientos.

—Hablas de violación. ¿Te atacaron?

—Sí, padre.

—¿Y no diste tu consentimiento?

—No, padre.

—Entonces, hija mía, no has pecado.

Mary sintió que su pecho se tensaba.

—Lo sé, padre. La violación no fue mi pecado.

—Ah —dijo Caldicott, como si comprendiera—. ¿Te... quedaste embarazada? ¿Has practicado un aborto, hija?

—No. No, no me quedé embarazada.

Caldicott esperó a que Mary continuara, pero cuando no lo hizo, lo intentó de nuevo.

—¿Fue porque practicabas el control artificial de la natalidad? Tal vez, dadas las circunstancias...

Mary, en efecto, tomaba la píldora, pero había hecho las paces con eso hacía años. De todas formas, no quería mentirle al sacerdote, así que escogió sus palabras con gran cuidado.

—No es ése el pecado del que hablo —dijo en voz baja. Tomó aire de nuevo,

hizo acopio de fuerzas—. Mi pecado fue que no denuncié la violación.

Mary pudo oír la madera crujir cuando Caldicott se agitó en su asiento.

—Dios lo sabe —dijo— y Dios castigará a la persona que te hizo esto.

Mary cerró los ojos.

—Ha vuelto a violar. Al menos, sospecho que es la misma persona.

—Oh —dijo Caldicott.

«Oh —pensó Mary—. ¿Oh?». Si esto es lo mejor que sabe hacer... Pero Caldicott continuó.

—¿Lamentas no haberlo denunciado?

La pregunta era probablemente inevitable; la contrición era parte de la solicitud de absolución. Pero Mary, no obstante, notó que la voz se le quebraba al responder.

—Sí.

—¿Por qué no lo denunciaste, hija?

Mary lo pensó. Podía decir que, simplemente, había estado demasiado ocupada... cosa que era casi cierta. La violación había tenido lugar la noche anterior a su marcha a Sudbury. Pero había tomado su decisión mucho antes de recibir la llamada telefónica de Reuben Montego buscando una experta en ADN neanderthal.

—Tuve miedo —dijo—. Estoy... separada de mi marido. Tenía miedo de lo que me harían, de lo que dirían de mí, sobre mi moral, si este asunto llegaba alguna vez a los tribunales.

—Pero ahora otra persona ha resultado herida por tu... por tu inacción —dijo Caldicott.

El comentario del sacerdote le recordó una conferencia que había escuchado sobre IA hacia unos cuantos meses. El orador, del Laboratorio de Robótica del MIT, había disertado sobre las Leyes de la Robótica de Asimov, la primera de las cuales era algo así como: «Un robot no puede dañar a un ser humano, ni, por su inacción, permitir que un ser humano resulte dañado». A Mary se le ocurrió entonces que el mundo podría ser un sitio mejor si las personas vivieran siguiendo esa máxima.

Y sin embargo...

Y sin embargo, muchos de sus principios para guiarse eran exhortaciones a la inacción. La mayoría de los Diez Mandamientos eran cosas que no podías hacer.

El pecado de Mary había sido de omisión. No obstante, Caldicott probablemente diría que se trataba de un pecado venial, no mortal, pero...

Pero algo había muerto en Mary el día en que se cometió el delito.

Y, estaba segura, lo mismo le había sucedido a la nueva víctima del animal, fuera quien fuese.

—Sí —dijo Mary por fin, con voz muy débil—. Otra persona ha sido herida porque yo no hice nada.



Vio moverse la silueta de Caldicott.

—Podría ordenarte alguna oración de la Biblia como penitencia, pero... —El sacerdote se calló, invitando claramente a Mary a completar el pensamiento.

Y Mary asintió, dando finalmente voz a lo que ya sabía.

—Pero la única solución real para mí es ir a la policía y decir todo lo que sé.

—¿Puedes encontrar la fuerza en ti para hacer eso? —preguntó Caldicott.

—Iba a hacerlo, padre. Pero la prueba que tenía de la violación... ha desaparecido.

—De todas formas, puede que tengas información valiosa. Pero, si deseas otra penitencia...

Mary volvió a cerrar los ojos, y negó con la cabeza.

—No. No, iré a la policía.

—En ese caso... —dijo Caldicott—. Dios, padre misericordioso, a través de la muerte y resurrección de su Hijo ha reconciliado al mundo consigo y enviado al Espíritu Santo entre nosotros para el perdón de los pecados.

Mary se secó los ojos, y el sacerdote continuó:

—A través del ministerio de la Iglesia, que Dios te dé perdón y paz, y yo te absuelvo de tus pecados ...

Aunque se enfrentaba a una tarea difícilísima, Mary sintió que le quitaban un peso de encima.

—... en el nombre del Padre... Iría hoy. Ahora mismo.

—... y del Hijo...

Pero no iría sola.

—... y del Espíritu Santo.

Mary se santiguó.

—Amén —dijo.

Ponter estaba sentado en un banco. Al acercarse, Mary se sorprendió al ver que tenía un libro abierto sobre el regazo y que estaba hojeándolo.

—¿Ponter?

Él levantó la cabeza.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó.

—Bien.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco. Pero hay algo más que tenemos que hacer.

—Lo que haga falta —dijo Ponter—. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Estás leyendo la Biblia? —preguntó Mary, sorprendida, mientras miraba el libro abierto.

—¡Entonces he deducido correctamente! —dijo Ponter—. Éste es el texto central de tu religión.

—Sí. Pero... pero creí que no sabías leer en inglés.

—No sé. Ni Hak, todavía. Pero Hak es más que capaz de grabar las imágenes de cada página de este libro, de modo que, cuando adquiera esa capacidad, pueda traducírmelo.

—Puedo conseguirle una Biblia leída, ¿sabes? O bien uno de esos aparatos electrónicos que pronuncian las palabras, o cintas de un actor leyéndolas. Hay una versión muy buena que James Earl Jones...

—No sabía que existieran esas alternativas —dijo Ponter.

—No sabía que quisieras leer la Biblia. Yo, ah, creía que no te interesaba.

—Es importante para ti —dijo Ponter—. Por tanto, es importante para mí.

Mary sonrió.

—Soy muy afortunada por haberte encontrado.

Ponter intentó hacer un chiste.

—Soy fácil de localizar en una multitud.

Todavía sonriendo, Mary sacudió la cabeza.

—Sí que lo eres. —Miró el crucifijo colocado sobre el púlpito y se persignó de nuevo—. Pero vamos, tenemos que irnos.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Ponter.

Mary inspiró profundamente.

—A la comisaría de policía.

—« Es importante para ti —repitió Selgan—. Por tanto, es importante para mí» .

Ponter miró al escultor de personalidad.

—Eso es lo que dije, sí.

—¿Y ésa era realmente su única motivación para consultar ese libro?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, ¿no era ése el libro que contiene los supuestos acontecimientos históricos que mencionó usted antes? ¿No era ése el libro que contiene su principal prueba de una vida después de la muerte?

—Sinceramente no lo sé —contestó Ponter—. Era un libro bastante grande... no es que fuera demasiado grueso, pero los símbolos eran muy pequeños, y el papel era el más fino que he visto nunca. Pasará algún tiempo antes de que sea traducido.

—Y sin embargo, ¿se sintió impulsado a examinarlo?

—Bueno, había muchos ejemplares en la sala donde estaba esperando a Mary. Uno delante de cada lugar en los bancos, parecía. —¿Ha consultado una versión en audio, como sugirió Mary? Ponter negó con la cabeza.

—¿Y sigue intrigado por esta supuesta prueba?

—Siento curiosidad, sí.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Selgan—. ¿Hasta dónde le resulta importante este tema?

Ponter se encogió de hombros.

—Me ha acusado usted antes de tener una mente cerrada. Pero no la tengo. Si hay verdad en esa ridícula noción, quiero saberlo.

—¿Porqué?

—Por simple curiosidad.

—¿Es eso todo? —preguntó Selgan.

—Por supuesto —replicó Ponter—. Por supuesto.

El sargento de guardia miraba a Ponter de arriba abajo.

—Si alguno de ustedes los neanderthales quiere alguna vez un nuevo trabajo —preguntó—, nos vendría muy bien un centenar en el cuerpo.

Estaban en la comisaría de la División 31 de Norfinch Drive, a sólo unas manzanas de York

Ponter sonrió torpemente y Mary se rió un poquito. El policía era desde luego uno de los varones Homo sapiens de aspecto más fuerte que Mary había visto desde hacía mucho tiempo, pero no había duda de a quién apostaría su dinero en una pelea.

—Bien, señora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Hubo una violación la semana pasada en la Universidad de York —dijo Mary—. Apareció en el periódico del campus, el Excalibur, así que supongo que

alguien lo habrá denunciado aquí también.

—Eso será cosa del departamento del detective Hobbes —dijo el policía. Le gritó a alguien—: Eh, Johnny, ¿quieres mirar si está Hobbes por ahí?

El otro policía gritó que sí, y unos instantes después un policía de paisano (un hombre blanco de pelo rojo, de unos treinta años) vino a verlos.

—¿Qué pasa? —preguntó. Y entonces, al advertir quién era Ponter, exclamó —: ¡Joder!

Ponter sonrió débilmente.

—A la señora le gustaría hablar sobre la violación que hubo en York la semana pasada.

Hobbes indicó pasillo abajo.

—Por aquí —dijo.

Mary y Ponter lo siguieron hasta una pequeña sala de interrogatorios iluminada por paneles fluorescentes en el techo.

—Esperen un momento, voy a traer el archivo.

Regresó un instante después con un clasificador que colocó en la mesa, ante sí. Se sentó, y entonces abrió mucho los ojos.

—Dios mío —le dijo a Ponter—, no fue usted, ¿verdad? Cristo, tendré que contactar con Ottawa...

—No —dijo Mary bruscamente—. No, no fue Ponter.

—¿Sabe quién fue?

—No, pero...

—¿Sí?

—Pero yo también fui violada en York. Cerca del mismo edificio... el edificio de Ciencias de la Vida.

—¿Cuándo?

—El viernes 2 de agosto. A eso de las 9.30 - 09.35.

—¿De la noche?

—Sí.

—Cuéntemelo todo.

Mary trató de aplicar su objetividad científica a la tarea, pero al final las lágrimas acabaron corriéndole por las mejillas. Al parecer eso no era raro en la sala de interrogatorios: había una caja de pañuelos de papel a mano, y Hobbes se los ofreció a Mary.

Ella se secó los ojos y se sonó la nariz. Hobbes tomó unas cuantas notas en las hojas del clasificador.

—Muy bien —dijo—. Vamos a...

Justo entonces llamaron a la puerta. Hobbes se levantó y la abrió.

Apareció un policía de uniforme que empezó a hablar con Hobbes entre susurros.

De repente, para sorpresa de Mary, Ponter tomó el clasificador de la mesa y

hojeó su interior. Hobbes se dio media vuelta, quizás a una señal del otro policía.

—¡Eh! —gritó—. ¡No puede usted mirar eso!

—Mis disculpas —dijo Ponter—. Pero no se preocupe. No sé leer su idioma.

Ponter entregó el clasificador, y Hobbes lo recuperó.

—¿Qué probabilidad hay de que capturen al criminal!? —preguntó Ponter.

Hobbes guardó silencio un momento.

—¿Sinceramente? No lo sé. Tenemos dos denuncias ya, dos violaciones en casi el mismo lugar con dos semanas de diferencia entre una y otra. Trabajaremos con la policía del campus para no quitarle ojo al tema. ¿Quién sabe? Tal vez tengamos suerte.

«Suerte», pensó Mary. El policía quería decir que tal vez otra persona fuera atacada.

—Con todo... —continuó Hobbes.

—¿Sí?

—Bueno, si forma parte de la comunidad de York, tiene que saber que ha aparecido en el periódico del campus.

—No espera tener éxito —dijo Ponter, simplemente.

—Haremos lo que podamos.

Ponter asintió.

Ponter y Mary regresaron al coche. Esta vez, ella había dejado las ventanillas un poco bajadas, pero seguía haciendo calor dentro. Insertó la llave y activó el aire acondicionado.

—¿Bien? —dijo ella.

—¿Sí?

—Viste el archivo. ¿Algo interesante?

—No lo sé.

—¿Hay algún modo de que puedas mostrarme lo que vio Hak?

—Aquí no —dijo Ponter—. Está grabando, naturalmente, y le hemos añadido capacidad de almacenamiento, para que todo lo que vea aquí quede guardado. Pero hasta que podamos descargar sus grabaciones en mi archivo de coartadas en Saldak, no podremos verlas, aunque Hak puede describirlas.

Mary miró el antebrazo de Ponter.

—¿Bien, Hak?

El Acompañante habló a través de su altavoz externo.

—Había siete hojas de papel blanco en el clasificador. La proporción entre la altura y la anchura de la página era de 0,77 a 1. Seis de las páginas parecían preimpresas, con espacios donde se había escrito texto a mano. No soy experto en esas cosas, pero parecía la misma letra que el controlador Hobbes estaba usando para tomar sus notas, aunque la tinta era de color distinto.

—¿Pero no puedes decirme qué ponía en los impresos? —preguntó Mary.

—Podría describírtelo. Lees de izquierda a derecha, ¿verdad?

Mary asintió.

—La primera palabra de la primera página empezaba con un símbolo hecho con una línea vertical rematada en lo alto por una línea horizontal. El segundo símbolo era un círculo. El tercero...

—¿Cuántos símbolos hay en total en el informe?

—Cincuenta y dos mil cuatrocientos doce —dijo Hak

Mary frunció el ceño.

—Demasiados para ir trabajando letra a letra, aunque te enseñara el alfabeto.

—Se encogió de hombros—. Bueno, ya veré lo que dice cuando lleguemos a vuestro mundo. —Miró el reloj del salpicadero—. El viaje hasta Sudbury es largo. Será mejor que nos pongamos en marcha.

La última vez que Mary y Ponter habían viajado en este ascensor de metal, ella había intentado hacerle comprender que le gustaba (de hecho, que le gustaba mucho), pero que no estaba preparada para iniciar una relación. Le había contado a Ponter lo sucedido en la Universidad de York, convirtiéndolo en la única persona aparte de Keisha, la consejera del Centro de Crisis por Violación, a quien Mary se lo había dicho. Las emociones de Ponter reflejaron las de la propia Mary: confusión general sumada a una profunda ira dirigida contra el violador, fuera quien fuese. Durante aquel trayecto en ascensor, Mary pensaba que estaba a punto de perder a Ponter para siempre.

Mientras hacían de nuevo aquel largo, larguísimo descenso hasta el fondo de la mina Creighton, a dos mil metros de profundidad, Mary no podía dejar de recordar aquello, y supuso que el embarazoso silencio de Ponter significaba que también él lo recordaba.

Había habido ciertas discusiones sobre la posibilidad de instalar un nuevo ascensor de alta velocidad que condujera directamente hasta la cámara de observación de neutrinos, pero la logística era formidable. Abrir un nuevo pozo a través de dos kilómetros de granito sería una empresa colosal, y los geólogos de Inco no estaban seguros de que la roca pudiera soportarlo.

También habían hablado de sustituir él viejo ascensor abierto de Inco por uno más lujoso y moderno, pero eso suponía que sólo se utilizaría para subir y bajar al portal. De hecho, la mina Creighton seguía en activo, extrayendo níquel, y aunque Inco había sido el alma de la operación, todavía tenían que subir y bajar a cientos de mineros por aquel pozo cada día.

De hecho, a diferencia de la última vez, cuando Mary y Ponter tuvieron la cabina para ellos solos, ahora compartían el viaje con seis mineros que se dirigían al nivel situado a mil quinientos metros de profundidad. El grupo estaba bien equilibrado entre quienes miraban amablemente el suelo de metal pulido (no había ningún indicador de nivel que observar estudiosamente como se hacía en el ascensor de la oficina) y aquellos que miraban abiertamente a Ponter.

El ascensor siguió bajando por el pozo, dejando atrás el nivel de los mil trescientos metros: unos signos pintados en el exterior revelaron la situación. Tras haber sido explotado, aquel nivel se empleaba ahora como arbolario para cultivar

árboles destinados a los proyectos de reforestación en los alrededores de Sudbury.

El ascensor se detuvo luego en el nivel que querían los mineros, y la puerta se abrió, permitiéndoles desembarcar. Mary los vio partir: hombres que antes hubiese considerado robustos pero que ahora le parecían enclenques comparados con Ponter.

Ponter pulsó el timbre que avisaba al operador del ascensor en la superficie de que los mineros habían bajado. La cabina volvió a ponerse en marcha. Había demasiado ruido para hablar, de todas formas: habían mantenido la conversación la última vez prácticamente a gritos, a pesar de su delicado contenido.

Finalmente, la cabina llegó al nivel de los dos mil metros. La temperatura allí era constante, unos sofocantes cuarenta y un grados Celsius, y la presión del aire era un treinta por ciento superior a la de la superficie.

Al menos el transporte había mejorado. En vez de tener que caminar los mil doscientos metros hasta las instalaciones del ONS, los estaba esperando un vehículo flamante: una especie de buggy de playa, con una pegatina con el logo del ONS delante. Había otros dos vehículos más destinados allí también, aunque debían de encontrarse en otra parte.

Ponter le indicó a Mary que ocupara el asiento del conductor.

Mary contuvo una sonrisa: el grandullón sabía un montón de cosas, pero conducir no era una de ellas. Se sentó junto a ella. Mary tardó un minuto en familiarizarse con el salpicadero y en leer las diversas advertencias e instrucciones que había pegadas en él. En realidad no era más difícil que conducir un carrito de golf. Hizo girar la llave (que estaba sujeta al salpicadero por una cadena, para que nadie pudiera llevársela accidentalmente) y empezaron a recorrer el túnel, evitando las vías que usaban las vagonetas. Normalmente se tardaba veinte minutos en llegar hasta las instalaciones del ONS desde el ascensor, pero el cochecito los llevó allí en cuatro.

Irónicamente, ahora que se estaba utilizando para viajar a otro mundo, las instalaciones del ONS no se conservaban en condiciones estériles. Antes, una visita a las duchas era obligatoria, y aunque todavía estaban disponibles para aquellos que se sentían demasiado sucios después del viaje desde la superficie, Ponter y Mary pasaron de largo. Y ambas puertas estaban abiertas, dando a la cámara de vacío que solía quitar la suciedad a los visitantes del ONS. Ponter entró, y Mary lo siguió.

Dejaron atrás los retorcidos sistemas de fontanería que antes alimentaban el tanque de agua pesada, y llegaron a la sala de control, en la que, como siempre ahora, había dos soldados canadienses armados.

—Hola, enviado Boddit —dijo uno de los guardias, levantándose de la silla donde estaba sentado.

—Hola —respondió Ponter, hablando por sí mismo. Había aprendido un par



de cientos de palabras en inglés ya, que usaba (suponiendo que pudiera pronunciarlas) sin la intervención de Hak.

—Y usted es la profesora Vaughan, ¿verdad? —preguntó el soldado.

Sin duda, su rango estaría anunciado de algún modo en su uniforme, pero Mary no tenía ni idea de cómo leerlo.

—Así es.

—La he visto por la tele —dijo el soldado—. Es la primera vez para usted, ¿verdad, señora?

Mary asintió.

—Bueno, estoy seguro de que la habrán informado sobre el proceso. Tengo que ver su pasaporte, y necesito una muestra de su ADN.

Mary llevaba en efecto el pasaporte. Se lo había sacado para su primer viaje a Alemania, para extraer ADN al espécimen de neanderthal del Rheinisches Landesmuseum, y lo había renovado desde entonces; ¿por qué los pasaportes canadienses sólo duran cinco años, en vez de los diez que duran los pasaportes estadounidenses? Lo buscó en su bolso y se lo presentó al hombre. Irónicamente, parecía más vieja en la foto que en la vida real; se la habían tomado antes de que empezara a teñirse el pelo para cubrir las canas.

Luego abrió la boca y permitió que el soldado le pasara un bastoncillo por el interior de la mejilla derecha. La técnica del hombre era un poco burda, pensó Mary: no hay que frotar tan fuerte para desprender las células.

—Muy bien, señora —dijo el soldado—. Que tenga un buen viaje.

Mary dejó que Ponter la condujera hasta la plataforma de metal que formaba un techo sobre la caverna de diez pisos de altura que solía albergar el Observatorio de Neutrinos de Sudbury. En vez de tener que descender por una escotilla de un metro de lado, como había hecho la primera vez que estuvo allí, habían practicado una gran abertura en el suelo e instalado un ascensor: Ponter comentó que era nuevo desde su última llegada. El ascensor tenía las paredes acrílicas transparentes; las había fabricado específicamente para aquel propósito Poly cast, la compañía fabricante de los paneles acrílicos de los que estaba compuesta la esfera contenedora de agua pesada, ahora desmantelada.

El ascensor era la primera de las muchas modificaciones planeadas para aquella cámara. Si el portal permanecía abierto durante años, la cámara se llenaría con diez pisos de instalaciones, incluyendo aduanas, salas de hospital, e incluso unas cuantas suites hoteleras. Pero ahora mismo el ascensor sólo efectuaba dos paradas: en el suelo rocoso de la cámara y, tres pisos por encima, en la zona de espera construida alrededor del portal. Ponter y Mary se bajaron allí, en una ancha plataforma de madera con otros dos soldados apostados. En un lado de la plataforma estaban las banderas de las Naciones Unidas y los tres

países que habían fundado conjuntamente el ONS: Canadá, Estados Unidos y Gran Bretaña.

Y, delante de ella, estaba...

Popularmente lo llamaban « el portal », pero a causa del tubo de Derkers que asomaba más bien parecía un túnel. El corazón de Mary latía con fuerza: podía ver más allá, ver el mundo neanderthal y...

« Dios mío —pensó Mary—. Dios mío ».

Una figura fornida había pasado junto al otro extremo del túnel, alguien que trabajaba al otro lado.

Otro neanderthal.

Mary había visto mucho a Ponter y un poco a Tukana. Con todo, tenía problemas para aceptar de verdad que había millones de otros neanderthales, pero...

Pero allí había otro, al fondo del túnel.

Inspiró profundamente y, como Ponter indicaba galante que fuera ella primero, Mary Vaughan, ciudadana de una Tierra, empezó a recorrer el puente cilíndrico que conducía a otra Tierra.

Habían colocado una cuña al pie del tubo de Derkers, creando una entrada lisa. Mary vio el anillo azul que rodeaba el tubo a través de sus paredes blancas translúcidas: el portal en sí, la abertura, la discontinuidad.

Llegó al umbral de esa discontinuidad, y se detuvo. Sí, Ponter lo había atravesado en ambas direcciones y, sí, varios Homo sapiens la habían precedido ya, pero...

Mary empezó a sudar, y no sólo por el calor subterráneo.

La mano de Ponter se posó en su hombro. Durante un horrible segundo, Mary pensó que iba a empujada.

Pero, naturalmente, no lo hizo.

—Tómate tu tiempo —susurró él, en inglés—. Ve cuando te sientas cómoda.

Mary asintió, Tomó aire y dio un paso al frente.

Sintió como si un tropel de hormigas corretearan por su cuerpo de delante atrás mientras cruzaba el umbral. Había empezado con un paso lento, pero aceleró rápidamente para poner punto final a la inquietante sensación.

Y allí estaba, a centímetros, y a decenas de miles de años de divergencia, del mundo que conocía.

Siguió hasta el final del túnel, oyendo las fuertes pisadas de Ponter tras ella. Y entonces salió a lo que sabía que debía de ser la cámara de cálculo cuántico. Al contrario que la cavidad del ONS, que había sido alterada tras su diseño original, el ordenador cuántico de Ponter trabajaba todavía a pleno rendimiento: de hecho, a Mary le habían dado a entender que, sin él, el portal se cerraría.

Había cuatro neanderthales delante de ella, todos varones. Uno llevaba un llamativo atuendo plateado, los otros camisas sin mangas y los mismos extraños

pantalones con botas incorporadas con los que había llegado Ponter. Al igual que él, todos tenían el pelo claro dividido exactamente por el centro; todos eran enormemente musculosos, con miembros cortos; todos tenían el entrecejo ondulado; todos tenían enormes narices en forma de patata.

La voz de Ponter sonó tras ella, hablando en lengua neanderthal.

Mary se dio media vuelta, sorprendida. Oía a Ponter susurrar en ese idioma todo el tiempo, y Hak le traducía las palabras al inglés a un volumen mucho más alto, pero, hasta ahora, nunca había oído a Ponter hablar en voz alta y clara en su lengua materna. Lo que dijo debía de ser una especie de chiste, pues los cuatro neanderthales soltaron graves risotadas.

Mary se apartó de la desembocadura del túnel, dejando pasar a Ponter. Y entonces...

Había oído a Ponter hablar frecuentemente de Adikor, por supuesto, y había comprendido intelectualmente que Ponter tenía un amante masculino, pero...

Pero, a pesar de sus tendencias liberales, a pesar de todos sus preparativos mentales, a pesar de los hombres gay que conocía en su Tierra, sintió un nudo en el estómago cuando Ponter abrazó al neanderthal que debía de ser Adikor. Se abrazaron con fuerza un rato, y la ancha cara de Ponter se pegó a la peluda mejilla de Adikor.

Mary comprendió de inmediato lo que sentía; pero, Dios, habían pasado décadas desde la última vez que había experimentado aquella emoción concreta, y se sintió avergonzada. No le repelía la muestra de afecto hacia el mismo sexo, en absoluto: demonios, no podías zapear canales en Toronto TV un viernes por la noche sin encontrarte con alguna película porno gay. No, estaba...

Era vergonzoso, y sabía que tendría que superado rápido si alguna vez quería tener una relación a largo plazo con Ponter.

Estaba celosa.

Ponter soltó a Adikor y alzó el brazo izquierdo, volviendo su interior hacia él. Adikor alzó el brazo en un gesto paralelo, y Mary vio símbolos destellar en el implante Acompañante de cada uno de los dos hombres. Al parecer, Ponter estaba recibiendo de Adikor sus mensajes acumulados, a quien habían sido dirigidos en su ausencia.

Bajaron los brazos al mismo tiempo, pero Ponter sólo a medias, y giró el antebrazo por el codo para señalar a Mary.

—Prisap tah Mary Vonnnnn daballita sohl —dijo, pero como no se estaba dirigiendo a ella, Hak no proporcionó ninguna traducción.

Adikor dio un paso adelante, sonriendo. Tenía un rostro simpático, más ancho que el de Ponter; de hecho, tan ancho como una fuente, y sus ojos redondos eran de un sorprendente color verde azulado. El efecto general era una versión Picapiedra de la mascota de Pillsbury Doughboy.

Ponter bajó la voz a un susurro, y la de Hak proporcionó una traducción a

volumen normal.

—Mary, éste es mi hombre—compañero, Adikor Huld.

—Cola —dijo Adikor.

Y Mary se sorprendió un instante, pero luego comprendió que Adikor estaba intentando decir «hola» pero no había captado bien el sonido. Con todo se sintió impresionada, y conmovida, de que hubiera intentado aprender algo de inglés.

—Hola —dijo Mary—. He oído hablar mucho de ti.

Adikor ladeó la cabeza, presumiblemente escuchando una traducción a través de los implantes de su Acompañante, y luego, con una respuesta sorprendentemente normal, sonrió, y con su inglés cargado de acento, dijo:

—Todo bueno, espero.

Mary no pudo evitar echarse a reír.

—Oh, sí.

—Y éste —dijo la voz de Hak, hablando por Ponter—, es un exhibicionista.

Mary se quedó sorprendida. Ponter se refería al tipo vestido de plateado. No estaba segura de qué tenía que hacer si el extraño neanderthal se le plantaba delante.

—Mmm, encantada de conocerle.

El desconocido no conocía el truco de susurrar sus propias palabras mientras su Acompañante las traducía en voz alta. Mary tuvo que esforzarse para separar el neanderthal del inglés.

—He sabido —captó— que en su mundo podrían llamarme periodista. Voy a sitios interesantes y dejo que la gente sintonice con lo que emite mi Acompañante.

—Todos los exhibicionistas visten de plata —dijo Ponter—, y nadie más lo hace. Si ves a alguien vestido así, ten en cuenta que muchos miles de personas te estarán mirando.

—¡Ajá! —dijo Mary—. Un exhibicionista. Sí, ahora recuerdo que me hablaste de ellos.

Ponter le presentó también a los otros dos neanderthales. Uno era un controlador, al parecer algo parecido a un policía, y el otro un grueso experto en robótica llamado Dern.

Durante medio segundo, la feminista que había en Mary se molestó porque no había ninguna mujer presente en las instalaciones cuánticas, pero naturalmente no habría ninguna mujer por aquí cerca. Sabía que la mina estaba situada más allá del Borde de Saldak.

Ponter condujo a Mary a través de la parrilla de cilindros sujetos al suelo, subieron un corto tramo de escaleras, atravesaron una puerta y llegaron a la sala de control. Mary estaba helada; a los neanderthales no les gustaba el calor, y para ellos aquí abajo haría tanto calor como en el mundo de Mary. Estaba claro que refrigeraban el resto de las instalaciones; de hecho, Mary bajó la mirada y

se avergonzó al ver que los pezones se marcaban contra su top.

—¿Cómo mantenéis aquí el frío?—preguntó.

—Bombas de calor superconductoras —dijo Ponter—. Funcionan como un hecho científico establecido.

Mary contempló la sala de control. Le sorprendió ver lo extrañas que parecían las consolas. Nunca había pensado en el hecho de que los diseñadores industriales humanos hubieran decidido arbitrariamente qué aspecto debían tener los instrumentos, que sus diseños de «alta tecnología» eran solo una forma posible. En vez del metal pulido y los colores negros y lisos de tantos equipos humanos, estas consolas eran principalmente de un rosa coral, sin esquinas y con pocos controles, de los que había que tirar en vez de pulsar. No vio pantallas de plasma, ni diales, ni interruptores. En cambio, los indicadores parecían ser reflectantes, en vez de luminosos, y los textos aparecían con símbolos azules oscuros sobre un suave fondo gris; pensaba que tendrían etiquetas preimpresas, pero las filas de caracteres no paraban de cambiar.

Ponter le hizo atravesar rápidamente la pequeña sala, y llegaron a la zona de descontaminación. Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, Ponter se desabrochó los cierres de los hombros y se quitó la camisa. Un segundo después, se quitó los pantalones. Metió la ropa en un cesto cilíndrico y entró en la cámara, que tenía un suelo circular. Ponter permaneció quieto mientras el suelo giraba lentamente, presentándole a Mary su ancha espalda (y todo lo que había debajo) y luego su ancho pecho (y todo lo que había debajo también). Ella vio los emisores láser golpeando el lado opuesto, pasando a través del cuerpo de Ponter como si ni siquiera estuviese allí, pero, así lo comprendió, eliminando biomoléculas extrañas al hacerlo.

Hicieron falta varios minutos, y varias rotaciones, para que el proceso se completara. Mary intentó no bajar la vista. Ponter era completamente inconsciente de su situación. Las veces anteriores que ella lo había visto desnudo había sido a media luz, pero aquí...

Aquí estaba iluminado con toda la intensidad de una película porno. Su cuerpo estaba casi completamente cubierto de fino vello amarillo, sus músculos abdominales eran firmes, sus pectorales casi lo hacían parecer pechugón y... y apartó los ojos; sabía que no tendría que haber estado mirando.

Finalmente, Ponter terminó. Salió de la cámara y le indicó a Mary que era su turno y de repente el corazón de Mary dio un vuelco. La habían informado del proceso de descontaminación, pero...

Pero nunca se le había ocurrido que Ponter la estaría mirando: mientras lo pasaba. Naturalmente, podía decirle que eso la hacía sentirse incómoda, pero...

Mary inspiró profundamente. En Roma...

Se quitó la blusa y la puso en el mismo cesto que había usado Ponter. Se quitó los zapatos negros y, después de un gesto de confirmación por parte de Ponter, los

puso también en el cesto. Se quitó entonces los pantalones, y... y allí se quedó, con el sujetador de color crema y las bragas blancas.

Si los láseres podían eliminar las bacterias y los virus a través de su piel, deberían poder hacerlo también a través de su ropa interior, pero...

Pero su ropa interior, y toda su ropa, su bolso y su equipaje serían limpiados sónicamente y expuestos a rayos ultravioleta de alta intensidad. Los láseres eran efectivos eliminando microbios; no eran suficientemente potentes para acabar con los elementos más grandes que podía haber en los pliegues del tejido. Todo se les entregaría más tarde, dijo Ponter, después de una limpieza a conciencia.

Mary se soltó el sujetador. Recordó cuando en la facultad podía pasar la prueba del lápiz, pero esos días hacía tiempo que habían quedado atrás. Sus pechos no se sostuvieron firmes. Mary se cruzó por instinto de brazos, pero tuvo que bajarlos para quitarse las bragas. No estaba segura de si era más digno volverse hacia delante o hacia atrás mientras se las quitaba: de cualquier forma mostraba un montón de carne con geometría poco halagadora. Por fin, se dio la vuelta y, rápidamente, se quitó las bragas, irguiéndose lo más rápido que pudo.

Ponter seguía mirando, sonriendo para animarla. Si la fuerte luz la hacía parecer menos atractiva que la tenue luz de la habitación del hotel, no dio muestras de ello.

Mary puso las bragas en la cesta y entró en la cámara, que inició su humillante rotación. Sí, ella había mirado a Ponter, pero admirándolo: era, después de todo, muy musculoso y, por decirlo de manera agradable, estaba muy bien proporcionado.

Pero ella era una mujer en rumbo de colisión con los cuarenta, con diez kilos de más y un vello púbico que dejaba meridianamente claro que se teñía el pelo de la cabeza. ¿Cómo, en nombre de Dios, podría Ponter admirar aquella blanda blancura que estaba viendo?

Mary cerró los ojos y esperó a que el procedimiento terminara. No sentía nada: lo que fuera que los láseres estaban haciendo en su interior era completamente indoloro.

Por fin, se terminó. Mary salió al otro lado de la cámara, y Ponter la condujo a otra habitación donde pudieron vestirse. Indicó una pared llena de agujeros cúbicos, cada uno lleno de ropa.

—Prueba con el de arriba a la derecha —dijo Ponter—. Están ordenadas por tamaño: esa ropa tiene que ser la más pequeña.

«La más pequeña», pensó Mary, y se animó un poco. En este mundo parecía que tendría que ir de compras a las tiendas infantiles.

Mary se vistió lo más rápido que pudo, y Ponter la condujo hasta el ascensor. Una vez más. Mary se sorprendió por las diferencias, que saltaban a la vista, entre la tecnología gliksin y la barast. El ascensor era circular, con un par de pedales en el suelo para hacerla funcionar. Ponter pisó uno de ellos y la cabina

empezó a subir. ¡Qué útil era eso cuando tenías las manos ocupadas! Mary, una vez, había volcado por accidente toda su compra, incluido un cartón de huevos, en el suelo del ascensor de su apartamento.

Había cuatro varas verticales equidistantes en el interior. Al principio Mary pensó que eran columnas estructurales, pero no lo eran. Poco después de iniciar la larga subida (presumiblemente de dos kilómetros, igual que en su Tierra). Ponter empezó a frotarse la espalda contra uno de los postes. Era un aparato para rascarse la espalda, y parecía una buena forma de ir matando el tiempo.

Mary preguntó por qué la cabina era circular. ¿No tendería a rotar dentro del hueco?

Ponter asintió con su enorme cabeza.

—Ésa es la idea —dijo Hak, traduciendo por él—. El mecanismo de ascenso está en las paredes del hueco, en vez de arriba, como en vuestros ascensores. Los canales que guían el ascensor no son perfectamente verticales. Más bien rotan muy suavemente. En este pozo concreto, el ascensor empieza encarado al este en el fondo, pero acabará encarado al oeste cuando llegemos a lo alto.

Durante el trayecto, Mary también tuvo oportunidad de advertir la iluminación que empleaban.

—Dios mío, ¿eso es luciferina?

Un tubo de vidrio corría por el borde superior del cilindro, lleno de un líquido que fluía con una luz azul verdosa.

Hak pitó.

—Luciferina —repitió Hak—. Es la sustancia que usan las luciérnagas para que sus colas brillen.

—Ah —dijo Ponter—. Sí, es una reacción catalítica similar. Es nuestra principal fuente de iluminación interna.

Mary asintió para sí. Naturalmente, los neanderthales, adaptados a un entorno frío, no querían bombillas incandescentes que desprendieran más calor que luz. La reacción luciferina/luciferasa era casi al ciento por cien eficaz, y producía luz casi sin ningún calor.

El ascensor continuó subiendo, la iluminación verdiazul hacía que la pálida piel de Ponter pareciera extrañamente plateada y sus iris marrón dorado casi amarillos. Agujeros de ventilación en el techo y el suelo de la cabina creaban una ligera brisa, y Mary sintió un escalofrío.

—Lo siento —dijo Ponter, advirtiendo su reacción.

—No pasa nada. Sé que os gusta el frío.

—No es eso —dijo Ponter—. Las feromonas se acumulan en un espacio cerrado como éste, y el trayecto hasta arriba es largo. Los respiraderos se aseguran de que los pasajeros no se influyeran demasiado por los olores de los otros.

Mary sacudió la cabeza, asombrada. Ni siquiera había salido de la mina

todavía y ya estaba abrumada por las diferencias... ¡Y sabía que se dirigía a otro mundo! De nuevo sintió admiración por Ponter, que había llegado originalmente a la Tierra sin ninguna advertencia, pero que de algún modo había conseguido mantener la cordura.

Por fin el ascensor llegó a lo alto y la puerta se abrió. Incluso eso sucedió de forma distinta: la puerta, que parecía de una pieza, se plegó como un acordeón.

Estaban en una cámara cuadrada de unos cinco metros de lado. Sus paredes eran verde lima y el techo era bajo. Ponter se acercó a un estante y sacó una cajita plana que parecía hecha de algo parecido a cartulina azul. Abrió la caja y sacó un brillante objeto de metal y plástico.

—El Gran Consejo Gris se da cuenta de que no tiene más remedio que dejar que la gente de tu mundo visite el nuestro —dijo Ponter—, pero Adikor me ha dicho que han impuesto una condición. Tienes que llevar esto puesto.

Alzó el objeto, y Mary vio que era una banda de metal con una de sus caras muy parecida a Hak

—Los Acompañantes son normalmente implantes —dijo Ponter—, pero comprendemos que someter a un visitante esporádico a cirugía es pedir demasiado. Sin embargo, esta banda no se puede quitar, excepto en esta instalación. Es decir, el ordenador que lleva dentro conoce su situación y sólo permitirá que se abra aquí.

Mary asintió.

—Comprendo.

Extendió el brazo derecho.

—Es usual que el Acompañante vaya en el brazo izquierdo, a menos que quien lo lleva sea zurdo —dijo Ponter.

Mary apartó el brazo y extendió el otro. Ponter se dispuso a colocarle el Acompañante.

—Hace tiempo que quería preguntarte esto —dijo Mary—. ¿Son diestros la mayoría de los neanderthales?

—Aproximadamente el noventa por ciento, sí.

—Eso es lo que dedujimos por los hallazgos fósiles.

—¿Cómo pudisteis deducir eso a partir de los fósiles? No creo que nosotros tengamos ninguna idea de la distribución de las preferencias de las manos entre los antiguos gliksins en este mundo.

Mary sonrió, complacida por la ingenuidad de su especie.

—Lo supimos por los fósiles de los dientes.

—¿Qué tienen que ver los dientes con las manos?

—Se hizo un estudio con ochenta dientes pertenecientes a veinte neanderthales. Verás, supusimos que con esas mandíbulas enormes que tenéis, probablemente usaríais los dientes como cepo, para sujetar la piel de las presas mientras les quitabais la carne. Bueno, las pieles son abrasivas y dejan en los



dientes pequeñas marcas. En dieciocho de los individuos, las marcas se dirigían a la derecha... que es lo que cabe esperar si se usaba un rascador para la piel con la mano derecha, impulsando la piel en esa dirección.

Ponter puso lo que Mary había aprendido a identificar como un gesto « impresionado » neanderthal, que consistía en chuparse los labios y arrugar el centro de la ceja.

—Excelente razonamiento —dijo Ponter—. De hecho, todavía hoy en día celebramos fiestas para despellejar la carne, y las pieles se limpian de esa forma. Naturalmente, hay otras técnicas mecanizadas, pero esas fiestas son un ritual social.

Ponter se detuvo un instante.

—Hablando de pieles...

Se dirigió al otro lado de la habitación, cuya pared estaba cubierta de pieles que colgaban, según parecía, de perchas sujetas a una barra horizontal.

—Por favor, elige una —dijo—. De nuevo, las de la derecha son las más pequeñas.

Mary señaló una, y Ponter hizo algo que no pudo pillar pero logró que uno de los abrigos se soltara de la percha. No estaba segura de cómo ponérselo: parecía abierto por un lado, en vez de por los hombros, pero Ponter la ayudó. Una parte de Mary pensó en poner objeciones: nunca había vestido pieles naturales en casa, pero aquél era, naturalmente, un lugar distinto.

Desde luego, no era una piel lujosa, como el armiño o la marta; era áspera, de un color marrón rojizo irregular.

—¿Qué clase de piel es ésta? —preguntó Mary, mientras Ponter abrochaba los cierres que la sellaban dentro de la chaqueta.

—Mamut.

Mary abrió mucho los ojos. Puede que no fuera tan bonita como la de armiño, pero un abrigo de piel de mamut valdría infinitamente más en su mundo.

Ponter no se molestó en buscar una chaqueta para él. Se encaminó hacia la puerta. Ésta era más normal, sujeta a un simple tubo vertical que la permitía oscilar como si tuviera goznes. Ponter la abrió y... y allí estaba, en la superficie.

Y de repente toda la extrañeza se evaporó.

Aquello era la Tierra, la Tierra que ella conocía. El sol, bajo en el horizonte, parecía exactamente igual que el que estaba acostumbrada a ver. El cielo era azul. Los árboles eran pinos y abedules y otras variedades que reconoció.

—Hace frío —comentó.

En efecto, hacía unos cuatro grados menos que en la superficie de Sudbury que habían dejado atrás.

Ponter sonrió.

—Es magnífico —dijo.

De repente, un sonido llamó la atención de Mary, y durante un breve instante

pensó que tal vez un mamut se dirigía hacia ellos para vengar a los suyos. Pero no, no era eso. Era un vehículo aéreo de algún tipo, de forma cúbica pero con las esquinas redondeadas, que sobrevolaba el terreno rocoso hacia ellos. El sonido que Mary había escuchado parecía proceder de una combinación de ventiladores soplando hacia abajo, que permitían al vehículo flotar a cierta distancia de la superficie, y un gran ventilador, como el que usan esas barcazas en las Everglades, para impulsado en la parte trasera.

—Ah —dijo Ponter—, el cubo de viaje que había pedido.

Mary supuso que lo había hecho con ayuda de Hak, y sin traducir las palabras al inglés. El extraño vehículo se posó delante de ellos, y Mary vio que tenía un conductor neanderthal, un varón fornido que parecía veinte años mayor que Ponter.

El lado claro del cubo se abrió y el conductor le habló a Ponter.

Una vez más, las palabras no fueron traducidas para beneficio de Mary, pero ella imaginó que eran el equivalente neanderthal de « ¿adónde los llevo, jefe? » .

Ponter le indicó a Mary que lo precediera.

—Ahora —dijo—, déjame mostrarte mi mundo.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Mary.

Ponter asintió. Habían pasado un par de horas visitando algunos edificios públicos, pero ya era bien entrada la tarde.

Mary se sorprendió. La casa de Ponter no estaba hecha de ladrillo ni piedra, sino principalmente de madera. Naturalmente, Mary había visto muchas casas de madera (aunque los planes urbanísticos las prohibían en muchas partes de Ontario), pero nunca una así. La casa de Ponter parecía haber crecido. Era como si un tronco de árbol muy grueso, pero muy corto, se hubiera expandido hasta llenar por completo un molde gigantesco con cubos y cilindros del tamaño de habitaciones, y luego el molde hubiera sido retirado del árbol, cuyo interior había sido a partir de entonces vaciado parcialmente sin llegar a matarlo. La superficie de la casa seguía cubierta de oscura corteza marrón, y el árbol en sí parecía vivo aún, aunque las hojas de las ramas que se extendían a partir de su cuerpo central habían empezado a cambiar de color para el otoño.

Sin embargo, habían realizado trabajos de carpintería, sin duda.

Las ventanas eran perfectamente cuadradas, presumiblemente talladas en la madera. También, a un lado de la casa, había una plataforma construida con tablas.

—Es... —los adjetivos luchaban por conseguir la supremacía en la mente de Mary: extraño, maravilloso, raro, fascinante. Pero lo único que consiguió decir fue—: precioso.

Ponter asintió, En el mundo de Mary hubiesen dicho « gracias » en respuesta a un cumplido como aquél, pero Mary había aprendido que los neanderthales no reconocían normalmente las alabanzas que les hacían por cosas de las que no eran responsables. Antes, había dicho que una de las camisas de Ponter era bastante bonita, y él la miró perplejo, como preguntándose si alguien querría llevar algo que no fuera bonito.

Mary indicó un gran cuadrado negro en el suelo, junto a la casa: medía tal vez unos veinte metros de lado.

—¿Qué es eso? ¿Una zona para aterrizar?

—Sólo incidentalmente. En realidad es un recolector solar. Convierte la luz del sol en electricidad.

Mary sonrió.

—Supongo que tendrás que quitarle la nieve de encima en invierno.

Pero Ponter negó con la cabeza.

—No. El hoverbús que nos lleva al trabajo aterriza ahí y usa sus propulsores para despejar la nieve al hacerlo.

Lo mucho que Mary detestaba acarrear nieve había sido uno de los motivos por los que se había decidido por un apartamento después de separarse de Colm. Sospechaba que en su mundo las compañías de transportes pondrían el grito en el cielo si tuvieran que enviar un autobús con una pala delante a las casas de todo el mundo después de una nevada.

—Vamos —dijo Ponter, caminando hacia la casa—. Entremos.

La puerta de la casa cedió hacia dentro. Las paredes interiores eran de madera pulida: la sustancia del árbol que las rodeaba. Mary había visto cientos de habitaciones pandadas en madera antes, pero nunca una donde las vetas dibujaran una pauta continua por todas las paredes. Si no hubiera visto primero la casa desde fuera, se habría sentido anonadada por la forma en que se había conseguido el efecto. Se habían abierto pequeños agujeros en las paredes, en diversos puntos, que contenían esculturas y adornos.

Al principio Mary creyó que el suelo estaba cubierto por una alfombra verde, pero no tardó en darse cuenta de que era hierba. Se encontraba en lo que parecía ser un salón. Había un par de sillas de forma extraña, y un par de sofás brotaban de las paredes. No había cuadros, pero todo el techo había sido pintado con un complejo mural, y...

Y de repente a Mary la sangre se le heló en las venas. Había un lobo dentro de la casa.

Mary se quedó inmóvil, el corazón redoblando.

El lobo empezó a atacar, corriendo hacia Ponter.

—¡Cuidado! —gritó Mary.

Ponter se volvió y cayó de espaldas contra uno de los sofás...

El lobo estaba sobre él, las fauces completamente abiertas y... y Ponter se reía mientras el lobo le lamía la cara.

Ponter repetía un puñado de palabras una y otra vez en su propio idioma, pero Hakno las traducía. De todas formas, el tono era de divertido afecto.

Después de un momento, se quitó el lobo de encima y se puso en pie. La criatura se volvió hacia Mary.

—Mary —dijo Ponter—, ésta es mi perra, Pabo.

—¡Una perra! —exclamó Mary.

El animal era completamente lupino, por lo que veía: salvaje, hambriento, depredador.

Pabo se tendió junto a Ponter y, alzando el hocico, dejó escapar un largo y fuerte aullido.

—¡Pabo! —la riñó Ponter. Y su siguiente palabra debió de ser el equivalente neanderthal a « ¡compórtate!» . Le sonrió a Mary, pidiendo disculpas—. Nunca había visto a un gliksin.

Ponter le acercó el animal. Mary notó que la espalda se le envaraba y trató de no temblar, mientras el dentado animal, que debía de pesar al menos cincuenta kilos, la olisqueaba de arriba abajo.

Ponter le habló a la perra unos instantes, palabras sin traducir, en el mismo tono afectuoso que en el mundo de Mary se empleaba para hablar con las mascotas.

En ese momento entró Adikor, procedente de otra habitación.

—Hola, Mary —dijo—. ¿Has disfrutado del paseo?

—Mucho.

Ponter se acercó a Adikor y lo envolvió en un abrazo. Mary apartó la mirada un momento pero, cuando volvió a mirar, los dos estaban de pie, el uno aliado del otro, de la mano.

Mary sintió de nuevo los retortijones de los celos, pero...

No, no. Sin duda eso no estaba bien por su parte. Evidentemente Ponter y Adikor se estaban comportando como hacían siempre, sinceros en su mutuo afecto.

Y sin embargo...

Y sin embargo, ¿había iniciado Adikor el abrazo? ¿O Ponter? Sinceramente, no podía decirlo. Y se habían entrelazado las manos mientras ella no miraba; no podía decir quién había extendido la mano hacia quién. Tal vez Adikor estaba marcando su territorio, haciendo una demostración ante Mary de su relación con Ponter.

Pabo, convencida, ahora al parecer de que Mary no era ningún monstruo, se apartó y se subió a uno de los sofás que crecían, literalmente, de la pared.

—¿Te gustaría ver el resto de la casa? —preguntó Ponter.

—Claro.

La condujeron a una zona (en realidad no era una habitación independiente) que debía de ser la cocina. Una lámina de vidrio cubría el suelo de hierba. Mary no reconoció ninguna de las instalaciones, pero supuso que el pequeño cubo debía de ser algo parecido a un horno microondas, y la unidad grande, consistente en dos cubos idénticos superpuestos, algún tipo de frigorífico. Expresó en voz alta estas suposiciones, y Adikor se echó a reír.

—En realidad, eso es un horno láser —dijo, indicando la unidad pequeña—. Utiliza la misma rotación de frecuencias que empleamos en el esterilizador que ya conoces, pero en este caso para que cocine la carne de manera uniforme por dentro y por fuera. Y ya no usamos la refrigeración para almacenar comida, aunque solíamos hacerlo. Eso es una caja de vacío.

—Ah —dijo Mary. Se volvió, y se llevó una sorpresa. Ocupaban una pared

cuatro pantallas perfectamente cuadradas y planas, cada una mostrando una imagen distinta del mundo neanderthal. Desde el principio le habían preocupado los aspectos orwellianos de la sociedad neanderthal, pero no esperaba que Ponter se dedicara a vigilar a sus vecinos.

—Eso es el mirador —dijo Adikor, reuniéndose con ellos—. Así es como seguimos a los exhibicionistas.

Se acercó al cuarteto de monitores e hizo un ajuste. De repente, los cuatro cuadrados se fundieron en uno solo, con una visión ampliada del exhibicionista que estaba en la parte inferior derecha.

—Éste es mi favorito —dijo Adikor—. Hawst siempre está haciendo algo interesante. —Observó la imagen un momento—. Ah, está en un partido de daybatol.

—Vamos —dijo Ponter, haciendo señas para que los dos lo siguieran.

Su tono sugería que, en cuanto Adikor empezaba a ver un partido de daybatol, era difícil apartarlo del mirador.

Mary y Adikor lo siguieron. La siguiente habitación era indudablemente su dormitorio/cuarto de baño. En ella una gran ventana daba a un arroyo, y un hueco cuadrado lleno de cojines también cuadrados formaba una gran superficie para dormir. Encima había unos cuantos almohadones en forma de disco. A un lado de la habitación había un pozo circular, de nuevo hundido en el suelo.

—¿Eso es el baño? —preguntó Mary.

Ponter asintió.

—Puedes usarlo, si quieres.

Mary negó con la cabeza.

—Más tarde, tal vez.

Su mirada se posó en la cama, e imágenes de Ponter y Adikor, desnudos y enzarzados en actos sexuales, se formaron en su mente.

—Y ya está —dijo Ponter—. Esto es nuestro hogar.

—Vamos —dijo Adikor—. Volvamos al salón.

Así lo hicieron, siguiendo a Ponter. Adikor espantó a Pabo de uno de los sofás y se tumbó de espaldas en él. Ponter indicó a Mary que ocupara el otro sofá. Tal vez estar tumbado era la postura normal de descanso de los neanderthales; desde luego, sería la mejor manera de contemplar los murales del techo.

Mary ocupó en efecto el otro sofá, pensando que Ponter se sentaría a su lado. Pero en cambio se acercó al lugar donde Adikor estaba sentado y le dio un golpecito afectuoso en la cabeza. Adikor se enderezó. Mary esperaba que se sentara adecuadamente, pero en cuanto Ponter tomó asiento en el extremo del sofá, Adikor volvió a tenderse, colocando la cabeza sobre el regazo de Ponter.

Mary sintió un nudo en el estómago. De todas formas, Ponter probablemente no había traído hasta entonces a su casa a una mujer con la que estuviera relacionado sentimentalmente.

—Bien, ¿qué te parece nuestro mundo hasta ahora?—preguntó Ponter.

Mary aprovechó la oportunidad para apartar la mirada de Ponter y Adikor, como si tuviera la necesidad de visualizar mentalmente todo lo que ya había visto.

—Es... —Se encogió de hombros—. Diferente.

Y entonces, advirtiendo que eso podía parecer ofensivo, añadió rápidamente:

—Pero bonito. Muy bonito.

Hizo una pausa.

—Limpio.

Su propio comentario la hizo reír por dentro. Limpio. Eso era lo que decían siempre los americanos cuando visitaban Toronto. ¡Qué ciudad tan limpia tienen!

Pero Toronto era una pocilga comparada con lo que Mary había visto de Saldak. Siempre había pensado que era económicamente imposible que una gran población de humanos no tuviera un efecto devastador sobre el medio ambiente, pero...

Pero no era una gran población lo que hacía esas cosas. Más bien era una población en crecimiento constante. Con sus generaciones discretas, parecía que los neanderthales habían disfrutado de un crecimiento cero de la población desde hacía siglos.

—Nos gusta —dijo el recostado Adikor, al parecer intentando continuar la conversación—. Y, naturalmente, es por eso que es como es.

Ponter acarició el pelo de Adikor.

—Su mundo tiene también sus encantos.

—Tengo entendido que vuestras ciudades son mucho más grandes —dijo Adikor.

—Oh, sí —contestó Mary—. Muchas tienen millones de habitantes. Toronto, de donde yo soy, tiene casi tres millones.

Adikor sacudió la cabeza adelante y atrás sobre el regazo de Ponter.

—Sorprendente.

—Te llevaremos al Centro después de cenar —dijo Ponter—. Las cosas son más compactas allí; los edificios sólo están separados unas decenas de pasos.

—¿Es ahí donde se celebrará la ceremonia de la unión?—preguntó Mary.

—No, eso ocurrirá a medio camino entre el Centro y el Borde.

De repente Mary reparó en algo.

—Yo... no he traído nada bonito que llevar.

Ponter se echó a reír.

—No te preocupes. Nadie podrá decir qué ropa gliksin es normal y cuál es para ocasiones especiales. A nosotros todas nos parecen raras.

Bajó la cabeza, mirando a Adikor a la cara.

—Por cierto, mañana tienes una reunión con el Consorcio Fluxata no, ¿no? ¿Qué vas a ponerte?

En vez de apartar a Mary de la conversación, Hak continuó traduciendo.

—No lo sé —dijo Adikor.

—¿Y la pelliza verde? —dijo Ponter—. Me gusta cómo te marca los bíceps y...

De repente, Mary no pudo soportarlo más. Se puso en pie de un salto y se acercó a la puerta.

—Lo siento —dijo, intentando controlar su respiración, intentando calmarse

—. Lo siento mucho.

Y salió a la oscuridad.



Ponter siguió a Mary al exterior, cerrando la puerta tras él. Mary temblaba. A Ponter no parecía molestarle en lo más mínimo el aire de la noche, pero era claramente consciente de la reacción de Mary al fresco. Se acercó, como para rodeada con sus enormes brazos, pero Mary sacudió los hombros violentamente, rechazando su contacto, y se apartó de él, mirando el paisaje.

—¿Qué ocurre?—preguntó Ponter.

Mary tomó aire y lo expulsó lentamente.

—Nada.

Sabía que parecía petulante, y se odió a sí misma por ello. ¿Qué ocurría? No era una sorpresa que Ponter tuviera un amante masculino pero...

Pero una cosa era saberlo en abstracto, y otra verlo en vivo.

Mary estaba sorprendida consigo misma. Se había sentido más celosa que la primera vez que vio a Colm con su nueva novia después de separarse de él.

—Nada —repetió.

Ponter habló en su propia lengua, con una voz que parecía a la vez confusa y triste. La traducción de Hak tenía un tono más neutral.

—Lamento si te he ofendido... de algún modo.

Mary contempló el cielo oscuro.

—No es que esté ofendida. Es que... —Hizo una pausa—. Va a costarme acostumbrarme a esto.

—Sé que tu mundo es diferente al nuestro. ¿Estaba mi casa demasiado oscura para tí? ¿Demasiado fría?

—No es eso —contestó Mary, y se dio la vuelta lentamente—. Es... Adikor.

Ponter alzó la ceja...

—¿No te gusta?

Mary negó con la cabeza.

—No, no. No es eso. Parece bastante simpático. —Volvió a suspirar—. El problema no es Adikor. Sois tú y Adikor. Es veros a los dos juntos.

—Es mi hombre—compañero —dijo Ponter, simplemente.

—En mi mundo, la gente sólo tiene un compañero. No me importa si es alguien del sexo opuesto, o alguien del mismo sexo. —Estuvo a punto de añadir «de verdad que no me importa» pero temió que eso fuera protestar demasiado

—. Pero que nosotros seamos ... bueno, lo que sea que seamos, mientras estás relacionado con alguien más es ... —Guardó silencio, luego se encogió de hombros—. Es difícil. Y tener que veros a los dos dándoos muestras de afecto...

—Ah —dijo Ponter, y entonces, como si el primer comentario no hubiera sido suficiente, repitió—: Ah.

Guardó silencio un rato.

—No sé qué decirte. Quiero a Adikor y él me quiere a mí.

Mary quiso preguntarle cuáles eran sus sentimientos hacia ella, pero aquél no era buen momento: probablemente lo había repelido con su estrechez de miras.

—Además —dijo Ponter—, dentro de una familia no hay malos sentimientos. Sin duda no le sentirías herida si yo me mostrara afectuoso con mi hermano o mis hijas o mis padres.

Mary lo consideró en silencio y, al cabo de unos instantes, Ponter continuó:

—Tal vez es una tontería, pero tenemos un dicho: el amor es como los intestinos, siempre hay de sobra.

Mary tuvo que reírse, a su pesar. Pero fue una risa incómoda que hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Pero no me has tocado desde que llegamos aquí.

Ponter abrió mucho los ojos.

—Dos no son Uno.

Mary permaneció callada un buen rato.

—Yo... las mujeres gliksins... y los hombres gliksins también... necesitamos afecto todo el tiempo, no sólo cuatro días al mes.

Ponter inspiró profundamente y resopló.

—Normalmente...

Se calló, y la palabra quedó flotando entre ellos. Mary sintió que el pulso se le aceleraba. Normalmente, allí una persona tenía dos compañeros, masculino y femenino. Una mujer neanderthal no carecía de afecto... pero durante la mayor parte del mes éste procedía de su mujer—compañera.

—Lo sé —dijo Mary, cerrando los ojos—. Lo sé.

—Tal vez esto sea un error —dijo Ponter, tanto para él como para Mary, parecía, aunque Hak tradujo diligentemente sus palabras—. Tal vez no debería haberte traído aquí.

—No —dijo Mary—. Quería venir y me alegro de haberlo hecho. Lo miró, contemplando sus ojos dorados.

—¿Cuánto tiempo falta hasta la próxima vez que Dos se conviertan en Uno? —preguntó.

—Tres días. Pero... —Ponter hizo una pausa, y Mary parpadeó—. Pero supongo que no le hará daño a nadie si te muestro afecto antes de entonces.

Abrió sus enormes brazos y, al cabo de un momento, Mary se dejó envolver en ellos.

Mary, naturalmente, no podía alojarse con Ponter, pues Ponter vivía en el Borde, que era la provincia exclusiva de los varones. Adikor sugirió la solución perfecta: que Mary se alojara con su mujer—compañera, Lurt Fradlo. Después de todo, era química, según definían el término los neanderthales: alguien que trabajaba con moléculas, y Mary, según esa definición, era un tipo de química especializada, dedicada al ácido desoxirribonucleico.

Lurt se mostró de acuerdo inmediatamente: ¿qué científico de cada mundo no saltaría ante la posibilidad de albergar a uno del otro? y así, Ponter hizo que Hak llamara a un cubo de viaje y Mary se dirigió al Centro.

El cubo lo conducía casualmente una mujer... o tal vez Hak lo había solicitado así; después de todo, la inteligencia artificial sabía todo lo que sabía Ponter sobre la violación de Mary. El Acompañante extraíble de Mary había recibido la base de datos de Hak, y Mary aprovechó ese hecho ahora para conversar con la conductora durante el trayecto.

—¿Por qué tienen sus coches forma de cubo? —preguntó—. No parece muy aerodinámico.

—¿Qué forma deberían tener? —preguntó la conductora, que tenía una voz casi tan grave como la de Ponter y tan sonora como la de Michel Bell cuando cantaba Old Man River.

—Bueno, en mi mundo son redondeados y... —pensó brevemente... en Monty Python—, son finos por un extremo, gruesos por el centro, y finos de nuevo por el otro extremo.

La conductora tenía el pelo corto más oscuro que Mary había visto hasta ahora en un neanderthal, lo que quería decir que era del color del batido de chocolate. Sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿cómo los almacenan?

—¿Almacenar? —repitió Mary.

—Sí. Ya sabe, cuando no se usan. Nosotros los almacenamos unos encima de otros, y los apilamos unos junto a otros. Eso reduce la cantidad de espacio que hay que reservar para acomodarlos.

Mary pensó en todo el terreno que su mundo gastaba en aparcamientos.

—Pero... ¿pero cómo saca su propio coche cuando lo necesita, si está al fondo de la pila?

—¿Mi propio coche? —repitió la conductora.

—Sí. Ya sabe, el coche que le pertenece.

—Todos los coches pertenecen a la ciudad —dijo la conductora—. ¿Por qué querría yo poseer uno? —Bueno, no sé...

—Quiero decir, son caros de fabricar, al menos aquí.

Mary pensó en las letras mensuales de su coche.

—En mi mundo también.

Contempló el paisaje. En la distancia, otro cubo de viaje volaba bajo, viajando en dirección contraria. Mary se preguntó qué habría pensado Henry Ford si alguien le hubiera dicho que, un siglo después de lanzar el Modelo T, la mitad de la superficie de las ciudades estaría dedicada a acomodar el movimiento o el almacenamiento de coches, que los accidentes con ellos serían la principal causa de muerte de los varones menores de veinticinco años, que contaminarían más el aire que todas las fábricas y hornos del mundo juntos.

—¿Entonces por qué poseer un coche? —preguntó la mujer neanderthal.

Mary se encogió un poco de hombros.

—Nos gusta poseer cosas.

—A nosotros también. Pero no se puede usar un coche diezdécimos al día.

—¿No les preocupa que el tipo que usó el coche antes de que lo haya, bueno, dejado en mal estado?

La conductora manejó la barra de control, haciendo virar el cubo para evitar un grupo de árboles que había por delante. Y entonces simplemente levantó en silencio el brazo izquierdo, como si eso lo explicara todo.

Y Mary supuso que así era. Nadie ensuciaría ni estropearía un vehículo público, si supiera que un completo registro visual de lo que había hecho se transmitía automáticamente a los archivos de coartadas. Nadie podría robar un coche, ni usar un coche para cometer un crimen, y los implantes Acompañantes probablemente llevaban la cuenta de todo lo que llevabas encima al subir a un coche; habría pocas posibilidades de dejarse accidentalmente el sombrero y tener que localizar el mismo coche utilizado antes.

Había oscurecido mucho. Mary se sorprendió al advertir que el coche ya no sobrevolaba el yermo paisaje, sino que ahora se encontraba en el grueso del Centro de Saldak. Casi no había luces artificiales; Mary vio que la conductora no miraba por el frontal transparente del cubo de viaje, sino que consultaba una pantalla cuadrada de infrarrojos situada en un panel que tenía delante.

El coche se posó en el suelo, y un lado se desplegó, abriendo el interior a la gélida noche.

—Ya estamos —dijo la conductora—. Es esa casa de ahí.

Señaló una extraña estructura apenas visible a una docena de metros de distancia.

Mary le dio las gracias y se bajó. Había planeado echar una carrera hasta la casa, pues le parecía bastante desconcertante estar al aire libre de noche en aquel extraño mundo, pero se detuvo en seco y alzó la mirada.

Las estrellas en el cielo eran gloriosas, la Vía Láctea claramente visible. ¿Cómo la había llamado Ponter aquella noche, allá en Sudbury? «El río nocturno» eso era.

Y allí estaba la Osa Mayor; la Cabeza del Mamut. Mary trazó una línea imaginaria desde las estrellas que servían de guía, y rápidamente localizó Polaris,

lo que significaba que estaba mirando al norte. Buscó en su bolso la brújula que había traído consigo a petición de Jock Krieger, pero estaba demasiado oscuro para distinguir su superficie. Así que, después de regocijarse en los gloriosos cielos, Mary se acercó a la casa de Lurt y le pidió a su Acompañante que hiciera saber a su ocupante que había llegado.

Un momento después la puerta se abrió, y apareció otra hembra neanderthal.

—Dra Nallo —dijo la mujer, o, al menos, así fue como tradujo la unidad de Mary los sonidos que hizo.

—Hola —dijo Mary—. Uh, sólo un momentito...

Había luz de sobra asomando por la puerta abierta. Mary miró la aguja de la brújula, y enarcó las cejas, asombrada. El extremo coloreado de la aguja (azul metálico, opuesto al plateado simple del otro extremo) señalaba hacia Polaris, igual que habría hecho en el lado de Mary del portal. A pesar de lo que había dicho Jock parecía que aquella versión de la Tierra no había pasado todavía por una inversión de su campo magnético.

Mary pasó una velada agradable en la casa de Lurt, donde conoció a Dab, el hijo de Adikor, y al resto de la familia de Lurt. El único momento realmente embarazoso fue cuando necesitó ir al cuarto de baño. Lurt le mostró la cámara, pero Mary se quedó absolutamente aturdida ante la unidad que tenía delante. Después de contemplarla en blanco durante casi un minuto, volvió a salir de la cámara y llamó a Lurt.

—Lo siento —dijo Mary—, pero... bueno, no se parece en absoluto a los cuartos de baño de mi mundo. No tengo ni idea de cómo...

Lurt se echó a reír.

—¡Lo siento! —dijo—. Ven. Colocas los pies en estos estribos y agarras esas anillas que cuelgan de esta forma...

Mary advirtió que tendría que quitarse por completo los pantalones para hacerlo, pero había un gancho en la pared que parecía pensado para sostenerlos. Fue bastante cómodo, aunque soltó un grito de sorpresa cuando una especie de esponja húmeda apareció por su propia cuenta para limpiarla cuando terminó.

Mary advirtió que no había material de lectura en el cuarto de baño. En el suyo, allá en Toronto, tenía los últimos ejemplares de *The Atlantic Monthly*, *Canadian Geographic*, *Utne Reader*, *Country Music* y *World o Crosswords*. Pero, aunque tuvieran un gran servicio de fontanería, supuso que los neanderthales, debido a su agudo sentido del olfato, nunca se entretenían en el cuarto de baño.

Mary durmió esa noche en un montón de cojines dispuestos en el suelo. Al principio le pareció incómodo: estaba acostumbrada a una superficie más uniformemente plana, pero Lurt le mostró cómo disponer los cojines, proporcionando apoyo para la espalda y el cuello, separando las rodillas, y todo lo demás. A pesar de la extrañeza, Mary se quedó rápidamente dormida, absolutamente exhausta.

A la mañana siguiente, Mary fue con Lurt a su lugar de trabajo, que, al contrario que la mayoría de los edificios del Centro, estaba hecho completamente de piedra: para contener el fuego o las explosiones si algún experimento salía mal, explicó Lurt.

Parecía que Lurt trabajaba con otras seis químicas, y Mary empezó a adquirir pronto la costumbre de clasificadas por generaciones, aunque en vez de llamarlas 146, 145, 144, 143 y 142, como hacía Ponter, refiriéndose al número de décadas pasadas desde el inicio de la edad moderna, Mary pensaba en ellas como mujeres que tenían alrededor de treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta años de edad, respectivamente. Y aunque las mujeres neanderthales no envejecían igual que las hembras Homo sapiens (algo en la forma en que el arco ciliar tiraba de la piel de la frente parecía impedir que se les marcaran las arrugas allí), Mary no tenía problemas para saber a qué grupo pertenecía cada una. De hecho, con las generaciones nacidas a intervalos de diez años, la idea de intentar engañar a nadie con la edad sin duda no se le había ocurrido a ninguna hembra neanderthal.

Con todo, Mary no tardó mucho en dejar de pensar que quienes trabajaban en el laboratorio de Lurt eran neanderthales y empezó a consideradas sólo mujeres. Sí, su aspecto era sorprendente (mujeres que parecían jugadoras de rugby, mujeres con la cara velluda), pero su talante era decididamente... bueno, no femenino, pensó Mary: esa palabra estaba cargada de demasiadas expectativas. Pero sí de fémina: agradables, cooperativas, habladoras, colegiadas en vez de competitivas y, en conjunto, muy divertidas.

Naturalmente, Mary pertenecía a una generación (era de esperar que la última de su mundo) donde muchas menos mujeres se dedicaban a las ciencias que los hombres. Nunca había estado en un departamento donde las mujeres fueran la mayoría (aunque en York se estaban acercando a eso), y mucho menos que tuvieran todos los cargos. Tal vez en esas circunstancias, el medio de trabajo sería como en su Tierra también. Mary había crecido en Ontario, que por razones históricas tenía dos sistemas escolares subvencionados por el Gobierno, uno «público» (en el sentido estadounidense, no en el británico), y el otro católico. Como la educación religiosa sólo estaba permitida en instituciones religiosas, muchos padres católicos enviaban a sus hijos a colegios católicos, pero los padres de Mary (principalmente por insistencia de su padre) optaron por el sistema público. De todas formas, discutieron cuando ella tenía catorce años la posibilidad de enviada a una escuela católica femenina. Mary había estado teniendo problemas con las matemáticas. Sus padres le dijeron que tal vez lo haría mejor en un entorno sin chicos. Pero al final decidieron mantenerla en el sistema público, ya que, como dijo su padre, tendría que tratar con hombres después del instituto y bien podía irse acostumbrando. Y por eso Mary pasó los años de educación secundaria en el instituto East York, en vez de en el cercano

Santa Teresa. Y aunque Mary acabó por superar sus dificultades matemáticas, a pesar de la educación mixta, a veces se preguntaba por las ventajas de una escuela sólo para chicas. Desde luego, algunas de las mejores estudiantes de ciencias a las que había enseñado en York procedían de esas instituciones.

Y, en efecto, tal vez hubiera algo que decir respecto a extender esa idea a la vida adulta, al puesto de trabajo, dejando que las mujeres trabajaran en un entorno libre de hombres y sus egos.

Aunque el cómputo de tiempo neanderthal dividía sensatamente el día en diez partes iguales, empezando por el punto en que era el amanecer en el equinoccio vernal, Mary todavía se guiaba por su Swatch, en vez de por la críptica pantalla de su banda Acompañante: después de todo, aunque había viajado a otro universo, seguía en la misma zona horaria.

Mary estaba acostumbrada al ritmo de las pausas para tomar café por la mañana y por la tarde, y a una hora para almorzar, pero el metabolismo neanderthal no permitía pasar tanto tiempo sin comer. Había dos largas pausas en el día de trabajo, una a eso de las once de la mañana y otra a eso de las tres de la tarde, y en ambos momentos se consumían grandes cantidades de comida, incluida carne cruda: la misma técnica láser que mataba la infección dentro de la gente hacía que la comida sin cocinar fuera bastante segura de comer, y las mandíbulas neanderthales estaban más que preparadas para la tarea. Pero el estómago de Mary no lo estaba; se sentó junto a Lurt y sus colegas mientras comían, pero intentó no mirar su comida.

Podría haberse excusado durante las pausas para comer, pero era el momento que Lurt tenía libre y quería hablar con ella. Le fascinaba lo que sabían los neanderthales de genética, y Lurt parecía bastante dispuesta a compartirlo libremente todo.

De hecho, Mary aprendió tanto en su corta estancia con Lurt, que estaba empezando a pensar que cualquier cosa era posible... sobre todo si no había hombres cerca.

Mary había asistido a una docena de bodas a lo largo de su vida: varias católicas, una judía, una china y unas cuantas por lo civil. Así que creía conocer en términos generales qué cabía esperar de la ceremonia de unión de Jasmel.

Se equivocaba.

Naturalmente, sabía que esa ceremonia no tendría lugar en nada parecido a una iglesia: los neanderthales no tenían esas cosas. Sin embargo, esperaba que la celebraran en algún sitio oficial. En cambio, el acontecimiento tuvo lugar en el campo.

Ponter ya estaba allí cuando el cubo de viaje dejó a Mary; eran los primeros en llegar y, como no había nadie cerca, se permitieron un largo abrazo.

—Ah —dijo Ponter, cuando se separaron—, ahí vienen.

Hacía un día espléndido. Mary había descubierto que había olvidado sus gafas de sol en el otro lado, y tuvo que entornar los ojos para ver al grupo que se acercaba. Eran tres mujeres: una de casi cuarenta años, pensó Mary, otra adolescente y una niña de ocho. Ponter miró a Mary, y luego a las tres mujeres que se acercaban, y luego de nuevo a Mary. Ella intentó leer la expresión de su rostro; si él hubiera sido un miembro de su propia especie, le habría parecido que era de profunda incomodidad, como si se hubiera dado cuenta de que se había visto envuelto de repente en una situación embarazosa.

Las tres hembras se acercaban caminando, procedentes del este... del Centro. La mayor y la más joven no llevaban nada, pero la del centro llevaba una gran mochila sujeta a la espalda. Al acercarse, la niña pequeña gritó:

—¡Papá!

Y echó a correr hacia Ponter, quien la recibió con un abrazo.

Las otras dos caminaban más despacio, la hembra mayor al ritmo de la joven, quien parecía caminar a trompicones debido al peso de la mochila.

Ponter había soltado ya a la niña de ocho años y, tomándola de la mano, se volvió hacia Mary.

—Mary, ésta es mi hija, Mega Bek Mega, ésta es mi amiga, Mary.

Mega había tenido ojos sólo para su padre hasta ese momento. Miró a Mary de arriba abajo.

—Guau —dijo por fin—. Eres una gliksin, ¿verdad?



Mary sonrió.

—Sí que lo soy —dijo, dejando que su Acompañante tradujera sus palabras a la lengua neanderthal.

—¿Querrás venir a mi colegio? —preguntó Mega—. ¡Me encantaría que vieran los otros niños!

Mary se sintió un poco sorprendida: nunca se había considerado una atracción.

—Mmm, si tengo tiempo —contestó.

Las otras dos neanderthales se acercaron.

—Ésta es mi otra hija Jasmel Ket —dijo Ponter, señalando a la muchacha de dieciocho años.

—Hola —saludó Mary. Miró a la muchacha, pero no tenía ni idea de si era atractiva según los baremos neanderthales. Fuera como fuese, tenía los sorprendentes ojos dorados de su padre—. Yo soy... —decidió no avergonzarse a la chica diciendo un nombre que no pudiera pronunciar—. Soy Mary Vaughan.

—Hola, sabía Vaughan —dijo Jasmel, que debía de haber oído hablar de ella antes; de lo contrario, no hubiese tenido ni idea de cómo pronunciar el apellido de Mary. Y, en efecto, el siguiente comentario de Jasmel lo confirmó—: Usted le dio a mi padre ese trozo de metal.

Mary se sintió perdida un momento, pero luego comprendió. El crucifijo.

—Sí —respondió.

—La vi una vez —dijo Jasmel—, en un monitor, cuando estábamos rescatando a mi padre, pero... —Sacudió la cabeza, asombrada—. Incluso así, seguí sin poder creérmelo.

—Bueno, pues aquí estoy —dijo Mary. Hizo una pausa—. Espero que no te importe que haya venido a tu ceremonia de unión.

Le importara o no, Jasmel tenía la cortesía de su padre.

—No, por supuesto que no. Estoy encantada de que usted esté aquí.

Ponter habló rápidamente, quizá, pensó Mary, detectando que su hija estaba secretamente molesta, y deseando cambiar de tema.

—Y ésta es, era, la tutora de mi hija. —Miró a la neanderthal de treinta y ocho años—. Yo, ah, no te esperaba.

El ceño de la mujer neanderthal subió hacia su frente.

—Parece que no —dijo, mirando a Mary.

—Ah —dijo Ponter—, sí, bueno, ésta es Mary Vaughan... la mujer del otro lado de la que te hablé. Mary, ella es Daklar Bolbay.

—Dios mío —dijo Mary, y su Acompañante pitó, incapaz de traducir la frase.

—¿Sí? —dijo Daklar, instando a Mary a intentado de nuevo.

—Yo... ah, quiero decir, encantada de conocerla. He oído hablar mucho de usted.

—Y yo de usted —dijo Daklar fríamente.

Mary se obligó a sonreír y desvió la mirada.

—Daklar —explicó Ponter—, era la mujer-compañera de mi mujer-compañera, Klast, y por eso ha sido tutora de Jasmel. —Se volvió resueltamente hacia Daklar—. Hasta que Jasmel alcanzó la mayoría de edad al cumplir los 225 meses en primavera, claro.

Mary intentó seguir los matices. Parecía que Ponter estaba diciendo que, puesto que Daklar no tenía ya ninguna función oficial en la vida de Jasmel, no tendría que haber estado allí. Bueno, Mary podía comprender la incomodidad de Ponter. Daldar, después de todo, había intentado que castraran a Adikor.

Pero la incomodidad que Ponter pudiera sentir quedó interrumpida por la llegada de más gente: un varón y una hembra neanderthales, cada uno de unos cincuenta años.

—Son los padres de Tryon —dijo Ponter—. Bal Durban —continuó, señalando al varón—, y Yabla Pol Hal, Yabla, ésta es mi amiga Mary Vaughan.

Hal tenía una voz vibrante.

—No hacen falta las presentaciones —dijo—. La he estado viendo en mi mirador.

Mary trató de contener un escalofrío. Había visto ocasionalmente algún traje plateado, pero no tenía ni idea de que fuera objeto de la atención de los exhibicionistas.

—¡Mírese! —dijo Yabla—. ¡Todo piel y huesos! ¿Tienen suficiente comida en su mundo?

En toda su vida, nadie se había referido a Mary como «piel y huesos». Le gustó como sonaba.

—Sí —dijo, sonrojándose un poco.

—Bueno, esta noche habrá un festín —dijo Yabla—. ¡Una comida no puede deshacer diez meses de negligencia, pero será un buen principio!

Mary sonrió amablemente.

Bal se volvió hacia su mujer-compañera.

—¿Qué está retrasando a ese hijo tuyo?

—¿Quién sabe? —respondió Yabla, con amable reproche—. Desde luego, sale a ti.

—Aquí viene —gritó Jasmel, todavía cargada con su pesada mochila.

Mary miró en la dirección que señalaba la muchacha. Una figura emergía en la distancia, corriendo hacia ellos, con algo grande cruzado sobre los hombros. Sin embargo, parecía que tardaría varios minutos en alcanzarlos. Mary se inclinó hacia Ponter.

—¿Cuál es el apellido del pretendiente de tu hija?

Ponter frunció el ceño un instante, evidentemente escuchando a Hak tratando de sacar sentido a la pregunta.

—Oh —dijo por fin—. Try on Rugal.

—No entiendo vuestros nombres —dijo Mary—. Quiero decir, «Vaughan» es el apellido de mi familia: mis padres, mis hermanos y mi hermana lo comparten.

Se protegió los ojos con una mano para ver al muchacho acercarse. Ponter miraba también hacia allí, pero su arco ciliar era toda la protección que necesitaba.

—El último nombre, el que se usa por el mundo exterior, lo elige el padre. El primero, el que se usa por aquellos que uno conoce bien, lo elige la madre. ¿Ves? Los padres viven en la Periferia, las madres en el Centro. Mi padre escogió Boddit para mí, que significa «maravillosamente guapo», y mi madre escogió Ponter, que significa «enormemente inteligente».

—Estás bromeando.

Ponter mostró su gigantesca sonrisa

—Claro que sí. Lo siento, sólo quería que creieras que es tan impresionante como el tuyo: «madre de Dios». Ponter significa «luna llena», y Boddit es el nombre de una ciudad de Evsoy, conocida por sus grandes pintores.

—Ah —dijo Mary—. Entonces... ¡Dios mío!

—Bueno —dijo Ponter, todavía de broma—, desde luego no como el mío.

—¡No, mira! —señaló a Tryon.

—¿Sí?

—¡Lleva a cuestras el cadáver de un ciervo!

—¿Has visto? —Ponter sonrió—. Es su ofrenda de caza a Jasmel y en su mochila, ella tiene su ofrenda para él.

En efecto, Jasmel abría por fin su mochila. Tal vez, pensó Mary, era tradicional esperar hasta que el hombre hubiera visto que la mujer había traído sus cosas. Mientras Tryon se acercaba, Ponter avanzó hacia él y le ayudó a quitarse el ciervo de los hombros.

El estómago de Mary dio un vuelco. La piel del ciervo estaba ensangrentada y media docena de heridas penetraban su torso. Y, mientras Tryon se agachaba, vio que tenía la espalda cubierta de sangre de ciervo.

—¿Tiene que officiar alguien la ceremonia? —preguntó Mary.

Ponter parecía confuso.

—No.

—Nosotros tenemos a un juez o un representante de la Iglesia que se encarga de eso.

—Los juramentos que se hagan Jasmel y Tryon mutuamente quedarán registrados de modo automático en los archivos de coartadas —dijo Ponter.

Mary asintió. Naturalmente.

Ahora que Tryon se había librado del ciervo, corrió hacia su amada. Jasmel la atrapó con los brazos abiertos y se fundieron en un fuerte abrazo, y se lamieron el rostro, de manera bastante apasionada. Mary desvió la mirada.

—Vamos —dijo el padre de Tryon, Bal—. Harán falta décimos para asar ese ciervo. Tendríamos que empezar ya.

Los dos se separaron. Mary vio que las manos de Jasmel estaban ahora manchadas de rojo tras acariciar la espalda de Tryon. Eso le repugnó, pero Jasmel se echó a reír cuando se dio cuenta, sin más.

Y, sin más preámbulos, la ceremonia aparentemente empezó.

—Muy bien —dijo Jasmel—. Allá vamos.

Se volvió hacia Tryon.

—Prometo llevarte en mi corazón veintinueve días al mes, y tenerte en mis brazos cada vez que Dos se conviertan en Uno.

Mary miró a Ponter. Los músculos de su ancha mandíbula abultaban: evidentemente, estaba emocionado.

—Prometo —continuó Jasmel—, que tu salud y tu felicidad serán tan importantes para mí como las mías propias.

Daklar estaba también indudablemente emocionada. Después de todo, según había entendido Mary, Jasmel y ella habían vivido juntas toda la vida de la muchacha.

Jasmel volvió a hablar.

—Si, en cualquier momento, te cansas de mí, prometo liberarte sin acritud, y con los mejores intereses de nuestros hijos como mi mayor prioridad.

Mary se sintió impresionada por eso. Cuánto más simple hubiese sido su propia vida si Colm y ella hubieran hecho un juramento similar. Miró de nuevo a Ponter y...

« ¡Jesús! ».

Daklar se había situado junto a él y (Mary apenas podía creerlo), ¡los dos estaban tomados de la mano!

Al parecer ahora le tocaba a Tryon el turno de hablar.

—Prometo llevarte en mi corazón veintinueve días al mes, y tenerte en mis brazos cada vez que Dos se conviertan en Uno.

« Dos que se convierten en Uno », pensó Mary. Sin duda eso ya había sucedido una vez desde el primer regreso de Ponter a casa y su reaparición en la Tierra de Mary. Ella había supuesto que había pasado ese tiempo solo, pero...

—Prometo —dijo Tryon— que tu salud y tu felicidad serán tan importantes para mí como las mías propias.

» Si, en cualquier momento, te cansas de mí —continuó—, prometo liberarte sin dolor, y con los mejores intereses de nuestros hijos como mi mayor prioridad.

Normalmente, a Mary le hubiese encantado oír unos votos matrimoniales tan equitativos: Colm había dicho una vez que era una lástima que el ceremonial católico no incluyera « y obedecer ». Pero la idea quedó completamente subordinada a su sorpresa al ver que Ponter y Daklar se mostraban afectuosos el

uno con el otro... ¡Y después de lo que ella le había hecho a Adikor!

La pequeña Megameg sobresaltó a Mary al dar una palmada.

—¡Están unidos! —chilló.

Durante medio segundo, Mary pensó que la niña se refería a Ponter y Dakar, pero, no, no, eso era ridículo.

Bal se dio una palmada en el estómago.

—¡Ahora que hemos terminado con esto, pongámonos a trabajar en la preparación del festín!

—¿Qué es usted? ¿Idiota? —preguntó Selgan, sacudiendo la cabeza asombrado.

—¡Daklar no tenía que estar allí! —dijo Ponter—. Una ceremonia de unión implica sólo a los padres y a los dos hijos que se unen. No hay ninguna función para los compañeros del mismo sexo de los padres.

—Pero Daklar era tabant de sus hijas.

—De Jasmel no. Jasmel había alcanzado la mayoría de edad. Ya no tenía una tutora legal.

—Pero usted llevó a Mary —dijo Selgan.

—Sí. Y no pido disculpas por eso: era mi derecho llevar a alguien en lugar de Klast. —Ponter frunció el ceño—. Daklar no debería haber estado allí.

Selgan se rascó la cabeza, donde mostraba menos pelo.

—Ustedes los de las ciencias físicas —dijo, sacudiendo de nuevo la cabeza—, esperan que los humanos se comporten de manera predecible, que sigan leyes inmutables. Pero no lo hacen.

Ponter hizo una mueca.

—A mí me lo va a decir.

Para horror de Mary, se suponía que todos tenían que participar en el despiece del ciervo. Bal y Yabla, como padres del... del «novio». (Mary no podía dejar de utilizar el término), habían traído afilados cuchillos de metal, y Bal abrió al ciervo de la garganta a la cola. Mary no estaba preparada para la visión de tanta sangre y se excusó, apartándose un poco.

Hacía frío allí, en el mundo neanderthal, y la temperatura seguía bajando. El sol está a punto de ponerse.

Mary estaba de espaldas al grupo, pero al cabo de unos momentos oyó pisadas sobre las primeras hojas de otoño. Supuso que era Ponter, que venía a ofrecerle consuelo... y una explicación. Pero el corazón de Mary dio un brinco cuando oyó la grave voz de Daklar.

—Parece incómoda con el desollamiento del ciervo —dijo.

—Nunca he hecho nada parecido —respondió Mary, dándose la vuelta.

Vio que Yabla y la pequeña Mega estaban recogiendo leña para encender una

hoguera.

—No importa. Tenemos un par de manos extra, de todas formas.

Al principio Mary pensó que Daklar estaba haciendo referencia a su propia presencia, que claramente había sorprendido a Ponter y por tanto, pensó Mary, tal vez le estaba dirigiendo una indirecta.

—Ponter me invitó —dijo Mary, molesta por parecer a la defensiva.

—Ya veo.

Mary, sabiendo que lamentaría hacerlo, pero incapaz de detenerse, insistió.

—No comprendo cómo puede ser todo luz y dulzura después de lo que le hizo a Adikor.

Daklar guardó silencio un momento, y Mary fue incapaz de leer su expresión.

—Veo que nuestro Ponter ha estado contándole cosas —dijo por fin la mujer neanderthal.

A Mary no le gustó la expresión « nuestro Ponter », pero no respondió nada. Pasado un instante, Daklar continuó:

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que mientras él estuvo en mi mundo, usted acusó a Adikor de su asesinato... ¡Adikor! ¡A quien Ponter quiere tanto!

Daklar alzó la ceja.

—¿Le dijo cuál fue la principal prueba contra Adikor?

Mary sabía que Daklar era recolectora, no cazadora, pero se sintió como si la estuvieran conduciendo a una trampa. Sacudió la cabeza en un arco de pocos grados.

—No había ninguna prueba, porque no hubo ningún crimen.

—No esa vez, no. Antes.

Daklar hizo una pausa y su tono pareció un poco altivo, un poco condescendiente.

—Estoy segura de que Ponter no le ha hablado de su mandíbula fracturada.

Pero Mary quiso asegurar su intimidad con el hombre.

—Me lo contó todo. Incluso he visto radiografías.

—Bueno, entonces debería comprender. Adikor ya había intentado matar una vez a Ponter, así que...

De repente Daklar se interrumpió y sus ojos se abrieron como platos mientras, al parecer, leía algún signo en la cara de Mary.

—No sabía que fue Adikor, ¿verdad? Ponter no le confió eso, ¿no?

Mary sintió que su corazón latía velozmente. No fue capaz de dar una respuesta.

—Bueno —dijo Daklar—, entonces yo tengo nueva información que darle. Sí, fue Adikor Huld quien golpeó a Ponter, en la cara. Entregué como prueba imágenes del archivo de coartadas de Ponter, donde se mostraba el ataque.

Mary y Colm habían tenido sus problemas (sin duda) pero él nunca le había

pegado. Aunque sabía que era demasiado común, no podía imaginar seguir viviendo con un esposo que abusara de ella físicamente, pero...

Pero había sido sólo una vez y...

No. No, si Ponter hubiera sido mujer, Mary nunca hubiese perdonado a Adikor por golpearlo aunque sólo fuese una vez, igual que...

Odiaba pensarlo, lo odiaba cada vez que lo recordaba.

Igual que nunca había perdonado a su padre por haberle pegado una vez a su madre, hacía décadas.

Pero Ponter era un hombre, era físicamente igual a Adikor y... y sin embargo, nada —nada— excusaba esa conducta. ¡Golpear a alguien a quien supuestamente amas!

Mary no supo qué responderle a Daklar, y cuando hubo pasado el tiempo suficiente para que esto resultara obvio, la mujer neanderthal continuó:

—Así que verá, mi acusación contra Adikor no carecía de fundamento. Sí, ahora lo lamento, pero...

Se calló. Hasta el momento, Daklar no había mostrado ningún reparo en hablar, y por eso Mary se preguntó qué era lo que dejaba sin decir. Y entonces lo comprendió.

—Pero a usted le cegaba la idea de perder a Ponter.

Daklar ni asintió ni negó con la cabeza, pero Mary supo que había acertado.

—Bueno, pues —dijo Mary. No tenía ni idea de si Ponter le había hablado o no a Daklar sobre su relación con ella durante la primera vez que fue al mundo de Mary y...

... y sin duda no había tenido oportunidad de hablar con Daklar de la relación que había cimentado desde entonces, pero...

Pero Daklar era una mujer. Podía pesar más de cien kilos y levantar el doble de esa cantidad, y podía tener vello suave en las mejillas. Pero era una mujer, un miembro femenino del género Horno, y sin duda captaba las cosas tan claramente como Mary. Si Daklar no estaba enterada del interés de Ponter por Mary hasta aquel día, sin duda lo estaba ahora. No sólo por lo cegadoramente obvio (que Ponter había traído a Mary para ocupar el lugar de su mujer-compañera muerta en la unión de su hija), sino por cómo Ponter miraba a Mary, lo cerca que permanecía de ella. Su postura, su lenguaje corporal, sin duda hablaban tan elocuentemente a Daklar como a Mary.

—Bien, pues, sí —dijo Daklar, repitiendo las palabras de Mary.

Mary miró hacia la fiesta de la boda. Ponter trabajaba en el ciervo muerto con Jasmel, Tryon y Bal, pero no dejaba de mirar en su dirección. Si hubiera sido un gliksin, tal vez Mary hubiese sido incapaz de leer su expresión a tanta distancia, pero los rasgos de Ponter, y sus emociones, estaban escritos en mayúsculas en su ancho rostro. Evidentemente, estaba claramente nervioso por la conversación que Mary y Daklar mantenían... y bien que podía estarlo, pensó



Mary.

Centró su atención en la hembra neanderthal que tenía delante, los brazos cruzados delante de su ancho (pero no particularmente voluminoso) pecho. Mary había advertido que ninguna de las mujeres que había conocido allí, bueno, destacaban como lo hacía Louise Benoit. Suponía que con los machos y las hembras viviendo vidas casi separadas, las características sexuales secundarias no serían tan importantes.

—Él es de mi especie —dijo Daklar, simplemente.

Y en efecto lo era, pensó Mary, pero...

Pero...

Se negó a mirar a Daklar a los ojos y, sin añadir palabra, Mary Vaughan, mujer, canadiense, Homo sapiens, regresó junto al grupo que arrancaba la piel marrón rojiza del cadáver del animal que uno de ellos había matado solamente con su lanza.

Mary tuvo que admitir que la comida era excelente: la carne jugosa y sabrosa, y las verduras también. Le recordó un viaje que había hecho a Nueva Zelanda hacía dos años para asistir a un congreso: todos habían acudido a un festín hangi maorí.

Pero pronto se terminó y, para sorpresa de Mary, Tryon se marchó con su padre. Mary se inclinó hacia Ponter.

—¿Por qué se separan Tryon y Jasmel? —preguntó.

Ponter pareció sorprendido.

—Todavía faltan dos días hasta que Dos se conviertan en Uno. Mary recordó las dudas que había sentido mientras recorría el camino hacia el altar con Colm, todos aquellos años atrás. Si se lo hubiera pensado bien, podría haberse echado atrás; después de todo, podría haber conseguido una verdadera anulación católica, no una de las falsas que algún día tendría que conseguir, si el matrimonio no se hubiera consumado.

Pero... ¡Dos días!

—Entonces... —dijo Mary lentamente y, haciendo acopio de valor, preguntó —: Entonces no querrás volver a mi mundo hasta cuando termine, ¿no?

—Es un momento muy importante para...

Se calló, y Mary se preguntó si había pretendido terminar la frase con «mi familia» o con «nosotros» ... referido a su especie. Había, después de todo, una gran diferencia en las palabras...

Mary inspiró profundamente.

—¿Quieres que me vaya a casa antes de entonces?

Ponter inspiró también y...

—¡Papá, papá!

La pequeña Megameg corrió hacia su padre. Él se agachó para mirarla directamente a los ojos.

—¿Sí, pequeña?

—Jasmel va a llevarme a casa ahora.

Ponter abrazó a su hija.

—Te echaré de menos —dijo.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Megameg.

Ella se puso las manos en las caderas.

—Lo siento —dijo Ponter, alzando una mano—. Yo también te quiero, Mega.

La niña sonrió.

—Cuando Dos se conviertan en Uno, ¿podremos ir a otro picnic con Daklar?

Mary sintió que el corazón le daba un vuelco.

Ponter miró a Mary, y rápidamente bajó la cabeza, de modo que su arco ciliar le ocultó los ojos.

—Ya veremos.

Jasmel y Daklar se acercaron. Ponter se enderezó y se volvió hacia su hija mayor.

—Estoy seguro de que Tryon y tú seréis muy felices.

Una vez más, Mary se sintió extrañada por la frase. En su mundo, la palabra «juntos» habría ido unida a ese deseo, pero Jasmel y Tryon, aunque unidos ahora, iban a pasar la mayor parte de sus vidas separados. De hecho, presumiblemente Jasmel tendría otra ceremonia de unión en el futuro, cuando eligiera a su mujer-compañera.

Mary sacudió la cabeza. Tal vez sí que sería mejor que volviera a casa.

—Vamos —dijo Daklar, dando un paso al frente y dirigiéndose a Mary—, podemos compartir un cubo de viaje que nos lleve al Centro. Supongo que volverá a alojarse con Lurt, ¿verdad?

Mary miró un instante a Ponter, pero ni siquiera la novia iba a dormir con el novio esa noche.

—Sí —respondió.

—Muy bien —dijo Daklar—. Vamos.

Se acercó a Ponter y, después de un momento de vacilación, Ponter le dio un abrazo de despedida. Mary miró hacia otro lado.

Mary y Daklar hablaron poco durante el viaje de regreso. De hecho, después de unos momentos de embarazoso silencio, Daklar se puso a hablar con la conductora. Mary contemplaba el paisaje. En Ontario no quedaban prácticamente bosques antiguos, pero aquí los había en abundancia.

Por fin, la depositaron en la casa de Lurt. La mujer-compañera de ésta, y la propia Lurt, quisieron enterarse de todos los detalles de la ceremonia de unión, y Mary intentó complacerlas. El joven Dab parecía sorprendentemente bien

educado, y permaneció calladito sentado en un rincón... pero Lurt explicó al cabo de un rato que estaba entretenido en una historia que le leía su Acompañante.

Mary sabía que necesitaba consejo, pero (¡maldición!) aquellas relaciones familiares eran tan complejas... Lurt Pradlo era la mujer-compañera de Adikor Huid, y Adikor Huid era el hombre-compañero de Ponter Boddit. Pero, si Mary entendía las cosas correctamente, no había ninguna relación especial entre Lurt y Ponter, igual que...

Igual que se suponía que no había ninguna relación especial entre Ponter, cuya mujer-compañera fue Klast Harbin, y Daklar Bolbay, que fue la mujer-compañera de Klast.

Y sin embargo resultaba evidente que mantenían una relación especial. Ponter no le había hecho ninguna mención de ello a Mary durante su primera visita a su Tierra, aunque había hablado a menudo de lo que consideraba que había perdido al ser transportado desde su mundo nativo, sin posibilidad aparente de regresar. Había hablado repetidamente de Klast, a quien ya había perdido, y de Jasmel y Megameg y Adikor. Pero nunca de Daklar... al menos, no como de alguien a quien echara de menos.

¿Podría ser nueva la relación entre ambos?

Pero si lo era, ¿hubiese dejado Ponter su mundo durante una temporada larga?

No, espera. Espera. No había sido una temporada larga: tres semanas transcurridas entre un par de Dos que se convierten en Uno. No podría haber visto a Daklar durante ese período aunque se hubiera quedado en casa.

Mary sacudió la cabeza. Necesitaba no sólo consejo... necesitaba respuestas.

Y Lurt parecía la única persona que podía proporcionarlas en el poco tiempo que quedaba entre ese momento y el siguiente Dos que se convierten en Uno. Pero tendría que estar con Lurt a solas... y no había ninguna posibilidad de lograr eso hasta el día siguiente, en el laboratorio.

Ponter estaba tumbado en un sofá que surgía de la pared de madera de su casa, contemplando la pintura del techo. Pabo, tendida en el suelo de hierba junto a él, dormía.

La puerta principal se abrió y entró Adikor. Pabo se despertó y corrió a recibirlo.

—Ésa es mi chica —dijo Adikor, agachándose para rascar la cabeza de la perra.

—Hola, Adikor —dijo Ponter, sin levantarse.

—Hola, Ponter. ¿Cómo ha ido la ceremonia de la unión?

—A ver cómo te lo explico. ¿Qué es lo peor que podría haber pasado?

Adikor frunció el ceño.

—¿Tryon se clavó la lanza en el pie?

—No, no. Tryon estuvo bien. La ceremonia en sí fue bonita.

—¿Entonces qué?

—Daklar Bolbay estaba presente.

—Cartilagos —dijo Adikor, sentándose en una silla de horcajadas—. Eso habría sido incómodo.

—Ya sabes que dicen que sólo los machos son territoriales, pero...

—¿Qué pasó?

—Ni siquiera lo sé. No es que Mary y Daklar tuvieran una discusión ni nada por el estilo, pero...

—Pero las dos sabían de la otra.

Ponter se puso a la defensiva, incluso él se daba cuenta.

—No les he ocultado nada a ninguna de las dos. Ya sabes que el interés de Daklar me pilló por sorpresa y, bueno, entonces no sabía que volvería a ver a Mary. Pero ahora...

—Dos se convertirán en Uno pasado mañana. No verás a Jasmel, te lo garantizo. Recuerdo el primer Dos que se convierten en Uno después de mi unión con Lurt. Apenas salimos a respirar.

—Lo sé —dijo Ponter—. Y aunque veré a Mega...

—Todavía tendrás que decidir con quién vas a pasar el tiempo... y en casa de quién vas a dormir.

—Esto es ridículo. No tengo ningún compromiso con Daklar.

—Tampoco lo tienes con Mary.

—Lo sé. Pero no puedo dejarla abandonada durante Dos que se convierten en Uno.

Ponter hizo una pausa, esperando que Adikor no se ofendiera por sus siguientes palabras.

—Créeme, sé lo solitario que uno se siente.

—Tal vez ella debería volver a su casa antes de que llegue ese momento —dijo Adikor.

—No creo que le gustara.

—¿Con quién quieres estar tú?

—Con Mary. Pero...

—¿Sí?

—Pero ella tiene su mundo, y yo tengo el mío. Los obstáculos son formidables.

—Si puedo ser tan atrevido, viejo amigo, ¿dónde encajo yo?

Ponter se sentó en el sofá.

—¿Qué quieres decir? Tú eres mi hombre-compañero. Yo nunca permitiría que eso cambiara.

—¿No?

—Por supuesto que no. Te quiero.

—Y yo te quiero a ti. Pero me has hablado de las costumbres gliksin. Mary no busca un hombre—compañero al que pueda ver unos pocos días cada mes, y dudo que quiera encontrar a una mujer—compañera en absoluto.

—Bueno, sí, las costumbres de su gente son distintas, pero...

—Es como los mamuts y los mastodontes —dijo Adikor—. Cierto, se parecen mucho, pero intenta mezclar un mamut macho con una mastodonte hembra. ¡Y cuidado!

—Lo sé —dijo Ponter—. Lo sé.

—No veo cómo vas a conseguir que funcione.

—Lo sé, pero...

—¿Puedo decir algo?

Era la voz de Hak

Ponter se miró el antebrazo izquierdo.

—Claro.

—Sabes que normalmente me mantengo al margen —dijo el Acompañante—. Pero hay un factor que no estás teniendo en cuenta.

—¿Sí?

Hak pasó a los implantes auriculares de Ponter.

—Puede que quieras que te diga esto en privado.

—Tonterías. No tengo secretos para Adikor.

—Muy bien —dijo Hak pasando al altavoz externo—. La sabia Vaughan se está recuperando de una experiencia traumática. Sus emociones y su conducta últimamente pueden ser atípicas.

Adikor ladeó la cabeza.

—¿Qué experiencia traumática? Quiero decir, sé que comer una comida que Ponter haya ayudado a preparar puede ser devastador, pero...

—Mary fue violada —dijo Ponter—. En su mundo. Justo antes de que yo llegara allí.

—Oh —dijo Adikor, poniéndose serio inmediatamente—. ¿Qué le hicieron al tipo que la violó?

—Nada. Se escapó.

—¿Cómo es posible ... ?

Ponter alzó el brazo izquierdo.

—No hay Acompañantes. No hay justicia.

—Huesos sin tuétano —dijo Adikor—. En qué mundo deben vivir...

Al día siguiente, Mary recorrió el pasillo del edificio donde se encontraba el laboratorio, apartándose para dejar paso a uno de los extraños robots que correteaban por los rincones de la sociedad neanderthal. Se preguntó por un momento por la economía de aquel mundo. Tenían IA, incluso robots. Pero también tenían un equivalente a los taxistas: estaba claro que no todos los trabajos habían sido automatizados.

Mary continuó su camino hasta que llegó a la habitación donde trabajaba Lurt.

—¿Tienes pensado hacer un descanso pronto? —preguntó, sabiendo lo mucho que ella misma odiaba que la interrumpieran cuando el trabajo iba bien.

Lurt miró la pantalla de su Acompañante, al parecer consultando la hora.

—Claro —dijo.

—Bien. ¿Podemos ir a dar un paseo? Necesito hablar.

Mary y Lurt salieron al exterior. Lurt adoptó la postura que Mary había visto adoptar frecuentemente a los neanderthales, inclinando levemente la cabeza hacia delante para que el ceño proporcionara la máxima sombra a los ojos. Mary se puso una mano por visera, contra la frente plana, intentando conseguir el mismo efecto. Aunque tenía asuntos más acuciantes en mente, haberse olvidado las Foster Grants al otro lado empezaba a ser una molestia.

—¿No tenéis gafas de sol? —preguntó.

—La gente que las necesita para ver, sí.

Mary sonrió.

—No, no, no. —Señaló hacia arriba—. Gafas de sol. Gafas que son oscuras para bloquear parte de la luz del sol.

—Ah —dijo Lurt—. Sí, esas cosas existen, aunque nosotros las llamamos —había hablado de corrido, pero hubo una pausa en la traducción mientras el Acompañante de Mary decidía cómo interpretar lo que Lurt había dicho—: escudos contra el resplandor de la nieve.

Mary lo comprendió de inmediato. Los ceños prominentes protegían eficazmente de la luz proveniente de arriba, y aunque el ancho rostro y la ancha nariz probablemente protegían los ojos de la luz reflejada por el suelo, habría veces en que las gafas oscuras serían útiles.

—¿Es posible conseguirme un par?

—¿Necesitas dos? —preguntó Lurt.

—Mm, no. Nosotros, ah, nos referimos a las gafas en plural... ya sabes, porque hay dos lentes.

Lurt sacudió la cabeza, pero de buen humor.

—Bien podéis referiros también a un par de «pantalones» —dijo—. Después de todo, tienen dos perneras.

Mary decidió no insistir.

—En cualquier caso, ¿puedo conseguir un escudo contra el resplandor de la nieve?

—Claro. Hay una pulidora de lentes aquí cerca.

Pero Mary vaciló.

—No tengo dinero... ni forma de pagarlas. Quiero decir, de pagarlo.

Lurt indicó el antebrazo de Mary y, al cabo de un momento, Mary advirtió que indicaba al Acompañante que llevaba allí. Mary presentó el antebrazo para que Lurt lo inspeccionara. Tiró de un par de diminutos controles y vio cómo en la pantalla bailaban unos símbolos.

—Lo que imaginaba —dijo Lurt—. Este Acompañante está conectado a la cuenta de Ponter. Puedes adquirir lo que desees, y él lo pagará.

—¿De verdad? Guau.

—Vamos, la tienda de la pulidora de lentes está por aquí.

Lurt cruzó una ancha franja de alta hierba, y Mary la siguió. Se sentía algo culpable gastando el dinero de Ponter, dado de lo que quería hablar con Lurt, pero empezaba a dolerle la cabeza y no quería tratar un tema tan delicado allí donde pudieran oír las compañeras de Lurt. No, más que eso: Mary estaba aprendiendo las costumbres neanderthales. Sabía que cuando estaban bajo techo, o cuando el viento no soplaba, un neanderthal podía saber lo que pensaba o sentía la persona con la que estaba hablando simplemente inhalando sus feromonas.

Mary se sentía en desventaja, y desnuda, en tales circunstancias. Pero ese día soplabla una buena brisa, y mientras estuvieran caminando Lurt tendría que creer las palabras de Mary.

Entraron en el edificio que había señalado Lurt. Era una instalación grande de tres árboles, tan juntos que sus ramas se entrelazaban en un único dosel en lo alto.

Mary se sorprendió por lo que veía. Esperaba una especie de óptica del mundo paralelo, dedicada a las gafas, pero gran parte del negocio de las ópticas se debía a la moda, y los neanderthales, con su naturaleza conservadora, no seguían moda alguna. También, con una población más pequeña, la infinita especialización del trabajo al parecer no era posible. Aquella pulidora de lentes fabricaba todo tipo de aparatos ópticos. Su tienda estaba llena de lo que eran sin duda telescopios, microscopios, cámaras, proyectores, lupas, flashes y demás. Mary intentó captar/o todo, segura de que Lilly, Kevin y Frank la coserían a preguntas cuando regresara al Grupo Sinergia.

Salió una neanderthal mayor. Mary se puso a prueba a sí misma, intentando determinar la generación de la mujer. Parecía tener más de setenta años, lo que la convertiría en... veamos, una 142. La mujer abrió mucho los ojos al ver a Mary, pero se recuperó rápidamente.

—Día sano —dijo.

—Día sano —respondió Lurt—. Ésta es mi amiga Mary.

—Sí, en efecto —dijo la 142—. ¡Del otro universo! Mi exhibicionista favorito ha estado mostrando imágenes tuyas desde que llegó.

Mary se estremeció.

—Mary necesita un escudo contra el resplandor de la nieve —dijo Lurt.

La mujer asintió y desapareció un momento en la parte trasera de su tienda. Cuando regresó, traía un par de lentes oscuras (azul oscuro, no grises o ámbar que era a lo que estaba acostumbrada Mary), sujetas a una banda ancha que parecía el elástico sacado de un par de Fruits of the Loom.

—Pruébese esto —dijo.

Mary tomó las lentes, pero no estaba segura de cómo ponérselas.

Lurt se echó a reír.

—Así —dijo, agarrándolas y estirando el elástico hasta que pudo colocárselas



fácilmente sobre la cabeza a Mary.

—Normalmente la banda encaja aquí —dijo Lurt, pasándose el dedo por la depresión de su prominente ceño y su frente—. Eso impide que resbale.

Y, en efecto, la banda se le resbalaba. La pulidora de lentes también se dio cuenta.

—Déjeme que le traiga uno de niño —dijo, y desapareció otra vez.

Mary intentó no sentirse avergonzada. Los gliksins tenían el cráneo alto; los neanderthales lo tenían achatado. La mujer regresó con otro par, con una banda elástica menos generosa. Le quedaban mejor.

—Puede subir o bajar las lentes, según necesite —dijo la mujer, haciéndole una demostración a Mary.

—Gracias. Mmm, ¿cómo...?

—¿Se paga? —preguntó Lurt, sonriendo—. Sal de la tienda: será cargado a tu cuenta.

Ésa era una buena forma de acabar con los ladrones, pensó Mary.

—Gracias —dijo, y ella y Lurt volvieron a salir al exterior.

Con las lentes Mary se sintió mucho más cómoda, aunque el tono azul que le daban a todo le hacía sentir aún más frío del que ya tenía. Mientras caminaban, Mary abordó el tema del que quería hablar.

—No sé cuáles son los protocolos aquí. No soy política ni diplomática ni nada por el estilo. Y desde luego no quiero ofenderte ni ponerte en una situación comprometida, pero...

Caminaban por otra franja de alta hierba, ésta decorada a intervalos con estatuas de tamaño natural de lo que presumiblemente eran destacadas neanderthales, todas femeninas.

—¿Sí? —instó Lurt.

—Bueno, me preguntaba por la relación de Ponter con Daklar Bolbay.

—Daklar era la mujer-compañera de la mujer-compañera de Ponter. Nuestro término técnico para esa interacción es tulagark. Ponter es el tulagarkap de Daklar, y Daldar es la tulagarlob de Ponter.

—¿Eso implica normalmente una ... una relación íntima?

—Puede ser, pero no tiene por qué. Ponter es mi propio tulagarkap, después de todo: el compañero del mismo sexo de mi compañero del sexo opuesto, Adikor. Ponter y yo somos bastante íntimos. Pero a menudo es una relación meramente cordial, y ocasionalmente un poco hostil.

—Ponter y Daklar parecen ser... íntimos.

Lurt dejó escapar una fría risa.

—Daklar presentó cargos contra mi Adikor en ausencia de Ponter. No puede existir afecto alguno entre Ponter y Daklar ahora.

—Eso habría pensado yo. Pero lo hay.

—Estás malinterpretando los signos.

—La propia Daklar me lo dijo.

Lurt dejó de caminar, quizá sorprendida, quizá para tratar de olisquear las feromonas de Mary.

—Oh —dijo por fin.

—Sí. Y, bueno...

—¿Sí?

Mary hizo una pausa, y un gesto para que continuaran caminando. Una nube cubrió el sol.

—No has visto a Adikor desde la última vez que Dos se convirtieron en Uno, ¿verdad?

Lurt asintió.

—¿Has hablado con él?

—Brevemente. Por un asunto referido a Dab.

—¿Pero no sobre ... sobre Ponter ... y yo?

—No.

—¿Estás ... estás obligada a compartirlo todo con Adikor? No me refiero a posesiones: me refiero a conocimiento. Chismes.

—No, por supuesto que no. Tenemos un dicho: «Lo que pasa cuando Dos están separados es mejor que siga separado» .

Mary sonrió.

—Muy bien, pues. No quiero que Ponter se entere de esto, pero... bueno, y o, mm... me gusta.

—Tiene una agradable disposición —dijo Lurt.

Mary contuvo una sonrisa. El propio Ponter había dicho que no era atractivo según los cánones de su gente, cosa que a Mary no le importaba ni podía distinguir. Pero las palabras de Lurt le recordaron lo que normalmente se decía de la gente guapa en su propio mundo.

—Quiero decir... que me gusta mucho —dijo Mary.

Dios, se sentía como si tuviera otra vez catorce años.

—¿Sí?

—Pero a él le gusta Daklar. Pasaron juntos parte, o tal vez todo el último Dos que se convierten en Uno.

—¿De verdad? Sorprendente.

Lurt se hizo a un lado, dejando paso a un par de mujeres más jóvenes que iban de la mano.

—Naturalmente, el último Dos que se convierten en Uno tuvo lugar antes de reestablecer contacto con vuestro mundo. ¿Tuvisteis sexo Ponter y tú cuando estuvo allí la primera vez?

Mary se sintió azorada.

—No.

—¿Y habéis tenido sexo desde entonces? Dos no se han convertido en Uno

desde entonces, pero comprendo que Ponter pasó mucho tiempo en vuestro mundo en el último par de diez días.

Mary sabía por Ponter que las conversaciones sobre sexo no eran tabú en su mundo. A pesar de todo notó que las mejillas se le encendían.

—Sí.

—¿Cómo fue? —preguntó Lurt.

Mary lo pensó un segundo, y después, como no tenía ni idea de cómo lo expresaría el traductor, pero sin tener una palabra mejor a mano, dijo simplemente:

—Caliente.

—¿Lo amas?

—Yo... no lo sé. Creo que sí.

—No tiene mujer—compañera, estoy segura de que lo sabes.

Mary asintió.

—Sí.

—No sé cuánto tiempo permanecerá abierto este portal entre nuestros dos mundos —dijo Lurt—. Puede que sea permanente, puede que se cierre mañana... incluso con tantos de nuestros principales ciudadanos al otro lado, el portal podría ser inestable. Pero aunque fuera permanente, ¿pretendes de algún modo vivir una vida con Ponter?

—No lo sé. No sé si es siquiera una posibilidad.

—¿Tienes hijos?

—¿Yo? No.

—¿Y no tienes hombre—compañero?

Mary inspiró profundamente y examinó un puñado de cubos de viaje que pasaban.

—Bueeeeno —dijo—, es complicado. Estuve casada, unida, a un hombre llamado Colm O'Casey. Mi religión...

Un bliip.

—Mi sistema de creencias no permite una fácil disolución de esas uniones. Colm y yo no vivimos juntos desde hace años, pero técnicamente seguimos unidos todavía.

—¿« Vivir juntos » ? —repitió Lurt, asombrada.

—En mi mundo, el hombre vive con su mujer—compañera.

—¿Y su propio hombre—compañero?

—No existe. Sólo hay dos personas en la relación.

—Increíble —dijo Lurt—. Yo amo enormemente a Adikor, pero desde luego no querría vivir con él.

—Es la costumbre de mi gente.

—Pero no de la mía —dijo Lurt—. Si fueras a continuar esta relación con Ponter, ¿dónde viviríais los dos? ¿En su mundo o en el tuyo? Él tiene hijas aquí, lo

sabes, y un hombre—compañero, un trabajo que le gusta.

—Lo sé —dijo Mary; el corazón dolorido—. Lo sé.

—¿Has hablado con Ponter de algo de esto?

—Iba a hacerlo, pero... pero entonces descubrí lo de Daklar.

—Sería muy difícil que funcionara —dijo Lurt—. Sin duda lo comprendes.

Mary resopló ruidosamente.

—Lo comprendo. —Hizo una pausa—. Pero Ponter no es como los otros hombres que conozco.

Se le ocurrió una comparación tonta: Jane Porter y Tarzán de los monos. Jane se había vuelto loca por Tarzán, quien en efecto no se parecía a ningún hombre que había conocido. Y Tarzan, salvaje, criado por simios tras la muerte de sus padres, lord y lady Greystoke, era único, verdaderamente único. Pero Ponter había dicho que había ciento ochenta y cinco millones de habitantes en su mundo, y tal vez todos aquellos hombres eran como Ponter, distintos a los ásperos, rudos, sañudos y débiles hombres del mundo de Mary.

Pero, al cabo de un momento, Lurt asintió.

—Sí, Ponter tampoco se parece a los otros hombres que conozco. Es sorprendentemente inteligente y verdaderamente amable. Y...

—¿Sí? —dijo Mary, ansiosamente.

Pero pasó un rato antes de que Lurt continuara.

—Hubo un hecho, en el pasado de Ponter. Fue... herido.

Mary tocó amablemente el enorme antebrazo de Lurt.

—Sé lo que pasó entre Ponter y Adikor. Lo sé por la mandíbula de Ponter.

Mary vio que la ceja continua de Lurt subía hacia su frente antes de volver su atención hacia el camino que tenían delante.

—¿Ponter te lo dijo?

—Lo de la fractura, sí. Yo la había visto en radiografías. No quién se la hizo. Me enteré por Daklar.

Lurt pronunció una palabra que no fue traducida, y luego dijo:

—Bueno, sabes que Ponter perdonó a Adikor, total y completamente. Es algo que poca gente hubiese hecho. —Hizo de nuevo una pausa—. Y, supongo, dada su admirable trayectoria en estos asuntos, que no es muy sorprendente que al parecer haya perdonado a Daklar también.

—Bueno —dijo Mary—, ¿qué debo hacer?

—Tenía entendido que tu gente cree en una especie de existencia después de ésta.

Mary se sobresaltó ante el aparente non sequitur.

—Mm, sí.

—Nosotros no, como estoy segura de que te habrá dicho Ponter. Tal vez, si creyéramos que hay más en la vida que sólo esta existencia, tendríamos una filosofía diferente. Pero déjame que te cuente cuál es el principio que nos guía.

—Por favor.

—Vivimos nuestras vidas para minimizar los pesares en el lecho de muerte. Eres una 145, ¿no?

—Tengo treinta y nueve... años, quiero decir.

—Sí. Bueno, entonces estás quizás en la mitad de tu vida. Pregúntate a ti misma si... dentro de otros treinta y nueve años, por usar tus palabras, cuando tu vida esté terminando, lamentarás no haber intentado conseguir que tu relación con Ponter funcione.

—Sí, eso creo.

—Escucha con atención mi pregunta, amiga Mary. No te estoy preguntando si lamentarías no intentar esta relación si fuera a tener éxito. Te estoy preguntando si lamentarías no intentarlo aunque fracasase.

Mary entornó los ojos a pesar de que se sentía cómoda tras las lentes azules.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir.

—Mi contribución es la química —dijo Lurt—. Ahora. Pero no fue mi primera opción. Quise escribir historias, crear ficción.

—¿De verdad?

—Sí. Pero fracasé. No había público para mis relatos, ninguna respuesta positiva a mi trabajo. Y por eso tuve que hacer una contribución diferente; tenía aptitud para las matemáticas y las ciencias, y por eso me hice química. Pero no lamento haber intentado y fracasado escribir ficción. Naturalmente, hubiese preferido tener éxito, pero en mi lecho de muerte sabría que me sentiría más triste si no lo hubiera intentado nunca, si nunca hubiera intentado ver si podría tener éxito con eso, en vez de intentarlo y fracasar. Lo intenté... y fracasé. Pero soy feliz por el conocimiento que obtuve del intento.

Lurt hizo una pausa.

—Obviamente, tú serás más feliz si tu relación con Ponter sale bien. ¿Pero serás más feliz en tu lecho de muerte, amiga Mary, sabiendo que intentaste una relación a largo plazo con Ponter y fracasaste o que nunca lo intentaste siquiera?

Mary reflexionó sobre esto. Caminaron en silencio varios minutos.

—Tengo que intentarlo —dijo Mary por fin—. Me odiaría a mí misma si al menos no lo intentara.

—Entonces —dijo Lurt—, tu camino está claro.

Todavía faltaba un día para que Dos se convirtieran en Uno, pero Ponter y Mary se encontraron en el Pabellón de Archivos de Coartadas. Ponter la había conducido al ala sur, y ahora estaban delante de una pared llena de pequeños compartimentos, cada uno con un cubo de granito reconstituido de aproximadamente el tamaño de una pelota de voleibol. Mary había aprendido a leer los números neanderthales. Aquel cubo en concreto al que Ponter acercaba su Acompañante era el número 16.321. No tenía ninguna otra etiqueta pero, como en todos los cubos, una luz azul brillaba en el centro de una de sus caras.

Mary sacudió la cabeza, asombrada.

—¿Tu vida entera está grabada aquí dentro?

—Sí.

—¿Todo?

—Bueno, todo menos el trabajo realizado allá abajo, en las instalaciones de cálculo cuántico: las señales de mi Acompañante no podían atravesar los miles de brazadas de roca de encima. Oh, y mi primer viaje entero a tu mundo falta también.

—¿Pero el segundo viaje no?

—No, eso se descargó en cuanto los archivos de coartadas readquirieron la señal de Hak, cuando salimos de la mina. Una grabación entera de ese viaje está guardada aquí.

Mary no estaba del todo segura de cómo se sentía por eso. Desde luego no era un modelo de buena chica católica, pero ahora había una película porno de primera ahí dentro...

—Sorprendente —dijo Mary, Lilly, Kevin y Frank, del Grupo Sinergia, matarían por estar delante. Miró de nuevo el bloque de granito reconstituido. ¿Puedes borrar las memorias almacenadas?

—¿Por qué querías hacer eso? —preguntó Ponter. Pero entonces apartó la mirada—. Lo siento. Una pregunta estúpida.

Mary negó con la cabeza. A pesar de lo que habían venido a investigar, Mary no estaba pensando en la violación.

—La verdad es que estaba pensando en mi primer matrimonio. De repente sintió que las mejillas se le ponían coloradas. Nunca antes se había referido al

tema como su primer matrimonio.

—De todas formas —dijo—, empecemos.

Ponter asintió y se acercaron al mostrador, donde le habló a una mujer mayor.

—Me gustaría acceder a mi propio archivo, por favor.

—¿Identificación? —dijo la mujer.

Ponter pasó el brazo por encima de una placa escáner situada sobre el mostrador. La mujer miró una pantalla cuadrada.

—¿Ponter Boddit? —dijo—. Creía que estaba muerto.

—Graciosa —dijo Ponter—. Muy graciosa.

La mujer sonrió.

—Vengan conmigo.

Los condujo de vuelta al cubo de coartadas de Ponter, que acercó a Hak a la luz azul.

—Yo, Ponter Boddit, deseo acceder a mi propio archivo de coartadas por razones de curiosidad personal. Sello temporal.

La luz se volvió amarilla.

La mujer mayor alzó entonces su Acompañante.

—Yo, Mabla Dabdab, mantenedora de coartadas, certifico que la identidad de Ponter Boddit ha sido confirmada en mi presencia. Sello temporal.

La luz se volvió roja y sonó un pitido.

—Todo listo —dijo Dabdab—. Pueden usar la sala siete.

—Gracias —respondió Ponter—. Día sano.

Ponter condujo a Mary hasta la sala de visionado. Por primera vez, ella comprendió realmente cómo debía de sentirse Ponter en su mundo. Pudo sentir que todos los ojos en aquel enorme lugar se volvían hacia ella, ansiosos. Trató de no parecer cohibida.

Ponter entró en la sala, que tenía una pequeña consola amarilla montada en la pared y dos de aquellas sillas para sentarse a horcajadas que tanto gustaban a los neanderthales, presumiblemente por sus anchas caderas. Se acercó al panel de control y empezó a tirar de las varillas que manejaban la unidad. Mary miró por encima del hombro.

—¿Cómo es que no usáis botones? —preguntó.

—¿Botones? —repitió Ponter.

—Ya sabes, esos interruptores mecánicos que se aprietan.

—Oh. Lo hacemos en algunas aplicaciones. Pero no en muchas. Si alguien resbala y cae, puede golpear accidentalmente los botones con la mano. De las clavijas de control hay que tirar: las consideramos más seguras.

Mary recordó un episodio de Star Trek en el que Spock, nada menos, apretaba por accidente algunos botones mientras se ponía en pie, alertando a los romulanos de la presencia de la Enterprise.

—Tiene sentido —dijo.

Ponter siguió tirando de las varillas.

—Muy bien —dijo por fin—. Ya está.

Para asombro de Mary, una gran esfera transparente apareció en el centro de la sala, flotando libremente. Se fue dividiendo en esferas más y más pequeñas, cada una teñida de un color distinto. La subdivisión continuó hasta que Mary advirtió que estaba viendo una imagen tridimensional de la sala de interrogatorios de la comisaría de policía de Toronto. Allí estaba el detective Hobbes, de espaldas a ellos, hablándole a alguien. Y allí estaban la propia Mary, más gruesa de lo que le gustaba, y Ponter. Ponter alargó la mano para hacerse con el clasificador que Hobbes había dejado sobre la mesa, y lo hojeó rápidamente. Las imágenes de las páginas pasaron demasiado rápidamente para que Mary las viera, pero Ponter regresó al principio, y luego las reprodujo lentamente. Para sorpresa de Mary, la imagen no se volvió borrosa ni nada: podía leer fácilmente las páginas mientras pasaban, aunque tuvo que ladear la cabeza para hacerlo.

—¿Bien? —preguntó Ponter.

—Espera un segundo... —dijo Mary, buscando algo que no supiera ya—. No, nada. ¿Puedes pasar a la siguiente página, por favor? ¡Ahí! Para. Muy bien, vamos a ver...

De repente Mary sintió un nudo en el estómago.

—Oh, Dios mío —dijo—. Dios mío.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ponter.

Mary retrocedió, tambaleándose. Tropezó contra una silla de horcajadas y la utilizó para sujetarse.

—La otra víctima...

—¿Sí? ¿Sí?

—Fue Kaiser Remtulla.

—¿Quién?

—Mi jefa, Mi amiga. La jefa del Departamento de Genética de York

—Lo siento —dijo Ponter.

Mary cerró los ojos.

—Y yo también —dijo—. Si por lo menos...

—Mary —dijo Ponter, poniéndole una mano en el hombro, lo pasado, pasado está. No puedes hacer nada al respecto. Pero tal vez haya algo que hacer de cara al futuro.

Ella alzó la cabeza pero no dijo nada.

—Lee el resto del informe. Tal vez encuentres información útil. Mary tardó un momento en recuperar la compostura, luego regresó al halo grama y siguió leyendo, a pesar del picor en los ojos, hasta que...

—¡Sí! —exclamó—. ¡Sí, sí!

—¿Qué pasa?



—La policía de Toronto —dijo Mary—. Tienen pruebas físicas del ataque a Qaiser. Datos completos de la violación. —Hizo una pausa—. Tal vez pillen al hijo de puta, después de todo.

Pero Ponter frunció el ceño.

—El controlador Hobbes no parecía seguro.

—Lo sé, pero... —Mary suspiró—. No, probablemente tengas razón. —Guardó silencio un momento—. No sé si podré volver a mirar a Qaiser a la cara.

Mary no pretendía tratar el tema de la vuelta a casa, de verdad que no. Pero si quería ver a Qaiser, tendría que regresar, y allí estaba, en el aire, flotando entre ellos.

—Ella te perdonará —dijo Ponter—. El perdón es una virtud cristiana.

—Qaiser no es cristiana, sino musulmana.

Mary frunció el ceño, avergonzada de su propia ignorancia. ¿Tenían los musulmanes el perdón en alta estima también? Pero no, no. Eso no importaba. Si la situación hubiese sido la contraria, ¿podría Mary haber perdonado de verdad a Qaiser?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—¿Sobre el violador? Lo que podamos, cuando podamos.

—No, no. No sobre el violador. Sobre mañana. Sobre Dos que se convierten en Uno.

—Ah —dijo Ponter—. Sí.

—Jasmel lo pasará con Tryon, ¿no?

Ponter sonrió.

—Oh, sí, desde luego.

—Y acabas de ver a Megameg.

—Nunca la veo lo suficiente... pero comprendo lo que quieres decir.

—Y eso deja...

Ponter suspiró.

—Eso deja a Daklar.

—¿Qué va a hacer?

Ponter lo consideró.

—Ya he violado la tradición viniendo al Centro un día antes. Supongo que no importará si vaya ver a Daklar ahora.

El corazón de Mary dio un vuelco.

—¿Solo?

—Sí —dijo Ponter—. Solo.

Ponter esperaba ante la puerta de la oficina de Daklar, intentando hacer acopio de valor. Se sentía como si hubiera vuelto al mundo gliksin: todas las hembras que pasaban por su lado lo miraban como si no perteneciera a aquel

lugar.

Y, en efecto, no pertenecía... hasta el día siguiente. Pero aquello no podía esperar. De todas formas, a pesar de haberlo repasado mentalmente durante el largo trayecto desde el Pabellón de Archivos de Coartadas, no tenía ni idea de como empezar. Tal vez...

De repente, la puerta de la oficina de Daklar se desplegó.

—¡Ponter! —exclamó ella—. ¡Me pareció olerte!

Abrió los brazos, esperando recibirlo, y él acudió al abrazo. Pero ella debió de sentir la tensión en su espalda.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué va mal?

—¿Puedo pasar? —preguntó Ponter.

—Sí, por supuesto.

Ella entró en su oficina (semicircular, la mitad del núcleo ahuecado de un tronco enorme), y Ponter la siguió, cerrando la puerta tras él.

—No estaré aquí, en este mundo, para el Dos que se convierten en Uno.

Daklar abrió mucho los ojos.

—¿Te han llamado de la otra Tierra? ¿Algo va mal allí?

Ponter sabía que las cosas que iban mal allí eran innumerables, pero negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, Ponter, tus hijas querrán verte.

—Jasmel no querrá ver a nadie más que a Tryon.

—¿Y Mega?

Ponter asintió.

—Ella se entristecerá, sí.

—¿Y... y o?

Ponter cerró los ojos un momento.

—Lo siento, Daklar. Lo siento muchísimo.

—Es ella, ¿verdad? Esa mujer gliksin.

—Su nombre es... —y Ponter deseó fervientemente poder defenderla adecuadamente, deseó poder pronunciar su nombre bien—. Su nombre es Mary.

Pero Daklar se aprovechó.

—¡Escúchate! ¡Ni siquiera puedes pronunciar su nombre! Ponter, nunca funcionará entre vosotros. Sois de mundos distintos... ¡ella ni siquiera es uno de nosotros!

Ponter se encogió de hombros.

—Lo sé, pero...

Daklar dejó escapar un enorme suspiro.

—Pero vas a intentarlo. Cartílagos, Ponter, los hombres nunca dejáis de sorprenderme. Os agarráis a cualquier cosa.

Ponter volvió atrás 229 meses, cuando estaba en la Academia de Ciencias

con Adikor, cuando tuvieron aquella estúpida pelea, cuando él provocó tanto a Adikor que éste lanzó el puño contra su cara. Hacía tiempo que había perdonado a Adikor, pero ahora, finalmente, comprendió, comprendió estar tan enfurecido que la violencia pareciera la única alternativa.

Se dio media vuelta y salió en tromba del edificio, buscando algo que destruir.

Mary y Ponter regresaron a las instalaciones de cálculo cuántico.

Los esperaba un varón 143 de aspecto distinguido, a quien Ponter reconoció de inmediato.

—Goosa Kusk—dijo, la voz llena de asombro—. Es un honor conocerle.

—Gracias —dijo Goosa—. He oído hablar de ese desagradable asunto del otro mundo... que le dispararon con una especie de arma de proyectiles y todo eso.

Ponter asintió.

—Bien, Lonwis Trob contactó conmigo y me sugirió una idea para que este tipo de cosas no vuelvan a suceder. Su sugerencia fue interesante, pero he decidido abordar el asunto de otra manera.

Sacó de una mesa un largo objeto de metal plano.

—Esto es un generador de campos de fuerza —exclamó—. Detecta cualquier proyectil en cuanto entra en el campo sensor del Acompañante y, en cuestión de nanosegundos, levanta una barrera de fuerza electrofuerte. La barrera tiene sólo unos tres palmos de ancho y solamente dura aproximadamente un cuarto de latido: algo de más duración requeriría demasiada energía. Pero es completamente rígida y completamente impenetrable. Lo que la golpee saldrá rebotado. Si alguien le dispara con uno de esos proyectiles de metal, la barrera lo deflectará. También deflectará lanzas, puñaladas, puñetazos y todo eso. Todo lo que se mueva más despacio no disparará la barrera, así que no interferirá con la gente que le toque o que usted toque. Pero si otro gliksin quiere matarlo, tendrá que idear un método mucho mejor.

—Goosa —dijo Mary—. Es sorprendente.

Goosa se encogió de hombros.

—Es ciencia. —Se volvió hacia Ponter—. Tome, colóqueselo en el antebrazo, en el lado contrario al Acompañante.

Ponter extendió el brazo izquierdo, y Goosa le colocó el aparato.

—Y este cable de fibra óptica se conecta con el enchufe de expansión del Acompañante... así.

Mary lo miró, asombrada.

—Es como un airbag personal —dijo. Entonces, advirtiendo la expresión de

Goosa, añadió—: No quiero decir que funcione de la misma forma, los airbags son bolsas de seguridad que se inflan de modo casi instantáneo en las colisiones de automóviles a gran velocidad. Pero es más o menos el mismo principio. Un escudo de seguridad que se despliega rápido. —Sacudió la cabeza—. Podría ganar una fortuna vendiéndolos en mi Tierra.

Pero Goosa negó con la cabeza.

—Para mi gente, estos aparatos evitan el problema subyacente: su gente nos dispara con sus armas. Para ustedes, sólo serían un paliativo. La verdadera solución no es protegerse contra las armas, sino deshacerse de ellas.

Mary sonrió.

—Me encantaría verlo debatir con Charlton Heston.

—Esto es maravilloso —dijo Ponter—. ¿Está seguro de que funciona? —Vio la expresión de Goosa—. No, por supuesto que funciona. Lamento haberlo preguntado.

—Ya he enviado once ejemplares a nuestro contingente al otro lado —dijo Goosa—. Normalmente se suele desear un viaje seguro. Eso está ya resuelto. Así que, en cambio, simplemente le desearé buen viaje.

Mary y Ponter atravesaron el túnel, cruzando el umbral entre universos. Al otro lado, el teniente Donaldson, el mismo oficial del Ejército canadiense que Ponter había conocido previamente, los saludó.

—Bienvenido otra vez, enviado Boddit. Bienvenida a casa, profesora Vaughan.

—Gracias —respondió Ponter.

—No estábamos seguros de cuándo iba a volver, ni de si iba a hacerlo —dijo Donaldson—. Tendrá que darnos un poco de tiempo para llamar a los guardaespaldas. ¿Cuál es su destino? ¿Toronto? ¿Rochester? ¿La ONU?

Ponter miró a Mary.

—No lo hemos decidido.

—Bueno, entonces tendremos que elaborar un itinerario, para asegurarnos de que tenga protección en todo momento. Hay un contacto del CSIS con la policía de Sudbury ahora y...

—No —dijo Ponter simplemente.

—Yo... ¿cómo?

Ponter metió la mano en una de las bolsas de su cinturón médico y sacó su pasaporte canadiense.

—¿No me permite esto el libre acceso a este país? —preguntó.

—Bueno, sí, pero...

—¿No soy ciudadano canadiense?

—Sí que lo es, señor. Vi la ceremonia por la tele.

—¿Y no son los ciudadanos libres de ir y venir a su antojo, sin escolta armada?

—Bueno, normalmente, pero esto...

—Esto es normal —dijo Ponter—. Es normal a partir de ahora: la gente de mi mundo pasará a su mundo, y la gente de su mundo pasará al mío.

—Todo esto es para su protección, enviado Boddit.

—Lo comprendo. Pero no requiero protección alguna. Llevo un escudo que impedirá que sea herido otra vez. Así que no corro ningún riesgo, y no soy ningún criminal. Soy un ciudadano libre y deseo poder moverme sin escolta y sin trabas.

—Yo... Mm, tendré que contactar con mi superior —dijo Donaldson.

—No perdamos el tiempo con intermediarios —dijo Ponter—. Cené hace poco con su primer ministro, y me dijo que si alguna vez necesitaba algo, lo llamara. Que se ponga al teléfono.

Mary y Ponter subieron en el ascensor de la mina y llegaron hasta el coche de Mary, que llevaba aparcado en el edificio del ONS desde que ella había pasado al otro lado. Era temprano y pudieron regresar a Toronto, y aunque al principio Mary pensó que los seguían a pesar de todo, muy pronto el suyo fue el único coche en la carretera.

—Sorprendente —dijo—. Nunca creí que te dejaran irte por tu cuenta.

Ponter sonrió.

—¿Qué tipo de viaje romántico sería éste si nos acompañaran a todas partes?

Durante el resto del viaje hasta Toronto no hubo incidentes. Fueron al apartamento de Mary en Observatory Lane, en Richmond Hill; se ducharon juntos, se cambiaron (Ponter había traído su bolsa trapezoidal, llena de ropa) y luego se dirigieron a la comisaría de la División 31. Mary tenía que ocuparse primero de aquel asunto sin resolver, pues dijo que no podría relajarse hasta que lo hiciera. Llevó consigo su libro de recortes.

Para llegar a la comisaría tuvieron que atravesar el campus de York, y luego pasar por lo que incluso Ponter advirtió que era un barrio peligroso.

—Ya lo advertí en nuestra primera visita. Las cosas parecen desordenadas en esta zona.

—Driftwood —dijo Mary, como si eso lo explicara todo—. Es una parte muy pobre de la ciudad.

Continuaron su camino, dejando atrás varios edificios de apartamentos de mal aspecto y un pequeño centro comercial con barrotes de hierro en todos los escaparates, y por fin dejaron el coche en el diminuto aparcamiento situado junto a la comisaría.

—Hola, profesora Vaughan —dijo el detective Hobbes, después de que lo llamaran—. Hola, enviado Boddit. No esperaba volver a verlos.

—¿Podemos hablar en privado?—preguntó Mary.

Hobbes asintió y los condujo a la misma sala de interrogatorios donde habían estado antes.

—¿Sabe usted quién soy?—preguntó Mary—. Aparte de este caso, quiero decir.

Hobbes asintió.

—Es usted Mary Vaughan. Ha salido mucho en la prensa últimamente.

—¿Sabe por qué?

Hobbes señaló a Ponter con el pulgar.

—Porque lo ha estado acompañando.

Mary agitó una mano, desdeñosa.

—Sí, sí, sí. ¿Pero sabe por qué me llamaron para que viese a Ponter en primer lugar?

Hobbes negó con la cabeza.

Mary alzó su libro de recortes y lo colocó sobre la mesa delante de Hobbes.

—Échele un vistazo a esto.

Hobbes abrió la tapa de cartón prensado. La primera página tenía pegado un recorte del Toronto Star: « Científica canadiense recibe un premio en Japón ». Pasó la página. Había un artículo de Maclean's: « Rompiendo el hielo: Antiguo ADN recuperado en Yukon ». Y la página de al lado contenía un recorte del New York Times: « Científica extrae ADN de fósil neanderthal ».

Pasó otra página. Un comunicado de prensa de York « Catedrática de York hace prehistoria: Vaughan recupera ADN de hombre del pasado ». Enfrente, una hoja arrancada del Discover: « ADN degradado revela secretos ».

Hobbes alzó la cabeza.

—¿Sí?—dijo, perplejo.

—Yo soy ... Bueno, algunos dirían que soy ...

Ponter intervino.

—La profesora Vaughan es genetista, y la principal experta de este mundo en la recuperación de ADN degradado.

—¿Y?

—Y, —dijo Mary, hablando con más autoridad ahora que el tema no era ella—, sabemos que tiene usted pruebas físicas de la violación de Qaiser Remtulla.

Hobbes alzó bruscamente la cabeza.

—No puedo confirmar ni negar eso.

—Claro que es cierto —dijo Mary, sintiéndose culpable incluso mientras lo decía—. ¿Hay algún modo por el que pudiéramos saberlo a menos que la propia Qaiser me lo hubiera dicho? Es mi amiga, y mi colega, por el amor de Dios.

—Lo que usted diga.

—Me gustaría examinar las pruebas —dijo Mary.

La sugerencia pareció escandalizar a Hobbes.

—Tenemos nuestros propios expertos.

—Sí, sí. Pero, bueno...

—Ninguno de ellos puede estar tan cualificado como la profesora Vaughan —dijo Ponter.

—Tal vez, pero...

—¿Han empezado a trabajar ya con las pruebas? —preguntó Mary.

Hobbes inspiró profundamente, ganando tiempo.

—Si hay pruebas físicas —dijo por fin—, no podríamos hacer mucho con ellas hasta que tuviéramos un sujeto con el que cotejar el ADN.

—El ADN se degrada rápidamente con el tiempo —repuso Mary—, sobre todo si no se almacena en condiciones absolutamente ideales. Si esperan, puede que sea imposible conseguir una huella de ADN.

El tono de Hobbes fue frío.

—Sabemos cómo refrigerar muestras, y hemos tenido considerable éxito en el pasado.

—Soy consciente de ello, pero...

—Señora —dijo Hobbes amablemente—, comprendo que este caso es importante para usted. Todo caso es importante para sus víctimas.

Mary trató de no parecer molesta.

—Pero si me dejara llevarme las pruebas a mi laboratorio de York, estoy segura de que podría recuperar mucho más ADN que ustedes.

—No puedo hacer eso, señora. Lo siento.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, York no tiene permiso para hacer trabajos forenses y...

—La Laurentian —dijo Mary, de inmediato—. Envíen las pruebas a la Universidad Laurentian, y yo haré el trabajo allí.

Los laboratorios de la Laurentian, la universidad donde había estudiado por primera vez el ADN de Ponter, tenían un contrato de trabajo forense con la RMPC y la policía provincial de Ontario.

Hobbes alzó las cejas.

—Bueno, la Laurentian es una historia diferente, pero...

—No importa el papeleo que haga falta —dijo Mary.

—Tal vez —contestó Hobbes, pero parecía dubitativo—. Sería muy irregular...

—Por favor —dijo Mary. No podía soportar la idea de que le pasara algo a la única prueba física que quedaba—. Por favor.

Hobbes se encogió de hombros.

—Déjeme ver qué puedo hacer, pero, sinceramente, yo no tendría muchas esperanzas. Tenemos pruebas muy estrictas para la cadena de custodia de las pruebas.



—Pero ¿lo intentará?

—Sí, está bien, lo intentaré.

—Gracias —dijo Mary—. Gracias.

Ponter intervino entonces, sorprendiendo a Mary.

—¿Puede ella al menos ver las pruebas aquí?

Hobbes pareció tan desconcertado como se sentía Mary.

—¿Por qué? —preguntó el detective.

—Podría saber nada más verlas si están en condiciones para que su técnica funcione. —Ponter miró a Mary—. ¿No es así, Mary?

Mary no estaba del todo segura de lo que pretendía Ponter pero confiaba en él completamente.

—Mmm, sí. Sí, así es. —Se volvió hacia el detective y le dedicó su sonrisa más radiante—. Sólo sería un segundo. Podríamos ver en seguida si merece la pena o no. No sería necesario que se tomara tantas molestias si las muestras ya están degradadas.

Hobbes frunció el ceño, y permaneció hierático unos instantes, pensando.

—Muy bien —dijo por fin—. Voy a traerlas.

Salió de la habitación y regresó unos minutos más tarde con una caja de cartón del tamaño de una caja de zapatos. Le quitó la tapa y le mostró a Mary el contenido. Ponter se levantó y miró por encima del hombro de ella. Dentro había algunas muestras en cristal y tres bolsas de autocierre, cada una etiquetada con diversa información. Una parecía contener unas bragas. Otra, un pequeño peine púbico con vello. La tercera contenía unos cuantos frascos, presumiblemente con restos vaginales.

—Ha estado en el frigorífico todo el tiempo —dijo Hobbes, a la defensiva—. Sabemos lo que...

De repente Ponter extendió el brazo derecho. Agarró la bolsa con las bragas, la abrió y se la llevó a la nariz, inhalando profundamente.

Mary se sintió mortificada.

—¡Ponter, alto!

Hobbes explotó.

—¡Devuelva eso!

Intentó quitarle la bolsa a Ponter, pero éste lo esquivó fácilmente, e inhaló de nuevo.

—Jesús, ¿qué es usted? —gritó Hobbes—. ¿Una especie de perverso?

Ponter se apartó la bolsa de la nariz y, sin decir palabra, se la entregó a Hobbes, quien se la arrancó de las manos.

—¡Salgan de aquí! —exclamó Hobbes.

Dos policías más habían aparecido en la entrada de la sala de interrogatorios, presumiblemente atraídos por los gritos.

—Mis disculpas —dijo Ponter.

—¡Salgan de aquí! —gritó Hobbes, y se volvió hacia Mary—: Nosotros cuidaremos de nuestras pruebas, señora. ¡Ahora márchense!

Mary salió de la comisaría de policía reconcomiéndose. Pero no dijo una palabra hasta que Ponter y ella estuvieron de nuevo sentados en el coche.

Mary se volvió hacia él.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exigió.

—Lo siento.

—Ahora nunca podré analizar esas muestras. Cristo, estoy segura de que el único motivo por el que no ha presentado cargos contra ti es porque tendría que informar de su propia estupidez al dejarte acercar a las pruebas.

—Una vez más, pido disculpas —dijo Ponter.

—En nombre de Dios, ¿en qué estabas pensando?

Ponter guardó silencio.

—¿Bien? ¿Bien?

—Sé quién cometió la violación de Qaiscr —dijo Ponter simplemente—, y posiblemente también la tuya.

Mary, absolutamente anonadada, se desplomó contra el asiento.

—¿Quién?

—Tu colaborador... no puedo decir bien su nombre completo. Es algo así como « Cor-nu-luus» .

—¿Cornelius? ¿Cornelius Ruskin? No, eso es una locura.

—¿Por qué? ¿Hay algo en su aspecto físico que contradiga tus recuerdos de aquella noche?

Mary estaba todavía acalorada y resoplaba por haber gritado.

Pero toda la furia desapareció de su voz, sustituida por el asombro.

—Bueno, no. Quiero decir, sí, Cornelius tiene los ojos azules... pero también los tiene mucha gente. Y Cornelius no fuma.

—Si que fuma —dijo Ponter.

—Nunca lo has visto hacerlo.

—Oía a tabaco cuando nos vimos.

—Puede que estuviera en uno de los pubs del campus y se le pegó el olor.

—No. Estaba en su aliento, aunque aparentemente había intentado ocultarlo con algún producto químico.

Mary frunció el ceño. Conocía a unos cuantos fumadores secretos.

—Yo no oí nada.

Ponter no contestó.

—Además —dijo Mary—, Cornelius no nos haría daño a mí ni a Qaiser. Quiero decir, somos compañeros de trabajo y...

Mary guardó silencio. Ponter finalmente la instó a continuar.

—¿Sí?

—Bueno, yo nos considero compañeros de trabajo. Pero él... era sólo docente temporal. Tenía un doctorado... en Oxford, por el amor de Dios. Pero lo único que podía conseguir eran clases temporales, sustituciones, no a tiempo completo, y desde luego no la plaza. Pero Qaiser y yo...

—¿Sí? —repetió Ponter.

—Bueno, yo soy mujer, y Qaiser realmente ganó la lotería cuando salieron los nombramientos a las plazas en ciencias. Es mujer y pertenece a una minoría visible. Dicen que la violación no es un crimen sexual: es un crimen de violencia, de poder y Cornelius consideraba claramente que no tenía ninguno.

—También tenía acceso a las muestras del frigorífico —dijo Ponter—, y como genetista seguramente sospechaba lo que una mujer con su misma formación podría hacer en tales circunstancias. Sabía cómo buscar y destruir cualquier prueba.

—Dios mío —dijo Mary—. Pero... no. No. Todo es circunstancial.

—Todo era circunstancial —dijo Ponter— hasta que examiné las pruebas físicas de la violación de Qaiser... bien guardadas en la comisaría de policía, donde Ruskin no puede alcanzarlas. Lo oí cuando nos vimos en el pasillo ante tu laboratorio, y su olor, su marca, está en esas muestras.

—¿Estás seguro? —preguntó Mary—. ¿Estás absolutamente seguro?

—Nunca olvido un olor.

—Dios mío. ¿Qué deberíamos hacer?

—Podríamos decírselo al controlador Hobbes.

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Bueno, esto no es tu mundo —dijo Mary—. No se puede exigir que nadie presente una coartada. No hay nada en lo que dices que pudiera permitir a la policía pedirle una muestra de ADN a Ruskin.

De repente, ya no era « Cornelius » .

—Pero yo podría declarar sobre su olor...

Mary negó con la cabeza.

—No hay ningún precedente para aceptar esa afirmación, ni siquiera como pista. Y aunque Hobbes aceptara lo que dices, no podría ni llamar a Ruskin para interrogarlo.

—Este mundo... —dijo Ponter, sacudiendo la cabeza con disgusto.

—¿Estás absolutamente seguro? ¿No hay en tu mente ni la sombra de una

duda?

—¿La sombra de...? Ah, comprendo. Sí, estoy absolutamente seguro.

—¿No sólo más allá de la duda razonable?—preguntó Mary—. ¿Sino más allá de toda duda?

—No tengo ningún tipo de duda.

—¿Ninguna?

—Sé que vuestras narices son pequeñas, pero mi capacidad no es especial. Todos los miembros de mi especie, y de muchas otras especies, pueden hacerla.

Mary reflexionó al respecto. Desde luego, los perros podían distinguir a las personas por su olor. En realidad no había ningún motivo para pensar que Ponter estuviera equivocado.

—¿Qué podemos hacer?

Ponter permaneció en silencio un buen rato. Finalmente, en voz baja, dijo:

—Me dijiste que el motivo por el que no denunciaste la violación fue porque temías cómo te trataría vuestro sistema judicial.

—¿Y?—replicó Mary.

—No pretendo ofenderte. Sólo quería asegurarme de que me entendías correctamente. ¿Qué os sucedería a ti o a tu amiga Qaiser si hubiera una investigación pública?

—Bueno, aunque la prueba del ADN fuera admisible (y puede que no lo fuera) el abogado de Ruskin intentaría demostrar que Qaiser y yo habíamos consentido.

—No deberíais pasar por eso —dijo Ponter—. Nadie debería hacerlo.

—Pero si no hacemos algo, Ruskin volverá a golpear.

—No. No lo hará.

—Ponter, no hay nada que puedas hacer.

—Por favor, llévame a la universidad.

—Ponter, no. No, no lo haré.

—Si no lo haces, iré caminando.

—Ni siquiera sabes dónde está.

—Hak sí.

—Ponter, esto es una locura. ¡No puedes matarlo!

Ponter se tocó el hombro, por encima de la herida de bala.

—La gente de este mundo se mata entre sí constantemente.

—No, Ponter. No te dejaré.

—Debo impedir que vuelva a violar —dijo Ponter.

—Pero...

—Y aunque pudieras detenerme hoy, o mañana, no podrás interceder siempre. En algún momento, podré eludirte, regresar al campus y eliminar este problema. —Fijó en ella sus ojos dorados—. La única cuestión es si esto sucederá antes de que vuelva a violar. ¿De verdad quieres retrasarme?

Mary cerró los ojos un momento y prestó oídos con más fuerza que nunca por si oía la voz de Dios, por si Él iba a intervenir. Pero no sucedió nada.

—No puedo dejar que hagas esto, Ponter. No puedo dejar que mates a nadie a sangre fría. Ni siquiera a él.

—Hay que detenerlo.

—Prométeme —dijo Mary—. Prométeme que no lo harás.

—¿Por qué te preocupa tanto? No merece vivir.

Mary inspiró profundamente y dejó escapar el aire muy despacio.

—Ponter, sé que piensas que soy una tonta cuando hablo de la otra vida. Pero si lo matas, tu alma será castigada. Y si te dejo matarlo, mi alma será castigada también. Ruskin ya me hizo probar el infierno. No quiero pasar allí toda la eternidad.

Ponter frunció el ceño.

—Quiero hacer esto por ti.

—Esto no. Matar no.

—Muy bien —dijo Ponter por fin—. Muy bien. No lo mataré...

—¿Lo prometes? ¿Lo juras?

—Lo prometo —dijo Ponter. Y, después de un momento, añadió—: Cartilagos.

Mary asintió; era el único tipo de imprecación de Ponter. Pero entonces sacudió la cabeza.

—Hay una posibilidad que no has tenido en cuenta —dijo por fin.

—¿Cuál?

—Que Qaiser y Cornelius tuvieran sexo consentido antes de que ella fuera violada por otra persona. No sería la primera vez que un hombre y una mujer que trabajan juntos tienen un lío en la oficina.

—No lo sé —dijo Ponter.

—Confía en mí. Sucede continuamente. ¿Y no dejaría eso el olor de él en... bueno, en las bragas de ella y todo eso?

Bliip.

—Bragas —dijo Mary—. La, mm, ropa interior. Lo que viste en la bolsa de muestras.

—Sí. Lo que sugieres es posible.

—Tenemos que estar seguros —dijo Mary—. Tenemos que estar absolutamente seguros.

—Podrías preguntárselo a Qaiscr.

—No me lo dirá.

—¿Por qué no? Creí que erais amigas.

—Lo somos. Pero Qaiser está casada... unida a otro hombre. Y, confía en mí: eso sucede también continuamente.

—Ah —dijo Ponter—. Bueno...

—No estoy segura de que haya algo que podamos hacer.

—Hay mucho que podemos hacer, pero me has hecho prometer que no lo haría.

—Eso es. Pero...

—Deberíamos hacerle saber que lo hemos descubierto —dijo Ponter—. Que sus movimientos están siendo vigilados. —Yo no podría enfrentarme a él.

—No, por supuesto que no. Pero podríamos dejarle una nota.

Ponter alzó la mano izquierda.

—Es la filosofía que está detrás de los implantes Acompañantes. Si sabes que estás siendo observado, o que tus acciones están siendo grabadas, entonces modificas tu conducta. Ha funcionado bien en mi mundo.

Mary tomó aire y luego resopló lentamente.

—Supongo... supongo que no podría hacer daño. ¿En qué estás pensando? ¿Sólo una nota anónima?

—Sí.

—¿Quieres decir, hacerle saber que va a ser vigilado de manera continua a partir de ahora? ¿Que no hay forma de que pueda librarse de nuevo? —Mary se lo pensó—. Supongo que tendría que ser idiota para volver a violar si sabe que alguien lo tiene calado.

—En efecto.

—Supongo que podríamos dejarle una nota en su taquilla, en York

—No —dijo Ponter—. En York no. Ya tomó medidas para eliminar las pruebas allí, después de todo. Supongo que pensó que no volverías en todo un año, y que por eso podía eliminar sin problemas las muestras que habías guardado sin que nadie supiera exactamente cuándo desaparecieron. No, esta nota debería entregarse en su morada.

—¿Su morada? ¿Quieres decir su casa?

—Sí.

—Comprendo —dijo Mary—. Nada es más amenazador que el hecho de que alguien sepa dónde vives.

Ponter puso cara de perplejidad, pero dijo:

—Tú sabes dónde está su casa.

—No muy lejos de aquí. No tiene coche... vive solo, y no se puede permitir uno. Lo he llevado en el mío a casa unas cuantas veces, cuando hay tormenta. Es un apartamento a la salida de Jane Street... pero no, espera. Sé en qué edificio vive, pero no tengo ni idea de cuál es el número de su apartamento.

—¿Es una morada multifamiliar, como la tuya?

—Sí. Bueno, no tan bonita como la mía.

—¿No habrá un directorio a la entrada identificando qué unidad alberga a qué persona?

—Ya no hacemos eso. Tenemos códigos numéricos y porteros automáticos...

la idea es impedir que la gente haga justo esto de lo que estamos hablando: averiguar exactamente dónde vive alguien.

Ponter meneó la cabeza, asombrado.

—Las molestias que os tomáis los gliksins para evitar tener implantes Acompañantes...

—Vamos —dijo Mary—. Pasemos por delante de su edificio. Al menos sabremos el número de la calle.

—Bien.

Mary notó que se tensaban mientras pasaban por Finch y desembocaban en la calle donde estaba el bloque de apartamentos de Ruskin. No es que temiera encontrarse con él, aunque eso sin duda la hubiese asustado. Era simplemente de pensar en un posible juicio por violación. ¿Sabe dónde vive el hombre a quien acusa, señora Vaughan? ¿Ha estado alguna vez en su casa? ¿De veras? ¿Y sin embargo dice que fue no consentido?

Driftwood, la zona alrededor de Jane y la avenida Finch no era un sitio donde una persona cuerda quisiera estar mucho tiempo. Era uno de los barrios con mayor índice de criminalidad de Toronto... demonios, de Norteamérica. Su proximidad a York era una vergüenza para la universidad y, probablemente, a pesar de años de presiones, el motivo por el que la línea de metro de Spadina nunca había llegado hasta el campus.

Pero Driftwood tenía una ventaja: los alquileres eran baratos. Y para alguien que trataba de llegar a fin de mes con el sueldo de un profesor sustituto, alguien que no podía permitirse un coche, era el único sitio cercano a la universidad asequible.

El edificio de Ruskin era una torre de ladrillo blanco con balcones oxidados llenos de basura, y una tercera parte de las ventanas cubiertas por periódicos o papel de aluminio. El edificio parecía tener unos quince o dieciséis pisos de altura y...

—¡Espera! —dijo Mary.

—¿Qué?

—¡Vive en el último piso! Ahora lo recuerdo: solía decir que era «su ático en las chabolas». —Hizo una pausa—. Naturalmente, seguimos sin saber qué número, pero lleva viviendo aquí al menos dos años. Estoy segura de que su cartero lo conoce... los académicos solemos recibir montones de revistas y papeles por correo.

—¿Sí? —dijo Ponter, claramente sin comprender.

—Bueno, si enviamos una carta dirigida al «doctor Cornelius Ruskin» a esta dirección, y ponemos simplemente «último piso», como parte de la dirección, estoy segura de que le llegará.

—Ah —dijo Ponter—. Bien. Entonces, asunto concluido.



Selgan, el escultor de personalidad, miró a Ponter durante un rato.

—Ya veo que le gusta bromear.

—¿Qué quiere decir?

—«Asunto concluido». Me ha dicho que cometió un crimen en el mundo gliksin... es fácil deducir cuál.

—¿Sí? Dudo que lo haya deducido.

Selgan se encogió levemente de hombros.

—Posiblemente no. Pero he deducido una cosa que tal vez se le haya pasado por alto a usted.

Ponter parecía irritado.

—¿Y cuál es?

—Mary sospechaba que iba a hacerle algo a Ruskin.

—No, no, ella es completamente inocente.

—¿Lo es? Una mujer de su inteligencia... ¿y sin embargo aceptó su pobre excusa para que le enseñara dónde vivía Ruskin?

—¡Teníamos la firme intención de enviarle una carta de advertencia! Tal como habíamos discutido. Mary es pura, sin pecado... ¡eso es lo que significa su nombre! Lleva el nombre de la madre de Su Dios encarnado, una mujer que concibió inmaculadamente, sin el pecado original. Lo aprendí durante mi primer viaje a su mundo. Ella nunca...

Selgan alzó una mano.

—Cálmese, Ponter. No pretendía ofenderlo. Por favor, continúe con su narración...

—¿Ponter? —preguntó Hak a través de los implantes del oído.

Ponter movió la cabeza con un pequeñísimo gesto de asentimiento.

—A juzgar por el ritmo de su respiración, Mary duerme profundamente. No la despertarás si te vas ahora.

Ponter se levantó de la cama de Mary. Los brillantes dígitos rojos del reloj de la mesita de noche señalaban la 1.14. Salió de la habitación, recorrió el pequeño pasillo hasta el salón. Como siempre, se puso el cinturón médico y comprobó el

contenido de una de las bolsas para asegurarse de que tenía la llave magnética que Mary le había dado; sabía que la necesitaría para volver al edificio. Luego abrió la puerta principal de la casa, salió al pasillo y bajó en ascensor hasta la planta baja.

Recorrió el gran vestíbulo y salió a la noche por las puertas dobles. ¡Pero qué distinta era la noche en este mundo! Había iluminación por todas partes: procedente de las ventanas, de las luces eléctricas colgadas en altos postes verticales, de los vehículos que pasaban por la carretera. Probablemente hubiese sido más fácil su completa oscuridad. Aunque sabía que desde lejos no se distinguía mucho de un gliksin (al menos de un levantador de pesas gliksin), hubiese preferido hacer aquel viaje en total oscuridad.

—Muy bien, Hak —dijo Ponter en voz baja—. ¿Por dónde?

—A tu izquierda —repuso Hak, usando el implante de su oído—. Mary suele tomar una carretera diseñada exclusivamente para vehículos de motor, sin peatones, cuando viene a casa desde York

—La Cuatro-cero-siete —dijo Ponter—. Así es como la llama.

—En cualquier caso, tendremos que encontrar otra ruta paralela más segura.

Ponter empezó a trotar. Había unas quince mil brazadas hasta su destino: no tardaría más de un diadécimo en llegar, si mantenía una velocidad decente.

La noche era fresca, maravillosamente fresca. Y, en efecto, aunque había visto muchas hojas caducas que ya habían cambiado de color en su mundo, aquí todas parecían verdes... sí, verdes; incluso en plena noche había iluminación más que suficiente para discernir los colores con facilidad.

Ponter nunca había pensado antes en matar a nadie, pero...

Pero hasta entonces nadie había hecho tanto daño a alguien a quien él quisiera, y... y, aunque alguien se lo hubiera hecho, en un mundo civilizado esa persona hubiese sido capturada fácilmente y el Gobierno habría tomado medidas.

¡Pero aquí! Aquí, en esta loca Tierra reflejada...

Ponter tenía que hacer algo más que enviar una anónima carta de papel. Tenía que asegurarse de que Ruskin supiera no sólo que había sido descubierto, sino quién lo había descubierto. Tenía que hacerle comprender que no habría ninguna posibilidad de que volviera a librarse de un crimen semejante. Sólo entonces, Ponter estaba seguro, podría Mary empezar a encontrar la paz que la había estado eludiendo. Y sólo entonces sabría él si había verdad en la anterior sugerencia de Hak de que la actual conducta de Mary hacia él era atípica de su especie.

Ponter recorría una calle flanqueada por residencias de dos pisos, muchas con árboles en sus parcelas interiores de hierba. Mientras continuaba corriendo, vio a otra persona (un varón gliksin, de piel blanca y casi sin pelo en la cabeza) caminando hacia él. Ponter cruzó la calle, para no pasar cerca de esa persona, y

siguió adelante, hacia el oeste.

—Gira a la izquierda aquí —dijo Hak—. Parece que no hay salida al fondo de este bloque de residencias.

Ponter así lo hizo y continuó su cómoda carrera a lo largo de la calle, en perpendicular. Tras recorrer sólo una manzana Hak le hizo girar de nuevo a la derecha, de nuevo rumbo al oeste, hacia York.

Un gato pequeño cruzó la calle ante Ponter, con la cola tiesa. A Ponter le sorprendía que aquellos humanos hubieran decidido domesticar gatos, que eran inútiles para cazar y ni siquiera recogían un palo. « Pero —pensó—, a cada uno lo suyo... ». Siguió corriendo, sus pies planos resonando contra la pétreo superficie de la carretera.

Poco después, Ponter vio un gran perro negro que corría hacia él.

Eso sí que lo comprendía, ¡tener un perro por mascota! Había advertido que los gliksins tenían muchos tipos diferentes de perros... aparentemente creados por medio de cría selectiva. Algunos parecían poco adecuados para la caza, pero supuso que su aspecto era agradable para sus dueños.

Pero claro, Ponter había oído hablar a los paleo antropólogos en la reunión de Washington sobre su propio aspecto. Al parecer sus rasgos eran de lo que llamaban « neanderthaloide clásico » : una forma extrema. Estos eruditos se sorprendieron de que el pueblo de Ponter no hubiera visto reducidas la prominencia de la frente y el tamaño de la nariz, e incluso que no hubiese empezado a desarrollar esa ridícula proyección en la parte delantera de la mandíbula.

Pero desde el momento en que la verdadera conciencia había florecido en su pueblo y el universo se dividió, hacía medio millón de meses. Había sido la selección deliberada de parejas lo que había conducido a la conservación y, de hecho, al incremento de los rasgos que su pueblo consideraba tan hermosos.

—¿Te estás cansando ya? —preguntó Hak

—No.

—Bien. Te falta la mitad.

De repente sobresaltó a Ponter un fuerte ladrido. Otro perro (grande, marrón) corría hacia él, y no parecía feliz. Ponter sabía que no podía vencer corriendo al cuadrúpedo, así que se detuvo y se dio la vuelta.

—Venga, venga —dijo, en su propio lenguaje, esperando que el perro captara el tono tranquilizador aunque no entendiera las palabras—. Eso es, lindo perrito.

La bestia marrón continuó corriendo hacia Ponter, todavía ladrando. Una luz se había encendido en la ventana del primer piso de una morada cercana.

—Eso es, lindo perrito —repitió Ponter, pero notó que se envaraba... lo cual sabía que era una tontería.

Igual que un barast, los perros olían el miedo...

Ponter no podía decir por qué el perro corría hacia él. Supuso que no atacaba

a todo el mundo que asomaba por la calle, pero igual que él distinguía a un gliksin de un barast por el olor, al parecer también podía hacerlo esta bestia... y aunque sin duda nunca había visto a nadie del pueblo de Ponter, sabía que algo extraño había llegado a su jardín.

Ponter se estaba preparando para intentar agarrar al perro por el cuello cuando el animal se agachó y saltó hacia él y...

Un destello de luz en la semioscuridad...

Un sonido como de cuero mojado golpeando el hielo... y el perro aullando de dolor.

Había golpeado a Ponter con suficiente fuerza para disparar el escudo que le había dado Goosa Kusk. El animal, sorprendido, mareado y (Ponter lo olía) sangrando por el hocico, se dio media vuelta y se marchó corriendo tan rápido como había venido. Ponter inspiró profundamente, para calmarse, y luego reemprendió su carrera.

—Muy bien —dijo Hak al cabo de un rato—. Ahora tenemos que cruzar esa carretera, la Cuatro–cero–siete. Ve hacia la izquierda, cruza ese puente. Ten cuidado, no te vaya a atropellar un coche.

Ponter hizo lo que Hak le pedía, y pronto estuvo al otro lado de la carretera, corriendo hacia el sur. Lejos, muy lejos en la distancia, vio las parpadeantes luces de la Torre CN, junto a la orilla del lago de Toronto. Mary le había dicho lo maravillosa que era la vista desde allí, pero hasta ahora no había visto la estructura más que desde una gran distancia.

Ponter cruzó otra carretera ancha por la que los coches circulaban, incluso a esa hora de la noche, cada pocos latidos. Poco después se encontró en el campus de la Universidad de York y Hak lo dirigió, dejando atrás edificios y aparcamientos y espacios despejados, hasta el otro lado.

Y, después de varios cientos de brazadas de carrera, Ponter se encontró en una calle pequeña y sucia, cerca del edificio donde vivía Ruskin. Se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas, jadeando hasta recuperar el aliento. «Creo que me estoy haciendo viejo...» pensó. Un viento agradable le soplaba directamente en la cara, refrescándolo.

Mary podría haberse despertado ya y advertido su ausencia, pero en su breve experiencia de compartir una cama con ella Ponter había visto que dormía profundamente, y faltaban aún casi dos diadécimos para que saliera el sol. Ya habría vuelto a casa para entonces, aunque no mucho antes, y...

—Quieto —siseó una voz a su espalda, y Ponter sintió algo duro contra su riñón. De repente advirtió el fallo en el diseño del escudo de Goosa Kusk. Oh, sí, podía rechazar una bala disparada desde cierta distancia, pero era inútil si la disparaban contra alguien con el cañón en contacto directo con el cuerpo.

De todas formas, aquello era Canadá... y Mary había dicho que allí había pocas armas de fuego. Pero la idea de que le estuvieran hurgando el riñón con un

cuchillo tampoco lo consoló.

Ponter no sabía que hacer. En ese momento, con la falta de luz, desde atrás, quien lo amenazaba presumiblemente no sabía que Ponter era un neanderthal. Pero si hablaba, incluso en voz baja, en su propia lengua, para que Hak pudiera traducir, revelaría ese hecho y...

—¿Qué quiere?—dijo Hak, en inglés, tomando la iniciativa.

—La cartera —dijo la voz Masculina, y en absoluto nerviosa.

—No tengo cartera —dijo Hak

—Lástima —dijo el gliksin—. O me das dinero... o me das sangre.

Ponter no tenía ninguna duda de que podía derrotar a cualquier gliksin desarmado en un combate cuerpo a cuerpo, pero aquél tenía un arma. De hecho, en ese momento, Hak debía de haber advertido que Ponter no podía ver qué arma era.

—Tiene un cuchillo de acero —dijo en los implantes del oído—, con una hoja de sierra de 1,2 palmos de largo, y un mango cuya firma térmica sugiere que es de madera pulida.

Ponter pensó en darse rápidamente la vuelta, esperando que la visión de su rostro barast fuera suficiente para sobresaltar al gliksin, pero lo último que quería era un testigo de que había ido a casa de Ruskin.

—No deja de apoyar el peso en la pierna izquierda primero y luego en la derecha —dijo Hak—. ¿Lo oyes?

Ponter asintió levisísimamente.

—Se está apoyando en la izquierda... ahora en la derecha... la izquierda. ¿Captas el ritmo?

Otro leve gesto de asentimiento.

—¿Qué va a ser?—siseó el gliksin.

—Muy bien —le dijo Hak a Ponter—. Cuando yo diga «ahora» echa atrás el codo derecho con todas tus fuerzas. Deberías golpear al hombre en el plexo solar y, como mínimo, retrocederá tambaleándose, lo que quiere decir que el escudo debería protegerte del inminente golpe con el cuchillo.

Hak pasó a su altavoz externo.

—De verdad que no tengo dinero.

Y, mientras lo decía, Ponter advirtió que Hak había cometido un error, porque el sonido «i» de dinero lo suministró una voz gliksin que no casaba con la de Hak.

—¿Qué demo...? —dijo el gliksin, claramente sorprendido por el sonido—. Date la vuelta, pedazo de...

—¡Ahora! —dijo Hak al oído de Ponter.

Ponter echó el codo atrás con todas sus fuerzas, y pudo sentir que conectaba con el estómago del gliksin. El hombre soltó un ¡ooo! mientras el aire escapaba de sus pulmones, y Ponter se dio media vuelta para encararse a él.

—¡Jesús! —dijo el gliksin, al ver la cara peluda y el arco ciliar de Ponter.

El gliksin se abalanzó hacia delante, tan rápido que el escudo de Ponter se alzó con un destello de luz, bloqueando la hoja del cuchillo. Ponter disparó el brazo derecho, y agarró al gliksin por el flaco cuello. La persona parecía tener la mitad de la edad de Ponter. Durante un breve instante, Ponter pensó en cerrar el puño, aplastando la laringe del joven, pero no, no podía hacer eso.

—Suelte el cuchillo —dijo Ponter.

El gliksin miró hacia abajo. Ponter hizo lo mismo y vio que la hoja del cuchillo estaba doblada por el impacto con el escudo. Ponter tensó un poco los dedos. La presa del gliksin se abrió mientras la de Ponter se cerraba, y el cuchillo cayó al suelo con un tintineo.

—Ahora márchese de aquí —dijo Ponter, y Hak tradujo—. Márchese de aquí y no hable con nadie de esto.

Ponter soltó al gliksin, que inmediatamente empezó a jadear en busca de aire. Ponter levantó el brazo.

—¡Váyase!

El gliksin asintió y se marchó corriendo, agarrándose con una mano el vientre, allí donde le había golpeado el codo de Ponter.

Ponter no perdió más tiempo. Se encaminó acera arriba, hacia la entrada del bloque de apartamentos.

Ponter esperó en silencio en la galería de entrada del edificio, con una puerta de cristal tras él, otra delante. Hicieron falta varios cientos de latidos, pero finalmente alguien se acercó desde los ascensores que Ponter podía ver más allá. Se dio la vuelta, ocultando el rostro, y esperó. El gliksin que se acercaba salió del vestíbulo, y Ponter detuvo rápidamente la puerta de cristal antes de que se cerrara. Cruzó rápidamente el suelo de losa (prácticamente el único sitio donde había visto cuadrados en la arquitectura gliksin era en las losas del suelo) y pulsó el botón para llamar un ascensor. El que acababa de traer al gliksin estaba todavía allí, y Ponter entró.

Los botones de las plantas estaban dispuestos en dos columnas, y en los dos superiores ponía « 15 » y « 16 ». Ponter pulsó el de la derecha.

El ascensor (el más pequeño y más sucio que había visto en este mundo, aún más sucio que el de la mina de Sudbury) se puso en marcha. Ponter contempló el indicador sobre la cascada puerta de acero, esperando a que coincidiera con el par de símbolos que había seleccionado, cosa que hizo por fin. Salió del ascensor y se internó en un pasillo, cuya sencilla alfombra gris estaba gastada en algunos sitios y manchada en la mayoría de los demás. Las paredes estaban cubiertas con finas hojas de papel pintado, con símbolos redondos verdes y azules; algunas hojas se habían despegado.

Ponter vio cuatro puertas a cada lado del pasillo, a su izquierda, y cuatro más en el pasillo de la derecha: un total de dieciséis apartamentos. Se acercó a la puerta más próxima, apoyó la nariz en la rendija opuesta a los goznes, olisqueó arriba y abajo rápidamente, tratando de aislar los olores que salían del hedor almizcleño de la alfombra del pasillo.

No era ésta. Se acercó a la puerta siguiente y olisqueó de nuevo. Reconoció un olor... el mismo olor acre que había notado en el sótano de la casa de Reuben Montego cuando Reuben y Louise Benoit estaban allí abajo.

Continuó hasta la tercera puerta. Había un gato dentro pero, de momento, ningún humano.

En el siguiente apartamento olía a orina. Por qué estos gliksins no tiraban siempre de la cisterna de sus cuartos de baño era algo que no comprendería nunca; una vez que le explicaron cómo funcionaba, nunca había dejado de

hacerlo. También olió a cuatro o cinco personas. Pero Mary había dicho que Ruskin vivía solo.

Ponter había llegado al fondo del pasillo. Pasó al lado opuesto e inhaló profundamente la primera puerta. Habían cocinado vaca dentro hacía poco, y un material vegetal picante. Pero no había ningún olor humano que reconociera.

Probó con la puerta siguiente. Humo de tabaco y las feromonas de una, no, de dos mujeres.

Ponter pasó a la siguiente puerta, que resultó ser distinta de las demás, pues carecía de número y de cerradura. Al abrirla, encontró una habitación pequeña con una puerta mucho más pequeña que cedió, revelando una especie de pozo. Pasó al siguiente apartamento, colocándose una mano abierta delante de la cara, intentando despegar el olor que procedía del pozo. Inspiró profundamente y...

Más humo de tabaco y... y el olor de un hombre... un hombre delgado que no sudaba demasiado.

Ponter olisqueó de nuevo, pasando la nariz arriba y abajo por la rendija de la puerta. Podía ser...

Sí, lo era. Estaba seguro. Ruskin.

Ponter era físico, no ingeniero. Pero le había estado prestando atención a este mundo, igual que Hak. Conversaron unos instantes, de pie en el pasillo, ante el apartamento de Ruskin, Ponter susurrando y Hak hablando a través de los implantes de su oído.

—Sin duda la puerta está cerrada con llave —dijo Ponter.

Esas cosas rara vez se veían en su mundo; las puertas sólo se cerraban para proteger a los niños de algún riesgo.

—La solución más sencilla es que él abra la puerta por su cuenta —dijo Hak. Ponter asintió.

—Pero ¿lo hará? Creo que eso —señaló— es una lente que le permite ver quién hay fuera.

—A pesar de sus despreciables cualidades, Ruskin es científico. Si un ser de otro mundo apareciera ante tu puerta en el Borde de Saldak, ¿te negarías a abrirla?

—Merece la pena intentarlo.

Ponter golpeó la puerta con los nudillos, como había visto hacer a Mary en alguna ocasión.

Hak había estado escuchando con atención.

—La puerta es hueca. Si no te deja entrar, no deberías tener problema para echarla abajo.

Ponter volvió a llamar.

—Tal vez tiene el sueño profundo.

—No —dijo Hak—. Lo oigo acercarse.

Hubo un cambio en la cualidad de la luz tras la lente visora de la puerta:



presumiblemente, Ruskin miraba para ver quién llamaba a esa hora de la noche.

Finalmente, Ponter oyó el sonido de un mecanismo de metal y la puerta se abrió un poco, revelando la cara afilada de Ruskin. Una cadenita dorada a la altura de los hombros parecía asegurar la puerta para que no se abriera más.

—¿Doc ... doctor Boddit? —preguntó, claramente sorprendido.

Ponter había planeado urdir una historia de cómo necesitaba la ayuda de Ruskin, con la esperanza de acceder al apartamento, pero se sintió incapaz de hablar en tono civilizado con aquel... con aquel primate. Con la mano derecha, la palma hacia fuera, empujó la puerta. La cadena chasqueó, la puerta se abrió de golpe y Ruskin cayó hacia atrás.

Ponter entró rápidamente y cerró la puerta tras él.

—¿Qué dem...? —gritó Ruskin, poniéndose en pie.

Ponter advirtió que Ruskin iba vestido con ropa de diario normal, a pesar de la hora... y eso le hizo pensar que acababa de regresar a casa, posiblemente después de haber atacado a otra mujer.

Ponter empezó a acercarse.

—Violó usted a Qaiser Remtulla. Violó a Mary Vaughan.

—¿De qué está hablando?

Ponter continuó hablándole en voz baja.

—Puedo matarlo con las manos desnudas.

—¿Está loco? —gritó Ruskin, retrocediendo.

—No —dijo Ponter, avanzando—. No estoy loco. Es este mundo de ustedes el que está loco.

Los ojos de Ruskin se dirigían a izquierda y derecha en la desordenada habitación, buscando sin duda una vía de escape... o un arma. Tras él había una abertura en la pared, un hueco que parecía conectar con una zona de preparación de comida.

—Se las verá conmigo —dijo Ponter—. Se las verá con la justicia.

—Mire, sé que es nuevo en este mundo, pero nosotros tenemos leyes. No puede...

—Es usted un violador múltiple.

—¿Qué se ha tomado?

—Puedo demostrarlo —dijo Ponter, acercándose aún más.

De repente Ruskin se giró y dobló el cuerpo, buscando en la ventanita de la pared. Se volvió sosteniendo una pesada sartén. Ponter ya había visto esas cosas, cuando estaba en cuarentena en casa de Reuben Montego. Ruskin blandió la sartén, agarrando el asa con ambas manos.

—No se acerque más.

Ponter continuó avanzando, implacable. Cuando estaba sólo a un paso de Ruskin, éste golpeó. Ponter alzó el brazo para protegerse la cara. La resistencia del aire debió de frenar lo suficiente para que el escudo no se activara, y por eso

Hak recibió gran parte del impacto. Ponter disparó el brazo derecho y agarró la laringe de Ruskin.

—Suelte ese objeto o le aplastaré la garganta.

Ruskin trató de hablar, pero Ponter cerró los dedos. El gliksin consiguió descargar un golpe más con la sartén en el hombro de Ponter... afortunadamente, no el que tenía herido. Ponter levantó a Ruskin del suelo.

—¡Suelte ese objeto! —gruñó.

La cara de Ruskin se había vuelto púrpura, y sus ojos (sus ojos azules) parecían a punto de estallar. Finalmente soltó la sartén, que golpeó con estrépito el suelo de madera. Ponter hizo girar a Ruskin y lo golpeó contra la pared adyacente a la ventanita. El y eso de la pared se abolló un poco con el impacto y apareció una gran grieta.

—¿Vio en las noticias a la embajadora Prat matando a nuestro atacante?

Ruskin seguía jadeando en busca de aire.

—¿Lo vio? —exigió Ponter—. La embajadora Prat es una 144. Yo soy un 145. Soy diez años más joven que ella. Aunque mi sabiduría no iguala todavía la que ella posee, mi fuerza sobrepasa la suya. Si me sigue provocando, le hundiré el cráneo.

—¿Qué...? —La voz de Ruskin sonaba increíblemente ronca—. ¿Qué quiere?

—Primero, quiero la verdad. Quiero que reconozca sus crímenes.

—Sé que esa cosa que lleva en el brazo es una grabadora, por el amor de Dios.

—Admita los crímenes.

—Yo nunca...

—Los policías de Toronto tienen muestras de su ADN por la violación de Qaiser Remtulla.

Ruskin escupió las palabras.

—Si supieran que es mi ADN, estarían ellos aquí, no usted.

—Si insiste en negarlo, lo mataré.

Ruskin consiguió sacudir levemente la cabeza, a pesar de la tenaza aplastante de Ponter.

—Una confesión bajo coacción no es confesión en absoluto.

Hak soltó un pitido, pero Ponter dedujo el significado de lo que era «coacción».

—Muy bien, entonces convénczame de que es inocente.

—No tengo que convencerlo de nada.

—No lo tuvieron en cuenta para un ascenso ni para un empleo fijo a causa de su color de piel y de su sexo —dijo Ponter.

Ruskin no dijo nada.

—Odiaba el hecho de que otras personas... de que mujeres fueran promocionadas antes que usted. —Ruskin se debatía, intentando librarse de

Ponter, pero Ponter no tenía dificultades para sujetado—. Deseaba herirlas. Humillarlas.

—Sigue pescando, cavernícola.

—Se le negó lo que quería, así que tomó lo que sólo puede ser entregado.

—No fue así...

—Dígame —susurró Ponter, doblando hacia atrás uno de los brazos de Ruskin—. Dígame cómo fue.

—Yo merecía la plaza. Pero seguían jodiéndome una y otra vez. Esas zorras seguían jodiéndome y...

—¿Y qué?

—Y por eso les demostré lo que puede hacer un hombre.

—Es usted una desgracia para los hombres —dijo Ponter—. ¿A cuántas violó? ¿A cuantas?

—Solo...

—¿Solo a Mary y Qaiscr?

Silencio.

Ponter apartó a Ruskin de la pared y lo volvió a golpear contra ella.

La grieta se hizo más larga.

—¿Hubo otras?

—No. Sólo...

Dobló más el brazo de Ruskin.

—¿Sólo quién? ¿Sólo quién?

La bestia aulló de dolor.

—¿Sólo quién? —repite Ponter.

Ruskin gruñó, y luego, entre dientes, dijo:

—Sólo a Vaughan. Y a esa puta paquí...

—¿Qué? —dijo Ponter, confundido, mientras Hak pitaba.

Volvió a retorcer el brazo.

—Remtulla. Violé a Remtulla. Ponter relajó un poco su presa.

—Eso se acabó, ¿me entiende? Nunca volverá a hacerlo. Yo estaré vigilando. Otros estarán vigilando. Nunca más.

Ruskin gruñó inarticuladamente.

—Nunca más —dijo Ponter—. Haga ese juramento.

—Nun-ca... más —dijo Ruskin, los dientes todavía apretados.

—Y nunca le hablará a nadie de mi visita aquí. Si lo hace su sociedad lo castigará por sus crímenes. ¿Comprende? ¿Comprende?

Ruskin consiguió asentir.

—Muy bien —dijo Ponter, aflojando brevemente su tenaza. Pero entonces volvió a hacer chocar a Ruskin contra la pared, y esta vez un trozo de yeso se desgajó—. No, no, no está bien —continuó Ponter, ahora era él quien apretaba los dientes—. No es suficiente. No es justicia.

Apoyó su peso contra Ruskin una vez más, su entrepierna chocó contra el trasero del gliksin.

—Va a descubrir lo que es ser mujer.

El cuerpo entero de Ruskin se tensó.

—No, tío. Cristo, no... eso no...

—Es sólo justicia —dijo Ponter, buscando en su cinturón médico y sacando un inyector de gas comprimido.

El aparato siseó contra el cuello de Ruskin.

—¿Qué demonios es eso? —gritó—. No puede...

Ponter sintió a Ruskin desplomarse. Lo depositó en el suelo.

—Hak, ¿estás bien?

—Eso de antes ha sido un buen golpe —contestó el Acompañante—, pero sí, estoy ileso.

—Lo siento.

Ponter miró a Ruskin, tendido de espaldas en el suelo, hecho un guiñapo. Agarró las piernas del hombre, estirándolas.

Ponter buscó en la cintura de Ruskin. Tardó un poco, pero finalmente comprendió cómo funcionaba el cinturón. Una vez estuvo suelto, encontró el botón y la cremallera que cerraban el pantalón. Los abrió ambos.

—Deberías quitarle primero los zapatos —dijo Hak.

Ponter asintió.

—Cierto. Se me olvida que van por separado.

Se volvió hacia los pies de Ruskin y, después de algunas pruebas, desató los cordones y le quitó los zapatos. Ponter dio un respingo al notar el olor de los pies. Regresó de rodillas a la cintura de Ruskin y procedió a quitarle los pantalones. Luego le bajó la ropa interior, que resbaló por las piernas casi carentes de pelo, y finalmente se la sacó por los pies.

Por fin, Ponter contempló los genitales de Ruskin.

—Algo va mal... —dijo—. Está desfigurado.

Movió el brazo, para que la lente de Hak pudiera ver sin obstáculos.

—Sorprendente —dijo el Acompañante—. No tiene capucha en el prepucio.

—¿Qué?

—No hay piel.

—Me pregunto si todos los varones gliksins serán igual.

—Eso los convertiría en únicos entre los primates —replicó Hak.

—Bueno —dijo Ponter—, eso no influye en lo que voy a hacer...

Cornelius Ruskin recuperó el sentido al día siguiente; sabía que era de día por la luz que entraba por las ventanas del apartamento. La cabeza le daba vueltas, le dolía la garganta, tenía el codo en llamas, le dolía la espalda y sentía como si le

hubieran pateado los testículos. Trató de levantar la cabeza del suelo, pero una oleada de náusea se apoderó de él, así que dejó caer la cabeza sobre el parqué. Lo intentó de nuevo un momento después, y esta vez consiguió apoyarse en un codo. Llevaba puestos la camisa y los pantalones, y también los zapatos y los calcetines. Pero tenía los cordones desatados.

«Maldita sea —pensó Ruskin—. Maldita sea». Había oído que los neanderthales eran gays. Cristo, no estaba preparado para eso. Se tendió de lado y se llevó una mano al fondillo de los pantalones, rezando para que no estuvieran manchados de sangre. El vómito le subió a la dolorida garganta, y luchó por contenerlo tragando saliva.

«Justicia» había dicho Boddit. Justicia hubiese sido conseguir un trabajo decente, en vez de ser superado por un puñado de mujeres y minorías sin cualificar...

A Ruskin le dolía tanto la cabeza que pensó que Ponter debía de estar todavía allí dentro, golpeándole con la sartén en el cráneo una y otra vez. Cerró los ojos, tratando de hacer acopio de fuerzas. Tenía tantos achaques, tantos dolores, que no podía concentrarse en nada.

¡Maldita idea simia de justicia poética! Sólo porque se la había metido a Vaughan y Remulla, demostrándoles quién era realmente el jefe, Boddit al parecer había decidido que sería justo sodomizarlo.

Y era también sin duda una advertencia: una advertencia para que tuviera la boca cerrada, una advertencia de lo que le esperaba si alguna vez acusaba a Ponter de algo, de lo que le sucedería en la cárcel si alguna vez lo condenaban por violación...

Ruskin tomó una enorme bocanada de aire y se llevó una mano a la garganta. Notaba las marcas dejadas por los dedos del hombre—mono. Cristo, probablemente estaría cubierto de horribles cardenales.

Finalmente, la cabeza dejó de girarle lo suficiente para que intentara ponerse en pie. Usó el borde de la encimera para sujetarse, y se quedó allí, esperando a que los destellos de luz de sus ojos se apagaran. En vez de agacharse para atarse los cordones, se quitó los zapatos.

Esperó otro minuto más, hasta que la cabeza dejó de latirle lo suficiente y pensó que no se desplomaría si dejaba de sujetarse. Entonces fue cojeando por el pequeño pasillo hasta el único y cutre cuarto de baño del apartamento, pintado de un verde mareante por algún inquilino anterior. Entró y cerró la puerta, revelando un espejo de cuerpo entero agrietado en una esquina desde que lo habían atornillado a la puerta. Se soltó el cinturón y se bajó los pantalones, y entonces le dio la espalda al espejo y, preparándose para lo que pudiera ver, se bajó los calzoncillos.

Le preocupaba tener el mismo tipo de marcas de dedos en los cachetes del culo, pero no había nada, excepto una gran magulladura en un lado... que,

advertió, debía de haberse hecho cuando Ponter lo derribó por primera vez al suelo al irrumpir por la puerta.

Ruskin separó uno de los cachetes para poder echar un vistazo al esfinter. No tenía ni idea de qué esperar (¿sangre, tal vez?), pero eso no era nada extraño.

No podía imaginar que un ataque semejante no dejara ninguna marca, pero por lo visto ése había sido el caso. De hecho, por lo que parecía, no le habían hecho nada en el trasero.

Perplejo, se acercó a la taza, con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos. Se colocó ante la taza de porcelana y se buscó el pene, lo agarró, apuntó y...

« ¡No!» .

¡No, no, no!

¡Por el amor de Dios, no!

Ruskin palpó, se inclinó, se enderezó y volvió tambaleándose al espejo para ver mejor.

« Dios, Dios, Dios...» .

Pudo verse, ver sus ojos azules llenos de absoluto horror, ver su mandíbula abierta y...

Se asomó al espejo, tratando de verse mejor el escroto. Lo recorría una línea vertical y parecía... (¿podía ser?) como si lo hubieran sellado.

Palpó de nuevo, buscando las bolsas sueltas y arrugadas, esperando haberse equivocado.

Pero no lo había hecho.

Por Dios, no se había equivocado.

Ruskin se desplomó contra el lavabo y dejó escapar un largo y penetrante aullido.

Sus testículos habían desaparecido.

Jurad Selgan guardó silencio unos instantes. Naturalmente, lo que Ponter le había dicho era absolutamente confidencial. Las conversaciones entre un paciente y su escultor de personalidad estaban codificadas. Selgan nunca soñaría con revelar nada que le hubiera dicho un paciente suyo, y nadie podría abrir su archivo de coartadas ni el de su paciente para ver qué había pasado en las sesiones de terapia. Sin embargo, lo que Ponter había hecho...

—No nos tomamos la ley por nuestra propia mano.

Ponter asintió.

—Como dije al principio, no estoy orgulloso de lo que hice.

El tono de Selgan era suave.

—También dijo que volvería a hacerlo, si tuviera ocasión.

—Lo que él había hecho estaba mal —dijo Ponter—. Mucho peor que lo que yo le hice. —Abrió los brazos, como buscando un modo de justificar su conducta—. Había atacado a mujeres, e iba a seguir atacándolas. Pero yo puse fin a eso. No porque ahora supiera que podía identificarse por el olor, sino por el mismo motivo que nosotros esterilizamos siempre a los machos violentos de esa forma concreta. No sólo impedimos que sus genes se transmitan. Después de todo, al eliminar sus testículos el nivel de testosterona descende de forma drástica y la agresividad desaparece.

—¿Y consideró que si usted no actuaba, no lo haría nadie? —preguntó Selgan.

—¡Exactamente! ¡Se hubiese salido con la suya! Mary Vaughan pensó que había ganado, al principio, que el violador no sabía a qué se enfrentaba al atacar a una genetista. Pero se equivocó. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sabía cómo asegurarse de que nunca lo castigaran por sus crímenes.

—Igual que usted sabía que nunca sería castigado por castrarlo —dijo Selgan, en voz baja.

Ponter no dijo nada.

—¿Lo sabe Mary? ¿Se lo ha dicho?

Ponter negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió Ponter, asombrado por la pregunta—. ¿Por qué no? Cometí un crimen, un ataque horrible... No quería que ella tuviera nada que ver

con eso. No quería que se sintiera culpable.

—¿Eso es todo?

Ponter guardó silencio, y examinó la pared de madera pulida circular.

—¿Es todo? —instó Selgan.

—Naturalmente, no quería que pensara mal de mí.

—Podría haber pensado bien de usted —dijo Selgan—. Después de todo, lo hizo por ella, para protegerla a ella y a otras como ella.

Pero Ponter negó con la cabeza.

—No. No, ella se habría enfadado, la hubiese decepcionado.

—¿Porqué?

—Es cristiana. El filósofo cuyas enseñanzas sigue sostenía que el perdón es la mayor de las virtudes.

Selgan enarcó la ceja gris sobre su frente.

—Algunas cosas son muy difíciles de perdonar.

—¿Cree que no lo sé? —replicó Porter.

—No me refiero a lo que hizo usted. Me refiero a lo que ese varón glikson le hizo a Mary.

Ponter tomó aire tratando de calmarse.

—¿Es ese Ruskín, el único glikson al que ha castrado?

Ponter dirigió su mirada hacia Selgan.

—Naturalmente.

—Ah, es que...

—¿Qué?

Selgan ignoró la pregunta por el momento.

—¿Le ha contado a alguien más lo que hizo?

—No.

—¿Ni siquiera a Adikor?

—Ni siquiera a Adikor.

—Pero sin duda, confía usted en él.

—Sí, pero...

—¿Ve? —dijo Selgan, cuando Preston se quedó sin palabras—. En nuestro mundo, no esterilizamos solamente a quienes cometen un crimen violento, ¿no?

—Bueno, no. Nosotros...

—¿Sí?

—Nosotros esterilizamos al criminal y a todos los que compartan al menos el cincuenta por ciento de su material genético.

—¿Y esos serían...?

—Sus hermanos. Sus padres.

—Sí. ¿Y?...

—Y... bueno, y los gemelos idénticos. Por eso decimos al menos cincuenta por ciento; los gemelos idénticos tienen en común el ciento por cien de su ADN.



—Sí, sí, pero se deja otro grupo.

—Los hermanos. Las hermanas, la madre del criminal. El padre del criminal. ¿Y?

—No sé a qué se... —Ponter guardó silencio—. Oh —dijo, en voz baja. Miró de nuevo a Selgan, entonces bajó la mirada—. Los descendientes. Los hijos. Mis dos hijas, Jasmel Ket y Mega Bek.

—Y por eso si alguien se enterara de su crimen, y de algún modo se le escapara, o el tribunal ordenara acceder a su archivo de coartadas, no sólo usted sería castigado. Sus hijas serían esterilizadas también. ¿No es así? —dijo Selgan.

Ponter habló en voz muy baja.

—Sí.

—Le pregunté antes si había esterilizado a alguien más en el otro mundo y me gritó.

Ponter no dijo nada.

—¿Sabe por qué gritó?

Un suspiro largo y entrecortado escapó de la boca de Pontor.

—Sólo esterilicé al culpable, no a sus parientes. ¿Sabe?, nunca había pensado mucho en la... la justicia de esterilizar a inocentes sólo para mejorar el poso genético. Pero... pero Hak y yo hemos estado revisando la Biblia gliksin. En la primera historia, todos los descendientes de los dos humanos originales fueron maldecidos porque aquellos dos humanos originales cometieron un crimen. Y eso me pareció mal, injusto.

—Y por mucho que quisiera que el poso genético gliksin fuera purgado del mal de Ruskin, no pudo aplicarlo a sus parientes cercanos —dijo Selgan—. Porque de haberlo hecho, hubiese estado admitiendo que sus parientes cercanos (sus dos hijas) merecían ser castigadas por el crimen que usted había cometido.

—Ellas son inocentes. No importa el mal que yo haya hecho, no se merecen sufrir por ello.

—Y sin embargo sufrirán si usted se presenta y admite su crimen.

Ponter asintió.

—¿Y qué es lo que pretende hacer?

Ponter encogió sus enormes hombros.

—Llevar conmigo este secreto hasta que muera.

—¿Y entonces?

—Yo... ¿cómo dice?

—Cuando haya muerto, ¿entonces qué?

—Entonces... entonces nada.

—¿Está seguro de eso?

—Por supuesto. Quiero decir, sí, he estado estudiando esa Biblia, y sé que Mary es cuerda, inteligente y no tiene delirios, pero...

—¿No le cabe duda de que se equivoca? ¿Está convencido de que no hay

nada después de la muerte?—Bueno...

—¿Sí?

—No. Olvidelo.

Selgan frunció el ceño, decidiendo que todavía no era el momento de insistir en este tema.

—¿Se ha preguntado por qué Mary se siente atraída por usted?

Ponter desvió la mirada.

—Le he oído decir antes que ellos también son humanos. Pero, de todas formas, usted se parece menos a ella que a ningún otro humano que haya conocido.

—Físicamente, tal vez —dijo Ponter—. Pero mental y emocionalmente, tenemos mucho en común.

—De todas formas, puesto que Mary fue agredida por un varón de su propia especie, podría...

—¿Cree que no lo he pensado ya?—replicó Ponter.

—Dígalo en voz alta, Ponter. Dígalo a las claras.

Ponter bufó.

—Puede que se sienta atraída por mí porque, a sus ojos, no soy humano... no soy uno de los que la agredieron.

Selgan permaneció en silencio unos cuantos latidos.

—Es un pensamiento sobre el que merece la pena reflexionar.

—No importa —dijo Ponter—. Nada importa. La quiero. Y ella me quiere. Nada aparte de esos dos hechos es importante.

—Muy bien —respondió Selgan—. Muy bien.

Hizo de nuevo una pausa y luego dijo como si nada, como si la idea acabara de ocurrírsele en vez de haber estado esperando el momento adecuado para formularla:

—Y, dígame, ¿se ha puesto a pensar en por qué se siente atraído usted por ella?

Ponter puso los ojos en blanco.

—¡Escultores de personalidad! —dijo—. Ahora va a decirme que me recuerda a Klast en algún aspecto. Pero no podría estar más equivocado. No se parece en absoluto a Klast. Su personalidad es completamente diferente. Mary y Klast no tienen nada en común.

—Estoy seguro de que tiene usted razón —dijo Selgan, gesticulando con las manos como para descartar la idea—. Quiero decir, ¿cómo iban a parecerse? Ni siquiera son miembros de la misma especie.

—Eso es —dijo Ponter, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Y proceden de sistemas de creencias completamente distintos.

—Exactamente.

Selgan sacudió la cabeza.

—Es muy extraña, ¿verdad?, esa idea de la vida después de la muerte...

Ponter no dijo nada.

—¿Lo ha pensado alguna vez? ¿Se ha preguntado alguna vez si, tal vez...? — Selgan guardó silencio y esperó pacientemente a que Ponter llenara el vacío.

—Bueno —dijo Ponter por fin—, es una idea atrayente. Desde la primera vez que Mary me lo dijo, he estado pensando en ello. —Ponter alzó las manos—. Quiero decir, claro, sé que no hay otra vida... al menos no para mí. Pero...

—Pero ella vive en un plano físico alternativo —aportó Selgan—. Otro universo. Un universo donde las cosas podrían ser diferentes.

Ponter movió verticalmente la cabeza en un brevísimos gesto de asentimiento.

—Y ella ni siquiera es barata, ¿no? Pertenece a otra especie. Sólo porque no tengamos esas... ¿cómo las llaman? ¿Esas almas inmortales? Que nosotros no tengamos alma inmortal no implica que ellos no la tengan ¿verdad?

—¿Tiene usted una teoría? —replicó Ponter.

—Siempre —dijo Selgan—. Perdió usted a su mujer—compañera hace veintitantos meses. —Hizo una pausa y habló con la mayor suavidad—. Mary no es la única que se está recuperando de un trauma.

Ponter enarcó la ceja.

—Cierto. Pero no veo cómo la muerte de Klast puede haberme arrojado a los brazos de una mujer de otro mundo.

Permanecieron en silencio un buen rato. Finalmente, Hak, que había permanecido en silencio durante toda la sesión de terapia, se dirigió a Selgan a través de su altavoz externo.

—¿Quiere que se lo diga yo?

—Yo lo haré —dijo Selgan—. Ponter, por favor; no se lo tome a mal, pero... bueno, me ha hablado usted de las creencias gliksins.

—¿Qué pasa con ellas? —dijo Ponter, todavía irritado.

—Ellos creen que los muertos no están en realidad muertos. Creen que la conciencia del individuo sigue viviendo después del cuerpo.

—¿Y?

—Y tal vez busca usted protegerse del dolor que le causó la muerte de Klast. Si su mujer—compañera creyera en esta... en esta inmortalidad de la mente, o si usted cree, por irracional que sea, que ella puede alcanzar esa inmortalidad, entonces...

Selgan se calló, invitando a Ponter a terminar la frase por él. Ponter suspiró, y así lo hizo.

—Entonces, si lo impensable sucediera y yo perdiera de nuevo a mi mujer—compañera, podría no sentirme tan destrozado porque ella tal vez no estuviera muerta del todo.

Selgan alzó la ceja y ambos hombros, levemente.

—Exacto.

Ponter se puso en pie.

—Gracias por su tiempo, sabio Selgan. Día sano.

—No estoy seguro de que hayamos terminado todavía. ¿Adónde va?

—A hacer algo que debería haber hecho hace mucho tiempo —dijo Ponter marchándose de la habitación circular.

Louise Benoit entró en el despacho de Jock Krieger en el Grupo Sinergia. Jock no tenía a ningún geólogo entre su personal, pero Louise era física y se había pasado todo aquel tiempo trabajando en el fondo de la mina Creighton, así que le había asignado la tarea.

—Muy bien —dijo ella—. Creo que lo he resuelto.

Desplegó dos grandes gráficas sobre la mesa de trabajo del despacho. Jock se levantó y se unió a Louise ante la mesa.

—Ésta —dijo, indicando con una uña pintada de rojo la gráfica de la izquierda— es la cronología paleomagnética estándar hecha por nuestra gente.

Jock asintió.

—Y ésta —indicó la otra gráfica, que estaba llena de símbolos extraños— es la gráfica equiparable que nos proporcionaron los neanderthales.

Aunque Mary Vaughan no había encontrado ninguna prueba de que el campo magnético neanderthal se hubiera invertido realmente, Jock había aprovechado la oportunidad para convertir el intercambio de información paleomagnética en una prioridad. Si los neanderthales se equivocaban en lo referente a que el campo magnético se colapsaba rápidamente, bueno, entonces Jock sabría que se estaba preocupando por nada. Pero quería estar seguro.

—Muy bien —dijo Louise—. Como puede ver, nosotros hemos localizado muchas más inversiones geomagnéticas que ellos: más de trescientas en los últimos ciento setenta y cinco millones de años. Eso se debe a que hay un registro mucho más completo en las rocas del fondo marino que en los meteoritos encontrados.

—Un punto a nuestro favor —dijo Jock, secamente.

—Así que lo que hemos hecho es cotejar las inversiones que encajan —continuó Louise—, es decir, aquellas de las que ambos tenemos pruebas. Como puede ver, aunque su registro tiene muchos agujeros, hay una correspondencia uno-a-uno casi hasta el presente.

Jock miró las hojas, mientras Louise guiaba sus ojos con el dedo.

—Vale.

—Bueno, eso tiene todo el sentido del mundo, por supuesto —dijo Louise—. Ya conoce mi teoría: que hubo sólo un universo hasta que se produjo un despertar de la conciencia, hace cuarenta mil años.

Jock asintió. Aunque los eventos de mecánica cuántica causaban incontables

pequeñas divisiones del universo, y probablemente lo habían hecho desde el principio del tiempo, esas divisiones no creaban ninguna diferencia macroscópica, y por eso los universos resultantes siempre habían vuelto a unirse al cabo de un nanosegundo o dos.

Pero los actos de los seres conscientes causaban divisiones que no podían sanarse, y por eso, cuando el Gran Salto Adelante tuvo lugar, hacía cincuenta mil años (cuando emergió la consciencia), se produjo la primera división permanente. En un universo, el Homo Sapiens adquirió la conciencia inicial; en el otro, lo hizo el Homo neanderthalensis... y habían divergido desde entonces.

—Pero espere un minuto —dijo Jock mirando la gráfica neanderthal—. Si ésta de aquí es la última inversión magnética registrada que conocemos...

—Lo es —dijo Louise—. La tienen localizada hace unos diez millones de meses, o sea, hace setecientos ochenta mil años.

—Bien. Pero ¿si ésta es la más reciente en nuestra gráfica, qué es ésta de aquí? —Señaló lo que parecía ser otra inversión más reciente en la gráfica neanderthal—. ¿Esta es la que dicen que empezó hace veinticinco años?

—No —respondió Louise.

Era demasiado académica para Jock. Estaba guiándolo claramente para que hiciera su propio descubrimiento, pero ella ya sabía la respuesta. Jock deseó que se la dijera.

—Entonces, ¿cuándo fue?

—Hace medio millón de meses —dijo Louise.

Jock no hizo ningún esfuerzo por ocultar su irritación.

—¿Y eso fue cuándo?

Los carnosos labios de Louise esbozaron una sonrisa.

—Hace cuarenta mil años.

—¡Cuarenta mil! Pero eso fue cuando...

—Exactamente —dijo Louise, satisfecha con su alumno—. Fue cuando se produjo el Gran Salto Adelante, cuando emergió la conciencia, cuando el universo se dividió definitivamente.

—¿Pero... pero cómo es que ellos saben de una inversión de campo magnético y nosotros no?

—¿Recuerda lo que dije la primera vez que hablamos de esto? Cuando el campo magnético varía, las posibilidades de que la nueva polaridad sea distinta son del cincuenta por ciento. La mitad de las veces, seguirá igual, pero...

—¡La mitad de las veces se invertirá! Así que esta inversión tuvo lugar después de que los universos se separaran, y como los universos ya no estaban unidos, la polaridad se invirtió en el mundo neanderthal...

Louise asintió.

—Dejando un registro en los meteoritos.

—Pero nuestro mundo acabó con la misma polaridad que tenía antes del

colapso... sin dejar ningún registro.

—Quizá.

—Fascinante —dijo Jock—. Pero espere... espere... Ellos tuvieron una inversión hace cuarenta mil años, ¿no? Pero Mary dice que usó la brújula en el mundo neanderthal y que ahora tiene la misma polaridad que nuestro mundo, así que...

Louise asintió, animándolo. Iba por buen camino.

—Así que —continuó Jock—, hubo un reciente y rápido colapso en el mundo neanderthal, y esta vez, cuando el campo se estableció de nuevo, hace sólo seis años, cambió su polaridad una vez más, volviendo a emparejarlo con el de esta Tierra.

—Exactamente.

—Muy bien, pues —dijo Jock—. Bueno, eso es lo que quería saber.

—Pero hay más que eso. Mucho más.

—¡Pues escúpalo, mujer!

—Vale, vale. Es así. La Tierra (la única Tierra que existía en aquella época) experimentó un colapso de campo magnético hace cuarenta mil años. Mientras el campo magnético faltaba, emergió la conciencia... y no creo que fuese una coincidencia.

—¿Quiere decir que el colapso del campo magnético tiene algo que ver con por qué desarrollamos el arte?

—Y la cultura y el lenguaje. Y la lógica simbólica. Y la religión. Sí.

—¿Pero cómo?

—No lo sé —dijo Louise—. Pero recuerde, el Homo sapiens anatómicamente moderno existe desde hace cien mil años, pero no consiguió ser consciente hasta hace cuarenta mil. Tuvimos el mismo cerebro físico durante sesenta mil años sin crear jamás arte ni mostrar ninguno de los otros signos de una verdadera conciencia. Entonces, click, sucedió algo y fuimos conscientes.

—Sí.

—¿Sabe que algunas aves usan la magnetita de su cerebro para orientarse?

Jock asintió.

—Nosotros... bueno, los Homo sapiens, tenemos magnetita en el cerebro también. Nadie sabe por qué, ya que obviamente no la usamos como una brújula incorporada. Pero cuando el campo magnético se colapsó hace cuarenta mil años, creo que algo le sucedió a la magnetita que causó el... el «empujón», digamos, de la conciencia.

—Entonces, ¿qué va a ocurrir cuando el campo magnético vuelva a colapsarse?

—Bueno, en el mundo neanderthal no sucedió nada durante su colapso más reciente. Pero...

—¿Pero?

—Pero hay diferencias obvias entre nuestros dos mundos... o de lo contrario nuestros colapsos de campo no estarían ahora desincronizados.

—Eso me estaba preguntando. ¿A qué supone que se debe?

—Tal vez a los cientos de pruebas nucleares que hemos efectuado, y a todos nuestros lanzamientos de cohetes. Los colapsos modernos de campo están sólo separados veinticinco años en los dos mundos, y el último fue hace cuarenta mil años. Es sólo una diferencia de 0,000624; esas explosiones podrían haber perturbado la geodinamo lo suficiente para explicarlo... tal vez. No estoy segura. Pero el asunto es que las geodinamos de los dos mundos no son iguales ya, así que el colapso aquí no seguirá necesariamente la pauta del de allí. Y, naturalmente, hay diferencias obvias entre la manera en que funciona la mente neanderthal y la nuestra.

—Entonces, ¿qué va a suceder aquí?

—*Je ne sais pas* —dijo Louise—. Tendremos que investigar mucho más antes de estar seguros. Pero...

—¡Otra vez con los peros! ¿Qué? ¿Qué?

—Bueno, la conciencia floreció durante un colapso de campo.

Esta vez la conciencia podría... bueno, no pretendo abusar de la metáfora, pero esta vez la conciencia podría marchitarse.

## Epílogo

Ponter le dio las gracias al operador del cubo de viaje y desembarcó. Podía sentir los ojos de las hembras en él, sus miradas de reproche. Pero, aunque sólo faltaba un día para el siguiente Dos que se convierten en Uno, aquello no podía esperar.

Después de más de un mes en la versión de Mary de la Tierra, Ponter y ella habían regresado al mundo neanderthal hacía tres días. Según él, tendría ocasión de ver a Adikor y a sus hijas en el mismo viaje, lo cual era desde luego cierto. Pero, como Mary tenía que volver a alojarse con Lurt hasta que Dos se convirtieran en Uno, eso también le permitió ver a un escultor de personalidad, con la esperanza de librarse del insomnio y las pesadillas que lo habían estado acosando.

Pero ahora Ponter se estaba aproximando al laboratorio de Lurt... guiado por Haç Ponter nunca había estado allí. Al entrar en el edificio de piedra, le preguntó a la primera mujer que vio que le indicara dónde estaba trabajando Mary Vaughan. La asombrada mujer (una 146) señaló, y Ponter recorrió el pasillo. Entró en la sala que le había indicado, y vio a Mary y Lurt inclinadas sobre una mesa de trabajó.

«Ya está», pensó Ponter. Inhaló profundamente y...

—¡Ponter! —dijo Mary, alzando la cabeza.

Estaba encantada de verlo, pero... Pero, no. Éste era el mundo de él... y no era el momento adecuado.

Intentó mantener un tono de calma.

—¿Qué ocurre?

Ponter miró a Lurt.

—Necesito hablar con Mary a solas.

Lurt enarcó la ceja. Le dio un apretón a Mary en el antebrazo y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary. Podía sentir que su corazón redoblaba—. ¿Te encuentras bien? ¿Le ha ocurrido algo a Jasmel o...?

—No. Todo el mundo está bien.

Todavía nerviosa, Mary trató de deducir qué pasaba.

—Sabes que no deberías estar aquí. Ahora Dos no son Uno.



Pero Ponter se mostró irritado.

—Al... al infierno con eso.

—Ponter, ¿qué pasa?

Ponter tomó aire, y luego dijo algunas palabras en su propio idioma. Por primera vez, las palabras no fueron traducidas inmediatamente, y Mary vio que Ponter ladeaba la cabeza de aquel modo que indicaba que estaba escuchando a Haken su implante.

Ponter habló de nuevo, bruscamente, y Mary oyó la palabra neanderthal ka, que sabía que significaba « sí ». Tal vez Hak había preguntado: « ¿Estás seguro de que quieres decir eso? ». Si lo había hecho, Ponter debía de haberle respondido que sí, y tal vez había reprendido al Acompañante por interferir. Hubo silencio durante un par de segundos y luego Ponter volvió a abrir la boca, pero al parecer eso fue indicio suficiente para que Hak usara por fin el equivalente inglés al anterior murmullo de Ponter.

—Te quiero —dijo la voz sintetizada por la máquina.

¡Cómo había ansiado Mary oír esas palabras!

—Yo también te quiero —dijo—. Te quiero mucho.

—Deberíamos construir una vida juntos, tú y yo —dijo Ponter.

—Sí... si tú quieres, claro.

—¡Sí, sí, por supuesto! —respondió Mary. Pero entonces su ánimo empezó a venirse abajo—. Pero... pero sería complejo hacer que una relación así funcionara. Quiero decir, tú tienes una vida aquí, y yo tengo una vida allí. Tú tienes a Adikor y Jasmel y Megameg, y yo...

Hizo una pausa. Había estado a punto de decir « a nadie », pero eso no era cierto. Tenía un marido. Ciertamente, no vivía con él, pero seguía siendo su legítimo esposo. Y, dulce Jesús, pensó, si Dios desaprobaba el divorcio, ¿qué pensaría de las relaciones entre especies?

—Quiero intentarlo —dijo Ponter—. Quiero intentar que esto funcione.

Mary sonrió.

—Yo también.

Pero entonces sintió que su sonrisa se apagaba.

—De todas formas, hay mucho que considerar. ¿Dónde viviríamos? ¿Y Adikor? ¿Y...?

—Sé que será difícil, pero...

—¿Si?

Ponter se le acercó y la miró a los ojos.

—Pero tu pueblo ha viajado hasta la Luna y el mío ha abierto un portal a otro universo. Pueden hacerse cosas que son difíciles.

—Habrán sacrificios —dijo Mary—. Para ambos.

—Tal vez sí. Tal vez no. Tal vez podamos extraer el tuétano y seguir conservando el hueso para hacer herramientas.

Mary frunció el ceño un instante, y luego lo comprendió.

—« Para hacer una tortilla hay que cascar los huevos» . Así es como lo decimos nosotros. Pero supongo que tienes razón: nuestros pueblos no son tan distintos. Quererlo todo, bueno, es sólo...

Mary se calló, incapaz de encontrar una palabra adecuada. Pero Ponter la tenía. Ponter sabía exactamente cuál era.

—Es sólo humano —dijo, tomando a Mary en sus brazos.



ROBERT J. SAWYER es un escritor canadiense de ciencia ficción que nació en Ottawa el 29 de abril de 1960 y pasó su infancia en Toronto, ya que su padre trabajaba en la Universidad de Toronto como profesor. Influidor por escritores como Arthur C. Clarke y Asimov, publicó su primera novela, *Golden Fleece*, en 1990, tras publicar varios relatos en diferentes medios. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos el **Nebula**, el **Hugo** y el **Aurora**. Además de escribir, es editor para Red Deer Press. Ha colaborado con la *New York Review of Science Fiction*, y ha cubierto el ámbito de la ciencia ficción para la *Enciclopedia Canadiense*. El canal ABC basó su serie *Flash Forward* en una de sus novelas. También fue el guionista original de la serie *Charlie Jade* (2005-2006) y presentó el documental sobre ciencia ficción en la serie de *Ideas de la Radio CBC*. Ha sido comentarista de cine para *TVOntario*. Ha sido docente de escritura en la Universidad de Toronto, la Universidad de Ryerson, el Instituto Humber, y el Centro Banff y ha colaborado en numerosos cursos de creación literaria.

## Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre ladder, escalerillas, y leader, líder. Hak está haciendo referencia a la típica frase de las novelas de ciencia ficción, cuando se encuentran dos culturas. <<